SALVADOR NOVO

ANTOLOGÍA
1925 - 1965



En el teatro mexicano el papel de Novo es de capital importancia. En la formación de cuadros dramáticos y en llevar obras a escena su intervención es larga y ha sido fructuosa; antes de los veinticuatro años funda, con Xavier Villaurrutia, el Teatro *Ulises*; cuando es Jefe del Departamento de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes, organiza y dirige la Escuela de Teatro, crea actores, adapta, traduce, anima. Su actividad de creación estética la divide entre la poesía y el teatro. Como autor dramático su obra es original y valiosa. Ha escrito una docena de piezas, de diversa extensión, de las cuales se han representado más de la mitad. Su teatro es variado, pero predomina en él la crítica social y los temas y personajes que puedan expresar una visión intencionada, maliciosa, a veces satírica del mundo de nuestro tiempo.

Lectulandia

Salvador Novo

Antología 1925-1965

ePub r1.0
Titivillus 23.02.17

Título original: *Antología 1925-1965*
Salvador Novo, 1966
Prólogo: Antonio Castro Leal

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO

Salvador Novo es uno de los escritores más inteligentes y versátiles de Hispanoamérica.

Como poeta asombró en 1925. Sus *XX poemas* no provenían, ni sus rasgos característicos recordaban, a ningún poeta mexicano, español ni hispanoamericano: ni Enrique González Martínez ni Juan Ramón Jiménez; ni tampoco ninguno de los grandes modernistas entonces de moda: Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig. Esa poesía podía recordar, a los conocedores, cierta entonación frecuente en la poesía norteamericana de la época; pero tampoco estaba inspirada específicamente en ningún poeta de los Estados Unidos de Norteamérica. Era una poesía original creada con experiencias e incidentes de su propia vida vistos con objetividad y buen humor. Ese poeta principiante había seguido el camino inverso de todos los poetas que principian: en lugar de imitar los modelos poéticos que le ofrecían la tradición o la moda, inyectando disimuladamente un poquito de su propio ser, había tenido por modelo sus emociones y recuerdos personales, buscando expresarlos en ritmos fáciles y libres que no los desnaturalizaran, que siguieran sus curvas y variaciones.

En la generación de *Contemporáneos* —a la que pertenece Novo— esa poesía no tiene ni antecedentes ni paralelo. Pensándolo bien, sólo puede comparársele la poesía de Xavier Villaurrutia, quien tampoco empezó a dibujar sobre los empolvados yesos de las Academias. Ambos poetas no son variantes ni modulaciones de autores famosos que daban la pauta de la poesía imperante, ni tampoco la continuación de ningún movimiento nacional. *XX poemas* son el primer libro de versos más original y más logrado de poeta joven mexicano en lo que va del siglo.

Esa poesía daba los primeros ejemplos de una sinceridad que se externaba sin estruendo, con una especie de travieso buen humor y que se hacía perdonar por su insinuante cortesía y por la gracia y mérito de sus realizaciones. Porque, aunque le daba la espalda, no era un aparatoso desafío a la retórica tradicional. Esa sinceridad lírica encontró formas elocuentes y novedosas, que después usufructuarían impunemente otros poetas porque coincidieron con los nuevos estilos anárquicos de los tiempos posteriores. Después de cantar sus emociones y experiencias de escolar, Novo cantó sus amores y sus efusiones; pero el sentimiento de donde brotaba esa poesía —real en ambos casos— era un terreno fértil que bañaba una corriente subterránea de ironía, cuyas aguas afloraban cada vez que la sensibilidad del poeta no tenía más defensa que un débil lecho de arena. ¡Qué ternura arrepentida y recriminadora! La rosa, para librarse de sus propias torturas, inventa sus espinas.

Y —con un dominio técnico que parece ser uno de sus dones naturales— siguió cantando mientras ascendía a un paisaje más vasto, sintiendo —casi podría decirse que sin quererlo— las notas punzantes de la orquesta universal. Además de sus amores —todo lo que los amores tienen de enseñanza melancólica— cantó el

desencanto del mundo, húmedo de lágrimas contemporáneas y redimido sólo —como lo demuestra todo el arte de nuestro tiempo— por una ironía esencial, signo de esta época existencialista en que la única metáfora verdaderamente significativa para el poeta es la vida del hombre, de este hombre que ya no es —como en los tiempos felices de Goethe— el huésped gris de una tierra oscura, sino un genial paranoico perseguido por sus propios fantasmas.

Poeta lírico de fino y sorprendente dibujo, en el que las imágenes que duermen en las palabras mismas van insinuando sus revelaciones; poeta de una ternura conmovedora y al mismo tiempo escéptica, en que —sólo en vislumbres— se confiesa un alma inquieta, complicada, religiosa y consciente del destino trunco de todo lo humano. Hay en esa poesía —y es uno de sus mayores méritos— una secreta correspondencia entre el desgarramiento de las formas y el desgarramiento del alma.

Pero Novo ha cumplido su misión de poeta en otros campos. Como poeta social es autor de los *Poemas proletarios,* entre los que nunca se olvidará *Del pasado,* sátira ingeniosa y desenvuelta, valiente y pintoresca, sobre cómo la historia nacional ha perdido su fuerza de inspiración y ejemplo, y sobre cómo mucho de lo planeado y emprendido para redimir a los infinitos pobres de México se va quedando en discursos, fórmulas, frases hechas, en fin, palabras que las olvida pronto el que las dice o las escribe, y que no podrán leer, por quién sabe cuanto tiempo, aquellos a los que van dirigidas, unas veces como disculpa disfrazada y, otras, como retórica promesa.

Para celebrar la fiesta de la flor escribió *Florido laude,* jardinería poética de varia invención, de gran riqueza de imágenes, de discretísima elegancia; parterre de flores, cactus y enredaderas que no desmerece ante los mejores ejemplos del género: Francisco de Rioja y Salvador Jacinto Polo de Medina, entre los clásicos, y Manuel Gutiérrez Nájera y Leopoldo Lugones, entre los contemporáneos.

En su producción última figuran algunas poesías religiosas: *Hurgo mi corazón,* el soneto *1961* y *Ofrenda.* Su ingénita originalidad y el hecho de no ser un poeta religioso profesional lo han alejado, afortunadamente, de ese mar de imágenes consagradas, piadosas y celestiales en que, desde los tiempos de los profetas y los salmistas, se bañan —y a veces se ahogan— los poetas ingenuos que cantan a Dios, sus obras y sus misericordias. La poesía de Novo es expresión de momentos de honda efusión religiosa que, huyendo de la retórica católica, encuentra palabras nuevas, frescas, limpias, de original devoción, libres de contaminaciones rituales, en que desahogar el alma en trance de no encontrar más consuelo que el que puede dar la voluntad divina. En *Ofrenda* ha utilizado fórmulas, paralelismos, concepciones de lo divino de la poesía mexicana antigua que decoran el poema, como los relieves, cifras y adornos precortesianos algunas de las esculturas modernas.

Su producción en prosa es abundantísima y de gran variedad. Como ensayista se dio a conocer desde 1925, cuando ese género tenía pocos cultivadores en México. Para el ensayo tiene Novo todas las facultades requeridas. Su poder de observación y

su inteligencia le permiten construir una filosofía —o, por lo menos, una doctrina— todo lo pasajera que se quiera, sobre un hecho visto desde un ángulo original, o bien agrupar, alrededor de una idea original, algunos hechos comunes a los que el público no daba una interpretación específica. Y esto es el ensayo: una realidad fugitiva que se fija en una doctrina con apariencia de validez permanente, o bien una doctrina —a veces inverosímil, pero provocativa— a la que quiere eternizarse sobre el pedestal de muchos hechos diarios, fugitivas, que escapan a la mayoría. Puede, además, el ensayo dar valor a actitudes, costumbres y opiniones generalmente desdeñadas que el autor redime con un razonamiento ingenioso. *En defensa de lo usado,* uno de los mejores libros del género en México, vino a colocarse al lado de los de Julio Torri, Carlos Díaz Dufóo Jr., Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes.

Su prosa —tan clara, tan eficaz, sintaxis de múltiples y bien aceitados goznes— dan ganas de llamarla funcional porque está exactamente hecha para su propósito y porque tiene la elegancia sobria y atrevida de lo que no quiere adornarse con lo que no sirve a su propia finalidad. En ella hay, naturalmente, toda una larga educación en los clásicos que le ha servido —no para reproducir detestables fórmulas castizas: «La del alba sería»— sino para separarse —como lo hicieron los clásicos en su tiempo— de las fórmulas estereotipadas de sus antecesores. Decir prosa funcional es decir prosa que quiere llegar con la más directa elocuencia, con la mayor eficacia al lector moderno, innovando constantemente —cuando es necesario— como innovaron los clásicos. Y la elegancia de esa prosa radica en el ahorro, en la novedad, en la certera forma de utilizar todos los elementos modernos que facilitan y regalan una rápida comprensión. Prosa traslúcida, elocuente en su sencillez significativa, eficaz en su comprensión inmediata. No es —¡gracias a Dios!— una prosa académica, ni una prosa emballestada de fórmulas castizas, ni una prosa de barroquismos inútiles, rimbombante, opulenta, rotunda, sino conversable y dúctil, hospitalaria a todas las fórmulas populares, generosa porque no excluye a los lectores no eruditos, caritativa porque no cierra las puertas a nadie. Es una prosa de nuestro tiempo, sin alardes hispanistas, sin cursilerías académicas, sin grandielocuencias oratorias; es una prosa fácil y fluida, encantadora en su sencillez, grata en la franqueza que brinda al lector amigo al que, a un mismo tiempo, respeta y agasaja.

Por haber empezado a leer en varios idiomas —conoce cinco o seis— y por haber descubierto en algunos grandes autores algo de lo que a él mismo se le podría haber ocurrido, y también por el trato diario que tuvo con Pedro Henríquez Ureña en un momento decisivo de su formación, Novo ve con gran familiaridad la literatura universal. No es helenista, no es latinista, no es hispanista, ni tampoco un simple erudito lleno de informaciones muertas: es un espíritu lúcido y fino capaz de apreciar y de sentir el encanto de una obra literaria antigua o moderna; capaz también de entrar, sin extraviarse, en los territorios de la literatura universal que todavía no ha recorrido, adquiriendo —acaso en unas cuantas semanas— una preparación que parece fruto de una dedicación más larga y que, en otros, ha sido ocupación de toda

su vida. Su cultura literaria está hecha de muchas horas de cuidadosa lectura, de un certero instinto estético, de la facilidad de enterarse, con segura orientación —como quien ha manejado toda su vida libros, sin dejarse dominar por ellos— de cualquier autor, época o problema literario, y, finalmente, de cierta adivinación —don del cielo— que abrevia lecturas y multiplica revelaciones.

Ha ejercido la crítica literaria, no como simple erudito lleno de datos y de fórmulas insustanciales, sino como lector sensible a todos los encantos, innovaciones, méritos y secreto mensaje de una obra, rechazando en su juicio todas las frases hechas que acostumbran los críticos profesionales para medir y pesar, como un fardo que se embarca, el libro en estudio. Véase, por ejemplo, con qué sutileza y nuevos puntos de vista rechaza, al considerar la *Astucia* de Luis G. Inclán, los criterios tradicionales que han impedido la verdadera apreciación de esa novela tan original y vigorosa.

Es también autor de libros de viajes. Con gran amenidad, y como en charla de amigos, nos cuenta lo que le va sucediendo, sin recurrir nunca a las páginas —más o menos disfrazadas— de las guías turísticas, sino presentándose él mismo, recogiendo en la narración sus reflexiones, a veces de gran importancia crítica, cuando recorre el territorio nacional; revisando los recuerdos de su vida con la sencillez de una confesión, con una conmovedora sinceridad que llega sin esfuerzo a la ternura; y a veces anotando, cuando viaja por el extranjero, tipos y escenas con rasgos de certera sobriedad que no desdeñaría un gran novelista. ¿No conocemos en Buenos Aires a Federico García Lorca y al torero Angelillo y al militar argentino que se llama Victorio como si los hubiéramos visto? ¿Quién ha dado del carácter de Pedro Henríquez Ureña —siempre reflejando el mundo en los planos de la cultura— un rasgo más significativo que aquella observación suya, al librarse de un camión que por poco los atropella:

—¿Se fijó usted? ¡Qué curioso! Ese chofer parece un Zubiarre.

Novo tiene también una importante carrera periodística. Durante años ha venido comentando personas, sucesos y noticias políticas que atraían la atención pública. Muchas de esas páginas andan perdidas en los diarios, pero otras las ha reunido en dos gruesos volúmenes que reseñan la vida de México durante los gobiernos de Lázaro Cárdenas y de Manuel Ávila Camacho; crónicas interesantes y amenas, de lectura fácil y agradable por el ingenio y la agilidad de los comentarios, por su estilo y la inteligente selección de los temas comentados, y por su tono de observación espontánea, personal, casi epistolar. Son una especie de *Diario* de Gregorio Martín Guijo de un mundo mucho más variado, movido y dramático, escrito por un testigo de mayor malicia e ingenio, y de mucho mejor estilo. Puede decirse que Novo ha ennoblecido el periodismo; por su larga y brillante actividad en este campo su nombre figurará al lado de los de Manuel Gutiérrez Nájera y Luis G. Urbina, porque como ya nuestro admirado amigo ha pasado de los sesenta, es bueno irle buscando el lugar que ocupará en los futuros cuadros de la literatura mexicana.

En el teatro mexicano el papel de Novo es de capital importancia. En la formación de cuadros dramáticos y en llevar obras a escena su intervención es larga y ha sido fructuosa; antes de los veinticuatro años funda, con Xavier Villaurrutia, el Teatro *Ulises;* cuando es Jefe del Departamento de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes, organiza y dirige la Escuela de Teatro, crea actores, adapta, traduce, anima. Su actividad de creación estética la divide entre la poesía y el teatro. Como autor dramático su obra es original y valiosa. Ha escrito una docena de piezas, de diversa extensión, de las cuales se han representado más de la mitad. Su teatro es variado, pero predomina en él la crítica social y los temas y personajes que puedan expresar una visión intencionada, maliciosa, a veces satírica del mundo de nuestro tiempo.

Las pasiones, las pasiones puras, han ido desapareciendo del teatro, como han ido desapareciendo de la vida; ahora, hasta en los niveles menos cultos, el sicoanálisis hace que el hombre desconfíe, primero, de sus pasiones y, luego, de sí mismo. En este mundo complejo Novo se mueve con elegancia de pez en el agua. Escogerá unas veces, como Jean Giraudoux —y con la misma finura de perfiles— reinterpretar la conducta o la intención de algún personaje histórico, como Ulises o Cuauhtémoc; o bien hacer una crítica de la vida y la cursilería nacionales, como en *La culta dama,* o descender a las profundidades en donde nos acusamos ferozmente a nosotros mismos, como en *Joven II,* o desplegar, en una serie de careos escénicos de personajes paralelos, un diálogo vivaz y rencoroso en que se definen y critican.

Teatro en el que, sin desdeñar la vida —sobre todo en lo que tiene de revisión de la conducta, de autoexamen y de recriminación— predominan las ideas, las visiones nuevas, las observaciones ingeniosas, los subrayados satíricos. En *Ha vuelto Ulises,* al mismo tiempo que sugerir una nueva versión de Penélope —acaso mujer no tan fiel como lo quiere la leyenda—, hay algo de secreto aliento griego en que, al final, palpita la tragedia, allá en las perspectivas de la torre, abajo del horizonte. En su diálogo de *Adán y Eva,* que plantea la eterna rivalidad del hombre y la mujer —que tienen que pelear mientras no los obligan los apetitos a conciliarse— hay una cadena de reflexiones sutiles —no, por sutiles, menos reales— y de novedosas formas de considerar las cosas, algunas de las cuales no hubiera desdeñado George Bernard Shaw.

El lector podrá saborear en este volumen algunas de las páginas que Novo cree que lo representan mejor, porque al propio Novo se debe la presente selección.

ANTONIO CASTRO LEAL

NOTICIA BIOGRÁFICA

Salvador Novo nació el 30 de julio de 1904 en la ciudad de México, donde hizo sus primeros estudios, que terminó en Chihuahua, Jiménez y Torreón. En esta ciudad permaneció hasta 1916. Se traslada a México e ingresa en la Escuela Nacional Preparatoria en 1917, en donde conoció a Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet y José Gorostiza.

Empieza a publicar poesías en las revistas estudiantiles y después en *El Universal Ilustrado.* En 1922 traduce algunas narraciones de Francis Jammes que, con prólogo de Xavier Villaurrutia, aparecen en la colección *Cultura.* En ese año fue discípulo de Pedro Henríquez Ureña, quien lo llevó como profesor a la Escuela de Verano, recién fundada, y le ayudó a formar dos antologías de cuentos hispanoamericanos. Interrumpió en el segundo año su carrera en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Colabora entonces en los periódicos y se dedica a la enseñanza. Es profesor de literatura y de gramática en la Escuela Nacional Preparatoria, en algunas Secundarias y en Escuelas Técnicas. En 1924, siendo Secretario de Educación Pública el Dr. José Manuel Puig y Cassauranc, ocupa en la Secretaría diversos puestos, entre ellos el de Jefe del Departamento Editorial. Hace entonces un viaje oficial a Hawai, que narra en su libro *Return Ticket* (1928).

En 1925 publica su primer libro de poemas y ensayos. En 1927 fundó, con Xavier Villaurrutia y Antonieta Rivas Mercado, el Teatro *Ulises.* En 1933-1934 va a Montevideo como delegado a la Séptima Conferencia Panamericana, con el carácter de relator. En Buenos Aires conoce a Federico García Lorca.

Sale de la Secretaría de Educación Pública para dedicarse a la publicidad y al cine como autor de argumentos y productor asociado. Desde 1937 colabora en la revista *Hoy* con una reseña semanaria, que ha recogido en dos volúmenes sobre la vida en México durante los gobiernos de Lázaro Cárdenas y de Manuel Ávila Camacho, a los que deberán seguir otros sobre los gobiernos de Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos.

En 1946, siendo Carlos Chávez director del Instituto Nacional de Bellas Artes, es Jefe del Departamento de Teatro. Organizó entonces la Escuela de Teatro y adaptó para públicos infantiles el *Quijote* y la *Astucia* de Luis G. Inclán, estrenadas en 1948. Hace un viaje a E. U. A. y a Europa para estudiar la Televisión (1947). A su regreso se dedica intensamente al teatro como director, profesor y autor. Su comedia *La culta dama* se estrenó en Bellas Artes en agosto de 1950. En enero de 1953 inaugura el pequeño teatro de «La Capilla», de su propiedad, en el que ha presentado diversas obras extranjeras, entre ellas *Esperando a Godot,* de Samuel Beckett, y además obras propias, como *A ocho columnas* (en tres actos) y sus *Diálogos.*

En 1946, en el concurso convocado por el Departamento del Distrito Federal para otorgar el premio «Ciudad de México» al mejor ensayo sobre nuestra capital y sus alrededores, triunfó con su libro *Nueva grandeza mexicana*, que ha alcanzado ya

cinco ediciones.

En 1952 ingresó en la Academia Mexicana de la Lengua; su discurso de recepción —*Las aves en la poesía castellana*— fue publicado en 1953 en la colección de «Letras Mexicanas» del Fondo de Cultura Económica. En el Teatro Xola se han estrenado otra comedia suya, *Yocasta o casi* (1961) y *Cuauhtémoc* (1962) obra en un acto. En 1963 dirigió en el Teatro Virginia Fábregas, el estreno de su más reciente comedia, *La guerra de las gordas.*

En noviembre de 1965 fue designado Cronista de la Ciudad de México, puesto que ocupó antes Artemio de Valle-Arizpe. Esa función ya la había venido ejerciendo Novo oficiosamente en libros y en artículos. Actualmente está en prensa, en España, una importarte monografía suya sobre la ciudad de México.

Es asombrosa la actividad literaria de Novo. A su producción original —poesía, ensayo, teatro, cine, novela, crónica e historia—, a sus conferencias y cátedras, a sus compilaciones, ediciones y prólogos, hay que agregar todavía sus artículos periodísticos y numerosas traducciones, principalmente de teatro y de poesía.

Después de una corta enfermedad, murió en la Ciudad de México el 13 de enero de 1974.

A. C. L.

BIBLIOGRAFÍA

(Cuando no se expresa el lugar de impresión debe entenderse que es la ciudad de México.)

POESÍA

XX poemas. Con un retrato de Roberto Montenegro. 1925. *Espejo*. Poemas antiguos. 1933.
Nuevo amor. Poemas. 1933. 2.ª ed. 1948, con un nuevo poema: *Elegía*.
Seamen Rhymes. Con dibujos de Federico García Lorca. Buenos Aires, 1934.
Romance de Angelillo y Adela. 1934.
Décimas en el mar. Dibujos de Julio Prieto. 1934.
Un poema. Con una ilustración de Julio Prieto. 1937.
Dueño mío. Cuatro sonetos. 1944.
Florido laude. Dibujos de Mary Helen Morgan. 1945.
XVIII sonetos. Edición privada. 1955. Incluye los cuatro sonetos de *Dueño mío.*
Poesía. 1915-1955. Con dos dibujos de Federico García Lorca. 1955. Además de los libros anteriores contiene: Poemas de la adolescencia, 1918-1923; *Poemas proletarios,* 1934; *Frida Kahlo,* 1934; *Never ever,* 1934; Decimos «Nuestra tierra», 1949, y un soneto al terminar el año, 1955. *Poesía*. 1961. Contiene todo lo de la compilación anterior, más algunos sonetos.

TRADUCCIONES

Nuevo amor. Translated by Edna Worthley Underwood. Portland, Maine, 1935.
Nouvel amour. Traduit par Armand Guibert. Túnez, 1936.

ANTOLOGÍAS

Poesías escogidas. Cuadernos publicados por Elías Nandino. 1938.

ENSAYO

Ensayos. Con un retrato de Roberto Montenegro. 1925.
En defensa de lo usado y otros ensayos. 1938.
Nueva grandeza mexicana. Ensayo sobre la ciudad de México. 1946.

Crítica literaria

Las aves en la poesía castellana. 1953.
Letras vencidas. Xalapa, 1962.
El teatro inglés. Conferencia. 1960.

Teatro

La culta dama. Comedia en tres actos. 1951. Estrenada en el Palacio de Bellas Artes (25 de agosto de 1951).
El joven II. Monólogo. 1951.
A ocho columnas. Pieza en tres actos. 1956. Estrenada en el teatro «La Capilla» (2 de febrero de 1956).
Diálogos. 1956. Contiene ocho diálogos, entre ellos, *El joven* II. Estrenados en el teatro «La Capilla» (6 agosto 1956).
Yocasta, o casi. Pieza en tres actos. 1961. Estrenada en el Teatro Xola (14 de abril de 1961).
Cuauhtémoc. Pieza en un acto. 1962. Estrenada en el Teatro Xola (19 de octubre de 1962).
Ha vuelto Ulises. En un prólogo y un acto. 1962.
La guerra de las gordas. Comedia en dos actos. 1963 Estrenada en el Teatro Virginia Fábregas (19 abril 1963).

Viajes

Return ticket. Viaje a Hawai. 1928.
Jalisco Michoacán. Fotos de Roberto Montenegro. 1933. *Continente vacío.* Viaje a Sudamérica. Madrid, 1935.
Este y otros viajes. 1951.

Novela

El joven. Novela mexicana. Con un dibujo de Roberto Montenegro. 1928.
Lota de loco. Fragmentos de novela. 1931.

Crónicas

La vida en México en el período Presidencial de Lázaro Cárdenas. 1964.
La vida en México en el período Presidencial de Manuel Ávila Camacho. 1965.

COMPILACIONES

Toda la prosa. 1964.

NOTA. El lector que quiera tener una idea completa de la producción literaria de Novo debe consultar la exhaustiva *Nómina bibliográfica de Salvador Novo*, de David N. Arce, publicada por la Biblioteca Nacional. México, 1963.

A. C. L.

POESÍA

VIAJE

Cajita de música,
do, re, fa, mi, re, do,
aún está fresca la pintura.

Quise abrazar ese molino,
re, mi, fa, sol…
y el tren huyó.

Una zagala hace lo mismo
que sus ovejas y su árbol,
mi, fa, re, re, do,
porque todos son de corcho.

Y sin embargo algún viento,
¡algún viento!
ha irritado el cristal opaco
de mis ventanillas,
re, mi, la, fa…

PAISAJE

Los montes se han echado
a rumiar junto a los caminos.
(Las hormigas
saben trazar ciudades.)
Las avispas blancas,
cuando el panal
nos acerca la primavera,
hincan el aguijón de su lluvia
y zumban.
Y la piel de la tierra morena
se irrita en trigo
y se rasca con sus arados.

VIAJE

Los nopales nos sacan la lengua;
pero los maizales por estaturas
—con su copetito mal rapado
y su cuaderno debajo del brazo—
nos saludan con sus mangas rotas.

Los magueyes hacen gimnasia sueca
de quinientos en fondo
y el sol —policía secreto—
(tira la piedra y esconde la mano)
denuncia nuestra fuga ridícula
en la linterna mágica del prado.

A la noche nos vengaremos
encendiendo nuestros faroles
y echando por tierra los bosques.

Alguno que otro árbol
quiere dar clase de filología.
Las nubes, inspectoras de monumentos,
sacuden las maquetas de los montes.

¿Quién quiere jugar tennis con nopales y tunas
sobre la red de los telégrafos?
Tomaremos más farde un baño ruso
en el jacal perdido de la sierra:
nos bastará un duchazo de arco iris,
nos secaremos con algún stratus.

XX Poemas, 1925.

LA RENOVACIÓN IMPOSIBLE

Todo, poeta, todo —el libro,
ese ataúd— ¡al cesto!
y las palabras, esas
dictadoras.

Tú sabes lo que no consignan
la palabra ni el ataúd.

La luna, la estrella, la flor
¡al cesto! Con dos dedos…

¡El corazón! Hoy todo el mundo
lo tiene…

Y luego el espejo hiperbólico
y los ojos, ¡todo, poeta!
¡al cesto!

Mas ¿el cesto…?

XX Poemas, 1925.

CHARCOS

Ha descendido el cielo
por los ferrocarriles de la lluvia.
Contemplación. Egoaltruismo.
Cristianismo. Narciso.

¡Y vosotros, oh torres, oh árboles
que aulláis al sol!
Hoy podéis llegar hasta el cielo
y sorberlo
con vuestras polvorientas
lenguas lentas.

Pero una piedra
(¡oh Einstein!)
hizo volar mil murciélagos
de la Torre de Babel.

XX Poemas, 1925.

MOMENTO MUSICAL

El pedacito de madera
con tanto aserrarlo ¿no se romperá?
Algo quiere matar a palos
el desalmado
pero los relojes no avanzan.

Nuestros dos ojos van a él
y él va a nuestros dos oídos.
Un sordo y un ciego
tendrían una polémica.

¡El pobre señor escribe
en una máquina noisy Steinway!

Ahora tú
toma ruido
aunque sea con las manos
y míranos y óyenos.
¡Diente por ojo!

XX Poemas, 1925.

SOL

Este muchacho sol
—¡ni parece aún ciudadano!—
madruga
la escuela no le importa
y echa la vieja Inés.

Apenas en Invierno
usa camisetas de lana
y se queda un poco en el lecho.

Lo más del tiempo
en un día atraviesa la ciudad.
(Esa erupción en su cara, sabios,
es juventud.)

Y ya que llega al sucio lecho
llena las sabanas de sangre
como las chicas
(pero su hemorragia es nasal).

XX Poemas, 1925.

ALMANAQUE

I

Tenemos doce lugares
para pasar las estaciones:
el verano se puede pasar en junio
el otoño se debe pasar en octubre.
El tiempo nos conduce
por sus casas de cuatro pisos
con siete piezas. Sala, dos recámaras,
comedor, patio, cocina
y cuarto de baño.
Cada día cierra una puerta
que no volveremos a ver
y abre otra sorprendente ventana.

El aire derribó
dos cuartos del último piso
de febrero.

El aire se serena
y seguimos buscando casa.

II

La guadaña del minutero
hizo centro de su compás
en el centro de nuestro vientre.
Para los buzones de la vida
necesitábamos certificado.

Address your mail to Street and number.
Y estamos en la poste restante
sin hallar en diciembre ni en marzo
la plegadera de una sonrisa.

¡Nuestro ombligo
va a ser para los filatelistas!
y seremos devueltos al remitente
ajados, con cicatrices

y llenos de noticias atrasadas…

XX Poemas, 1925.

CEMENTERIO

El hombre que inventó los ángulos
en su propio laberinto
fatiga sus pasos.

¡Horizonte, curva, dos puntos
y el camino más corto!

Pero siempre dos puntos
y una distancia.

¡Si naufragásemos! Andamos
como Jesús sobre las aguas
y asoman mástiles
de los que ya se hundieron
en este mar.

XX Poemas, 1925.

MAPAS

Se vertió el tintero
en el heliográfico pliego.
Acaso disgustárase
el ingeniero…

¡Oh, las manchas irregulares
y la tinta de mala clase!
Como nadie lo ha remediado
ha criado lama.
¡Oh, los hombres!

XX Poemas, 1925.

NAUFRAGIO

A Carlos Pellicer

¡Que me impregne
el vendaval de las horas!
Huyo de los hongos cúpulas
paraguas paracaídas y caídos.

¡Viento, lluvia, azótame,
amásame un alma olorosa
agua que fuiste cenagosa
y te purificaste
en los azules tendederos!

Sepúltame contigo
no esperes de mí un impulso,
he sido siempre solamente un cajón
con un espejo y vidrios de colores.

¡Corramos a la lluvia!
Nunca ha estado tan orquestada,
es el Placer-que-Dura-un-Instante
y además ya inventaron los pararrayos.

Esta ola de viento
sabe a torsos y a hombros desnudos
y a labios y huele a miradas.

Mar, mar adentro
y luego húndeme y desgájame,
no quiero nunca guardar nada más.

Romperé mis anteojos verdes
y el sol bailará para mí
como un niño idiota que busca
el juguete que naufragó.

XX Poemas, 1925.

ARITMÉTICA

Yo busco los árboles cómodos
y aguardo. Sé percibir
los segundos, mas sin contarlos.
—¿Hay más números?— Uno es
uno mismo y uno único.

Ellos vienen atrás apenas
o abajo —¿hay lugares?—
Y contemplan cada color
y se asombran de sus sentidos.
¡Yo fui tan aprisa que tuve la luz!
Mas hoy sé que hay tan sólo siete
colores y cinco sentidos…

Y sé que el sol, la noche, el alba…
El sol juega a esconderse. Oigo
el eco de su grito impúber
(la luna llega tras el sol).

XX Poemas, 1925.

TEMPRANO

Flota en el cielo acuo
espuma blanca de jabón.
La ciudad se seca los rostros
con deshilados de neblina
y abre los párpados de acero.

Es extraordinariamente temprano
pero me repugnaba el sueño
como un cuerpo no amado y poseído.

Ciudad nublada y fría,
ya no había sospechado
este cambio de ambiente y personajes.

El alma tiene prisa de viajero
como si fuera a despedir
a su pasado a la estación.
Los trenes son exactos en partir.

La noche se ha borrado de todos los ojos
un pequeño deber fija los rostros
aprender, enseñar, trabajar…
han muerto el tacto y el sabor
parece que hasta tengo corazón.

¡Ah, la mañana!, ¿por qué
ahogarla en el primer cigarrillo?

XX Poemas, 1925.

HANON

Como un índice
vago por el teclado de los días
y cada siete veces una vez
exclama el corazón un do de pecho.

Las noches siempre son más altas
y un bemol no reconocible.
¡Esconderse entre dos altas noches
y la raíz de un sol!

Envidia
de los que tienen manos ágiles
para el recuerdo y la esperanza
porque de ellos es la sonata.
La libertad de imprenta
—oh cabezas *numerotées*—
os da el derecho de creerlo.
Sólo yo sé
por mi método cartesiano
—el mejor método de piano—
que cada siete veces es domingo
hasta en Haití y hasta en Santo Domingo.

Y que cada mañana la ciudad
rumia el chicle solar en sus paredes
y lo hace dúctil sobre las personas
que, como yo, no son más que un índice
y han recorrido ya todo el teclado.

XX Poemas, 1925.

RESÚMENES

I

Mis libros
tienen en sí las épocas
en que los leí.
La Légende des siècles, tres semanas
en cama, sal de frutas y termómetros.

Para las vacaciones en el campo
—nunca églogas ni geórgicas—
Sherlock Holmes y Rollinat
y en las antesalas del médico
Monsieur Bergeret à Paris.
Y odio abrirlos, porque creo
en la resurrección de la carne.

¡Nathanael, Nathanael,
Harald Höffding
tiene la culpa de estas cosas!

Cuando resurrezcamos
—yo tengo pensado hacerlo—
entre nosotros y este siglo
habrá una asociación de ideas
a pesar de nuestro formato.

II

Desde mi rincón
ahora que he volteado la cara
veo tres ángulos.
Infantil problema
Divina Providencia
cada gato ve tres gatos
y no son sino, bien visto,
cuatro puntos de fósforo en resumen.

Un hijo, un libro, un árbol
y un solo corazón verdadero.

Antaño yo era joven
y no sabía la regla de tres.

XX Poemas, 1925.

CIUDAD

Carretes de hilo
para enhebrar la sed infinita
sobre los techos.

Huecos en la carne
de los edificios
para el dolor de adivinar el aire remoto.

El suelo se pega a nuestros pies
aunque ascendamos
como se aspira para expirar.

Broches de sol absurdo
en la pared
como en estantes hay
vida en hojas interrumpidas.

XX Poemas, 1925.

PUEBLO

Las amplificaciones
bajo los bajos muros
presentan el pasado
en las facciones.

Aunque el tren cirujano
hace a diario
transfusión de glóbulos blancos,
no es más que un cigarrillo
en un prado
y las calles
van a dar todas a la iglesia.

Un disco negro
rubrica la ciudad
en nuestro cerebro.
Y la estatua de la Libertad
abre la carta de mi cama.

XX Poemas, 1925.

EL MAR

Post natal total inmersión
para la ahijada de Colón
con un tobillo de Patagonia
y un masajista en Nueva York.
(Su apendicitis
abrió el canal de Panamá.)

Caballeriza para el mar continentófago
doncellez del agua playera
frente a la luna llena.
Cangrejos y tortugas
para los ejemplares moralistas;
langostas para los gastrónomos.
Santa Elena de Poseidón
y garage de las sirenas.

¡Hígado de bacalao
calamares en su tinta!
Ejemplo de la Biología
en que los peces grandes
no tienen más que bostezar
y dejar que los chicos vengan a sí.
(Al muy prepotente Guillermo el segundo
en la vieja guerra torpedo alemán.)

¡Oh mar, cuando no había
este lamentable progreso
y eran entre tus dedos los asirios
viruta de carpintería
y la cólera griega
te hacía fustigar con alfileres!
En tu piel la llaga romana
termocauterizó Cartago.
¡Cirugía de Arquímedes!
Baños, baños
por la Física y a los romanos.

Europa, raptada de toros,
buscaba caminos.
Tierra insuficiente,

problema para Galileo,
Newton, los fisiócratas
y los agraristas.

¿No te estremeces al recuerdo
de las tres carabelas magas
que patinaron mudamente
la arena azul de tu desierto?

Nao de China
cofre de sándalo
hoy los perfumes
son de *Guerlain* o de *Coty*
y el té es *Lipton's*.
Mar, viejecito, ya no juegas
a los naufragios con Eolo
desde que hay aire líquido
Agua y aire gratis.

Las velas
hoy son banderas de colores
y los transatlánticos
planchan tu superficie
y separan a fuerza tus cabellos.
Los buzos
te ponen inyecciones intravenosas
y los submarinos
hurtan el privilegio de Jonás.

Hasta el sol
se ha vuelto capataz de tu trabajo
y todo el día derrite
tu vergüenza y tu agotamiento.
Las gaviotas contrabandistas
son espías o son aeroplanos
y si el buque se hunde
—sin que tú intervengas—
todo el mundo se salva en andaderas…

¡Oh mar, ya que no puedes
hacer un sindicato de océanos
ni usar la huelga general,

arma los batallones de tus peces espadas,
vierte veneno en el salmón
y que tus peces sierras
incomuniquen los cables
y regálale a Nueva York
un tiburón de Troya
lleno de tus incógnitas venganzas!

Haz un diluvio Universal
que sepulte al monte Ararat,
y que tus sardinas futuras
coman cerebros fósiles
y corazones paleontológicos.

XX Poemas, 1925.

DILUVIO

Espaciosa sala de baile
alma y cerebro
dos orquestas, dos,
baile de trajes
las palabras iban entrando
las vocales daban el brazo a las consonantes.
Señoritas acompañadas de caballeros
y tenían trajes de la Edad Media
y de muchísimo antes
y ladrillos cuneiformes
papiros, tablas,
gama, delta, ómicron,
peplos, vestes, togas, armaduras,
y las pieles bárbaras sobre las pieles ásperas
y el gran manto morado de la cuaresma
y el color de infierno de la vestidura de Dante
y todo el alfalfar Castellano,
las pelucas de muchas Julietas rubias
las cabezas de Iokanaanes y Marías Antonietas
sin corazón ni vientre
y el Príncipe Esplendor
vestido con briznas de brisa
y una princesa monosilábica
que no era ciertamente Madame Butterfly
y un negro elástico de goma
con ojos blancos como incrustaciones de marfil.
Danzaban todos en mí
cogidos de las manos frías
en un antiguo perfume apagado
tenían todos trajes diversos
y distintas fechas
y hablaban lenguas diferentes.
Y yo lloré inconsolablemente
porque en mi gran sala de baile
estaban todas las vidas
de todos los rumbos
bailando la danza de todos los siglos
y era sin embargo tan triste
esa mascarada!

Entonces prendí fuego a mi corazón
y las vocales y las consonantes
flamearon un segundo su penacho
y era lástima ver el turbante del gran Visir
tronar los rubíes como castañas
y aquellos preciosos trajes Watteau
y todo el estrado Queen Victoria
de damas con altos peinados.
También debo decir
que se incendiaron todas las monjas
B.C. y C.O.D.
y que muchos héroes esperaron
estoicamente la muerte
y otros bebían sus sortijas envenenadas.
Y duró mucho el incendio
mas vi al fin en mi corazón únicamente
el confetti de todas las cenizas
y al removerlo encontré
una criatura sin nombre
enteramente, enteramente desnuda,
sin edad, muda eterna,
y ¡oh! Nunca, nunca sabrá que existen las parras
y las manzanas se han trasladado a California
y ella no sabrá nunca que hay trenes!

Se ha clausurado mi Sala de Baile
mi corazón no tiene ya la música de todas las playas
de hoy más tendrá el silencio de todos los siglos.

XX Poemas, 1925.

LA RENOVADA MUERTE

La renovada muerte de la noche
en que ya no nos queda sino la breve luz de la conciencia
y tendernos al lado de los libros
de donde las palabras escaparon sin fuga, crucificadas en mi mano,
y en esta cripta de familia
en la que existe en cada espejo y en cada sitio la evidencia del crimen
y en cuyos roperos dejamos la crisálida de los adioses irremediables
con que hemos de embalsamar el futuro
y en los ahorcados que penden de cada lámpara
y en el veneno de cada vaso que apuramos
y en esa silla eléctrica en que hemos abandonado nuestros disfraces
cara ocultarnos bajo los solitarios sudarios
mi corazón ya no sabe sino marcar el paso
y dar vueltas como un tigre de circo
inmediato a una libertad inasible.
Todos hemos ido llegando a nuestras tumbas
a buena hora, a la hora debida,
en ambulancias de cómodo precio
o bien de suicidio natural y premeditado.
Y yo no puedo seguir trazando un escenario perfecto
en que la luna habría de jugar un papel importante
porque en estos momentos
hay trenes por encima de toda la tierra
que lanzan unos dolorosos suspiros
y que parten
y la luna no tiene nada que ver
con las breves luciérnagas que nos vigilan
desde un azul cercano y desconocido
lleno de estrellas poliglotas e innumerables.

Nuevo amor, 1933.

TÚ, YO MISMO

Tú, yo mismo, seco como un viento derrotado
que no pudo sino muy brevemente sostener en sus brazos una hoja que arrancó de los árboles
¿cómo será posible que nada te conmueva
que no haya lluvia que te estruje ni sol que rinda tu fatiga?
Ser una transparencia sin objeto
sobre los lagos limpios de tus miradas
oh tempestad, diluvio de hace ya mucho tiempo.
Si desde entonces busco tu imagen que era solamente mía
si en mis manos estériles ahogué la última gota de tu sangre y mi lágrima
y si fue desde entonces indiferente el mundo e infinito el desierto
y cada nueva noche musgo para el recuerdo de tu abrazo
¿cómo en el nuevo día tendré sino tu aliento,
sino tus brazos impalpables entre los míos?
Lloro como una madre que ha reemplazado al hijo único muerto.
Lloro como la tierra que ha sentido dos veces germinar el fruto perfecto y mismo.
Lloro porque eres tú para mi duelo
y ya te pertenezco en el pasado.

Nuevo amor, 1933.

ESTE PERFUME

Este perfume intenso de tu carne
no es nada más que el mundo que desplazan y mueven los globos azules de tus ojos
y la tierra y los ríos azules de las venas que aprisionan tus brazos
Hay todas las redondas naranjas en tu beso de angustia sacrificado al borde de un huerto en que la vida se suspendió por todos los siglos de la mía.
Qué remoto era el aire infinito que llenó nuestros pechos.
Te arranqué de la tierra por las raíces ebrias de tus manos
y te he bebido todo, ¡oh fruto perfecto y delicioso!
Ya siempre cuando el sol palpe mi carne
he de sentir el rudo contacto de la tuya
nacida en la frescura de una alba inesperada,
nutrida en la caricia de tus ríos claros y puros como tu abrazo,
vuelta dulce en el viento que en las tardes
viene de las montañas a tu aliento,
madurada en el sol de tus dieciocho años,
cálida para mí que la esperaba.

Nuevo amor, 1933.

JUNTO A TU CUERPO

Junto a tu cuerpo totalmente entregado al mío
junto a tus hombros tersos de que nacen las rutas de tu abrazo,
de que nacen tu voz y tus miradas, claras y remotas,
sentí de pronto el infinito vacío de su ausencia.
Si todos estos años que me falta
como una planta trepadora que se coge del viento
he sentido que llega o que regresa en cada contacto
y ávidamente rasgo todos los días un mensaje que nada contiene sino una fecha
y su nombre se agranda y vibra cada vez más profundamente
porque su voz no era más que para mi oído,
porque cegó mis ojos cuando apartó los suyos
y mi alma es como un gran templo deshabitado.
Pero este cuerpo tuyo es un dios extraño
forjado en mis recuerdos, reflejo de mí mismo,
suave de mi tersura, grande por mis deseos,
máscara
estatua que he erigido a su memoria.

Nuevo amor, 1933.

HOY NO LUCIÓ

Hoy no lució la estrella de tus ojos.
Náufrago de mí mismo, húmedo del abrazo de las ondas,
llego a la arena de tu cuerpo
en que mi propia voz nombra mi nombre,
en que todo es dorado y azul como un día nuevo
y como las espigas herméticas, perfectas y calladas.

En ti mi soledad se reconcilia
para pensar en ti. Toda ha mudado
el sereno calor de tus miradas
en fervorosa madurez mi vida.

Alga y espumas frágiles, mis besos
cifran el universo en tus pestañas
—playa de desnudez, tierra alcanzada
que devuelve en miradas tus estrellas.

¿A qué la flor perdida
que marchitó tu espera, que dispersó el Destino?
Mi ofrenda es toda tuya en la simiente
que secaron los rayos de tus soles.

Nuevo amor, 1933.

AL POEMA CONFÍO

Al poema confío la pena de perderte.
He de lavar mis ojos de los azules tuyos,
faros que prolongaron mi naufragio.
He de coger mi vida deshecha entre tus manos,
leve jirón de niebla
que el viento entre sus alas efímeras dispersa.
Vuelva la noche a mí, muda y eterna,
del diálogo privada de soñarte,
indiferente a un día
que ha de hallarnos ajenos y distantes.

Nuevo amor, 1933.

POEMA

Cuando las rocas del tiempo opriman nuestros pechos
¡que angustiosos recuerdos poblarán nuestro desesperado silencio!
Fue un soplo el que nos puso a danzar en la danza,
polvo hecho gozo, cogimos de la mano el polvo gozoso
y soñamos sueños, y algunos escribimos sueños…
Un día nos regresaron al polvo
grandes, fuertes… un abono magnífico…
(lo cual no deja de parecerse
a la conducta de los avicultores y de los ganaderos
que han transformado en butacas
y en gallinas en galantina
al becerro de española mirada
y a la morigerada gallina que usaba siempre cuellos altos
después de motivarlos y cultivarlos).
Y en él… ¡hasta cuándo!
Mientras ruedan los siglos sobre nuestros ojos
otros hombres disecan los cantos que cantamos
y palpan con orgullo los débiles sueños nuestros.
Con firme mano escriben su sueño.
Así nosotros
dejamos nuestro signo sobre la huella antigua.

Nuevo amor, 1933.

BREVE ROMANCE DE AUSENCIA

Único amor, ya tan mío
que va sazonando el Tiempo
¡qué bien nos sabe la ausencia
cuando nos estorba el cuerpo!

Mis manos te han olvidado
pero mis ojos te vieron
y cuando es amargo el mundo
para mirarte los cierro.

No quiero encontrarte nunca,
que estás conmigo y no quiero
que despedace tu vida
lo que fabrica mi sueño.

Como un día me la diste
viva tu imagen poseo,
que a diario lavan mis ojos
con lágrimas tu recuerdo.

Otro se fue, que no tú,
amor que clama el silencio
si mis brazos y tu boca
con las palabras partieron.

Otro es éste, que no yo,
mudo, conforme y eterno
como este amor, ya tan mío
que irá conmigo muriendo.

Nuevo amor, 1933.

ELEGÍA

Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen,
grotescas para la caricia, inútiles para el taller o la azada,
largas y fláccidas como una flor privada de simiente
o como un reptil que entrega su veneno
porque no tiene nada más que ofrecer.

Los que tenemos una mirada culpable y amarga
por donde mira la Muerte no lograda del mundo
y fulge una sonrisa que se congela frente a las estatuas desnudas
porque no podrá nunca cerrarse sobre los anillos de oro
ni entregarse como una antorcha sobre los horizontes del Tiempo
en una noche cuya aurora es solamente este mediodía que nos flagela la carne por instantes arrancados a la eternidad.

Los que hemos rodado por los siglos como una roca desprendida del Génesis
sobre la hierba o entre la maleza en desenfrenada carrera para no detenernos nunca ni volver a ser lo que fuimos mientras los hombres van trabajosamente ascendiendo y brotan otras manos de sus manos para torcer el rumbo de los vientos
o para tiernamente enlazarse.
Los que vestimos cuerpos como trajes envejecidos
a quienes basta el hurto o la limosna de una migaja que es todo el pan y la única hostia
hemos llegado al litoral de los siglos que pesan sobre nuestros corazones angustiados
y no veremos nunca con nuestros ojos limpios
otro día que este día en que toda la música del universo se cifra en una voz que no escucha nadie entre las palabras vacías y en el sueño sin agua ni palabras en la lengua de la arcilla y del humo.

Nuevo amor, 1933.

LA ESCUELA

A horas exactas
nos levantan, nos peinan, nos mandan a la escuela.

Vienen los muchachos de todas partes,
gritan y se atropellan en el patio
y luego suena una campana
y desfilamos, callados, hacia los salones.
Cada dos tienen un lugar
y con lápices de todos tamaños
escribimos lo que nos dicta el profesor
o pasamos al pizarrón.

El profesor no me quiere;
ve con malos ojos mi ropa fina
y que tengo todos los libros.
No sabe que se los daría todos a los muchachos
por jugar como ellos, sin este
pudor extraño que me hace sentir tan inferior
cuando a la hora del recreo les huyo,
cuando corro, al salir de la escuela,
hacia mi casa, hacia mi madre.

Espejo, 1933.

LA HISTORIA

¡Mueran los gachupines!
Mi padre es gachupín,
el profesor me mira con odio
y nos cuenta la Guerra de Independencia
y cómo los españoles eran malos y crueles
con los indios —él es indio—,
y todos los muchachos gritan que mueran los gachupines.

Pero yo me rebelo
y pienso que son muy estúpidos:
Eso dice la historia
pero ¿cómo lo vamos a saber nosotros?

Espejo, 1933.

EPIFANIA

Un domingo
Epifania no volvió más a la casa.
Yo sorprendí conversaciones
en que contaban que un hombre se la había robado
y luego, interrogando a las criadas,
averigüé que se la había llevado a un cuarto.
No supe nunca dónde estaba ese cuarto
pero lo imaginé, frío, sin muebles,
con el piso de tierra húmeda
y una sola puerta a la calle.
Cuando yo pensaba en ese cuarto
no veía a nadie en él.
Epifania volvió una tarde
y yo la perseguí por el jardín
rogándole que me dijera qué le había hecho el hombre
porque mi cuarto estaba vacío
como una caja sin sorpresas.
Epifania reía y corría
y al fin abrió la puerta
y dejó que la calle entrara en el jardín.

Espejo, 1933.

EL PRIMER ODIO

Yo sabía recitar *Fusiles y muñecas*
y la *Serenata de Schubert* y *A Byron,*
pero en la librería de mi casa
estaba un libro de don Manuel Puga y Acal,
Poetas contemporáneos —188…—
en que se destrozaba a mis ídolos
y yo odié terriblemente a don Manuel Puga y Acal.
Después no he sabido más de Peza,
ni del Duque Job, ni del otro
y hasta hubiera olvidado a su agudo crítico de Guadalajara.

Lo he tratado; es gordo,
ya no usa bigote ni escalpelo de la crítica
ni seudónimo, y es Secretario de la Universidad;
hasta me ha saludado alguna vez.

Pero ¿cómo iba yo a saber que crecería tanto
o que Brummel duraría tanto?

Espejo, 1933.

LIBRO DE LECTURA

¿Qué se hicieron los gatos, los conejos,
el Rey de la Selva, y la Zorra de las Uvas,
los Cinco Guisantes, el Patito Feo?
Hace tiempo que no trato con esos animales;
desde que me enseñaron que el hombre
es un ser superior, semejante a Dios,
aunque todavía no me enseñan a Dios,
los animales me parecen sin importancia.

Lo único que odio en este libro
es que esboza que hay diversos países
y relata el viaje de Colón
y tuve que recitar unos versos:
Oh Colón para hacer de tu renombre…

Antes de venir a la escuela
no distinguía entre los hombres;
todos ellos me parecían iguales.
Ahora sé:
Europa, Asia, África, América, Oceanía
y México. ¡Viva México!
Espléndido es tu cielo, patria mía.

Espejo, 1933.

LA POESÍA

Para escribir poemas,
pasar ser un poeta de vida apasionada y romántica
cuyos libros están en las manos de todos
y de quien hacen libros y publican retratos los periódicos,
es necesario decir las cosas que leo,
esas del corazón, de la mujer y del paisaje,
del amor fracasado y de la vida dolorosa,
en versos perfectamente medidos,
sin asonancias en el mismo verso,
con metáforas nuevas y brillantes.

La música del verso embriaga
y si uno sabe referir rotundamente su inspiración
arrancará las lágrimas del auditorio,
le comunicará sus emociones recónditas
y será coronado en certámenes y concursos.

Yo puedo hacer versos perfectos,
medirlos y evitar sus asonancias,
poemas que conmuevan a quien los lea
y que les hagan exclamar: «¡Qué niño tan inteligente!»

Yo les diré entonces
que los he escrito desde que tenía once años:
No he de decirles nunca
que no he hecho sino darles la clase que he aprendido
de todos los poetas.

Tendré una habilidad de histrión
para hacerles creer que me conmueve lo que a ellos.

Pero en mi lecho, solo, dulcemente,
sin recuerdos, sin voz,
siento que la poesía no ha salido de mí.

Espejo, 1933.

BOTÁNICA

Todas las plantas se marchitan a mi contacto.
Cuando juego con barro y construyo ríos,
arranco ramas de los árboles,
las adorno de flores
y planto un huerto en el arbitrario camino.

Sigue el agua su cauce de mi mano,
la llanura es perfecta con el monte y la estrella
pero mis árboles
doblan sus ramas.

Yo he mojado mis dedos en su sangre,
he visto cómo crecen,
cómo tienden los brazos y escalan las paredes
o bien surgen de sí mismas como grande atletas firmes.

Se ofrecen a sí mismas el decoro
de una campana azul, frágil y breve,
o el fruto inaccesible y perfumado
de que nacen de nuevo a la dulzura.

Pero sólo la tierra y el tiempo
y el sol y la lluvia
obran que su sangre no muera en mis manos
cuando juego con ellos al río,
al camino, al monte y al huerto.

Espejo, 1933.

AMOR

Amar es este tímido silencio
cerca de ti, sin que lo sepas,
y recordar tu voz cuando te marchas
y sentir el calor de tu saludo.

Amar es aguardarte
como si fueras parte del ocaso,
ni antes ni después, para que estemos solos
entre los juegos y los cuentos sobre la tierra seca.

Amar es percibir, cuando te ausentas,
tu perfume en el aire que respiro,
y contemplar la estrella en que te alejas
cuando cierro la puerta de la noche.

Espejo, 1933.

EL AMIGO IDO

Me escribe Napoleón:
«El Colegio es muy grande,
nos levantamos muy temprano,
hablamos únicamente inglés,
te mando un retrato del edificio…»

Ya no robaremos juntos dulces
de las alacenas, ni escaparemos
hacia el río para ahogarnos a medias
y pescar sandías sangrientas.

Ya voy a presentar sexto año;
después, según todas las probabilidades,
aprenderé todo lo que se deba, seré médico,
tendré ambiciones, barba, pantalón largo…
Pero si tengo un hijo
haré que nadie nunca le enseñe nada.
Quiero que sea tan perezoso y feliz
como a mí no me dejaron mis padres
ni a mis padres mis abuelos
ni a mis abuelos Dios.

Espejo, 1933.

LAS OLAS EN SU DANZA

I

Las olas en su danza, cogidas de las manos azules e infinitas,
las nubes que oscurecen su carne inmóvil bajo el Sol
o las nubes las olas que el barco hiende y rasga
—fuga de blancos pétalos, líquido jaspe.

El mar blanco y callado de la mañana limpia,
las gotas de rocío que deposita el sol sobre la copa azul de cada ritmo
y el horizonte límite, distancia en la clausura,
y el mármol de una nube que el viento esculpe, ciñe y adelgaza.

O en el mar de la tarde que inicia un canto rumoroso, claro y profundo
—acero terso, collar de espumas, pétalo níveo—,
juegan las olas y se persiguen y se coronan
—plata, ceniza, guirnalda, azahar.

O el horizonte gris que se diluye sobre el azogue
y vierten las cenizas de un ocaso sin sangre repentino
su llanto en los cristales —imaginarias islas como ruegos.

O la callada sombra total como un presagio
a los ojos inútiles de pronto
sobre las manos blancas que suplican
a tientas si en el cielo
vuelto nave y naufragio
el mar rindió sus tintas enlutadas.

Cuando ya en la bahía apenas, fatigado
como un atleta niño, si palpita
al céfiro, rugosa y delicada
la fina piel que vela
savias bajo de cóncavos espejos

Y de nuevo partir, como la Luna misma
que sigue nuestra huella en la distancia,
mayor ayer, mañana perezoso
bajel o comunión en el recuerdo.

II

«Take a man like myself —
See these hands?— they're dirty.
This finger is all torn from my work.
You know —if were in land
— see those tubes and screws and engines?
My job would be to keep them fit.
That is what I do on the ship.
If some passenger loses his trunk keys
I make one to fit
And the bathrooms, and the waterpipes, and all.

I work for a living,
But I'm no socialist or bolshevist of anything
I just go along the best I can
'cause I think the most money goes to the most brains
And since I only get 55 a month
It must be that I'm only worth 55.
't ain't much, is it?
But still I think if I'm not happy with that money
Somebody must believe it is a lot of dough
And wish he had it.

My name is Neville,
Neville Charles Rogers, but they cali me Buster
n' account of my father.
You know, during the war
They say I was nine months of age
And was lying on a bed
When an old friend of my father came into the room
And he said to me
«Hello, Buster junior»
'cause my old man's nickname was also Buster
And so they have been calling me ever since.
You are one of them passengers
You're traveling on this boat for some reason,
For business
Or just because you want a vacation
And you enjoy yourselves thoughly.

We see you at night
Dancing on deck
Or having swell drinks at the bar
Or may be you stare at us
Because you wonder
About real life
And men who work for a living
As we do.

I also like a good drink
I can have it in my room when work is finished
And I can play cards
Or read stories
But I have to do all that in the same little room
And I keep on doing the same things everyday
On this same ship
And getting 55 every month.

I have a brother in New York
He’s married and he has a child
But he has no job now.

Well —he has a home
They must be happy
I’m glad to share my 55 with them

And whenever we get to port
I take the child some toy for a present
Because he must be happy.

Sometimes at night
I feel kind o’ lonesome
But then I know some very old seamen rhymes
And I sing them.

I’ve been a good fellow
And I earned all I spent
I’ve paid what I’ve borrowed
And I lost all I lent.

I once loved a woman
But it carne to an end.

So I’ll get me a damn dog
—He’ll be my friend.

Seamen rhymes, 1934.

DEL PASADO

Del pasado remoto
sobre las grandes pirámides de Teotihuacán,
sobre los teocalis y los volcanes,
sobre los huesos y las cruces de los conquistadores áureos
crece el tiempo en silencio.

Hojas de hierba
en el polvo, en las tumbas frías;
Whitman amaba su perfume inocente y salvaje
y Sandburg lo ha visto cubrir las tumbas
de Napoleón y de Lincoln.

Nuestros héroes
han sido vestidos como marionetas
y machacados en las hojas de los libros
para veneración y recuerdo de la niñez estudiosa,
y el Padre Hidalgo,
Morelos y la Corregidora de Querétaro,
con sus peinetas y su papada, de perfil siempre,
y Morelos con su levita, sus botas negras y su trapo
en la cabeza, feroz el gesto, caudillo suriano
y la Corte de los virreyes de terciopelo, hierro y encajes
y la figura de cera de Xóchil descalza
entre los magueyes de cera verde.

Luego Iturbide en su coronación
—¡y pudiste prestar fácil oído a falaz ambición!—
y nuevas causas de la libertad,
intervenciones de *cowboys* y zuavos de circo
y «entre renuevos cuyos aliños
un viento nuevo marchita en flor,
los héroes niños cierran sus alas
bajo las balas del invasor».

Y Juárez, Benemérito de las Américas,
para que vean de lo que son capaces los indios,
en su litografía de marco dorado
sobre todos los pupitres grises, decorado de moscas,
sobre los pizarrones encanecidos,
el Monte de las Cruces, el Cerro de las Campanas,

el Cerro de Guadalupe
y don Porfirio y las fiestas del Centenario
a que vino Polavieja, entre otros,
y las *extras* de los periódicos
y el temblor de tierra que trajo a Madero
y a la señora Sara P. de Madero.

REVOLUCIÓN, REVOLUCIÓN,
siguen los héroes vestidos de marionetas,
vestidos con palabras signaléticas,
el usurpador Huerta
y la Revolución triunfante,
don Venustiano disfrazado con barbas y anteojos
como en una novela policíaca primitiva
y la Revolución Constitucionalista,
Obregón, que tiró la piedra y escondió la mano
y la Revolución triunfante de nuevo,
la Era de las Instituciones,
el Mensaje a la Nación,
las enseñanzas agrarias del nuevo caudillo suriano,
el Jefe Máximo de la Revolución
y el Instituto Político de la Revolución,
los Postulados de la Revolución,
los intereses colectivos,
la clase laborante y el proletariado organizado,
la ideología clasista,
los intelectuales revolucionarios,
los pensadores al servicio del proletariado,
el campesinaje mexicano,
la Villa Álvaro Obregón, con su monumento,
y el Monumento a la Revolución.

La literatura de la revolución,
la poesía revolucionaria
alrededor de tres o cuatro anécdotas de Villa
y el florecimiento de los maussers,
las rúbricas del lazo, la soldadera,
las cartucheras y las mazorcas,
la hoz y el Sol, hermano pintor proletario,
los corridos y las canciones del campesino
y el overol azul del cielo,

la sirena estrangulada de la fábrica
y el ritmo nuevo de los martillos
de los hermanos obreros
y los parches verdes de los ejidos
de que los hermanos campesinos
han echado al espantapájaros del cura.

Los folletos de propaganda revolucionaria,
el Gobierno al servicio del proletariado,
los intelectuales proletarios al servicio del Gobierno
los radios al servicio de los intelectuales proletarios
al servicio del Gobierno de la Revolución
para repetir incesantemente sus postulados
hasta que se graben en las mentes de los proletarios
—de los proletarios que tengan radio y los escuchen.

Crece el tiempo en silencio,
hojas de hierba, polvo de las tumbas
que agita apenas la palabra.

El Himno del trabajo
en la ciudad antigua, edificada sobre agua
los hombres hacen puertas y levantan paredes
o conducen gente de un sitio al otro
o fabrican pan
o vigilan las grandes máquinas que escupen su negrura
sobre sus carnes fláccidas
o componen en plomo las frases de los pensadores
o vocean la cotidiana sabiduría de los periódicos
o envejecen detrás de los mostradores
o de los escritorios
o en las cárceles o en los hospitales
o destazan la carne sanguinolenta, y la pesan
o leen atentamente las ofertas de empleo en los diarios
o llaman a las puertas y muestran un brazo paralizado.

Pero concluido el Himno del trabajo
pueden iniciar el Himno de la alegría,
pueden ir a un cine y comer cacahuates
o pueden escuchar en la radio una Conferencia Antialcohólica
con números de música cubana
o ir a tomarse un tequila a la esquina

o pulque y tacos,
o asistir a una conferencia
sobre los anhelos y las realizaciones del Plan Sexenal.
«En Rusia, compañeros, el proletariado organizado
derrocó la tiranía de los zares
y redujo a cenizas el capitalismo y la burguesía.
El comunismo es una doctrina extraña en nuestro medio,
no pudimos sostener relaciones diplomáticas con la Unión Soviética,
pero la Educación Socialista
preparará a tus hijos a vivir el momento histórico
y la realidad mexicana dentro de los postulados
del Instituto Político de la Revolución Mexicana.
La capacitación de las masas trabajadoras,
los anhelos de reivindicación del proletariado…»
Le dicen los poetas proletarios:
CAMPESINO,
toma la hoz y traza tu destino.
(Se lo dicen en la ciudad, o por radio
y él no puede escucharlos.)

Los pintores lo graban en los muros de las oficinas
abrazando al obrero,
viendo salir el Sol de las Reivindicaciones,
cargado de flores o de paja
o descendiendo a las minas negras.
(Él no ha visto esos muros, y en su choza
cuelga un viejo almanaque de los productos Báyer
o el retrato de Miss Arizona en traje de baño
que cortó de un rotograbado dominical.)

Cuando suele venir a la ciudad
trae a cuestas dos costales de tierra de encino
para las macetas de trozos de platos
que adornan las casas de los pensadores proletarios
o viene a venderle a míster Davis unos sarapes
o a vocear lúgubremente una ruda escalera
o dos petates o unos jarros toscos
o chichicuilotitos vivos.
Y si tiene fuerzas
se llega caminando hasta la Villa de Guadalupe
a encenderle una vela a la Virgen

porque en su atraso y su ignorancia
no sabe que ya no hay Dios, ni santos,
ni cielo, ni infierno,
ni que la doctrina marxista, la oferta y la demanda,
la plusvalía y la saturación de la plata
integran la preocupación más honda
del Gobierno emanado de la Revolución.

Se llega, tímido, a la elegante y sabia ciudad,
vestido de manta, descalzo y callado,
miedoso de los automóviles raudos
y se vuelve a su tierra por los caminos desmoronados
en que crece el tiempo en silencio
pisando hojas de hierba, polvo de las tumbas
que agita apenas la palabra.

Es necesario fomentar el turismo.
Cuando esté terminada la carretera México-Laredo
vendrán muchísimos más Leones y Rotarios
a brindar en Xochimilco por la prosperidad de México,
que les queda más cerca que Egipto, relativamente,
y que también tiene ruinas de Monte Albán.
Los años de la depresión dejaron ya su enseñanza.
Mientras Morgan y Rockefeller
el maltusianismo y las sufragistas
construían en el pasado siglo la civilización industrial,
los ferrocarriles, los bancos y las fábricas de salchichas
los B.V.D.'s, los tractores y la leche condensada
sin pensar en la inmanente tragedia de la sobreproducción,
Juárez dijo que el respeto al derecho ajeno era la paz
y disfrutamos en consecuencia de una larga paz enajenada,
turbada apenas, acaso, por la inauguración del ferrocarril
que iban a ver las gentes, como al circo,
por las tardes, en la estación.

Fuimos inmunes al industrialismo.
Nuestra paz, el silencio prenatal de nuestros campos
apenas si a ratos desesperaba
la explosión de un cohete, de un alarido,
de un balazo o de una detumescente puñalada.
Todavía nos halló sentados
el retorno del hijo pródigo yanqui

vencido por la máquina que engendró su comodidad,
aturdido, loco de ruidos industriales,
misionero, turista y periodista.
Vinieron en aeroplano grandes pensadores rubios.
«El confort, dijo uno de ellos,
es la armonía entre el hombre y su medio.
Los indios, a la puerta de sus chozas,
están más confortables, descalzos,
que Anatole France en zapatillas
o Calvin Coolidge sorbiendo una Coca-Cola
en un salón del Waldorf Astoria.»

Otro dijo: «Con unos cuantos tractores Ford,
unos cuantos baños de Crane,
algunos kilómetros de carreteras pavimentadas
México sería el paraíso
que no pudieron ser los Estados Unidos.»

Vino todavía otro, de mucho más lejos,
y comparó la civilización industrial a un lirio podrido
cuyo perfume le era definitivamente más grato
que el de la paz prenatal regada de ocasional sangre,
sólo interrumpida, a ratos, por el estallido de un cohete
que mira el indio, confortable a la puerta de su choza,
ignorante de lo que dijeron los pródigos pensadores.

De todas maneras
el despertar de los anhelos
de las clases laborantes del campo y la ciudad…

Crece el tiempo en silencio:
hojas de hierba, polvo de las tumbas
que agita apenas la palabra.

Poemas proletarios, 1934

FLORIDO LAUDE

Lo menos que yo puedo
para darte las gracias porque existes
es conocer tu nombre y repetirlo.

Si brotas de la tierra,
hostil de espinas, ávida de cielo,
en vigoroso impulso
y ofreces un capullo a la caricia
leve del viento y cálida del día,
sé que abrirás a la mañana bruja
tu perfección efímera en la Rosa.

Conozco tu perfume y tu destino,
piel de doncella, hostia múltiple;
tu breve día, tu don. Miro el momento
en que brindas tu lecho nupcial a las abejas;
o el colibrí se pinta en tus colores
y desmayas tus pétalos de seda,
conchas del mar del aire en que naufraga
tu vida breve y tu perfume rosa.

Yo repito tu nombre cuando veo,
ave suntuosa y vegetal, tu nido
anclado en aquel árbol que te nutre.

Las plumas de tus pétalos, Orquídea;
el silencio en que cantan tus colores.

Y te busco en la sombra;
bajo el ala del árbol que te oculta,
en los ramos redondos
en que entonas a coro tus azules, Hortensia.
Pero también te admiro y te saludo
y repito tu nombre proletario
cuando tiendes, Mastuerzo,
tus frágiles sombrillas, tus trémulas sombrillas
disciplinadas y redondas,
en que tiembla el rocío,
y atreves la sencilla
ofrenda de tus conos amarillos

a la mano del niño que te inmola.

Y a ti, Cortina humilde
que abres al sol y cierras a la noche
tus sueños de trocarte en Bugambilia;
y a ti, que en el violento
grito de tu amarillo
ostentas en colores, Mercadela,
el perfume negado a tu pobreza.

Y contemplo tu rostro, Margarita,
tu cuello almidonado e impecable,
tu uniforme escolar para la fiesta,
tu faz redonda, ingenua.

Saludo a tus hermanas mayores en las Cinnias
que aprendieron ya el arte de maquillarse;
que copiaron su labio pintado a la Petunia
mientras tiende su beso
y asoma su coqueta esbeltez entre las turbas
del Cielo raso que la rapta.

Miro cómo el Acanto
lanza la espiga erecta de sus torres
y cómo los Delfinios
yerguen, música azul, sus campanarios.

¿Qué licor impalpable
brindan, alto Alcatraz, tus copas blancas?
¿Qué cielo multiplicas, Agapando,
cuando rindes la nuez de tu universo
desde el brazo tendido de tu tallo?

Te miro, Platanillo,
cresta airosa de un gallo de alas verdes;
tan lleno de familia
que no has podido ser una Gladiola,
y te resignas a tu sino
del pariente más pobre de esa rica
dueña de tiendas, celofán y lazos.

Cerca está la Retama;

sus largos alfileres
capturan mariposas menudas y amarillas.
El polen de sus alas prisioneras
cuelga en uvas minúsculas la Mimosa vecina.

Lo menos que yo puedo
para darte las gracias porque existes
oh flor, milagro múltiple;
es conocer tu nombre y repetirlo.

Danza el Geranio inmóvil sus enaguas gitanas
en tiesto humilde.
Cuando llegue el invierno;
cuando duerman las Dalias su gestación de piedra;
cuando nieven los Lirios su cándido capullo;
cuando la Nochebuena despliegue sus estrellas,
vestirán las Azáleas trajes de bailarina,
faldas de leves tules y lánguidos pistilos.
Serán tu aristocracia, Geranio, las Azáleas.

Yo te miro trepar, flor eminente;
Gloria o Jazmín, o Plúmbago, que entregas
tu fino ramo pálido al viandante;
te miro, Bugambilia,
anidar la morada de los hombres
cual si los invitaras a ser pájaros;
te miro, Llamarada,
ungir de sol el muro y las ventanas;
y si un perfume de niñez me invade
y condensa la tarde en su dulzura,
sé que tú has de estar cerca, Madreselva.

Te admiro dura y rara, hostil y gloriosa,
seca y amarga y vívida
como la recia planta que decoras
cuando estallas tu rojo en la Biznaga
que coronas minúscula de estrellas;
o cuando el Nopalillo que serpea
entre rocas de lava congelada,
brotas como una estrella de alabastro
o sangras como herida de la piedra.

No me olvides, me grita el Nomeolvides
que recoge virutas siderales
en el prado en que juegan las Juanitas
y cuidan engolados Pensamientos;
en el alegre prado
en que embisten la clara pirotecnia
de su organdí corriente, los Perritos;
en que los Alhelíes,
ebrios de aroma, pintan su sonrisa
roja, blanca y morada
y donde las Violetas,
como cuadra a su fama
doblan el cuello y hurtan su modestia.

Y yo te miro, flor, tender el vuelo
y posarte en los árboles; te miro
arder en la pasión del Flamboyán
que incendia el día de Mérida.

Y cubrir con tu velo de crepúsculo triste
la Jacaranda de Guadalajara
que inmola alfombras tenues a los pasos románticos.

Te miro, Flor de mayo, Jacalasúchil,
redimir la pobreza de tus troncos
con una geometría perfumada y perfecta;
te miro, Cempasúchil,
flor de los muertos y de los pobres,
enriquecer y resucitar a mi raza.

Y te aspiro, Gardenia,
Jazmín, Huele de Noche, Estrella de Día;
Heliotropo, Azucena, Nardo;
porque eres forma, color y perfume;
porque eres, flor, la esencia de la vida,
la juventud del mundo, la belleza del aire,
la música cifrada del orbe;
porque eres frágil, breve, delicada,
y corres a la muerte que te inmola y consagra, y eterniza.

Lo menos que yo puedo

para darte las gracias porque existes;
para alabar a Dios que te ha creado,
¡oh, flor, milagro múltiple!
es conocer tu nombre y repetirlo
en una letanía de colores
y en una sinfonía de perfumes.

Florido Laude, 1944.

DECIMOS: «NUESTRA TIERRA»

Decimos: «Nuestra tierra»,
como pueden decirlo los árboles que un día
fueron una semilla llevada por el viento
al seno oscuro y dulce,
al seno silencioso,
a la germinación humilde,
a la gota del agua, a la caricia
del sol; como los árboles
que años después tendieron su brazo a la aventura,
su arrullo al nido, su saludo al día,
sus hojas a los cielos y su fruto a los hombres.
Decimos: «Nuestra tierra»,
porque en ella se afirman nuestras hondas raíces.

Nuestra tierra es la infancia
para siempre grabada en el recuerdo.
La que nos dio palabras y sonrisas
para el viaje del mundo;
la que nos hizo conocer la aurora
como al alcance de la tierna mano,
sobre el monte vecino;
la que encendió la estrella de la tarde
a contemplar los juegos infantiles
y el regreso al hogar de los silencios;
la que en la noche limpia,
en la noche profunda,
puso en el corazón, ya para siempre,
cantar de grillos y fulgor de estrellas.

No es la ciudad, la anónima, la enorme;
la que llena de gritos la ambición de la máquina;
de la que huyeron árboles y pájaros;
la que cierra los ojos a la Luna;
la que hacina a los hombres, los iguala, los frustra;
la que el reloj preside con su látigo doble.

No es la ciudad; la prisa, la congoja,
la luz mentida, el día tenebroso,
el oro oculto, el fruto embalsamado,
la poesía en las rejas de los libros,

el agua muda y ciega, y opresa y derrotada,
ya no río, ni lago, ni lluvia, ni caricia, ni espejo.

No es ésta, nuestra tierra
donde la tierra ha sido sepultada,
desterrada, olvidada
y cubierta con mármoles de asfalto.

«Nuestra tierra», decimos, y pensamos
en la dulce provincia, y nuestras venas
se llenan con el jugo violento del recuerdo.
Es la provincia. Mírala, viajero:
desde el avión, si quieres. El avión no la toca.
Se mira allá, como una flor caída, de pétalos dispersos.
Los dedos de su iglesia te señalan
y los techos recatan las cunas y los sueños.

Ése era todo el mundo:
su sol, el sol sobre los muros blancos;
su mar el río claro, su música las aves,
su misterio la noche perforada de estrellas,
su muerte el cementerio vecino, donde acaso
nuestros padres rindieron su tierra a nuestra tierra.
La primera palabra, el primer paso,
la primera sonrisa;
tender la mano y recibir la mano;
hundir las manos en la dulce tierra,
recibir el bautismo de su río,
morder el fruto, perseguir el viento,
vivir en libertad, lleno del gozo
de descubrir el mundo a cada instante.

El hogar, con arcilla levantado;
la escuela en que aprendimos
a entonar nuestras voces en el múltiple coro
ya para siempre; en que aprendimos
a formar con las manos la ronda de los hombres
y a llamarnos amigos por decirnos hermanos.

La iglesia humilde, su campana clara,
la comunión en lengua sin pecado,
la plaza dominguera y bulliciosa,

la serenata tibia, la cómplice sonrisa,
el saludo, la carta, la esperanza.
Y ¡quedarse, provincia, en tu regazo!
Y tras las altas rejas de una abierta ventana
¡concertar una cita con la vida
en idilio romántico!

Has sido tú, provincia generosa,
quien dio rostro a la patria con el suyo;
quien dispersó a los hombres,
madre fecunda, a trabajar por ella;
a engrandecerla al repetir tu canto,
a decir tu palabra y tu sonrisa.

Mérida o Guanajuato, Mazatlán o Saltillo,
Torreón o Puebla,
o Morelia, o Querétaro,
por dondequiera el corazón que guarda
tu imagen, tu latido, tu perfume,
vuelve a hallarse en tu clima,
reza en tus templos, vibra en tus campanas,
reconoce el amor de tus ventanas,
sueña en tus noches plácidas,
vaga en tus calles recobrada infancia
y halla en el rostro amigo
y en la sonrisa clara
al hermano que aguarda a sus hermanos.

Madre común y santa;
decimos: «Nuestra tierra»,
porque ella nutre al árbol de la patria.

Decimos: «Nuestra tierra», 1949.

1961

Gracias, Señor, porque me diste un año
en que abrir a tu luz mis ojos ciegos;
gracias, porque la fragua de tus fuegos
templó en acero el corazón de estaño.

Gracias por la ventura y por el daño,
por la espina y la flor; porque tus ruegos
redujeron mis pasos andariegos
a la dulce quietud de tu rebaño.

Porque en mí floreció tu primavera;
porque tu otoño maduró mi espiga
que el invierno guarece y atempera.

Y porque, entre tus dones, me bendiga
—compendio de tu amor— la duradera
felicidad de una sonrisa amiga.

1965

Tesoro concedido gota a gota:
el perfume a la flor, la luz a una
sorprendida mirada que la cuna
sombra, siglos incógnitos derrota.

Férvido manantial, la vida brota
dilapidada en horas su fortuna:
fulge la noche lágrima de luna,
se contiene la música en la nota.

Uno —de sus amargas azucenas—
al aire cae, pétalo contrito
que el Tiempo arrastra en húmedas arenas.

A la Esperanza yérgase marchito.
Y el corazón fertilizado en penas,
cobre el silencio validez de grito.

HURGO MI CORAZÓN

Hurgo mi corazón —cofre olvidado.
¿Qué ofrecerte, mi dios? ¿Cómo adorarte?
¿Qué rendir a tus pies? ¿A qué collares
mis brazos delegar, ebrios de rosas?

Porque tu luz la encienda
fluye de nuevo, cálida
el agua endurecida de mi pecho.
Porque en el cielo claro de tu frente
dos estrellas me miren,
tiemblan mis ojos mudos.

Porque tu aliento esparce
gloriosa juventud, vivo y la aspiro.
Por rozar la corola de tus manos
se estremecen las mías.
¡Esplenda tu sonrisa
que me asoma a la dicha de mirarte!

ESTA FLOR

Esta flor en mis manos, repentina
alba en mi noche, estrella
de mi sueño nacida
¿me atreveré a tocarla?
¿mereceré siquiera profanar con mis ojos
la luz que la revela?

El aire desolado de la espera vacía,
el aire en que no estaba ¡respiré tántos años!
El agua que era muerta y clara y muda,
el agua quieta y dócil, resignada,
humedece su imagen luminosa.
A su labio asomada
—¿por qué milagro?— el agua se quema en su homenaje.

Estatua derrüída
en cenizas la brasa consumida,
con la arcilla de ayer formó su vida.

¿Qué sino a su fulgar puede mi noche
atesorar, atónita, el sueño redivivo?
¿Qué voz hallar, qué grito,
qué jubiloso y asombrado canto
saludará su aurora?

Tiendo hacia ti mis manos de mendigo.

HYPNOS

Fue, de pronto, la sombra: dulcemente llegada;
tránsito no advertido; párpado que se rinde
a atesorar la perla de un día luminoso.

En las rocas del Tiempo, largamente
giró la rueca y devanó los hilos.
Pulso a pulso reptaron
los rojos ríos de las venas azules;
se distendieron —liras—
las cuerdas invisibles que hizo vibrar el viento.
Ascensor de la araña,
estremecida antena del insecto,
mirada, palabras, contacto,
entrega y dominio.
Casa a cuestas del caracol
que arrastra su prisión y ampara su refugio.

Y brotó de la arcilla
la rama doble y ávida que nos crucificaba;
corteza endurecida,
hojas en fuga —breves,
tiernas, recias, lánguidas, muertas, secas.

Cíclope rojo
que recata su cueva
o brinda su corola y su pistilo:
el áspid, en corales detenido,
metrónomo y batuta frente a la universal partitura.

Los dióscuros húmedos
que prolongan el arco a disparar su flecha;
a anticipar el tacto, a anular las distancias:
que capturan, envuelven, acarician,
vuelan de su atalaya —sin dejarla.
Todo se borra y desvanece
en la sombra victoriosa y omnipresente.
Todo se derruye y esparce
en el pulverizado silencio
que ahora nos reintegra a la nuez.
Y de pronto; sin nombre
—tránsito no advertido—

el Tiempo cancelado,
elástico, líquido,
estrella en mil pedazos largos
los espejos adustos.

Tesoro arrebatado
en asalto a las naves náufragas de los días;
hacinado despojo
que en el limo germina
la flor de ayer, simiente de sí misma
resurrecta, triunfal, ilimitada.

Sin espacio, sin Tiempo,
el tiempo en nuestras manos escultoras
alarga su deleite recobrado
hasta la playa misma, hasta el minuto frágil,
frontera quebradiza
en que flotan sin peso las nubes de los sueños.

Palpan los ojos ávidos
de los dedos, las formas transparentes y amadas,
sápidas y sonoras
con voces emitidas en silencio;
sepultas, olvidadas, rescatadas a su frescura prístina.
¡Qué cerca del abismo nos suspende la angustia!
¡Cómo nos salva un ala repentina
y cómo nos transfiere
a reanudar el goce interrumpido,
a recobrar sin sombra de asombro lo perdido!

Todas las magnitudes
a voluntad —sin ella— menguadas o acrecidas
a la luz que conjuga crepúsculos y nieves
a untar con los pinceles del iris
los azules del agua y los rojos del éxtasis.

Y de pronto, de nuevo
—tránsito doloroso—
el mundo, la vigilia vigilante y metódica,
la araña que restaura los hilos de su imperio,
los dedos inflexibles que rigen los espasmos
del dócil títere:

las horas, enjauladas fieras en cautiverio
sin evasión posible.

Ha de volver. La aguardo. La sombra y el silencio.
Ya para siempre —el sueño, atesorado.

OFRENDA

(Tlamanalli)

Inic notlazotlamatini
noyollotica nicmana, nicmaca.

ÁNGEL MARÍA GARIBAY

El Dador de la vida:
el que está cerca y está lejos
me amasó con los huesos rescatados a las tinieblas.
Una gota de sangre suya
se hizo flor en el corazón que de Él recibí.
Una mirada suya
izó como un anzuelo los ojos en mi rostro.

Con rostro y corazón, yo fui su huésped;
habité largamente su casa de esmeraldas.
Brotaban flores rojas su canto junto al mió.
Los collares fragantes enlazaron mi pecho;
se poblaron de pájaros mis brazos extendidos
a asir el inasible,
el de plumas de turquesa y de oro,
el quetzal fugitivo de los días.

Mi lengua, perforada de palabras,
libó miel en silencio de las flores azules y amarillas.

Endureció mi rostro,
marchito bajo el polvo tenaz que nubla el oro del tiempo,
que enturbia la corriente
—sierpe, vena, camino, rama—.
Mi corazón recoge sus pétalos,
pliega y ennegrece sus pétalos.

¡Ah, Dador de la vida!
¡Ah, Señor que estás lejos y dentro de mi sangre!
Los ojos que me diste
contemplaron dichosos las obras de Tu mano;
danzó mi tuyo corazón
el ritmo de tu aurora palidecida de estrellas,

el águila de oro sobre mi cabeza,
el aleteo de la noche próxima.

A tu palacio de obsidiana
admite ¡oh, Dador de la vida!
al que hiciste tu huésped en la tierra.
Calle mi lengua,
cieguen mis ojos ante Tu grandeza invisible;
deje yo aquí los cantos,
las piedras preciosas de la amistad,
las flores que Tus manos pusieron en las mías.
Despoja de sus lánguidos pétalos
el corazón que pusiste a cantar por un día.
Rescata en él la gota de Tu sangre divina.
Yo te la entrego,
te la devuelvo,
¡oh, Dador de la vida,
impregnada en la gloria de haber la Tuya habido!

PROSA

CONFESIONES DE PEQUEÑOS FILÓSOFOS

Medea

Nací en Colcos, recordaréis. En unos cursos de verano vine a dar con Jasón. ¡Oh, sus grandes ojos expresivos, como sólo se ven en la Historia! Caséme apresuradamente con él. Pero tenía unas costumbres como sólo se ven en la Zoología. A los cuantos años teníamos que tener nodriza y pedagogo. ¡Qué hombre más falto de imaginación! Nunca me han seducido los niños. A él proyectarlos le extasiaba y diferimos, enfriándose nuestras relaciones. Empezó a visitar a la hija de Creonte, chica insulsa que leía el Génesis y que, vistiendo mal, admiraba mis trajes. Una noche el juez, su padre, ordena para mí el artículo 33. Ya iban varias noches que Jasón pasaba ausente. No protesté. Empaqué mi ropa más *vamp* y la di al chofer. Mis hijos, nacidos allí, por ese solo hecho no eran paisanos míos. ¿No come elotes el agricultor? Era más práctico matarlos. En cuanto a mi rival, enviarle un *evening dress*, con polvo de picapica. Todavía alcancé a decirle a Jasón más de cuatro frescas por teléfono.

La Venus de Milo

¿Qué cómo, en fin, tenía yo los brazos? Verá usted; yo vivía en una casa de dos piezas. En una me vestía y en la otra me desnudaba. Y siempre ha habido curiosos que se interesen en ver y en suponer. Ahora me querrían ver los brazos. Entonces ellos querían verme lo que usted ve. Y yo, en ese momento trataba de cerrar la ventana.

Don Quijote

En el donoso escrutinio que hicieron en mi librería barbero y cura, no lograron dar con la clave y secreto de mis dislates. Llámase el tal *Santa* y se les pareció sin discusión; es libro escrito por un Indiano y culpable de mis hazañas pro-doncellez. Antes de hojearlo cierto que me placía jugar a los caballitos, con dolor de mi madre viuda y peligro bronquial de mi esbeltez. No había conocido más mujer que María virgen, madre de Dios, y ya veis en qué condiciones. Creía que los niños nacen siempre entre paja; al saber lo de Santa hice mis salidas con la mejor intención.

Sólo que al regresar a casa morí de pena. Todo estaba ya claro para mí, aun mi propia vida. El correo me había traído grueso libro de un alemán. Llámese este Foroed o Freud, si hase de escribir a la alemana usanza. ¿Por qué me engañaste, madre viuda, si un Indiano y un Alemán desencantan siempre?

Cleopatra

Sabéis que me bañaba en leche de burra, con jabón de tortuga y una ala de pelícano por esponja. Cosas nuestras, un poco raras; pero indispensables para los retratos en los magazines. Desde la prohibición empezaron a chocarme los States. Cuando antes filmaba, solía disolver perlas en vino ácido. Ahora tendría que beber Welch's. ¡Triste papel para una reina escénica! Además, Marco Antonio empezó a preferir a sus mansas compatriotas y, con la competencia de vampiresas, mis contratos ya eran indignos. Wally y yo empezamos juntos. Sólo que él prefería la nieve. Se nos pasó la mano un día; pero no comprendo cómo esos reporteros, o historiadores, o lo que sean, confunden los áspides con las jeringas hipodérmicas.

Jeanne D'Arc

La Sociedad Mutualista y Ejército de Defensa de las Once Mil Vírgenes y Una Virgen —no aún vertidas por ningún Doctor Mardrus y de las que fui la 11,001—, vio mal mi nombramiento de Santa. ¡Esta soldadera! y alguno cuyo nacimiento se había verificado en México explicó lo que fueran los juanes.

¡Rica nueva, parvenue, arrivista!, murmuraban Beatriz y Cecilia, inventoras de la melopea, entre Vita Nova y Serenata de Schubert. Hasta Teresa, porfiada en que entre los pucheros anda el señor y Directora de la Escuela Hogar, y Luis de León, que saluda siempre: como decíamos ayer…

Noé

Hijo desnaturalizado que reías viendo a tu autor en apurado trance, sabe que no eran uvas la causa de mi malestar.

¿Parécente pocos los días aciagos que pasé en aquel flotante Soviet, entre tanto recién casado de todas las esferas? Días que no conté porque Jehová sólo se refirió a los animales y no mencionó los almanaques ni, imprevisor de mi débil cabeza, los limones para el mareo! ¡Y luego compadecen a Cristóbal por su tripulación! Siquiera él traía tres barcos para sus semejantes…

Salomé

Judith, Dalila y yo. Pero las aficiones de Dalila eran tan tristemente figáricas que aceptaba propinas. Yo quise la cabeza de Juan porque estaba llena de bellas ideas y porque sus abundantes rizos eran del color de mis escasos Kissme-quicks. Podía

retratarme con ella sobre un libro, ya monda, para los anuncios de mi Hamlet. Por otro lado, si usted come rábanos ya sabrá que no hay para qué tomarlos por las hojas.

CUAUHTÉMOC

Con los fríos que pasa uno en Klondike. Se hielan los pies… Gracias a Cortés que me enseñó esto de los calentadores.

Y el pobre no pudo dar con mi tesoro. ¿De qué sirven los cheques, los giros, pues? Mi dinero llegó antes que yo acá, donde hay tanto que nadie por él sospecha mi rango. Dicen los periódicos que me yergo altivo en el Paseo de la Reforma y en Río de Janeiro. ¡Qué herencia del Santo Tribunal de la Inquisición! ¿Acaso estoy en un lecho de rosas?

LE PENSEUR

Yo que estoy la barba en la mano… meditabundo… Todos ustedes son también un poco pensadores… A cierta hora del día… o de la noche… todos ustedes toman mi postura…

FAUSTO

Ni el primero ni el último. Se ha vuelto el mío nombre de restaurante. ¡Mefistófeles, Margarita! Recuerdo haberlos tratado cuando me fiaba de la alquimia. Ha progresado la Química en mi país. ¿De veras creisteis que al tratar de volver a las andadas soñé en la monogamia? No recuerdo. La cosa es de las glándulas para acá, mi rublo vale muchos marcos.

JOB

Thousands without Job
The Times

Y tornó Job a tomar su parábola y dijo:

¿Se secará el viento o se mojará? ¿Y en la boca del insensato molares no faltarán?

Porque naciéronme en la tierra siete hijas y siete hijos. Y fui poseedor de quinientas asnas y de tres mil camellos, y taquígrafas y taquígrafos: y fui jefe de Departamento.

Y un día vinieron los hijos de Dios delante del ministro. Y entre ellos vino

Satanás.

Y dijo a Jehová Satanás: quítale a Job el empleo. Porque en pobreza aun el recto se torcerá, y el perfecto te hará política.

Y mis asnas y mis camellos abandonáronme. Y el pelo crecía sobre mis orejas. Y yo vagaba por los parques y esperaba en las antesalas.

Ensayos, 1925.

EN DEFENSA DE LO USADO

Una de las más deplorables características de nuestra época es la de no permitirnos gozar íntegramente de ninguna cosa, persona ni situación. Apenas adquirida, un nuevo modelo con mayores ventajas viene a tentar nuestra mutable ambición y nos incita a abandonar el no agotado placer de un idilio, de un coche, de una corbata, de una casa, trocándolos por aquel que ostenta la novedad de convertirse en cama mediante un *click* artrítico de su asiento trasero; por aquella dotada de clima artificial, o riel de seda, o líneas mejores. La producción en serie nos arrebata bruscamente un afecto que apenas empezaba a fructificar en el ajuste tibio de nuestra persona, nos quita de las manos el juguete y nos deja ante el enigma de uno nuevo, frío, cuyas luces no sabemos bien cómo se encienden, cuyo *clutch* no obedece a nuestra anterior coordinación motriz —y vuelta a adaptarnos, para que unos meses después el fenómeno se repita.

En este sentido, la época de la propiedad privada fue más dichosa que la nuestra. Las gentes tenían su piano, sus muebles, su mujer, su caballo —y les duraban todo el tiempo que sus nimios cuidados se encargaban de prolongar. En una verdadera «calidad» (que la publicidad moderna ha despojado de todo sentido como palabra) ponían nuestros antepasados un empeño inicial al elegir aquellos objetos de uso diario y moderado de que rodeaban su pacífica vida. No había el riesgo de que un cambio de líneas en la corriente de unas modas lenta, orgánicamente evolucionadas y circunscritas a la ropa, les dejara súbitamente anticuada a su señora, ni a la cama en que dormían con su señora. Bastaba que vajilla, *buggy,* residencia, seres y enseres, fueran buenos, resistentes y decorosamente presentables.

Pero ahí tiene usted nada más que se inventan las máquinas. El líder o el libro más a mano le pueden explicar a usted todas las terribles implicaciones de la Revolución Industrial para una clase productora que bajo el feudalismo mantuvo el privilegio de su tallercito privado, en el que hacía a mano las cosas, las hacía bonitas y buenas, lograba desarrollar un valioso amor por su oficio, era llamado «maestro» y no había caído, sino hasta que aparecieron las máquinas, bajo la férula del «maestro» de un taller colectivo y ajeno al que ya no la vocación, sino el hambre, lo forzaba a ingresar. Pero libros y líderes, preocupados por salvar a la humanidad, parten, en sus explicaciones del caos, de un principio compasivo hacia las masas explotadas que, al crecer en vehemencia, cierra los ojos a la realidad de su sentimentalismo, cree prescindir de él por completo, y cifra la felicidad de todos los hombres en que todos los hombres coman dietas racionales, científicas y suficientes; vistan trajes revolucionarios, prácticos y uniformes; habiten moradas *standard* y practiquen formas monótonas de satisfacción de todos sus instintos.

Ni libros ni líderes, por iluminados que parezcan, toman en cuenta otro anhelo de nuestra época que no sea el de invertir el esquema de su distribución de la riqueza. Lo que les irrita de las máquinas no es que existan, sino que permanezcan en manos de

sus dueños; que sean unos cuantos los que vean sus arcas repletas de oro sudado por miles de camaradas al pie de las máquinas; colmados sus *closets* con los trajes de lana artificial tejida por obreros que visten mezclilla; apoltronada su obesidad en ocho cilindros armados por atléticos compañeros asalariados que llegan a la fábrica en desvencijados camiones. Y, miradas atentamente las cosas, esto que les irrita no es lo más irritante de las máquinas.

A mitad del camino que va de la estructura a la superestructura; entre lo que es desnudamente hambre y lo que es elevación espiritual, las máquinas han venido a tender el puente inexorable de sus abrumadores productos, y el resultado es que hemos todos de atravesarlo, sin que esté ya nadie en libertad de quedarse en una u otra orilla, o de salvar a nado la distancia entre sus deseos de escuchar música y su placer de ejecutarla en un piano que la moda y el híbrido deseo de oír Londres, Shanghai y Australia, han substituido por un Philco de doce bulbos.

Mientras la biología nos manda trabajar en el puro sentido de emplear nuestras energías transformándolas en placer último e individual, útil por ello sólo, lo *útil* económico-social —este absurdo de la lógica materialista— es el monstruoso engendro industrial de una doctrina civilizadora que aspira a olvidar que en el universo la identidad de A con A es una abstracción desmentida a cada paso por los hechos, los objetos y los fenómenos; que el trabajo no biológico, no vocacional, a que se fuerza a los individuos en nuestra sociedad mecanizada, le es a cada uno de ellos tan ingrato y repulsivo como le es innecesaria y ficticia la felicidad y el placer colectivos que libros y líderes pugnan por garantizarle con la conquista de una semana de veinte horas de trabajo, salarios elevados, vacaciones, congresos sindicales —y la obligación de consumir trajes, automóviles, radios, películas y conferencias colectivas.

Lo irritante de las máquinas no es la forma como estén administradas las fábricas que integran. Bajo la mano despiadada de una corporación capitalista, como cooperativa, o como parte del revolucionario engranaje de un Gosplan que predetermine su rendimiento (y fusile *por trotskistas* a quienes, destinados biológicamente a desarrollar un trabajo de jardineros eficaces, sean puestos a trabajar en una máquina despepitadora que «sabotean» al descomponerla), lo lamentable es que pretendan igualamos en una felicidad utilitaria con sus productos; que cada vez elaboren objetos más perfectos, más desvinculados de nosotros, más «en lugar nuestro». Porque aparte de limitar cada vez más nuestra actividad, impidiéndole a un organismo hecho para adaptarse al frío, al viento, al sol, hacerlo directa y gloriosamente; y otorgándole en cambio, por módico precio, rayos ultravioletas en la alcoba, masajes técnicos y calcetines de lana, las cosas nuevas y excelentes han llevado su daño hasta el espíritu, engendrando en él una verdadera sicosis insensata de posesión y persecución de lo superfluo-individual que pasa por ser lo útil-colectivo. Y cualquiera que sea el resultado final de la lucha de clases, tanto quienes ahora las poseen como quienes las manejan ahora; quienes mañana las administren y

las hagan funcionar, tendrán la culpa de que las máquinas hayan destruido en el hombre el sentido de lo perdurable.

Lo cual, incidentalmente, ha venido a crear el secundario, pero primordial, problema de los objetos de segunda mano. Las divorciadas, los automóviles, los trajes y los zapatos quedan en tan buen estado de uso cuando los abandonamos por los del último modelo, que sería insensato destruirlos por el simple hecho de que a nosotros ya no nos sirven. Hubo siempre quien se resignara a lo *second best*, pero esta apreciable porción de la humanidad que se da a sí misma razones muy convincentes para colgar en su sala un sarape de Saltillo en vez de un tapiz persa, nunca tuvo, como hoy, mayores oportunidades de satisfacción. Sus oportunidades nacen de las que los más ricos, o más ingenuos, desperdician, víctimas premiosas de una sicosis de inauguración, al prescindir de la nuez apenas desflorada su cáscara.

Coleccionistas y anticuarios escapan a este amplio grupo de compradores de cosas de segunda mano, porque lo que ellos buscan son libros, cuadros, objetos de arte: es decir, cosas que no sirven para nada. Los liga sin embargo con él, sin que lo perciban unos ni otros, un hecho inherente a todos los objetos de segunda mano, ya sean útiles como un incunable o un Goya, o serviciales como un Chevrolet 1934 o unos Florsheim adquiridos en la Lagunilla: el calor humano de los anteriores propietarios, manifiesto en las huellas digitales que ostentan sus hojas, en el cómodo hundimiento de los cojines anteriores, en lo amoldado que está el calzado o el traje a las peculiaridades de una anatomía de pobre a quien cualquiera le sienta bien. Sin saberlo, sin advertirlo, anticuarios y compradores de objetos de segunda mano se la estrechan en la búsqueda de una huella humana que está ausente de los productos mecánicos nuevos, pero presente ya, tibia, familiar y satisfactoria, en los usados. Cuando el artesano creaba a mano sus obras, trabajaba por ello en el mejor sentido biológico y vocacional de su aptitud, se expresaba al hacerlo y comunicaba a su creación un anhelo de inmortalidad que la hacía perdurable, grata, bella, inmediata e imprescindiblemente útil para aquel espíritu afín al suyo que al adquirirla la comprendía y la atesoraba, orgulloso de poseerla permanentemente e incapaz de desprenderse de ella por otra más nueva. Todo lo contrario ocurre ahora que las cosas las hacen no los hombres, sino las máquinas. Puestos a ver quién gana, con un impulso uniformemente acelerado, hombres y máquinas compiten en superar, éstas, su producción de novedades superfluas; aquéllos, su capacidad de consumirlas conforme aparecen en el mercado.

Y lo malo es que los accidentes en las carreteras, los disparos y otros varios recursos de que dispone la técnica moderna para absorber la sobreproducción de cónyuges y coches, ven frustrada su eficacia por un correlativo progreso en la construcción de los caminos, la adopción de frenos en las cuatro ruedas y la cirugía de urgencia. La Justicia inmanente conspira contra el afán destructor de los estrenadores, y se muestra fiel aliada de los amantes de lo usado. Son éstos —sensatos, conservadores— quienes desdeñan la efímera flor y aguardan el sazonado

fruto. Bien saben ellos que un coche de segunda mano puede ya salir a todas las carreteras, desarrollar toda la velocidad que alcance a imprimírsele; que se le puede cerrar la *esprea* para que no gaste tanta gasolina, y que no importa una abolladura más en sus ya varias veces martilleadas salpicaderas. Y consideraciones —y tácticas — muy semejantes valen para cualquier otro objeto de medio uso.

En conclusión, sigue riendo mejor aquella parte de la humanidad que lo hace al último; la que lleva en los hombros un traje originalmente ajeno, en el cerebro una doctrina de segunda mano; la que habita una casa cuya ya desaparecida humedad confirió su reumatismo al ansioso que la estrenó, y escucha en ella un radio 1933 tan bueno, pero mucho más barato, que el 1938 que el vecino está pagando en angustiosos abonos: porque, al fin y al cabo, él y su vecino van a oír exactamente las mismas tonterías.

Y esta sensata parte de la humanidad que disfruta los objetos usados, y quien mira con tan injustificado desdén aquella otra que le monda la fruta, no está necesariamente compuesta por entes incapaces de estrenar, sino por individuos que ejercitan su voluntad, miden su conveniencia, aguardan su oportunidad, aprovechan la experiencia ajena. Y suelen integrarla personas muy distinguidas. El rey Eduardo VIII, por ejemplo…

En defensa de lo usado, 1938

SOLEDAD Y MATRIMONIO

Llega un momento —¡preocupa tanto la ajena felicidad!— en que las gentes empiezan a preguntarse: «¿Cuándo se casará?» «Yo, a sus años —comenta otra persona, como si se supiera nunca cuántos tiene uno—, ya tenía tres hijos.»

Como la sal para la sopa, el hombre está hecho para la mujer o viceversa, si os empeñáis. No sabemos bien a dónde iría a parar el futuro Estado Colectivista si de buenas a primeras se suspendieran las peticiones de mano. Pues por adelantada que esté la Ciencia Soviética, la técnica de la producción ciudadana sigue siendo rabiosamente individualista y tan anticuada y antieconómica como el trueque. El proceso histórico de las Dionne, insólito ejemplo de la producción en serie, no ha prosperado bajo el capitalismo. Es cierto que tanto el fascismo cuanto el comunismo fomentan por igual la más antigua de las pequeñas industrias domésticas, pero con hasta ahora pocas esperanzas de desarrollarla en una industria de Estado. Rebelde a toda planeación que rebase el conocido, aristotélico término medio de —7 a 9 meses — a que una naturaleza terca y reaccionaria somete por igual la elaboración de un Marx, de un Rockefeller y de un Clark Gable, es triste, pero forzoso, admitir que esa plusvalía del amor que venimos resultando nosotros, los gratuitos creadores de la plusvalía, no haya medio dialéctico materialista de que prescinda de su necesario antecedente, que es el matrimonio.

Puestos ya en el mundo para engrosar las brigadas de choque, las nóminas oficiales o el círculo de los trescientos, cada oveja busca, a su tiempo, su pareja; y ya, como en los campos deportivos del nazismo por cuyo medio procura Hitler, a largo plazo, el envío de voluntarios a España, se cumple el matrimonio sin previo aviso; ya, como en la U.R.S.S., el hecho se pone en conocimiento de las autoridades con fines meramente estadísticos; ya, como en Mussitalia, el Chianti pone las manos a la obra, o ya finalmente las ceremonias religiosa y civil se ven precedidas del visto bueno de dos pares de suegros, si viven —que es lo ordinario, en los países en que todavía florece la democracia.

La forma, pues, es lo de menos. La esencia del matrimonio es la colaboración que supone en una empresa con dividendos negativos, bancarrotas ocasionales y vueltas a la prosperidad. En una palabra, la compañía. El depositante que abre una cuenta corriente con su mujer se asegura en un 95% contra los riesgos de un incendio que extermine su apellido, contra el robo, contra los *cracks.* Si de vez en cuando acude a un amigo para que lo refaccione, queda siempre la posibilidad de pagarle con la misma moneda. Y si a su vez deposita sus ahorros en otro banco, lleva en el pecado la penitencia de hallarse un buen día con que su cuenta ha sido transferida a otro depositante, y de descubrir que ha girado en descubierto. Por cualquier ángulo que lo examinemos, el matrimonio funciona de un modo irremisiblemente burgués. No basta a modernizarlo la posibilidad cada vez mayor de su anulamiento por virtud del divorcio, ni el hecho de que pueda despojársele de toda o casi toda formalidad. El

Estado Perfecto tendrá que resolver, para erigirse como tal, la incógnita de esta primordial producción humana por medios revolucionarios, eficaces y planeables en grande.

Pero en tanto lo logra, es verdaderamente irritante la soledad a que se ven condenados millones de seres a quienes se llama, con cierta subconsciente y envidiosa conmiseración, solteros. Cuando el problema de las incubadoras humanas, asequibles en abonos fáciles o distribuidas gratuitamente por el Estado, o manejadas por él, se halle resuelto, aquellos hijos suyos que no hayan conocido más madre que el Primer Comisario ya nacerán —cualquiera que sea el modo que se elija para su debut— habituados a la soledad, o aptos para procurarse —o para aceptar la que el Estado les otorgue— la compañía que mejor convenga a los intereses de clase de una sociedad sin clases. El Amor, la sorpresa, la búsqueda de la «otra mitad» habrán desaparecido entre los hombres íntegros y mecánicos. La sangre humana recibirá de las hormonas del Estado los imperativos de su fluxión, y no habrá tristeza, ni insomnio, en los lechos lamentables de los solteros.

Lo triste es haber nacido en una época de transición. Tener un pie en la tesis matrimonial del pasado y el otro en la antítesis de la promesa comunista de la felicidad; sin que nos queden otros dos que afirmar en la síntesis dialéctica de una realidad placentera. Lo triste es así. La táctica de lucha no nos deja abierta más posibilidad que la de pasarlo lo menos mal posible, y legar a nuestros hijos —es decir, a los hijos de los demás— la promesa de una soltería menos solitaria que la nuestra.

Copiosa como es ya la literatura relativa a la felicidad en, sin, a través de, o alrededor del matrimonio, que incluye a claros cerebros como el de Bertrand Russell, al Dr. Lindsey, cuya *Rebelión de la Juventud* deben leer cuantos hayan pasado ya de los 30, o al enfurecido Dr. Wilhelm Reich, a quien ni en la U.R.S.S. toleraron, su lectura nos deja al desabor de un aperitivo gustado a la hora de los licores, en lo personal, o de un cointreau en ayunas —*there's a family in every drop*— en lo colectivo. Prescriben remedios que no está en nuestras manos aplicar a males que no dependió de nosotros contraer. Llegan demasiado tarde a nuestra noticia, o demasiado temprano para nuestra experiencia.

Las futuras y felices generaciones se olvidarán, ebrias de dicha, de agradecernos el que nos hayamos rehusado a aumentarlas al modo antiguo. Algún Wells minucioso e imaginativo les dirá algún día que aun en la Era Pre-Incubadoras hubo una raza de precursores que al presentir el mañana luminoso que será su hoy, contribuyó a su advenimiento con una prudente abstinencia. Los solteros de hoy tendremos asegurada así una limpia, fácil y sencilla inmortalidad.

Y no me olvido de las solteras, nuestras incógnitas, sufridas, solitarias co-heroínas de un ayer capitalista y retrógrado. Ellas también serán objeto de veneración por sus descendientes de mañana. El Día laico de la Madre les será consagrado cuando las madres sean tan poco maternales como ahora lo son las solteras. Pero pues ya

estamos aquí, ellas y nosotros, me parece que bien podríamos sindicalizarnos, organizamos en una cooperativa, si no de producción —lo cual haría, a los ojos miopes de los críticos prevenidos, muy semejante nuestra idea a la matrimonial de que huimos —sí de consumo.

La necesidad de una organización semejante se prueba por el éxito que ha alcanzado en Nueva York la empresa de Ted Peckman, joven soltero de 23 años que con cierto imperdonable cinismo en un hombre de negocios se llama a sí mismo «Rey de los Gigolos». Por cuotas fijas, la «Guides and Escorts» que ha organizado proporciona a las solteras una compañía masculina que responda a las especificaciones de su gusto, durante unas horas: jóvenes rubios, morenos, altos, bajos, capaces de hablar de arte, de jugar bridge o de tolerar la ópera, acompañan a quien los ha solicitado por teléfono. Habrá que meditar y desarrollar hasta sus máximas posibilidades la brillante idea de esta corporación. Limpiarla de las limitaciones que impiden a sus miembros permanecer en una habitación con las señoras si no hay tres personas más; encontrar en ella el verdadero sentido pre-revolucionario que tiene eludir la soledad de dos en compañía, que es la soledad de los matrimonios, substituyéndola por la compañía de dos en soledad.

Declaro abierto, solteras y solteros, el registro de candidatos a miembros del Sindicato Único de S. y S. cuyo Estatuto establece únicamente el siguiente principio: Luchar contra la soledad de las clases oprimidas por los privilegiados matrimonios, sin incurrir en la aberración de repetir sus errores de táctica.

En defensa de lo usado, 1938.

OFICIO Y BENEFICIO[1]

Ante todo, debo consignar una errata de imprenta que he notado en las invitaciones a esta clausura de cursos. Se anteponen en ellas a mi nombre los términos solemnes *discurso por.* Más exacto habría sido escribir *palabras*, ya que la facilidad de discurrir parece haberme sido vedada por la Naturaleza y que, aunque en este propio edificio, tres veces por semana, enseño gramática, no sé a cual conjugación pertenezca el verbo discursear. Para discurrir es menester trascendencia definitiva en el juicio, razonamiento lógico, reflexión silogística de que por completo carezco; para discursear, ha de echarse mano de la Mitología, como he visto hacer, y me parece que aquí mismo, no ha mucho tiempo. Y yo creo que definitivamente los dioses griegos, que fueron siempre tan útiles para estas cosas, han pasado de moda para nosotros. Ni «doña Venus», ni «don Júpiter», como se les decía tan graciosamente en la Edad Media, son ya capaces de inspirarnos, aquélla amor, éste temeroso respeto. Ya quisiera yo ver a don Vulcano en el Taller de Fundición de este Instituto, y estoy completamente seguro de que el joven Mercurio no sabría llevar los libros del almacén de ventas «Etic». Si antes de ponerse las fatales alas de cera Ícaro, hubiese estudiado en una Escuela Técnica la resistencia de los materiales, no se habría decidido a la ridícula aventura.

De aquella griega personificación de las ideas, ¡cuán largos son los siglos de evolución que nos separan! ¡Qué profundo significado tiene y qué alto habla de nosotros el paso que va del centauro al caballero y que llega al hombre que maneja un automóvil! ¡Cuánto más noble que el elegido de los dioses que cabalga una nube es el hombre que arranca de esta tierra suya el hierro indomable y hace añicos el cielo con su aeroplano!

Poco a poco todos los dioses han recogido su *atrezzo* y se han ido a recorrer la legua, quien sabe a qué rincones de ignorancia en que todavía les gusta la ópera. Nos han dejado sus retratos en unas casas lóbregas que se llaman Museos de Arte. Pero tampoco sus retratos nos satisfacen ya. Se nos parecen demasiado, y no nos gusta vernos en esos trajes tan incómodos.

Os preguntaréis si proscribo el arte de nuestra vida moderna, de máquinas y de contratos. No tal. El arte es condición de la vida, pero, por supuesto, la sigue y a ella pliega sus modos de manifestarse. No proscribo tampoco a Grecia. Nosotros somos griegos a nuestra manera. El arte es divertimiento, ocio, momento en el día, juego, dice Schiller, en el trabajo. Pero para no serlo de pega, ha de ser tan natural y espontáneo, que refleje la vida actual, que sea el momento, pero en el día, el juego, pero en el trabajo. Así fue en los griegos. Huelga citar ejemplos de obras máximas del arte que no son sino reflejos de actividades de orden no artístico, sino perfectamente utilitario, en todos los tiempos. Si la investigación va descorriendo velos y presentando realidades a nuestra fantasía, no hay por qué indignarse, como Keats, al desvanecerse en un simple espectro solar el arco iris. Al contrario, cedamos

gustosamente a la ciencia lo que por error ignorante hacíamos pertenecer a la maravilla, y que nuestros ideales, nuestras cosas sagradas, nuestros respetos, nuestras admiraciones, sean cada vez más altos y más puros.

Pero creo que estoy hablando demasiado de ciencia. Podría pensarse, al escucharme, que hablo en un laboratorio de Química, de Biología, de todas esas cosas tan difíciles, en que Fausto hinche retortas con sales de esperanza. Y no es así. Nos encontramos en una Escuela Industrial que no tiene laboratorios, sino talleres. En sus salones, amplios y cordiales, no se exprime el cerebro de los jóvenes. En armoniosa labor ejercitan sus manos en la divina labor de crear materialmente, miran un horizonte que no es el circunscrito de la ciudad, e imitan con sus ágiles brincos a los chapulines que viven, boquiabiertos y alegres, en los terrenos todavía un poco salvajes de este establecimiento.

Yo he estado con ellos durante un año. Y su compañía, breve, esporádica y todo, ha sido para mí, al propio tiempo que una provechosa lección de energía, y un estímulo, algo así como el asomarme a rumbos de vida nunca antes sospechados ni entrevistos. He pensado frente a estos muchachos: yo pude ser uno de ellos. Ser fuerte, ser alegre, saber construir una mesa, echar a andar un automóvil, ajustar un reloj, captar las ondas de un lejano mensaje, o forjar una llave milagrosa. Estas manos mías pudieron encallecer en la creación de un útil. Mi obra les serviría a mis semejantes: Silla, yo habría aliviado una fatiga o albergado el ocio fecundo del sabio. Mesa, se partiría sobre mi obra la dádiva cordial del pan, o se escribiría sobre ella un gran poema que dijese la verdad o la belleza perfectas. Chasis, balatas, acelerador —¡ni siquiera sé qué son estas cosas!—, yo le habría dado al hombre el dominio del Tiempo y del Espacio. ¡Quién sabe si además no me fuera dado el privilegio de inventar un procedimiento para descomponer sin remedio todas las armas de fuego! Una vida así vale vivirla. Sin que él la busque, la inmortalidad, que consiste en el mudo recuerdo grato, seguirá al hombre que haya creado, que haya fabricado, construido, engendrado.

Ya debemos ir transformando aquella triple fórmula de la vida perfecta: Un hijo, un libro, un árbol. Un hijo por supuesto, todos los que puedan mantener; pero en cuanto a los árboles, ellos solos se encargan de plantarse, y en cuanto a los libros, no dan la verdadera inmortalidad, que es la persistencia entre los hombres. Los libros, cuando son inmortales, lo son para otros libros, nunca para la humanidad en su total. Tomemos por ejemplo *La cárcel de amor.* Para los eruditos, este libro es inmortal. Encuentran que influye en todas las ficciones contemporáneas o inmediatamente posteriores a su aparición, en esta forma y en la otra, y escriben otros libros en que inmortalizan a su autor. Fuera de ellos, nadie se divierte con esa novela, ni la conoce, ni le hace falta, y mientras el bachiller Diego de San Pedro sigue viviendo en la estrecha cárcel de unos cuantos estantes y de unos cuantos cerebros, el hombre anónimo de las cavernas que inventó la primera escudilla en que beber agua, la primera manera de encender lumbre, la primera arma de defensa o de abrigo, carece

de estatuas y no se le cita en los libros, pero tiene un altar de mudo agradecimiento en el corazón de todos los hombres.

Yo pude ser útil, me digo con un poquito de amargura. En lugar de ello, sé muchos nombres y muchas fechas; vivo con los muertos. Sé declinar nombres y pronombres. Conozco las conjugaciones de la Real Academia Española y de don Andrés Bello, que difieren sin que a nadie le importe. De vez en cuando escribo lo que ya antes de mí han escrito otras mil personas, cosas de la luna, del viento y de las rosas. Y en tanto, las victrolas ortofónicas resultan de mejor sonido que las anteriores, sin que los eruditos se expliquen el motivo…

Y es que soy el último superviviente de la edad de oro del profesionismo. En mi tiempo, no había más remedio que ser licenciado, ingeniero o doctor. Cuando iba yo ya, mal de mi grado, a la mitad de uno de estos tres solemnes caminos, la Revolución abrió otros muchos; eran las escuelas Industriales, rutas amplias, claras y no trilladas, en que el fruto se alcanzaba rápidamente. Y aunque me aparté de la turba que se apeñuscaba hacia el título, no era ya tiempo de volver atrás y me he quedado por ahí sentado en una piedra un tanto filosofal, mientras llega la noche que da el descanso. A todo el que miro venir, le advierto a gritos que se vaya por esas otras rutas pequeñas. Algunos me hacen caso, otros interponen amparos o disecan muertos. Pero los mejores toman esas pequeñas rutas. Yo, entonces, desde mi distancia, les corrijo la ortografía. Pero sé bien que van a la felicidad, fin superior de la vida, y me digo que nada importa que sea la suya, y la del mundo futuro, una felicidad escrita con *s*.

Para terminar, debo repetir que, como ya se habrá notado, no es este un discurso. No traté de explicar al ciudadano Secretario, que nos honra con su presencia, el adelanto de este Instituto, ni lo conveniente que sería terminar su construcción. De una y otra cosa le ha convencido ya, estoy seguro, la visita que hizo a sus talleres y dependencias. Os anuncié solamente palabras. Me parece que ya he dicho bastantes.

En defensa de lo usado, 1938

ANIMALES EN NOSOTROS

No hace mucho que estuvo en boga extirparse el apéndice por la buena razón de haberse descubierto que no servía para nada —como si en este planeta en que tan pocas gentes utilizan instrumento tan peculiar de su equipo como el cerebro, y lo hacen tan para mal cuando suelen, tuviera uno la obligación de emplear con fruto tangible cuanto lleva encima. A continuación se descubrió la trigeminoterapia, por cuya singular virtud un pinchazo infligido con buena puntería en la nariz conduce, por modo telegráfico, el mensaje de la salud a los miembros remotos que haya paralizado cierto padecimiento. Y últimamente se ha puesto en moda extraerse los dientes y las muelas, no cuando duelen, sino cuando duele un pie, atacado de gota. Lo cual hace pensar que, sin duda, si hay justicia en la tierra, a los cojos no habrán de dolerles nunca las muelas del juicio.

Pero estas tres prósperas técnicas de la Medicina pertenecen a la Cirugía. Y la Medicina, ciencia universal, no sólo se sustenta del bisturí. Su mundo es todo el mundo, con sus tres reinos, y pide a la botánica yerbabuena para la mala digestión, aceite de ricino y de higuerilla para expulsar esos parásitos que usurpan el romántico nombre de Solitarias; valeriana para el insomnio; toma de la mineralogía las sales que la química ofrece con infinitas patentes para nuestros males infinitos. Y su más reciente conquista ha consistido en la de acudir al reino animal para tomar en él, efectuándola, no sólo la primera experiencia biológica que más tarde ha de transportar al hombre (como es el caso en los millones de inocentes conejos y cuyes que toman anticipadamente nuestro sitio en las manos expertas de los laboratoristas y de los biólogos, muriendo a diario por la ciencia) sino sus propias, esenciales substancias.

Darwin y Pasteur, casi simultáneamente, realizan la incorporación de los animales en el hombre. El uno en la idea, atribuyéndonos ancestros peludos y dotados de cola, el otro en la práctica, tomando de las vacas el suero salvador que ha de inmunizarnos contra la viruela. Henos aquí, en el siglo de Marx, reintegrados a la armonía dialéctica de la Naturaleza, despojados de nuestro importante papel de Reyes de la Creación, y pidiendo a los animales no sólo su carne para asarla y condimentarla como en la Biblia, sino su colaboración directa en nuestra química orgánica —en nuestra *economía,* como hoy se dice. Si bien conservamos el privilegio de hallarnos sujetos a padecimientos privativos del hombre, que no pueden cebarse en los animales— la epilepsia, por ejemplo, sólo ataca, además del hombre, a las codornices, como lo nota ya Plinio—, poco a poco se ha descubierto que, en cambio, casi no hay mal humano que no pueda remediarse con el sacrificio, o la colaboración, de un animal determinado. En tanto que las ratas, el piojo, los perros rabiosos y los mosquitos nos comunican la peste bubónica, el tifo, la rabia y el paludismo (conducta que se ve reflejada, superada en una humanidad que se destruye sin objeto, como las ratas, y que como ellas extermina a sus propias razas a través de la historia; en la

«guerra química» y en otros numerosos adelantos modernos que lisian y torturan científica y muy eficazmente), hay otros muchos que, a su lado, brindan a la recién descubierta Endocrinología sus glándulas y sus hormonas para beneficio del hombre. El camino que va de Darwin a Voronoff no sólo es paradójico por cuanto describe una curva de retroceso en la especie, sino porque realiza una proyección encomiable hacia el futuro que se apoya en el más firme pasado de la humanidad. Y junto a los monos, los chivos resucitan materialmente la hermosa leyenda griega de la fertilidad de los faunos —origen de *toda* tragedia— dándonos en comprimidos y en inyecciones sus más valiosas glándulas, que las nuestras acogen con beneplácito y acumulan con provecho. Y no para ahí la cosa. Tifo y paludismo, que son en sí males temibles, resultan excelentes remedios desesperados para afecciones más graves que los médicos designan en su criptografía con las diáfanas iniciales P. G. P. Y hemos por tanto de borrar de la lista de los animales dañinos a mosquitos y piojos, de incorporarlos al cuadro de honor en que ya hemos puesto a monos y a chivos, y de cultivarlos con satisfecha predilección, dejándolos comer cuanto quieran, abriendo nuestro pecho agradecido a su melodioso piquete.

Los especialistas me objetarían que el mosquito transmite asimismo la onchocercosis, por medio de la filaría que introduce en sus víctimas. Pero yo les rogaré que recuerden que la onchocercosis sólo florece en cierta región de la República; y que no tenemos derecho a juzgar con dureza la técnica de que se vale la Naturaleza para privar de la vista, y deformar engordándoles el rostro, a los miserables indios de Oaxaca que de otro modo no engordarían nunca ni siquiera parcialmente, y cuyo horizonte visual resulta sin duda infinitamente menos valioso que el espectáculo de su introspección a que les fuerza la ceguera.

Sigamos pues, vencida esta objeción, enumerando a los animales susceptibles de incorporación directa en nosotros, o que nos prestan su auxilio desinteresado. Ya poca gente ignora (y esta disminución de la ignorancia de la gente es muy encomiable) que existen unos seres llamados vegetarianos cuya particularidad radica en que prefieren, a un *T bone steak*, con patatas y cebollas, unas cebollas con patatas y sin *T bone steak*. Alegan que así se miran libres del ácido úrico que la carne infiltra y acumula en el organismo y que suele estallar en lumbagos, ciáticas y otras variadas actitudes coreográficas. La teoría del «temperamento artrítico», como todas las teorías temperamentales, ha venido fluctuando en la estimación de los médicos con tendencia, como el dólar, a la baja. La teoría de que el reumatismo debe explicarse en función del P. H. del paciente, es, por más compleja, más elegante y en boga. Por un momento, pareció comprobado que los ataques reumáticos obedecieran a ciertos virus filtrables que, por la nariz, ingresaran al organismo y se depositaran colonizándola en la región lumbar. No podríamos, ni es nuestro objeto, explayar ni discutir teorías que la ciencia moderna ha llevado a un punto tan elevado de sobreproducción acelerada, que quizá en el instante mismo en que aparezca este libro estén ya descartadas y sustituidas por una flamante explicación del lumbago. Como, «ultimadamente», al

enfermo no le interesa que le expliquen, sino que lo curen, nos apresuramos a decirle, si nos perdona la digresión anterior (lo mismo que si no nos la perdona), que puede comer toda la carne que quiera y que debe sin temor a que el salicilato resulte ineficaz frente a su lumbago como la marihuana en *friegas* con alcohol. Por lo que atañe al reumatismo, y cualquiera que sea la teoría de que se eche mano para dilucidar su nebuloso origen, la ciencia médica ha abandonado ya el reino mineral —yoduros y salicilatos— o químico, y el vegetal, de que echó mano en los remedios caseros que distrajeron de su función habitual a la marihuana y al alcohol (que son para fumarse y beberse) mezclándolos en lociones de muy dudoso éxito, y se ha echado por fin en manos del único que puede salvarla: en brazos del reino animal.

Permítaseme una nueva meditación preliminar y digresiva. Zeus gustaba de incorporarse a aquella parte de la humanidad que son las mujeres que le llenaban el ojo, convirtiéndose en animal ya romántico y laresco como el cisne, ya bruto-con-poder como el toro. Los resultados de aquella conjunción no pudieron ser más felices. Conforme a la metempsicosis pitagórica, reencarnamos eternamente en animales como el gallo en que el propio filósofo aleteó, como el asno de oro de Apuleyo. De éste a las Metamorfosis de Ovidio, recorren nuestra memoria numerosos casos concretos de aquella inclinación antecristiana de dejar la toga del filósofo y el coturno del dios por la mansedumbre peluda de cualquier animal. Jesucristo, que nos acompañe, vino a desterrar del mundo semejante indigna posibilidad de transmutación. Pero cabe preguntarle a nuestra diaria experiencia si no se invirtieron los términos del paganismo y si no, por ende, los animales han recibido el don —y aprovechádolo copiosamente— de vestirse la toga del filósofo y el tacón de goma del funcionario público. Con lo cual las cosas vinieron a quedar, si no peor, iguales. Y dejando a éstos, sigamos con los animales útiles.

Me dirijo a los lectores reumáticos —y nadie está exento de la posibilidad de ser mi lector ni de volverse reumático. De mí sé decirles que hallarán inmediato alivio a sus males… en el veneno de las abejas. Desde que han dado en construir las ciudades lejos del campo, ya resulta difícil tropezar con una abeja dispuesta a prestarnos el servicio de punzarnos. Nos traen su miel a la puerta, la vierten sobre nuestros *hot cakes* en los *quick lunches,* pero ellas labran su panal en la soledad de sus campos y apenas las vemos nunca. Son, como es bien sabido, animales sociales, por mucho que cultiven una sociedad reaccionaria, con *clases,* que no es por la que estamos luchando, que no puede servir de modelo a la nueva humanidad que nuestro Lombardo Toledano está forjando desde hace exactamente quince días. Tienen reina, y aunque carecen de líderes, alimentan zánganos. Todas las demás trabajan —y nunca saben para quién—. No son, pues, animales políticos. El único animal político de la creación es el hombre. Si Aristóteles no nos lo hubiera dicho, nuestra diaria experiencia nos lo habría demostrado ya arrolladoramente. Pero así como a las vacas no sólo les pedimos leche —políticos o no—, sino linfa para vacunarnos y queso para suicidarnos, a las abejas ya no sólo les tomamos una miel que preparan con gusto,

sino el veneno que no nos destinaban ni inconscientemente. Pero como, decíamos, no es fácil encontrarlas, la sagaz Medicina ha aislado su veneno y lo inyecta en los reumáticos con un éxito desconcertante. Ya es, pues, cuestión de gustos, en los que se rompen géneros —y aun especies— la de ofrendar la rabadilla (porque la medicina se aplica *loco dolenti*) a un colmenar previamente provocado, o a un médico, cirujano o partero de la Facultad de México que («Le picó, sacó miel, fuese volando») le alce a usted unas artificiales ampollas. El médico en cuestión, sobre la facilidad de su acceso, tiene la ventaja de que su profesión consiste en intervenir deliberadamente; en tanto que a las abejas —cada abeja con su pareja— puede no agradarles la, digamos, flor de la edad del paciente, y dispensarse de beneficiarlo con su lanceta hipodérmica.

No diré más, porque la casa que prepara el veneno no me paga esta publicidad. Empero, como todo buen marxista, me siento obligado a desempeñar el deber social de comunicar mi descubrimiento —o mis experiencias. No queda ya espacio para reivindicar a las moscas, cuyas larvas son tan eficaces en la osteomielitis, y he de concluir, no sin agregar que si el veneno de abejas falla en el tratamiento del reumatismo, queda el recurso de otro veneno: el de cobra. Si —lo que no deseo— se ve usted orillado a aplicárselo, no se olvide, incidentalmente, de llevar consigo un buen surtido de flautas hindúes para dárselas a sus amigos. Que ellos las toquen para encantarlo. Y con esto, las cobras le den piquetes —y a mí no olviden.

En defensa de lo usado, 1938

LOS MEXICANOS LAS PREFIEREN GORDAS

En pocos países asume la lucha femenina contra la obesidad caracteres más angustiosos, ni tan estériles, como en México. De pocos años a esta parte el cine americano, con su avasalladora fuerza, ha imbuido a un público que rumia al contemplarlo cacahuates salados, de una idea de la belleza que consiste en que sus perfumadas encarnaciones se desencarnen hasta pesar los menos kilos posibles. A la prueba objetiva del cine viene a sumarse, ocasionalmente, la lectura de algún artículo o folleto de Ciencia Popular que demuestre las ventajas saludables de la esbeltez, y los libros no técnicos del Dr. Marañón —este Dr. Cabanes del mañana—, tal *Gordos y flacos,* han acabado por preocupar a nuestras caras mitades lanzándolas a la conquista de una figura ideal que las convierte en nuestras caras terceras partes.

Pero dejemos para más adelante discutir si este ideal es legítimo entre nosotros y si realiza sus fines ulteriores de provocar admiración. ¿Lo logran? Ayunos, masajes, caminatas, sentadillas y grajeas de tiroidina; abstinencia total de dulces en vez de lo cual se fuman un Lucky; la menos agua posible, la comida sin sal —todo este calvario no conduce sino a una perentoria convalecencia. Alcanzada la meta que registra la báscula, el espíritu se relaja, las *enchiladas suizas* —llamadas así por más que en Suiza no las conozcan, en virtud de la crema que las decora— están riquísimas, y los oleajes adiposos reanudan su pleamar. O bien la paciente era soltera: y el matrimonio empieza a desbordar, con su dicha, sus caderas y su papada. Aldous Huxley, hermano al fin de biólogo, percibe finamente la trayectoria de la belleza mexicana. «Etla —dice— estaba dolorosamente a la moda. Se había celebrado un concurso de belleza, y el resultado de este concurso se hallaba sentado junto a sus madres, cerca del Presidente Municipal. Parecían seis toros premiados en un concurso ganadero. Pero toda juventud posee cierto encanto. ¡Lo que horrorizaba era advertir en sus madres el futuro de aquellas carnes!»

No puede, por supuesto, esperarse que un extranjero diga la verdad sobre ningún país. Yo no cito a Huxley porque comparta ésta ni ninguna de las muy ofensivas descripciones que hace del bello sexo mexicano; sino precisamente, niñas, para demostraros hasta qué punto es inadecuado combatir una idiosincrasia latina por adquirir una sajona. Las institutrices inglesas de todas las novelas eran tan flacas como debe haber sido seca la que a Huxley no le permitía comer dulces de color sospechoso; y dice Freud que, aparte nuestra mamá, nuestra nodriza es nuestro amor ideal, el que conforma, ya para siempre, nuestros gustos e inclinaciones. Las puritanas de la Nueva Inglaterra resucitan, en el siglo XIX, en las sufragistas americanas. Son, como ellas y como las institutrices inglesas, verdaderas momias con anteojos y convicciones. Derrotadas de nuevo, verifican su resurrección de los huesos en el siglo XX valiéndose, arma pérfida, del cinematógrafo para su propaganda. Ellas sabrán lo que hacen y por qué, cuántos Huxleys prefieren, al abrazar a sus amadas, cumplir el simulacro crujiente de una pugna de sillas viejas. La Historia Patria,

apoyada en el materialismo histórico y en la realidad mexicana, nos enseña que, en cambio, si queremos ser genuinos, hemos de conducirnos en nuestros gustos femeninos como nuestros ancestros, por una parte, y por otra más importante como las «masas» o los «conglomerados sociales» de nuestro dizque socialista país. Y es notorio que, si a las odiosas élites del pensamiento, nacidas entre las estrecheces mentales de un corset, les gustan hoy las flacas, campesinos, obreros y soldados —como quien dice, el nervio de nuestra nacionalidad— son los abanderados de una tradición impoluta que los impulsa, con decidida predilección, a enamorarse de las camaradas más rollizas y muelles.

Puedo aducir en pro de mi tesis más pruebas de las que cabrían en un ensayo. Las mujeres que en nuestra historia han registrado más numerosos éxitos amorosos no han pesado nunca menos de doscientas libras, cuando ha habido básculas en que verificarlo. Al fuego juvenil y adiposo de la Tetrazzini opone nuestro recuerdo el de Ángela Peralta, el ruiseñor mexicano con hábitos de gallina y voz de soprano absoluta, que se casó tres veces —lo cual ya es mucho entre nosotros. Una de las razones por las cuales Carlota no cayó bien en la sociedad mexicana era su esbeltez, y el hecho de que, a diferencia de las damas aristócratas de su tiempo, tomaba solamente té, cuando ellas ponían grandes tazas de chocolate, que engorda tanto, entre el aprieto de su corset. Y, ya lo vimos, su esbeltez la condujo a desastrado fin. Maximiliano se mexicanizó en tal forma que se enamoró de una rolliza campesina; a tal grado se mexicanizó que lo mataron los mexicanos. Y Carlota adelgazó tanto que, ya lo vimos, se volvió loca.

Puesto que el arte precortesiano en México tiene la desgracia de ser tan futurista que desdeña, por regla general, pintar la figura humana, no podemos probar por su medio lo gordas que deben haber sido las huríes con sandalias de Moctezuma. Podemos, no obstante, deducir su peso por el de sus tataratataranietas morenas y que aun usan huaraches.

La Malinche fue la Eva de este Paraíso mexicano —y el robusto Cortés desempeñó el alegre papel de un Adán blanco y profusamente barbado. Y pues se enamoró de ella, debe haber ofrecido a su vista una personalidad exuberante. Él venía —y había durado mucho su viaje— desde un país en que el Gótico no había triunfado tanto como el barroco: un país en el cual Jimena, la honorable esposa de Cid, y aquella temprana Julieta llamada Melibea, «de dulce carne acompañada», plantan firmemente en la tierra un pie sólido de matronas; un país que el rey Rodrigo perdió a manos de los árabes por la única razón del gordo par de piernas que sorprendió a la Cava en el acto de mostrarlas a sus amigas en el jardín de su palacio. Un país en que los huesudos ángeles del Greco tienen en Velázquez una vigorosa respuesta carnal que puede aun llegar, en la Menina que está junto al perro, o, mejor aún, en la Niña Monstruosa de Carreño (Museo del Prado), a presentar caracteres mixedematosos.

Y Cortés traía consigo una tradición plástica latina que no viene a ser otra cosa que la cristalización de un gusto racial. Pensemos por un momento en el arte

renacentista. Liquidado el gótico, se vuelve en la arquitectura a las líneas pesadas, que se adornan con figuras humanas ya recuperadas del ayuno medieval, bien musculadas y nutridas. Los Adanes y Evas que nos muestran en adelante todos los pintores a partir del bajorrelieve de Jacopo della Quercia; el Sodoma, Tiziano, el propio Van Eyck (en quien, si bien Eva es más esbelta, conserva un abdomen necesitado de masaje) son, como si quisieran ponernos el ejemplo completo, bien gorditos. Despojadas de los trajes que nos engañan, podemos sorprender a las mujeres en el baño, con la identidad revelada por completo, y cerciorarnos, con los dedos de la vista, de sus adiposidades. La Ninfa y el Pastor, o Diana y Acteón, del Tiziano, al abrirle a Rubens la puerta de su ventruda Bacanal, le preparan el baño a la Susana de Tintoretto, y le despejan el horizonte curvilíneo de su Vía Láctea. Las alegorías del Veronés no serán menos gruesas, ni la idea que, sucesivamente, tendrán Jordaens y Proudhon de la Fecundidad y de la abundancia. Las bañistas de Boucher, de Daumier, de Courbet, de Millet y de Renoir, que se complace en acariciarlas con el pincel mientras se peinan o se maquillan, todos estos ilustres ejemplos nos están gritando elocuentemente que lo legítimo es que los latinos prefiramos a las gordas. En las amplias mujeres de Picasso, en su *Repos des Moissoneurs*, hay que ver, mejor que otra cosa, la persistencia de un gusto racial que en los españoles se manifiesta de modo preeminente.

No ocurre lo mismo, naturalmente, en el arte sajón. Para no ir más lejos, si en Hogarth o en Reynolds mujeres y niños son saludables y de buena apariencia, su robustez es fofa y provisional como la de una manzana —artificial y debida a dietas y al deporte; nunca sensual ni golosa. El *Portrait of Mrs. Mordey and her children* de Gainsborough es el más cumplido ejemplo de una flaca belleza aristocrática, vaporosa e intelectual, que nada dice a los sentidos, y que si al flaco Mr. Huxley le extraña en México, habría decidido a Cortés a regresar a España más que de prisa si se la hubiera encontrado en vez de topar con la Malinche. ¿Y en dónde estaríamos ahora?

El tipo de las mujeres ha respondido siempre al de la arquitectura y las industrias de su época (la arquitectura, esta industria de ayer; la industria, esta arquitectura de hoy). No hace mucho que advertí una curiosa coincidencia entre las salpicaderas de los coches y las faldas (las salpicaderas, estas faldas de los coches; las faldas, estas salpicaderas de las mujeres). En los modelos anteriores a, digamos, 1931, salpicaderas y faldas eran altas, dejaban las ruedas al descubierto. De entonces acá, cada vez más, las cubren; más mientras más caro es el coche —o más formal el vestido. Así con el peso. Esas viejas y amplias casas de piedra que las esbeltas turistas americanas gustan de visitar en el encantador México Viejo, eran ocupadas por matronas perezosas y robustas. Una de ellas, Josefa Ortiz de Domínguez, que usaba mantilla española y papada, ayudó a Hidalgo a obtener para nosotros la independencia de España en 1810. Ahora viven allí, en esos delgados departamentos que son nuestra idea de los rascacielos, flacas muchachas que guardan un irremisible

aire de familia con estas *Machines à vivre* que son las casas modernas, altas y de líneas escuetas. Nos dejamos arrastrar sin reparo por una corriente industrial y extranjerizante. Mr. Stuart Chase, a quien le encantaría que permaneciéramos primitivos y auténticos, va a sufrir una gran decepción. Detengámonos, pues, a meditar.

Un filósofo mexicano afirmó hace poco que el complejo nacional, y sus múltiples expresiones de bravuconería y asesinatos, es ese manoseado complejo de inferioridad. Yo lamento no compartir su opinión; pero mis observaciones me llevan a concluir que, si padecemos algún complejo nacional, alguna enfermedad que nos identifique como raza, éste es el complejo de Edipo. El Día de la Madre, recientemente importado entre nosotros, desde un país en que los hijos sólo la recuerdan ese preciso día, resulta inadecuado en el nuestro, en que todo el mundo vive con su madre hasta que se muere y ella sigue viviendo. Todas las personas que tropezamos en la calle nos hacen pensar, a todas horas, en sus madres. No decimos *Fatherland*, sino *Motherland*. Y todo esto no querría decir sino que somos, y es de aplaudirse, muy buenos hijos. Pero lo patológico empieza cuando empezamos a divertirnos. Al cine vamos, claro está, porque es un lugar oscuro —y ahí vemos incidentalmente bellezas americanas que pesan cuarenta libras. Las vemos indiferentes, la mano en la húmeda mano que le deja libre a nuestra novia la importante ocupación de consumir con la otra una torta compuesta. Pero preferimos el teatro. Y como no hay teatros en México, vamos a las carpas. Las carpas son unas barracas adorablemente repletas de toda clase de proletarios. Se invita cordialmente a los turistas a admirar estos pintorescos y salados teatritos. Tan semejantes a los del tiempo de Shakespeare. Allí vemos en realidad cuán inteligentes son los mexicanos, y cómo la Revolución Mexicana ha producido una mezcolanza comunista de los regocijos y los sudores de las clases trabajadoras. Pero para nuestro objeto vemos más. Una jovencita esbelta y sin voz aparece en el escenario (porque algunas veces producimos este tipo, pero siempre lo exportamos apresuradamente, como lo prueban concluyentemente Lupe Vélez y Dolores del Río). Sabe bailar y cantar, pero nadie la aplaude. Sigue luego la aparición de una sirena cuarentona, verdadera ballena de gelatina. El auditorio enloquece. Su canto es una canción de cuna morbosa para todos. Los jovencitos piensan en su mamá, los políticos prósperos la miran como la cima de sus abundantes aspiraciones. Y de sus alaridos podemos concluir que mediante anticipaciones indefinibles, pero no irrazonables, los mexicanos las prefieren gordas.

En defensa de lo usado, 1938.

NUESTRA CIUDAD MÍA

¡Su ciudad, su ciudad! Estrechábala contra su corazón, sonreía a sus cúpulas y prestaba atención a todo.

SALVADOR NOVO. *El Joven*, 1923.

Pocos mortales habrá que amen a esta ciudad de México tan desinteresada, tan puramente como yo. Sus cronistas, que tan bien resume Artemio de Valle-Arizpe en su *Muy Noble y muy Leal Ciudad de México según relatos de antaño y de hogaño* (dos ediciones); que el Marqués de San Francisco enumera y clasifica en su *Bibliografía de Cronistas de la Ciudad de México,* de las Monografías Bibliográficas de Relaciones Exteriores; que Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac* poetiza tan encantadoramente, y que ha ocupado plumas tan diversas en la intención (y las citaré en este desorden para hacerlo más evidente), como las de Cervantes de Salazar, Marroquí, Sedano, González Obregón y Pereyra, no ponen en amarla el fuego ignorante e irracional, todo presente, que me anima al hacerlo. Y no es cosa de ahora. Cuando reviso mis obras, inéditas en su mayor y mejor parte, me afirmo en esta convicción. Tengo, por ejemplo, un poema escrito en Torreón en 1915 que comienza diciendo:

México, Capital, la populosa
ciudad donde orgullosa
ostenta Flora su vergel más lindo.
No os extrañe si yo por ella brindo
que es mi ciudad natal, donde he nacido,
donde la luz del sol he conocido.

¿Queréis que siga? Pues ahí va:

Es mi ciudad natal un gran museo;
por dondequiera veo
automóviles, coches, carretelas,
casas particulares, mil escuelas
do mis colegas, jóvenes y niños,
van de la Ciencia a recibir cariños.

Cuando dos años más tarde regresaba yo a mi «ciudad natal», las carretelas de mi hermoso poema comenzaban a no ser tantas como en él. Flora seguía, sin embargo, ostentando en ella su más lindo vergel, pero como yo ya tenía doce años, me aficioné por extremo a conocerla más íntima y menos literariamente, con resultados

deplorables para mi carrera de Médico Cirujano.

Quiero decir que en las «pintas» más o menos colectivas del primer año de Preparatoria conocí instituciones tan importantes como el Museo Nacional, el milenario Bosque de Chapultepec con su lago y sus barcas, y otras de que no quiero acordarme. Todo, en fin, cuanto un turista infantil (¿y tienen nunca otro carácter los turistas?) puede, en un breve tiempo, disfrutar.

Este peligroso carácter de las grandes ciudades que ha sido tema para tantas novelas, tangos y películas es, en cierto modo, verosímil aun en la nuestra, pero no depende de las ciudades. Es que el turista, confiado en que no le conoce nadie, se entrega a excesos reprobables, que no acometería de ninguna manera en su casa. ¿O creéis que esos señores neoyorkinos que suelen visitarnos se ponen en su tierra pantalón corto? Tampoco, sin peligro, hubiera yo usado en Torreón el chaleco cruzado que aquí me impuse en 1917.

Cuando llegué, me aseguraban que nunca conocería la ciudad entera. Aquel pronóstico me hace sonreír y aun cuando ignore los nombres de las calles, que suelen cambiar con discutible frecuencia, el puro ambiente me guiaría para saber si me encontraba en una u otra de estas que tan significativamente llamamos «colonias» de la ciudad.

Vosotros me daréis la razón, habitantes observadores de México. Observadores solamente, no sabios. Es muy diferente conocer la ciudad de acuerdo con el *Terry's Guide* o con la *Guía Roji*. Eso no tiene alma y ver un plano o consultar un mapa son actos humillantes y bochornosos. Para la cartografía todas las manzanas, mayores, menores, vienen a ser lo mismo. ¡Pero todo lo que influye un determinado cine en un barrio, un jardín en una colonia, la fama —cría fama y échatelas de lado— en otro, las facilidades de pago (no pague más renta) acullá! Uno vive donde puede y le gusta, y anhela vivir en donde le gustaría y no puede. Es sencillo. Pero a igualdad de gustos y posibilidades, es decir, de residencia, contribuye en enorme parte esa indefinible particularidad, viva y real, sin embargo, del espíritu de la gente de la capital, en la que hay castas a pesar de todo, si no superpuestas, adyacentes por lo menos, y que hacen que la gente que vive en Santa María la Ribera haya sido toda ella educada en el Colegio Francés, y la de San Rafael no se cambie nunca de ahí a otra colonia, por ninguna razón, y que en el centro, es decir, en el México viejo de las grandes vecindades, vivan o duerman jóvenes muy elegantes que, o César o Nada, prefieran estarse ahí hasta que no se puedan trasladar al Hipódromo, por algún buen golpe de fortuna —un rapto de que hablarían los periódicos, el premio gordo de la Lotería Nacional o un préstamo a diez años de plazo de la Dirección de Pensiones Civiles.

No lo sé, pero creo que en ninguna otra ciudad del mundo se palpan, como en ésta, las almas de las gentes que la habitan por las fachadas de las casas, por la decoración de las paredes, por la disposición de las ventanas y puertas, y por el aspecto, en fin, que no es sólo físico, de los barrios. Por eso parece natural la desorientación arquitectónica, porque es una desorientación espiritual. Desorientación

de que tiene la culpa el porfirismo. Datan de entonces estas casas con *rez-de-chaussée*, sala, recámaras en fila que no permiten privada, comedor al frente y ¡ah! cuarto de baño. Estas decoraciones de yeso, este *Art Nouveau*, que invade los grandes cristales de la sala y que infecta, como en mi casa, la pared exterior. Hasta entonces, según el testimonio de los más antiguos cronistas, dos ciudades solas, la lacustre del gran Moctezuma y la conventual de oidores y encomenderos. Pero nos da por importar ideas: positivismo y arquitectura. Nos afrancesamos, y como esto no es totalmente posible, unas gentes se van a San Rafael o a Santa María y otras se quedan en La Perpetua. Nos lo está diciendo a gritos la nomenclatura de las calles: Francisco Díaz Covarrubias, Gabino Barreda, Icazbalceta, Francisco Pimentel, Rosas Moreno. El fervor que hoy se pone en denominar «Belisario Domínguez» a una calle, se consagraba entonces a todo este homogéneo grupo de conservadores, y es de lo más acertado haber puesto el nombre, recientemente, de Miguel E. Schultz a la calle que lo lleva, junto a estos personajes llenos de un carácter muy siglo XIX.

En tanto, las gentes más ricas y los diplomáticos extranjeros pueblan las colonias Juárez y Roma. Y como unos y otros han ido a Europa numerosas veces, viven en México, pero en Versalles, en Varsovia, en Liverpool, en París, en Madrid, en Roma… Una súbita racha de nacionalismo exterior bautiza las calles de la Colonia Roma: Mérida, San Luis Potosí, Aguascalientes, Puebla, Veracruz. Habita ahí gente más moderna, más evolutiva. Entonces, triunfante la Revolución, empieza a poblarse la Colonia Cuauhtémoc. Hallamos aquí ríos. Ya se mezclan el Nazas y el Rhin. Y entre esta heterogénea colonia de casas simples, de múltiples estilos, pero llenas de inquietud, y la muerta San Rafael, se tiende la Estación del Ferrocarril, por donde llegó, al día siguiente de un furioso temblor de tierra, don Francisco I. Madero.

En defensa de lo usado, 1938.

LOS MERCADOS

A Elías Nandino

«Cuando viajo —dice André Gide— cuatro cosas, sobre todo, me atraen en una ciudad: el jardín público, el mercado, el cementerio y el Palacio de Justicia.» Recuerdo estas frases con que principian los *Souvenirs de la Cour d'Assises*, ahora que un futuro Palacio de Justicia acaba de dispersar en rápida fuga ese peculiarísimo «Paraíso Colonial», que fuera El Volador, en rápida fuga que ha anticuado súbitamente, al propio tiempo que la hace clásica, la más reciente y sicológica descripción que del dicho mercado hallamos en el *Pero Galín* de Genaro Estrada.

Tianguis perpetuo, El Volador nos ofrecía la más deliciosa tradición provincial mexicana en la posibilidad de regatear y de hallar en él desde hojas de naranjo hasta sombreros de copa. Su peculiar locación, y esto que se llama progreso, hizo que, aun mucho antes del éxodo, los productos antes exclusivos del Volador surgieran por generación espontánea en otros varios sitios más accesibles, no por ello menos constantemente aglomerados. Así nacieron a la vida voladorística los mercados de La Lagunilla y de Mixcalco, al propio tiempo que todos los demás, desde Martínez de la Torre hasta el Mercado Juárez, desde el de San Cosme hasta el 2 de Abril y el de San Juan, admitían en su seno o en su coseno productos hasta entonces no registrados en su habitual comercio. Y al lado de las legumbres —verduras—, de los puestos de huevo fresco y alumbrado, crema de Toluca y mantequilla en hoja, de la fruta (¡ay, ya Californiana como las películas!), en cajas que omiten las dulces y antiguas manzanitas panocheras, las peras de San Juan, los capulines, los tejocotes y la jícama fresca, el mango de Córdoba, el plátano Tabasco, los aguacates, el chile cuaresmeño, las granadas, los membrillos y el zapote prieto y chico: junto a todo esto y mucho más, junto al pescado fresco, las gallinas en perpetuo clavado, la masa y las tortillas, las herbolarias y los muchachos que llevan las cestas o esas «redes que se usaban antaño para ir a la plaza», la colonia siriolibanesa, que tiene un gran sentido del color, comenzó a instalarse en puestos de telas y de ropa hecha.

Y como las telas no se descomponen, su invasión fue incontenible. Lo que antaño constituía un mercado normal fue cediendo su —precisamente— puesto al dulce estilo nuevo, e instalándose, en retirada, en otros sitios menos confusos: se abrieron «recauderías», «huneverías», etcétera. El Departamento de Salubridad, celoso de su misión, olvidaba en sus disposiciones electropuras la poética consideración del folklore y retiró e higienizó las tortillerías y las carnicerías, salvando los despreciables estómagos individuales a costa de las tradicionales bellezas colectivas, y aun diríamos nacionales.

La boga de las latas, heraldo de la civilización de hoja de lata, facilitó enormemente —¡ay!, ¡con cuántas desventajas artísticas!— la labor de las cocineras.

Ahora se compra salsa de tomate, *pickles* y «Tabasco» en tiendas que se llaman *Piggly Wiggly* y hasta le llevan a una a su casa lo que pide por teléfono. Las labores manuales están en una decadencia verdaderamente de Occidente.

Tomemos, si no, las criadas. Y no nos ocupemos de su quehacer dentro de la casa, para la ejecución del cual, en vez de la escoba de popotes con que escarbaban tan bien los rincones, usan ahora cepillos de encerar y aun *vacuum cleaners* eléctricos; ni de las planchas eléctricas que han proscrito aquellas deliciosas lumbradas en los *anafres,* y la colección de planchas de hierro al probar las cuales el dedo, mojado en saliva, de la recamarera, producía una Ch indescriptible; ni del café «Fortaleza» o «Teka» que ha proscrito, igualmente, el tueste en casa y la caja de música del molino, ni del chocolate de metate que ya no se pondrían a moler. Examinemos, en vez de esto, su vida privada, hasta donde nos es posible, y veremos hasta qué punto la ha afectado la transformación de los mercados.

Sabemos, por el testimonio solemne de la Historia, cómo los indios, en su gusto por las chucherías, facilitaron la fuga del oro azteca a cambio de «cuentas de vidrio de Castilla». La costumbre no ha variado mucho, y aunque el oro mejor que nos queda sea el de nuestras costumbres, aun éste se fuga, a trueque, como antaño, de cuentas de vidrio a las que ahora suelen llamar chaquiras.

Antes las criadas se hacían sus vestidos. De anchísimas y plegadas enaguas, con algún olán, blusa ajustada con entredós y encaje, de ese rosa fuerte que tan maravillosamente sienta al moreno-jarro de sus brazos. Usaban collares de papelillo, y unos auténticos aretes de oro forjado por muy cumplidos artífices. Sobre el pecho traían, como un distintivo, el retrato en botón del que, tarde o temprano, había de robárselas. Y todo cubierto por un rebozo pesado y grácil sobre el que hacían descansar, como dos interjecciones, sus negras trenzas medievales.

Nada de esto va quedándonos ya. En el mercado hay vestidos hechos colgados como espectros, y en ellos caben muy bien las criadas. Los hay de percal para el diario: pero no son de enaguas anchas y largas, sino de irregulares picos, con encajes absurdos y olanes discontinuos. Para los días de fiesta, los hay de seda azul con bordados de chaquira blanca, anaranjados con aplicaciones negras, o completa e inexorablemente rojos. Y en ellas surge la Malinche, echa sus cuentas y se compra un vestido. Se compra también medias color de carne (¿de carne de qué color?) y una bolsa. En la bolsa trae un foto-espejo del que, tarde o temprano se la ha de robar. Ya no le falta más que cortarse el pelo, y ha de hacerlo.

Los mercados antiguos, puros, sólo se ven ya en los pueblos de México. En nuestra ciudad se han vuelto especialistas y las señoras encuentran su deleite mejor en adquirir las telas de su ropa en La Lagunilla, sus flores en San Juan, su provisión de alacena y su fruta en la Merced. Este último mercado tiene todo el aspecto brutal de un furgón de ferrocarril. Se hacen en él operaciones al «mayoreo». La Lagunilla tiene, en cambio, un aspecto afable de zoco que se explaya y aumenta los domingos con la venta en las calles adyacentes de toda clase de objetos viejos: lámparas, sillas,

libros.

El mercado de San Juan es también un mercado especialista. Cuando el antiguo de las Flores fue expulsado del Zócalo, se logró el beneficio de la separación de las flores para los vivos y las flores para los muertos. Estas últimas fueron a situarse frente a la Alameda, cerca de esas horribles agencias que exhiben todo el día siete velorios en busca de muerto. Las otras dieron en el mercado de San Juan. Están ahí, tratando de contrarrestar con su aroma el muy fuerte que exhalan las ostionerías, mezcladas con fonógrafos y radiolas, rojas, amarillas, azules, frescas, último grito de la vida ingenua y dulce, frente a la música de latas de los fonógrafos, y contra las flores en caja de las casas elegantes que «lo dicen con flores» por telégrafo.

En defensa de lo usado, 1938.

ACERCA DE LOS POLICÍAS

Ingresa uno al cuerpo de la policía cuando tiene necesidad de un trabajo cualquiera y no sirve para otro o cuando descubre, tras ponderada introspección, inequívocas dotes para el cargo. Es más común la primera de estas razones. La segunda, insegura y compleja, suele conducir al individuo a la policía secreta, al detectivismo; raras veces al uniforme. La sociedad, al civilizarse, ha ido creándose necesidades ambivalentes y la penuria personal de los ladrones vulgares halla su respuesta en la seguridad colectiva que garantiza el gendarme, como en la inextricable red de los intereses humanos el agente de tránsito frustra la cita urgente de aquel a quien en ella le va la vida, salvando, con su autoritario silbato, la de quien cruzaba distraídamente la calle.

El policía secreto es ente misterioso y extraño a quien no se conoce ocupación regular. La diversidad de su aspecto en cada caso, de su indumentaria, de su sonrisa o de su ceño, favorecen la esencia de su misión. Se ha esforzado con éxito porque no se conozca su oficio y el triste resultado es que sólo él sabe que es policía. Tan secreto lo tiene que, sin duda alguna, se olvida a ratos de que lo es y entonces desaparece por completo una calidad que, como sólo reside en su conciencia, el mundo exterior no puede reintegrarle durante sus momentos de distracción.

Pero el detectivismo es vocacional como el canto, como la poesía. Tal chico vuestro que va a contaros en voz baja las malas costumbres de su hermano, compensa y justifica, al hacerlo, el haber participado en ellas, y no debéis preocuparos más por su futuro: será un inmejorable detective. Y como no os podéis subir por el chico malcriado al árbol en que fue a guarecerse a raíz de la denuncia, enviáis por él no a quien la hizo, sino al pacífico y discreto hermano mayor, que va contra su gusto, os aporta el reo y ha de sufrir en adelante sus coces. Este hijo mayor vuestro, si alguna vez carece de empleo, irá a buscarlo, y lo obtendrá, como policía uniformado.

Al emprender el estudio de la policía uniformada precisa hacer la aclaración de que esta entidad presenta dos épocas bien distintas: la antigua, la que podía cómodamente llamarse *del gendarme*, gente de arma, gendarme, feo vocablo, depresivo; por las zarzuelas españolas y por uno que otro testigo presencial sabemos que en Madrid los guardias guardaban las llaves del barrio y abrían su puerta a los señoritos trasnochadores. Misión servil y paternal que desempeña más adecuadamente un anciano que un joven. Un anciano tan conocido en el barrio por su honradez, por sus buenas costumbres domésticas, que la gente que acaricia a sus hijos y que saluda a su regordeta mujer, experimenta cierta dulzura agradecida al llamarle «vecino». Durante esta dichosa edad del gendarme certificábase la seguridad de bienes y haciendas con la inmovilidad geográfica de un buen guardia que, al conocer a toda la familia de un joven de perversos instintos, remediara en agraz sus hurtos proyectados con una oportuna reconvención, y la impidiera en definitiva —cancerbero único de toda la calle— al conducir casi hasta el lecho a cada vecino él sabía donde, como un cartero antiguo os lleva las revistas a Rosas Moreno 102,

aunque vengan dirigidas a Díaz Covarrubias 4, A, porque él sabe mejor, y su conciencia descansa, y abrís la carta ansiosamente esperada como el distraído transeúnte, guiado por el vecino que mejor sabe, entra en su casa y en su cama y no en aquella otra que la oscuridad y las copas le indujeron a empujar. Cumplida su misión, revisadas las puertas de su punto, el gendarme de la edad antigua dedicábase a disfrutar de las buenas noches que en copiosa suma le habían deseado sus conocidos del barrio. Acaso no sea ajena a su permanencia en el frío y en la soledad la denominación de «sereno» que solía dársele. Su débil linterna no podía tener otro uso que el de orientar hacia su persona. Los acontecimientos, si tales eran, iban a él, sin que él tuviera nunca necesidad de perseguirlos con ella. Suponer que la linterna tenía otro objeto equivale a pensar que los gatos cogen ratones con castañuelas. Por eso en cuanto Febo asomaba —en esa época le decían Febo al sol— el vecino se iba a dormir, porque su luminosa orientación no era ya indispensable, y porque al agrillado canto de su pito que fuera transmitiendo las diez, las doce, la una, de rumbo en rumbo, había sucedido el equivalente canto del gallo, mariscal diurno, y seguirían los alegres carros de leche y las campanas escandalosas y enérgicas de la parroquia. Era desusado e inútil encontrarse con un gendarme durante el día; tan extraño como encontrar a la hora del cisne un búho sapiente; de donde dio también en llamárseles *tecolotes.*

Mas nuestra complicada edad moderna reclama, para el éxito en las empresas, dotes físicas, más que merecimientos espirituales. El respeto a las canas, que solía producir la paz, parece no haber logrado sino reprimir un impulso que sólo el *jiu-jitsu* y el box son capaces de aniquilar por completo. Viose bien pronto que los báculos, los bastones, lejos de constituir un arma ofensiva apreciable, sólo servían para apoyar en la tierra aquellos cuerpos débiles que los esgrimían. Y aunque reducidos al *weapon* produjeron en los criminales la inhibición y los chichones que las palmetas pedagógicas infligían a los educandos, se pensó con buen tino que lograrían mejores efectos las pistolas reglamentarias 45 (¿45 qué? Nunca he sabido) que penden hoy del ancho y negro cinto de todo policía uniformado. Nació así la segunda de las épocas policíacas, en que los jóvenes toman parte importante y desaparecen los gendarmes, como los cocheros, sustituidos por ágil gente de ánimo resuelto y audaz. Una apariencia de dignidad profesional que encubría un profundo egoísmo cortó de pronto todo saludo y comunicación entre el policía y los habitantes del trozo de ciudad a su cargo por tantas horas. Ahora los *vecinos* serían únicamente quienes residieran en la vecindad. Él no, porque cumplido su turno, no volvería por ahí en mucho tiempo, para no criar el moho afectivo que contraen las piedras estacionarias. El respeto invirtió los términos de su producción; se respetó más a quien se conocía menos, y a la disuasión del consejo gendarmeril sucedió la persuasión del cañonazo policíaco. Cada uno de estos objetos de empadronamiento que somos las personas ignoró en adelante en cuyas manos dejaba su reposo y la integridad de sus ahorros. De suerte que el nuevo, joven y numeroso cuerpo de la policía, que explayaba sus miembros

por todas las más insospechables esquinas, pareció, por extraña paradoja, al ocuparse de manera exclusiva en los ladrones, ignorar absolutamente a los ciudadanos honestos.

Con el criterio filosófico de la nueva edad policíaca cambió, y aumentó, la actividad espiritual del agente del orden, en la proporción en que cambia la angustia de quien cuenta percibir su salario un día determinado y seguro, y quien puede alguna vez sacarse la lotería. El gendarme, cerrada la última puerta, había cumplido su tarea, y aun antes de hacerlo debe de haber estado perfectamente seguro de que, tarde o temprano, esa misma noche habría de cerrarla o de verla cerrar. Casi no habría vecino que no fuera a dormir a su casa, y esta certeza es suficiente a tranquilizar un alma gendarmeril, o asalariada. Pero quien se desentiende de la puntualidad de los vecinos y endereza su espíritu a aguardar lo eventual y lo indeseable, la concurrencia de ladrones, el premio gordo, no merece ya el nombre de sereno, y sí, por todos conceptos, el respeto y la admiración de todos aquellos a quienes no se digna desear, pero a quienes procura, las buenas noches.

Vinieron a llamarse policías *técnicos*. El término *técnico* resume las actitudes teórica y práctica y presupone concomitantemente un sistema bien definido de acción organizada y conjunta. Y así como los ku-klux-klanes y los motoristas hacen residir en la cobertura de sus cuerpos el símbolo de su colaboración en un fin y en una obra, los miembros de la policía técnica lucen una apariencia general uniforme que se diversifica, por pequeños detalles, en jerarquías, clases, batallones, cuarteles. Nada evidencia mejor su adaptación a una época industrial que el hecho de hallarse numerados, como las ediciones de lujo, o como los teléfonos. Como en éstos, a cada número de los que ostentan en su argentina placa corresponde un nombre de pila, y al de la gorra un batallón o compañía. Previsión que facilita tanto el que pasen lista como el pedir comunicación de larga distancia por número. Se sabe, de todas maneras, que si no contesta es que está ocupado o descompuesto, enfermo o comisionado.

Asimilada la ideología policíaca de nuestra era, es cuestión sencilla el habituarse a los detalles externos de la profesión. Una provisión de camisas blancas, cuellos Duncan y calzado y corbata negros será todo el gasto que haya de hacerse. Hay en el almacén gorras de todos tamaños, y han de daros la vuestra, y el traje. No usaréis chaleco, pero cuidad de abrocharos siempre el chaquetín, de guardar en sus bolsillos la libreta de remisiones, la credencial para el cobro de las quintas y de ostentar sobre el corazón vuestra placa, una vez colocada la bandolera, el cinto y la pistola. Poco habréis de usar la linterna. Cuando os toque velada, apartaos a buena distancia de su luz. Algún asaltante anticuado podría pensar que estabais a su vera y daros un susto, que es mejor que él se lleve. Conservad el silbato tan a mano como la pistola. Si habéis menester de auxilio, soplad en él y han de socorreros todos los jugadores de *basketball* de las cercanías.

En defensa de lo usado, 1938.

RETURN TICKET

A la memoria del Dr.
J. M. PUIG CASAURÁNC

Eté, roche d'air pur, et toi, ardente ruche, O mer!…

PAUL VALÉRY.

Tengo veintitrés años y no conozco el mar.

He pasado toda mi vida en tres o cuatro ciudades sin importancia, llevado y traído por mis padres hasta que él, a quien no vi morir, me dejó aquí, en México, en donde yo debí estudiar para médico. Hay después en mi existencia, la nada interesante laguna del esfuerzo propio tímido, inseguro. Aquellos versos de los once años me llevaron a la tipografía, de que vine a vivir, y a la literatura, que enseño en escuelas y colecciono en grandes estantes. Confieso que tengo más libros que tiempo que dedicar a su lectura, por rápidamente que lea. Pero acaso algún día… y además ¿qué otra cosa podría hacer? Los ejemplares numerados, las ediciones agotadas, las encuadernaciones costosas, son para mí un angustioso placer, más duradero que los juegos de azar, a los que no sé por qué les comparo, más egoísta, más perfecto. Ya sé que se trata de una derivación, de una sublimación; pero no me hacen cambiar las razones, como la botánica no modifica los bosques. En las crisis de mi coleccionismo ¡con qué placer he localizado las erratas de un librpte orgulloso, cómo los he llenado de notas, relacionándolos con marcas minuciosas, hiriendo sus cuerpos con tiritas de papel, tomando apuntes, citando por tomo, página y línea, de memoria! Y cómo, al ver que la literatura norteamericana se detenía en un punto familiar para mí, me he internado en la selva de la castellana, del «alfalfar castellano», como le había llamado cuando era poeta. Me repugnaba mucho el francés. Fui germanófilo durante la guerra. Pero un día descubrí que sé inglés y que no hay personas más antipáticas que los alemanes, excepto Goethe y Freud, a quienes me hubiera gustado mucho tratar más de cerca.

Nadie notó, excepto acaso mis alumnos, que yo supiera literatura castellana. Mis lecturas inglesas me dieron, en cambio, una rápida reputación local de escritor moderno con influencia y conocimiento de las letras norteamericanas, que en México se creían detenidas para siempre en Whitman, Longfellow o Poe. Se me tomó por un snob tan sólo porque, dada mi estatura, me quedan mejor los comunes y corrientes trajes hechos, y se dio por seguro que hubiera yo estado en los Estados Unidos en vista de que tengo facilidad para las lenguas y encontraba sencillo conversar con los turistas de la Escuela de Verano, en que daba una clase.

Ahora me mandan fuera de esta ciudad de la que no esperé salir nunca y en donde me esperan algunas cosas terminadas y muchas pendientes. Siento un vago disgusto al abandonar mis pequeñas costumbres; la diaria y familiar comunión de su beso, mis clases, los libros que ya no deben tardar y que necesito absolutamente. Ya no me tienta la aventura. Si yo hubiera tenido fuerzas a tiempo… Pero ahora ya gordo, con anteojos, con poco pelo… La idea es verdaderamente ridícula. Los lazos son ya irrompibles. Ya contraje por siempre un incurable sentido de la responsabilidad. ¿Qué voy a hacer, pues? Habrá barcos, trenes diversos, hoteles. ¿En cuántas camas extrañas dormiré? Las gentes a quienes salude y vaya conociendo no tendrán interés en la lengua ni en la literatura castellana. Y tampoco será un descanso, porque no dejaré de pensar todos los días en México, y en cada una de las cosas que dejo aquí en otras manos.

Voy a Hawaii. Me ha parecido conveniente, para anticiparme a la sorpresa de esas islas remotas, leer la descripción de Blasco Ibáñez en su viaje alrededor del mundo. Pero me fastidia enseguida y prefiero fumar, y hojear el diario que he traído conmigo para escribir en él lo que suceda durante el viaje. Quizá de esto pueda hacerse un libro, mi primer libro. Es bochornoso no haber escrito sino los *Ensayos,* breves, periodísticos, desordenados, y no ser autor sino de unas cuantas colecciones de cosas ajenas que hice por dinero, sin gusto ni provecho para nadie.

Va el tren por la ruta tan conocida de San Juan del Río, Querétaro, Irapuato, en donde sucesivamente venden limas, canastas, cajetas y camotes. A toda esta gente ya la conozco. Estos tipos desconocidos, oscuros, pintorescos, buenos para los cuadros de caballete, son de lo más vulgar que pueda encontrarse. No hay realmente nada que apuntar en el diario. Conversemos ¿con quién? Somos solamente tres personas en todo el carro: ese joven que tomé por americano, pero que, como habla también alemán, resulta holandés, mi compañero y yo. Hay que acudir al conductor solemne del Pullman. ¡Cómo se complace en relatar los asaltos que ha presenciado! Sería, si los tuviera yo, cosa de crispar los nervios y razón para no dormir. Pero mi insomnio tendrá motivos más valederos. Han hecho ya las camas. En este cubo perfecto voy a acostarme, con dos páginas de cine a mi izquierda, tirado de los cabellos por la máquina que me lleva. Si alzo un dedo, puedo encender el foquito, que apago para levantar las cortinas y pegar la frente al cristal fresco. Mi aliento lo empaña. Cuando llegamos a alguna estación, cesa el ruido y distingo, a luces trémulas y rojas de antorcha, hombres que dan pasos y bultos enormes que suben al tren o bajan del tren. Más allá, estrellas arropadas en nubes negras y curvas de montañas que se esperezan. Seguimos. No tiene objeto mirar más. En el techo brillante de mi cama adopto grotescos contornos. Toco mi panza, lisa y un poco abultada. Detengo mi índice en el ombligo. Cabe su yema perfectamente. Yo he visto ombligos distintos, como cortes transversales de naranja. Este mío parece hecho precisamente con este dedo que ahora tengo en él, suavemente.

Es amplia esta cama. Tiendo un brazo al vacío. Lo hundo bajo un cojín y en él me

recuesto de perfil. Abrazo el otro y me cubro con él la cara. Así no se percibe ruido alguno. Quisiera otro cojín en la cintura. No extraño nada. No pienso en nadie. Respiro.

Hoy a medio día comimos en Torreón. He mencionado muchas veces esta ciudad, que antaño solía recordar con frecuencia. En ella está suspensa una buena parte de mi niñez, la primera conciencia del hogar, los primeros odios y también las liberaciones iniciales; los recuerdos de Pancho Villa y sus asesinatos, la horrible zozobra de los sitios, los combates y las matanzas. Aún hoy, al pensar en aquellos días angustiosos, el golpear de la máquina en que escribo me parece un eco lejano y sordo de las balas intermitentes. Mi padre fumaba sin descanso; yo presentía su terror de hombre débil y pacífico, de europeo habituado a una lucha justa por la vida, y adivinaba su congoja detrás de aquella sonrisa suya dulce y súbita que casi no es sonrisa, que yo tengo de él, y que contrastaba tan palpablemente con la verdadera expresión de sus ojos verdes que, en fuerza de querer aparecer severos, lo habían conseguido, y con los rasgos todos, inmóviles siempre, de su cara delgada y pálida en la que no quedaba bien el cigarrillo.

Aunque mi madre ha jugado en mi vida un papel más importante y duradero que él —y aunque se mostró heroica en aquellos lívidos momentos, enfrentándose a Villa para recoger el cadáver de un tío suyo a quien asesinaron casi a nuestros ojos por equivocación— él está más vivo y presente en mis recuerdos de entonces. El ajedrez que jugaba para distraerse sin conseguirlo y aquel aire incomprensible que silbaba en silencio en la agonía de aquellos largos días, y cómo tuvo que huir a los Estados Unidos con un perentorio pasaporte de Villa obtenido por mi madre que, en compensación de la vida de su tío, perdonaba graciosamente la de su marido, contra quien no tenía más razón su aversión que la de no ser mexicano y hallarse, por lo tanto, fuera de su teoría personal sobre la nacionalidad de los pobladores de México.

Unido a estos recuerdos está el de mi jubiloso descubrimiento de una infinita capacidad de amar en mí; la admiración, la curiosidad, por las otras vidas humanas y el reconocimiento en ellas de cualidades y realizaciones que no me sería dable alcanzar, pero que yo no envidiaba y que no me llenaban de amargura, sino de un voluptuoso deseo de contribuir a realizar con mi sacrificio. Anhelaba ser verdaderamente uno de aquellos chicos descalzos y sucios con quienes prefería jugar en la calle, abandonando mi linterna mágica o mi ferrocarril, y cuando entraba en la choza en que dormían pausada y febrilmente los hijos de la vieja cocinera, sobre la tierra dura y seca, los contemplaba durante largos instantes y los cubría sin ruido, y me alejaba lleno de emoción.

Recuerdo que una mañana, al despertar, vi que estaban dormidos en el jardín de la casa muchos soldados; habrían llegado durante la noche anterior y estaban, tendidos, sobre las débiles plantas, con las mochilas y los grandes zapatos llenos de polvo. Me quedé en la ventana, apoyado duramente, mirándolos con terror, con admiración y con un secreto impulso de seguirlos, marchito antes de concretarse. Uno de ellos

despertó y, al verme, sonrió estúpidamente. Y yo hubiera querido llevarles todo el pan que había en la despensa.

De la estación se mira al Hotel de Francia, al que llegamos la primera vez a Torreón por unos cuantos días, a que me arreglaran una muela cariada. Vivíamos entonces en la pequeña ciudad de Jiménez, en una casa enorme que daba a tres calles, y que tenía tantos grandes cuartos que yo no me atreví nunca a entrar en todos ellos porque siempre estaban cerrados y en muchos no había sino una silla desolada en medio del piso de ladrillos cuadrados. Ocupábamos solamente un lado de la casa en dos recámaras contiguas, de cuatro corridas que había por ese lado, y con las que hacían ángulo la enorme sala a un extremo y un amplio portal, que separaba la cocina del comedor y comunicaba el jardín, al que daban todas las piezas, con los dos corrales por el otro.

En aquel jardín había, al lado del comedor, una noria que nos surtía de agua y a la que estremecía asomarse. Más adelante, mi padre había hecho instalar para mí un enorme columpio en el que, de pie, oscilaba yo sin cesar, hasta fatigarme. Gustaba también de sembrar granos de maíz en el jardín porque germinaban y crecían muy rápidamente, y su milagro era más asombroso que el de las florecillas. A los dos días de sembrar un grano, iba a desenterrarlo para ver cómo se hinchaba y se humedecía, y durante todo su desarrollo volvía constantemente a contemplarlo de cerca, hasta que no era ya más grande que yo aquel tronco esbelto suyo, áspero al tacto como un terciopelo engomado, que declamaba sus largas hojas quebradizas. Y cuando miraba en su punta el penacho de la espiga fofa, me alegraba mucho, porque ya pronto empezaría a hincharse su tronco, y después le vería yo arrullar sus mazorcas, exactamente como una nodriza que envuelve bien a su niño, y colgarían de él aquellos blandos cabellos que podían triturarse entre los dedos y que dejaban en mis manos un olor penetrante. Luego palidecían, se secaban y era menester arrancarlos y echarlos al corral. Pero me llenaba de asombro y me daba una embriaguez de poder aquella desproporción entre el esfuerzo y el resultado.

En ese tiempo me mandaban al colegio de las señoritas Rentería, a un costado de la casa. No recuerdo a ninguno de los niños que estudiaban conmigo; las señoritas Rentería eran muy católicas y me enseñaron a dibujar unas cruces a la acuarela, por las que yo hacía subir una enredadera de pequeños no-me-olvides azules hasta los brazos, porque arriba dibujaba, dentro de un papel desenrollado y fijo con clavos en la cruz, las cuatro letras místicas I.N.R.I. Hice muchas de aquellas cruces. No hacía otra cosa. Como mi padre vio que no aprendía nada, se resignó a inscribirme en la escuela pública donde el director, vestido de blanco, padecía el mal del pinto. No permanecí ahí mucho tiempo. Sentía terror por los muchachos alegres y bruscos, y la hora del recreo, en que gritaban como fieras y se atropellaban, era para mí una hora de angustia y martirio. El «rompan filas» era para mí el «sésamo ábrete» del infierno. Había sentido siempre terror por las compañías numerosas en que no se hiciera caso especial de mí. En México mismo, el paso del kindergarten a la escuela primaria me

fue muy angustioso. Muchos días antes de que se me inscribiera en ella, soñaba con mapas complicados y despertaba llorando, porque estaba seguro de que no podría nunca dibujar un mapa, labor que consideraba inevitable en la escuela primaria. Y ya en ella, el olor de la tinta verde, que manchaba duraderamente las manos y que se tornaba negra al secarse, me llenaba de congoja infinita. Una tarde en que escribíamos con tinta, unos muchachos pusieron en mis manos el retrato de una mujer desnuda. Yo lo miraba cuando otro, el mayor del grupo, llegó por detrás, lo arrancó de mi pupitre y amenazó con acusarme con el profesor. Yo me sentí horriblemente culpable. Y aquel muchacho me obligó a llevarle los dulces que prefería, todas las tardes, durante mucho tiempo, a cambio de su silencio. De manera que desde entonces sentí aún mayor terror por las escuelas públicas, y aquel suceso reprimió en mí, para mucho tiempo, toda curiosidad sexual.

Después, un profesor, el mismo que tenía en la escuela pública, iba a darme clases privadas en las tardes. No recuerdo haber aprendido nada de él; me era muy antipático y hacía cerrar las puertas del comedor para impedirme ver hacia el jardín donde estaba mi columpio y en el que me esperaba para jugar Raúl Botello, único amigo que hice en la escuela pública y a quien muchos años después vi en México, sin emoción ninguna. Entonces éramos muy amigos y él, que seguía en la escuela, pero que la detestaba tanto como yo, me contaba lo que había hecho durante el día. Luego se iba y la noche caía sobre la enorme casa, que mi padre recorría con una linterna en la mano, cuarto por cuarto, para cerciorarse de si estaban cerradas aquellas anchas puertas que nadie abría nunca. A veces había luna y yo miraba desde mi cama los largos soportes de mi columpio y las espigas que coronaban mis plantas predilectas.

De modo que la ciudad de Torreón me parecía grande y hermosa al lado de Jiménez, ya que mi recuerdo de la ciudad de México se había reducido a nuestra partida de la estación, en un tren al que no podía subir solo, y al consejo que al abrazarme me dio mi tía María, «procura que no vean lo alto que estás», porque ya era entonces demasiado grande para mi verdadera edad y me habían comprado un billete de medio precio. Y de Chihuahua sólo recordaba un gran edificio de ladrillos rojos al que mi madre y yo llegábamos ya muy cansados todas las tardes, a esperar a mi padre, y las grandes nevadas, que congelaban los tubos del agua, de cuyas llaves pendía en las mañanas una informe vela de cristal; y tenía muy presente la visión de un perro muerto de frío en la calle, la sangre de cuyo hocico y su cuerpo todo eran perfectamente inmóviles bajo el hielo pulido. Acaso la circunstancia de no tener que ir a la escuela añadiera encantos a Torreón para mí, y el ver gentes desconocidas, ocupadas en cosas importantes, cuando salía del hotel con mi madre y cuando íbamos al teatro los tres y ella lucía su gran sombrero con rosas y un bolso de terciopelo verde con largos cordones que yo veía oscilar como mi columpio. Mi madre se hizo retratar, y cuando las modas cambiaron, debe de haber destruido todas las copias, pues yo no he vuelto a ver ninguna en sus colecciones en las que cada cinco o seis

años, borra cuidadosamente las fechas que ha puesto a los retratos de los que aún viven y las adelanta en dos o tres.

En Torreón, vivía el único tío de mi madre, Francisco C. Espino, dedicado al comercio de semillas en el que había prosperado rápidamente. Había llegado a aquella ciudad en los años oportunos de la bonanza algodonera y poseía ahora un importante despacho y varias casas de productos, construidas a su capricho, y en la más reciente de las cuales vivía solo, marcando el límite entre lo construido y el ancho terreno, en parte suyo, que terminaba en esa calle la ciudad hacia el norte, poblado de jacales. He vuelto, años después, y esa calle está como entonces, suspensa donde él la dejó limitada por aquella casa en que vivimos tanto tiempo y en que lo mataron aquella tarde. Creo que no me había visto nunca antes, y cuando fuimos a visitarlo, me tomó en sus brazos y me hizo ver sus libros, que tenía uno sobre otro, y unas figurillas japonesas de ónix de las que me obsequió con dos que aún conservo. Fue él quien decidió a mi padre a que nos instaláramos en Torreón y así volvimos rápidamente a Jiménez a quitar la casa y alquilamos una cerca de la alameda en Torreón, en rumbo entonces muy despoblado y que nadie quería habitar porque nada lo defendía de las balas y de las bombas y además era siempre por ahí por donde entraba Villa con sus hordas. Cateaban constantemente nuestra casa y, con el rifle en la mano, hacían que mi padre entrara delante de ellos a los profundos sótanos. Y la sagacidad política de mi padre no iba más allá de tener un retrato de Madero que colocábamos en sitio visible de la sala o insertábamos en un colchón según los revolucionarios que nos catearan. Si eran partidarios de Madero, mi padre los conducía con muchas atenciones a la sala y como que no quería la cosa, les hacía notar el retrato con una tos, con una sonrisa o con una mirada repentina.

Un día, el mismo de su muerte, el tío Francisco vino a comunicarnos que había arreglado ya los carros que habrían de conducir a su casa nuestros muebles. Estaríamos mejor todos juntos, más cerca del centro. Habían evacuado la plaza la noche anterior y a medio día entraría Villa con sus fuerzas. Estaba sumamente nervioso y en el patio había colocado una escalera de mano hacia la azotea. Cuando llegaba el último carro con los muebles, ya se oía por todas partes el galope de los villistas. Mi madre estaba en la puerta y de pronto se agolparon a ella cinco hombres a caballo y muchos curiosos y hablaban en voz alta. Yo corrí hacia mi madre. Buscaban a un federal. El tío Francisco abrió la puerta e inmediatamente aquel hombre horrible, que tenía preparada la pistola, la descargó sobre él. Yo sólo vi como el tío Francisco cerraba de un golpe la puerta verde al mismo tiempo que el caballo se echaba hacia atrás, a la detonación. Cuando entré en la casa, con los hombres aquellos que echaron abajo la puerta, mi padre y el tío Francisco habían huido por la escalera. Mientras algunos hombres buscaban por toda la casa, sin atreverse a seguirlos, una mujer que encarnaba al Destino trataba de convencer al bandido de que el tío Francisco no era quien buscaban. Logró persuadirlo a a que la siguiera, a la vuelta de la calle, a donde vivía el verdadero culpable. Y en el instante mismo en que

doblaban la esquina, escuchamos un alarido de triunfo, un galope salvaje y tres detonaciones huecas, horribles, como tres golpes del corazón. Mi madre me estrechó fuertemente. Ignorábamos si había sido mi padre, o su tío, o los dos. Ya volvían los hombres a caballo y las mujeres de los jacales contiguos, listos a saquear. Mi madre me llevó a la casa de junto, que era de unos griegos fabricantes de aguas gaseosas, puso en sus manos un rollo de billetes y habló con ellos palabras que yo no pude escuchar. Luego me abrazó, me besó, y volvió a la casa a presenciar el saqueo.

Después vivimos muchos meses solos mi madre y yo en aquella casa. No había en ella un corral ni un jardín como en Jiménez. Pero mi madre conservaba la costumbre de echar gallinas, y así nació una vez, del último huevo, cuando ya todos los pollos se habían esponjado y rodeaban a su madre, mi sabia gallina huérfana. Yo tuve que ayudarle a romper el cascarón y la sequé con algodones, y le di mi calor. La gallina no la aceptó y ella creció sola, con mis cuidados, alimentada con arroz en mis manos. Cuando se definió su género, le salieron unas hermosas plumas blancas en el cuello y las alas, y yo la llamaba Cuca y me comprendía perfectamente. Comía a las mismas horas que yo, arroz siempre, a mi lado, en un plato. No quiso nunca probar el maíz y después de comer iba a sentarse en una mecedora de la sala y se arrullaba en ella mientras yo leía en la otra los libros del tío Francisco, el *Viaje al Nilo,* los *Cuentos cortos y largos* en que leí *El Péndulo* de Poe, con terror, por primera vez, sin fijarme en su autor, y hojeaba los cinco grandes tomos de *La Ilustración Española e Iberoamericana,* cuyas láminas me dieron las primeras inquietudes sexuales.

Al cabo de unos meses hubo ya comunicaciones con México. Cuando mi madre recibió la primera carta de luto, liberó en aguda crisis de llanto todo su dolor reprimido y volvía a leerla entre sollozos. Pudo volver mi padre y dedicarse al comercio. Por algún tiempo constituimos un hogar como en Jiménez, como en Chihuahua, como antes en México. Yo asistía al colegio particular de Finita Sánchez, que era para niñas, pero en el que me admitieron por excepción, porque no había por el momento colegio privado para niños, ya que las familias ricas que sostenían el antiguo «Colegio Torreón», habían desaparecido, y porque de ninguna manera podía pensarse en que yo asistiera a una degradante escuela oficial, punto de vista por el cual yo bendecía al cielo. Muy poco después empezó Finita a admitir a otros niños, pocos y escogidos: a los Arcaute, que eran tres, a Onésimo Cepeda, que ya es abogado como su padre, y a Napoleón Rodríguez de la Fuente, mi más querido amigo de la infancia. La familia de Napo es de las más ricas de Coahuila. Al hacernos amigos y visitarnos constantemente, su madre se sintió atraída por ese ser un poco salvaje que ha sido siempre la mía, eternamente joven, cuya mayor alegría es que le digan todas las personas: «Pero es imposible, usted no puede ser la mamá de Salvador; parece su hermana»; y ahora «su hermana menor» y se visitaron de vez en cuando. Pero Napoleón tenía una franqueza que mi madre no toleraba nunca en mí y que en él fue insoportable. Así una vez me pegó fría y despiadadamente porque Napoleón le había dicho que pensábamos huirnos con la Compañía Infantil que

trabajaba en el teatro. Y cuando más tarde Napoleón me escribió del colegio norteamericano en que estaba, mi madre abrió la carta y me dictó una respuesta en que le suplicaba que no me hablara de ciertas cosas en su correspondencia. Así le impuse, sin quererlo, una máscara para conmigo y no pude remediarlo nunca después. Dejamos de vernos largos años. Yo no me había sentido crecer y conservaba de él una imagen arbitraria y pueril. Su mirada y su voz se habían adaptado a un ideal en que no intervenían el tiempo ni la distancia. Fui a su casa temprano, lleno de ansiedad. Me sentaron en muebles que reconocí. Y al escuchar pasos que debían ser los suyos, me levanté, presto a abrazarlo. Se detuvo en la puerta. Ambos nos hallábamos frente a un desconocido.

La partida de Napo me entristeció mucho. Me indicaba que ya era tiempo de irse preparando para ser un hombre de provecho, trabajar, estudiar de veras. La voz más antigua repetía en mis oídos: tú vas a ser médico como tu tío Manuel. Y yo lo creía sencillo, y en Jiménez mezclaba todas las plantas del jardín y preparaba con ellas medicinas para el corazón. Luego no había vuelto a presentarse la idea ante mí. Pero ahora, después de la visita de mis tíos de México y de mi abuela, que habían venido a denunciar el intestado del tío Francisco y que se habían interesado por mí al grado de hacer que mi madre dejara de rizarme el pelo y me lo peinara hacia atrás, como el de ellos, entraba en mí el terror de ser, ya pronto, un hombre con responsabilidades. Ya está muy grande, habían dicho todos mis tíos. ¿En qué año está? Y cuando acompañaba a mi padre a la peluquería, lleno de vergüenza, sin saber qué postura tomar mientras me llegaba mi turno, me decían «joven», en vez de niño, como hacía tan poco tiempo. Me refugié entonces en el rezo y la comunión. Iba regularmente a confesarme a la pequeña iglesia del Carmen, con el padre español, gordo y bueno, que me había dado la primera hostia. Por las noches, cuando no podía dormirme, del miedo que me daban los lúgubres cilindros y los borrachos que daban alaridos en la soledad, rezaba tres padrenuestros a la llaga del costado de Nuestro Señor, y a cambio de ellos le pedía que restableciera el silencio. Muchas veces después he vuelto a usar de los tres padrenuestros en las grandes aflicciones, y he prometido rezarlos todas las noches de mi vida. Pero luego olvidaba mi promesa, una vez que había obtenido el milagro. Adquirí entonces también la superstición, que no he abandonado, de rezar unos pequeños versos a San Antonio cada vez que perdía un objeto, y encontrarlo enseguida.

El quinto año no lo hice ya en el colegio de Finita Sánchez, sino en uno pequeño, particular también, pero especialmente para niños, del señor Vergara. Eran mis compañeros los muchachos Valderrama, de Chihuahua, uno de los cuales, Sergio, que era tartamudo, se suicidó años más tarde en la iglesia de Torreón; Fernando Fernández, hijo de un médico, a quien he visto después, con la cara llena de granos, en México, y los Anaya, que eran muchos, todos rubios. Humberto era de mi edad y fuimos amigos. No me gustaba ir a su casa porque hacían mucho ruido los chicos y él hablaba constantemente, y, temiendo aburrirme porque acaso yo no ponía muy buena

cara, me enseñaba fotografías, postales y juguetes baratos. Él no se daba cuenta de que yo prefería que no habláramos. Años más tarde volví a verlo en Torreón. Ya tenía bigote y estaba fuerte como un toro. Me llevó a su casa, otra, pero con el mismo desorden, llena de objetos, y me enseñó sus aparatos de gimnasia y unos folletos de strong-fortismo a que estaba completamente dedicado. La sorpresa de verlo así fue menos honda que la de Napoleón. Después volví a verlo en San Francisco de California, a mi vuelta de Hawaii, completamente cambiado.

Por entonces hacía ya versos. Eran mis modelos la *Historia crítica* de Pimentel, cuyas opiniones no siempre compartía, pero que me dio un temprano conocimiento de la literatura mexicana; los *Poetas contemporáneos* de Puga y Acal que odié por descaradamente burlones, las poesías de Núñez de Arce y las de José Velarde, que me dejaban leer y en las cuales encontraba constantemente la palabra «trovador», que utilizaba en mis poemas haciéndola consonante de mi nombre propio, a la manera de las epístolas en verso que se cambiaron Peza y Puga y Acal: Brummel… no. Puga y Acal: «Que no ha de quererte menos por eso Juan de Dios Peza.» Leía también entonces las novelas de Víctor Hugo en ediciones sin láminas y truncas que había en la casa; así *El hombre que ríe* no pude terminarlo sino mucho después, porque cuando rogué a mi padre que me trajera la obra completa, éste compró la edición Maucci, que tiene láminas, y mi madre, que examinó el ejemplar antes de dármelo, descubrió una en que Gwynplaine contemplaba a aquella princesa que tenía un ojo azul y otro negro, particularidad que yo conocía, pero que no se notaba en el grabado, y la princesa estaba desnuda, por lo cual se me negó el libro. Sin embargo yo conocía el cuerpo desnudo de mi madre y comprendía que el de las otras mujeres todas habría de ser semejante al suyo. Tuve cuidado en lo sucesivo de cerrar rápidamente los grandes tomos de *La Ilustración* cada vez que oía pasos y hojeaba febrilmente los diccionarios en busca de palabras que no se me aclaraban nunca. Estaba seguro de que mis padres tendrían que explicarme algún día el misterio del nacimiento de los niños. ¿Quién si no, ya que en la escuela nunca tratábamos nada que se relacionara con ello? Y cuando conversaba con los muchachos, les juraba que si algún día tenía yo un hijo, lo encerraría para que no aprendiera ninguna cosa mala y haría de él un hombre casto y perfecto. Ellos reían porque ya creían saber más que yo o porque no les importaban mis preocupaciones.

Leía sin censura otras obras, entre las cuales prefería la *Historia del Emperador Carlomagno* que mucho después supe por don Marcelino (*Orígenes de la novela*, I, CXXXVIII, nota) que fue la primera vez impresa en Sevilla por Jacobo Cromberger, en 1525. Cuando acabé de leerla, por una relación inconsciente que sólo ahora me explico, trepé por los hierros de una ventana.

Pero la lectura no me sugería temas ningunos para los versos, ni actitudes ante la vida. Conservo todavía el cuaderno en que escribí los primeros veinte poemas que tres años más tarde, ya en México, anoté, pero no corregí, y que no he vuelto a ver después. Eran versos de un amor nunca sentido por criaturas imaginarias, cuyas

cualidades no correspondían a la realidad de la persona que los había inspirado. Y el único dato interesante que me ha proporcionado el análisis de aquellos versos es la palabra «albedrío», que usaba en ellos constantemente y a la que daba una significación de «locura». Hay entre ellos un pésame a un amigo por la muerte de su madre, un soneto sin argumento, un poema a Dios, el reproche de un compañero que me hizo una mala jugada en clase, la compasión por una niña pálida de los vecinos a quien su abuela trataba muy mal y unos versos sucios, «letrillas satíricas», que me fue muy fácil hacer.

Finalmente tuve que cursar el sexto año en la Escuela Oficial del Centenario a fin de que me fueran válidos los certificados de instrucción primaria cuando llegara a la Preparatoria de México, a iniciarme en la carrera de médico para la que había sido destinado. Los muchachos eran ahí todos mayores que yo y el profesor no me quería. Pero aquel año pasó rápidamente y no ha dejado en mi espíritu más huella perdurable que una, que no se le debió sino de un modo enteramente casual.

Una noche más en el tren, que se inicia precisamente en Jiménez. Trato vanamente de distinguir el cementerio donde estará mi padre, en un sepulcro que no he visto nunca. Ahora ya hay automóviles que se acercan a la estación. Entonces sólo había el de los Russeck. Mientras arreglan las camas y se acuesta Tovar, que fuma tan desagradables cigarros, voy hasta el carro de segunda clase y trabo conversación con un jovencito que va a Chihuahua y que acaba de abordar el tren en Jiménez. No conoce a las personas de quienes yo me acuerdo. Lleva en las manos unas naranjas que va chupando mientras hablamos y el jugo humedece sus labios duros. Los inspectores no permiten comodidad alguna en estos carros. Apenas ha puesto mi amigo los pies en el asiento de enfrente, cuando vienen a indicarle que los baje. El garrotero viene con su linterna, maestro de ceremonias, a anunciar las estaciones, como personas que no llegan a presentarse. Su labor es igual a la de los profesores cuando llevan de excursión a sus alumnos y les van haciendo notar precisamente el detalle que menos les importa. Ya al rato apagan la luz y no entra sino el rápido viento por las ventanillas y un pasillo luminoso por la puerta. Digo a mi amigo que volveré enseguida y me alejo, abriendo las elásticas puertas, pero la verdad es que me voy a acostar, y al día siguiente, cuando vuelvo a su carro ya no le encuentro.

Vamos en un gabinete del último carro; predomina el color azul. Observo que contamos con un ventilador eléctrico, un chorrito de espejo entre las dos ventanillas, un cenicero, un lavabo. Nuestros sombreros mueven la cabeza. Corren ante nosotros interminables huertos de naranjos en flor y de muchos árboles cuyos nombres no sé, por supuesto. Mi compañero piensa en los magueyes, y aquella brusca riqueza de las interminables avenidas en que no hay una rama enferma ni una hoja desprendida, le predispone a la meditación patriótica. Dice que nosotros no sabemos aprovechar el terreno. Que irrigaciones adecuadas fertilizarían todo ese estéril desierto que va de

Aguascalientes a Ciudad Juárez, y que realmente un programa gubernativo reconstructor no debe abandonar el punto de vista agrícola, sobre el cual…

Salgo del gabinete. Atravieso carros y más carros. Si el nuestro no fuera el último, no sabría cómo volver a él. Las gentes que pueblan los otros son todas iguales y cubren sus caras cristalizadas con la misma clase de revistas. En lo cual consiste la verdadera democracia. Tras de abrir muchas puertas llego al carro comedor. El agua con hielo es lo que más me conmueve. Como dispongo de una personalidad muy obediente, el tímpano del negro, *last call for dinner,* me concede apetito bastante para examinar esta larga lista de sustancias. Otras personas ya han empezado a comer. Como si pusieran un par de banderillas sobre el *beefsteak,* le amputan un pedacito primero. Luego colocan diagonalmente el cuchillo sobre el plato y entonces cambian el tenedor a la mano derecha, vuelven a insertarlo en el pedacito que hacen resbalar sobre la mostaza y se lo llevan a la boca. Después de una frase sentenciosa repiten la operación y llevan a su boca el vaso de agua con hielo.

Tengo cierta aversión por nuestro gabinete. Paso de largo y voy a instalarme en el observatorio, ávido de conversación. No doy con una manera digna de persuadir a aquellas personas de que puedo hablar inglés. Mientras trazo mis planes imaginarios para empezar una conversación, comienzo a atribuir a aquellas caras parecidos ilustres. Ese señor ¿no será Mencken? Todo puede suceder. Este otro ostenta un gran parecido con T. S. Eliot, y como todos van leyendo… Pero los autores no deben de leer en el tren, sino que observarán los tipos que luego han de llevar a sus novelas. Pero aunque no sean genios, seguramente que podríamos conversar sobre la literatura de su país. Me pondrían al corriente de las novedades. De un extranjero lo menos que puede esperarse es que conozca su literatura. Un compatriota tiene siempre otras calificativas. Un señor y yo nos ofrecemos una sonrisa. La suya quiere decir: ¿es gracioso, no? Y la mía: ¿es hijo de usted? Porque hace saltar sobre sus rodillas a un robusto niño. Dicho señor habla español, no sabe quién sea Carl Sandburg y va también a San Francisco. Me recomendó un hotel cómodo y barato, que él usará. Se llama el Argonaut Hotel.

Como el maestro Tovar se levantó primero, descubrió el Club Car, y me comunicó que podíamos bañarnos. Yo volví a atravesar todos los carros y di con el barbero. Me bañé y cedí mi cabeza a su particular sabiduría, a fin de no volver tan pronto al gabinete azul. Hizo con ella todo género de experiencias. Yo mantuve cerrados los ojos, como hago a veces en el tranvía para procurarme una efímera sorpresa al abrirlos. Y quedé verdaderamente sorprendido al mirarme al espejo, con un nuevo peinado y una expresión diferente en las cejas. Él opinó que parecía yo joven.

Estoy en el Club Car, en una de las doce cómodas sillas. La mitad del carro la llenan el barbero, su baño y la ventanilla como de boletos del negro portero. Sigue un rinconcito para escribir cartas, con recado para hacerlo, buzón y sellos, y luego las otras once sillas. Al fondo, a mi izquierda, dos mesas para que jueguen los que saben

ajedrez, dominó, cartas, todos esos deportes, que, como los demás, yo no he practicado nunca. Toco en el brazo de mi asiento una ranura intencional de bronce. Creo haber descubierto al fin una imperfección en este mobiliario tan aparentemente impecable. Pero un hombre de negocios que ha estado examinando papeles que saca de su bolsa frente a mí, por varios minutos, oprime un timbre que yo no había advertido y el negro le trae un refresco que inserta en la ranura de mi regocijo. Decepcionado, humillado, me pongo a escribir cartas en un rincón.

Pero ahora, Marion, vamos a conocer el mar. No quise verlo desde el tren, ni antes, porque quería celebrar el rito con una persona que no expresara sus opiniones. Océano, no retiro una sola de las palabras que te he dicho. Te las mereces todas y estoy seguro de que agradeces y lees a menudo mi poema. Me ha conmovido tu prisa por fregar los escalones de tu casa cuando supiste que venía y la infantil manera con que te adelantaste a saludarme, sin tiempo para secarte las manos. Todas tus olas ínfimas se pusieron a comentarte en secreto y te aseguro que he sonreído a todos los grupos de aquellos que educaste tan bien para que me recibieran hoy alineadas, en un perfecto desfile majestuoso y lento. A mis pies, tus olas oficiales me dijeron discursos elocuentes, moviendo los brazos. Y me mostraste todo lo que tenías. ¡Ya pronto, pronto! ¡No te empeñes en alisar para mí tu antiguo tapete! Así está bien. El cielo deberá seguir tu ejemplo. Pero a él le gusta el bluff y la omnipresencia y tolera las nubes fofas y no se ha arrugado, porque no es grande ni ha vivido como tú y yo, que sólo permitimos los continentes a nuestro lado.

Andan por las calles unos marinos inesperados, que se estacionan en las puertas de los almacenes como maniquíes, tan forrados en sus uniformes que parecen almohadas azules y con esos gorros blancos como coronas o como los que se hacen en la imprenta los aprendices. No los había visto nunca. Para mí son del todo un nuevo espectáculo. No les encuentro equivalente mexicano, fuera de aquellos extranjeros que solían desfilar por las calles en las fechas patrióticas. Pero aquellos usaban una boina que mis padres me imponían también en mi infancia, sobre los bucles, cuando me llevaban de paseo los domingos dentro de un amplio traje de piqué. Mis boinas tenían una palabra sobre la frente y unos listones con la punta cortada en W que cosquilleaban sobre mi oreja izquierda. Ya no visten así a los niños, pero los marineros me siguen pareciendo infantiles. No me figuro así a Simbad el marino. Estos muchachos grandes no deben de conocer las tormentas y su existencia estará siempre garantizada por los salvavidas científicos, por lo bien que sabrán nadar, por lo claro y tranquilo que el mar se ha vuelto desde que lo dejaron de su mano los novelistas lóbregos y los piratas. Todo es cuestión de organizar las cosas. Héme ya en el hotel. Llamo a la puerta del maestro Tovar, a quien deseo mostrar mis libros. Pero a

mi segunda llamada contesta malhumorado: *What is the matter?* y yo comprendo que no debo insistir.

Vuelvo a la calle en busca de un teatro. Los cabarets no me seducen. Entro en el Alcázar, pequeño, para dramas, a la mitad del primer acto de *Rain.* No me sorprende la ausencia crustácea del apuntador, ni las luces. Admiro a Miss Thompson. ¡Los mares del sur! ¡San Francisco! Noto en el tercer acto que la gente me mira un poco extrañada. ¿Pareceré muy extranjero? ¿O será que ellos están todos vestidos de smocking y yo estoy solo con un humilde traje, que es nada más que azul marino?

Ayer pasé la noche en el baño turco y no pude pensar en nada, porque me rindió la fatiga y no tuve tampoco sueños, porque ya no tenía deseos. Ahora, solo otra vez, tocan mis manos los lazos fugitivos de los recuerdos. Cada nueva curiosidad ya pertenece un poco al pasado y sin embargo me va robusteciendo al dispersarme. Quien añade ciencia añade dolor. Podría verificar esta cita en la Biblia que hay sobre la mesa. Recuerdo mis doce años y el terror que entonces me daba la idea de envejecer, de llegar un día a ser repugnante y odioso. Y cuando pasan los años, *chaque jour on reporte a un peu plus loin la promesse.* ¡Acaso lo soy ya! Y me ha sido preciso sustituir el amor porque todo acto es siempre grotesco.

Montamos al barco sin emoción ninguna. Se encuentra tan pegado a la ciudad, a este amplio garaje en que se clasifican las cosas, en donde están ya nuestras maletas, como obedientes perros, con el bozal de goma que les hemos pegado, que no se concibe al pronto el arrancamiento. Empiezan a llegar personas abrigadas y a hablar rápidamente. Junto a la escalerilla, se explayan los *bell boys* y los *waiters,* con los brazos cruzados, como los verdugos y los fakires de los teatros. Me ha nacido un amor a primera vista por este barco que recorro con alegría, mirando sus pasillos, penetrando en sus puertas, para localizar nuestro camarote, el comedor, los posibles vecinos. Vuelvo a la barandilla, con las demás personas que ya la invaden toda, multiplicando sus conversaciones agitadas. Abajo quedan sus familias o sus amigos. Ya nos separa de la tierra una cinta movediza de agua profunda. El barco la toca con el brazo perezoso de su escala, que al alzarse saludará. Están repartiendo serpentinas a los pasajeros, pero yo ¿a quién voy a lanzárselas? Es indicado llorar en estos casos, yo creo, o conmoverse hasta un límite correcto; pero yo ¿por qué he de conmoverme? Si no lo hice al dejar mi tierra ¿lo haría ahora que dejo una agua que nada tiene que ver conmigo? Un jazz band se ha puesto a tocar sobre cubierta. Parecen ya irrompibles las redes de serpentinas. *Visitors ashore, please!* Y el puente se eleva, y el barco va apartándose como una cabeza resignada. En el muelle quedan aquellas gentes, con sus pañuelos y sus frases inglesas, que dan a los viajes todo un aspecto de viaje de bodas. ¡Y bien! Ahora sí. Vuelvo al camarote, que no había examinado en la prisa de despedirme de nadie. Tiene muchas puertas. Una va a dar al cuarto de baño, tiene todavía más puertas para los otros camarotes; patrimonio común. Hay que apuntar su hora, de seis a ocho, quince minutos nada más cada persona, con señas de nombre, camarote y cama. Esto es injusto; yo tengo la barba muy cerrada y mi baño

consta de un largo ceremonial, simple, pero inflexible. Saco primero el pie derecho de la pantufla y con él tomo el pulso al agua; luego abandono la segunda, y me arrodillo dentro de la tina, porque en las piernas no quema tanto el agua como me quemará enseguida la espalda, cuando me abandone por completo a su fuego para gozar de un espasmo agotante que me faltó durante toda la noche. Suelo aprovechar estos instantes para considerar la marcha del tiempo y hacer un breve examen de conciencia. Fue así como hace muchos años descubrí con terror mi pubertad, en un triángulo negro que se posaba sobre mi cuerpo como un murciélago y que traté en vano de borrar. Ahora me rasuro la cara, trazando largos cometas de la barba hacia el cuello, primero el lado derecho, con la *ever-ready*, y luego hacia arriba desde los oídos, con dirección a la nariz, para escuchar el sordo mutilar de los pelos endurecidos, que se quedan en la máquina, desorientados y dispersos pero infinitamente más pequeños que los que naufragan en las toallas de las peluquerías. Luego me peino. Hasta hace dos años no usaba raya en la cabeza, sino todo el pelo hacia atrás, que tenía ondulado y abundante. Ahora me lo echo todo hacia la frente y se abre solo en dos puntas, como los dos ojos de un solo caracol, en el ya amplio camino en que discrepa un lado del otro de mi cabeza, y luego, primero el lado derecho, lo restituyo hacia atrás, de suerte que desde arriba debe de verse como muchas flechas superpuestas. Luego se puede ya contar conmigo, porque todo el resto puedo abrochármelo en mi cuarto. Pero es evidente que no he de proceder así en los quince minutos que ocuparé ese rinconcito todas las mañanas.

En cuanto al camarote, ofrece un lecho para el ingeniero Vázquez, demasiado gordo para la litera, alta y baja, que hemos de compartir el maestro Tovar y yo, que representamos la educación de nuestro país. Y no sé cómo vamos a acostarnos. Él es jefe de la Enseñanza Primaria y bien mirado yo no doy sino clases de literatura. Creo que debo cederle la cama inferior. Hemos hecho, a propuesta suya, el trato de alternarnos el usufructo de la cama baja. Pero ¿y si no cambian la ropa?

Ya va perdiéndose de vista la tierra. Hemos girado sobre nosotros mismos, pero no he sentido hasta ahora trastorno alguno de los que se me presagiaron. Mis amigos sabios me habían dicho que los viajes en barco marean, aunque no se pusieron de acuerdo sobre si a todas las personas. Yo podía ser una excepción. Nada me parecería más penoso que un accidente en público; pero la idea ya empieza a preocuparme; porque no puedo fijar la vista en punto alguno, y aunque, si miro a lo lejos, no me parece que avancemos, me turba la rapidez con que pasan las olas junto al barco. En el comedor percibo el primer galope. Un golpe brusco, como si el mar, sonriente, nos hubiera llamado con mimos y promesas y, ya definitivamente en sus manos, nos estrujara con lenta furia. Es horrible mirar por las claraboyas como el cielo sube igual que un telón y el mar lo sigue y lo retrae. Y nuestro mesero es mexicano, de lo cual se alegran mis compañeros de mesa, y el maestro Tovar le pide muchas cosas porque lo considera más prudente que mi total abstinencia. Me invade un ruido sordo y apagado, que me esfuerzo por no escuchar, pero que me hace al fin abandonar la

mesa lleno de repugnancia. Sobre cubierta es mejor, al pronto. Voy a tirarme en una silla. Y estas gaviotas antipáticas, precursoras del vuelo sin escalas, ¿a qué hora se volverán a su casa? Ensayo a darles un nombre adecuado, pero no hay uno suficientemente chocante. Parecen tamales desenvueltos, pan crudo con alas, águilas de cuartos de dólar. Cuando ya hay en el mar tanta agua salvaje que verdaderamente irrita, ellas todavía andan por encima, por los lados, listas a catchear con el hocico lo que les arrojan de la cocina. Vienen a encaminarnos con un insolente aire de protección, como se va a los entierros y a las bodas, como llevan a los niños al kindergarten y a los criminales a la cárcel, sin mirarnos siquiera, como si cumplieran con un deber o, lo que es peor, como si ejercitaran un alto derecho. Y son muy estúpidas. No distinguen a primera vista los corchos de las galletas. Pero la que más me ha indignado es esa gorda que, sin dejar de volar, ha sido capaz de alzar una de esas patas descalzas y de rascarse con ella el cuello. Es el insultante colmo de la eficiencia. No comprendo cómo los poetas románticos las hicieron tema de sus octavas reales.

Una señorita muy fea me sonríe. Me dirige una voz mimosa y pretendidamente infantil. Es aquella, lo recuerdo ahora, que tropezó conmigo al subir al barco; pero yo la tomé por una amiga de alguien que se fuera. Dice que viaja mucho, y que por lo tanto, sabe cómo se siente uno cuando es la primera vez que lo hace, como yo, con deseos de conversar y tímido de hacerlo con quien no ha sido presentado. Pero ella dispuesta a allanar las dificultades, del principio. Esto lo dice ya sentada junto a mí, en una silla que no le pertenece, porque yo he visto a una guapa señora adquirirla esta misma mañana. Sería muy bochornoso que la hiciera levantarse de aquí. Se nos acerca una señora robusta, que viene impartiéndose una exagerada nutrición de nueces y que sonríe tiernamente a mi súbita amiga, que yo comprendo que es su madre y ella me cerciora del hecho al presentarme. La señora se deposita a mi otro lado, en la silla de otra persona. Yo estoy angustiado. Cuando la joven se dirige a su madre omite la ere y dice *madah*, porque son australianas e insisten en que su inglés es muy puro. He aquí las primeras personas de Australia, de Ostrelia, con quienes tropiezo. Por hábito indolente, al pensar en este punto geográfico, ocupan mi imaginación unos que llaman periquitos de Australia y un kanguro.

Yo me apellido así, y le muestro mi nombre en la lista. Ella y su madre, Cohen. Van ahora a reunirse con su padre en Australia, que ya tiene deseos de verlas, porque han pasado muchos meses en América y Europa; por tanto, no se quedarán apenas en Honolulú. Pero yo toleraba esta conversación porque me hacía olvidar el mareo. Ahora, para cortarla, en él me refugio y empiezo a sentirlo fuerte y horrible. No puede describirse sino con muchas páginas de puntos suspensivos que hubiera obligación de recorrer uno a uno con la mirada. La mamá australiana me aconseja que coma, como ella. La hija me dice que converse y no cesa de hacerlo. Esto es horrible. ¡Oh! Vuelvo enseguida.

Mañana llegaremos a primera hora. Casi no se cree, después de tantos días de mar, que la tierra exista. Y llega uno a resignarse, primero, y luego a gozar de la situación hasta el punto de entristecerse a la idea de dejar el barco. No las gentes, que hay tantas y todas se parecen, sino el barco mismo, que llega a amarse más que un hogar, que hotel alguno, que ningún tren. Porque el hogar, para no hablar del hotel, lo formamos nosotros en cualquier parte, con libros, lámparas, sábanas y platos. Pero se está ahí, desesperadamente clavado en su sitio, y somos nosotros quienes vienen y van a su inmóvil cáscara, impersonal y definitiva. Y el tren, cierto que nos traslada, pero va sobre rieles fijos e invariables con su procesión de chicos cogidos de la mano como un padre que lleva de paseo a su numerosa familia, siempre por los mismos pintorescos sitios. Y si ocurre un descarrilamiento, no pasa uno del suelo, que es como romper una estatuilla que se puede pegar o desecharse, pero recobrar de todas maneras.

Todo en la tierra es pintoresco y es aprovechable, y hay ciudades. En el mar no hay sino un color, un silencio y un sol. La tierra no es capaz de guardar un secreto. Todo en ella está, como dicen, «a flor», a flor de tierra. Cuanto sabe, todo lo declara a la menor indicación. Y no se le arroje una semilla, porque en seguida devolverá cientos de árboles cargados de ellas. No se le puede confiar un muerto, porque, además de transformarlo en un surtido de productos vegetales y químicos, la tierra nos retorna el obsequio con diez niños. ¡Y la variedad infinitesimal de insectos, canarios, instituciones, comercios, asilos, teatros, reptiles, mamíferos latinoamericanos, genios y pianolas que a grandes rasgos, se hallan, producto suyo, en la tierra! El sol alumbra estos continentes, que desde arriba deben de parecer grandes frutos agusanados y carcomidos.

El mar, en cambio, si guarda dentro de sí todas esas diversas nacionalidades de peces, de plantas y de alhajería que suelen atribuirle algunas personas, nada tiene que lo demuestre, sin embargo. ¡Imagínese lo que haría la tierra con todas las cosas que el mar oculta de tan digna manera!

Si no me contradijeran los acuarios y los especialistas, yo podría sostener que no hay, ni es necesario, otra cosa que agua en el océano, porque Eugenie y yo no logramos ver nunca otros que tres o cuatro peces voladores que se zambullían en el aire con trémulos clavados a nadar un poco. Allá en el fondo es muy posible que existan pulpos, que los infelices comparan modernamente sin razón alguna, con los capitalistas, y coral y perlas, que han corrido la misma suerte desde antiguo con respecto al aparato bucal.

Hay un divino impulso en los barcos, que los peces profundos deben mirar atónitos desde el fondo, como nosotros contemplaríamos sin comprender, sólidas nubes que viajaran de un astro al otro. Un divino impulso profundamente humano que no tienen los egoístas mosquitos que son los aeroplanos y que eterniza el arca bíblica. Cuando se alcance la perfecta civilización, cada hombre selecto vivirá en alta mar, con su barco, sin cuidado alguno por lo que acontezca en la cambiante tierra.

Sobre el mar, a merced del mar y no dentro. El submarino es tan ridículo como la aviación.

Mar, profundo y negro mar de la noche, tan semejante al sueño, sin fondo ni equilibrio, mañana he de dejarte. No he podido hoy dormir. Pienso en esos gorros de papel que traían todas las mujeres en el comedor, donde las servilletas estaban dobladas como gorros marinos, en homenaje al capitán, y en cómo traíamos todos los hombres el tuxedo muy bien planchado al bailar con las perfumadas mujeres. Y en mis cajas de libros que no he visto, pero que estarán allá abajo, donde se esconde esa tripulación de mudos fantasmas que ahora enrollan las cuerdas a golpes rítmicos. Y en mi equipaje. ¿Cómo será la gente que va a ese congreso? Restless Rupert. ¡Venga usted a despertarme al amanecer! Quiero ver acercársenos las islas y recibir la roja mirada del sol hawaiiano. Así le dije, pero fui yo quien se levantó primero y fue a despertarlos, todo aún oscuro. Nos desayunamos de prisa y nos pusimos a contemplar el horizonte. Como aclaraba el día, las estrellas resultaron ser faros distantes. Y aquellas masas negras fueron tomando forma poco a poco, coronadas por rehiletes de palmeras.

Dos grandes edificios se destacaban, uno blanco, coral el otro y luminoso entre los árboles morenos. Son los hoteles Moana y Royal Hawaiian, con los múltiples casilleros de sus ventanas. La ciudad se tendía entre las montañas como si el viento hubiera desparramado las páginas de un libro de memorias. Un viento dulce y cálido que enardece la sangre y anticipa la música. Hay ya luz plena, amarilla, común y corriente. Vamos entrando al puerto y todos nos precipitamos a la barandilla. En el mástil ondean los farmacéuticos colores de la bandera americana. Se ha detenido el barco, y vienen hacia nosotros dos lanchas de gasolina, una del médico, capaz de ponernos en cuarentena, y otra llena de muchachas morenas vestidas de blanco, con collares anaranjados y que tocan dulces guitarras y cantan para nosotros, saludándonos estridentemente, *¡Aloha oe!*

1927-1928. *Return Ticket*, 1928.

NUEVA YORK

Cinco horas más. Ya el paisaje no ofrece descanso ni sorpresas. A poco empiezan bien situados carteles a ponderar las excelencias de los hoteles de Nueva York. Es sábado. Toda la gente estará pronta a divertirse. Yo lo haré, desesperadamente. ¿No vengo huyendo de la familia y de todo lo consuetudinario? Sin cicerone, vagaré por las calles, iré a los *cabarets* y a los teatros. Mi pobre tía Virginia me espera con ansia y me ha preparado una habitación en su casa; pero, sabiamente, he omitido avisarle de mi llegada. No iré a verla sino el último día de esta loca semana de embriaguez neoyorquina. Vive en Riverside Drive, 452. Eso es tan lejos del New Yorker que nunca nos tropezaremos. Hace muchos años que vive en Nueva York, obstinadamente, cada vez más sola, pues dos de sus hijas, casadas con ingleses, residen en Europa una y la otra en Mérida, y su hijo Fred viaja por todo el mundo. Sólo le queda Edna. Serán tristes, me recordarán a mi familia; las quiero mucho, pero no deseo verlas. No en seguida, por lo menos. Me instalaré decididamente en el New Yorker.

¿En cuál de estos túneles realiza uno la increíble aventura de pasar por debajo del Hudson? Súbitamente, he aquí que ya estamos en Nueva York. El tren se detiene sin escándalo, y los mudos *red caps* se apoderan de mis maletas y echan a andar delante de mí en esta atmósfera de mosaicos blancos como un baño turco. Pennsylvania Station, Pennsylvania Hotel, Hotel New Yorker. Estamos en poder de las advertencias escritas. En un sitio en que la gente habla tanto se diría que no es necesario hablar, porque todo puede arreglarse en función de señales luminosas que guían hacia la Caja, hacia el Correo o el Cable, hacia el ascensor indicado, hacia la habitación llena de oportunas indicaciones impresas. «¡Buenas tardes! Será usted bienvenido en el Terrace Room: *The World is wrapped in Wrap's music!*» «Si usted no ha estado antes en este hotel —me dice el *bell hoy*— será conveniente que yo le demuestre sus ventajas: para ventilar la habitación sírvase oprimir aquí. En el baño tiene usted agua fría, caliente y, en esta llave, helada. Detrás de la puerta hay un sacacorchos por si el caballero desea preparar un *coctail;* agujas con hilo blanco, negro y café por si necesita pegarse un botón, y por último, el *servidoor.* No es preciso llamar a un criado para el aseo de su ropa; usted la deposita en esta deformación de su puerta y no vuelve a preocuparse por ella. Cuando esté limpia aparecerá en este cristalito la palabra *service.* El radio funciona de diez de la mañana a diez de la noche y puede captar las cuatro mejores difusoras de la ciudad. Justamente ahora el caballero puede escuchar, mientras toma su baño, un interesante partido de *foot-ball.* En el escritorio hay toda clase de papeles y formas telegráficas; cuatro *restaurants* sin salir del hotel: el *Coffee Shop,* para el desayuno; el *Manhattan,* para almorzar; el *Empire Tea Room,* para tomar el té, y el *Terrace* para comer y bailar. Incidentalmente puede tomar un *sandwich* en la droguería. Cualquier cosa que necesite puede pedirla por teléfono.» El teléfono llamaba en ese momento. «Buenas tardes, señor Novo; para servirle —me

dijo una voz automática—. ¿Encuentra usted cómodo el cuarto?» Y sin aguardar mi respuesta: «*Thank you!*», agregó, y cortó la comunicación.

Solo al fin, me acerqué a la ventana. Veinticuatro pisos abajo hormigueaban procesiones de surtidas cabezas. Comenzaban a encenderse las luces de los rascacielos como un enorme encaje de piedra. Y al ir a hacerlo, me impidió arrojar el cigarrillo una advertencia pequeña, colocada a la izquierda de la ventana y al nivel de mis ojos: *Human life is in danger if you throw that lighted cigarrette.*

Súbitamente me sentí sobrecogido de pánico. ¿En espera de quién me senté a escribir cartas mientras se hacía más tarde? Nadie vendría a buscarme. No había deseado otra cosa que hallarme solo en Nueva York, precisamente un sábado, y ahora, en este silencioso cuarto de hotel, el deseo más sincero me inclinaba a buscar en un burgués cariño filial el mejor substituto de la aventura. Caminé como un fugitivo hasta la Quinta Avenida, examinando velozmente todos aquellos indiferentes, apresurados rostros que marchaban juntos sin conocerse, como un batallón de reclutas. Me compré unos guantes, otros guantes; no me atreví a recorrer siquiera toda la tienda. Volví al hotel y me eché en la cama. ¿Por qué me empeñaba en convencerme de que estaba fatigado por el viaje, de que sería mejor descansar bien aquella noche, telefonear a algún amigo? Como una progresiva fiebre comenzó a invadirme la más amarga soledad, el más definitivo alunamiento. *Amos and Andy* estaba en el radio. Otra estación difundía una de esas efímeras canciones de que uno va tejiendo la vida:

Ah, but is it love
this fatal fascination
is such a sweet temptation
but is it love-really love…

Una infinita ternura, contra cuya vulgaridad era inútil toda protesta, se licuaba en mi corazón. Me vestí, huí. «452, Riverside Drive», ordenó al chofer.

De aquellos horribles, angustiados ocho días de Nueva York, no conservo sino confusos recuerdos. Como en una neurosis, el placer final de mi viaje, tan remoto y aún que consistía en el regreso, nulificaba el placer preliminar y de una semana de preparativos para la verdadera partida en el barco. Mis amigos empezaron a recibir cartas en que me confesaba un mal viajero derrotado, en que los abrumaba con recomendaciones y encargos para mi vuelta a México. Pretendía conservar un exagerado control sobre todos mis pequeños asuntos, y me había llevado una clave para casos secretos y urgentes que no llegaron a presentarse. Dejé en manos seguras un detallado testamento y velaba constantemente por su precisa ejecución, de que a mi retorno habrían de responderme. Me era imposible substraerme al pasado y a la distancia, ingredientes de la desdicha. Y me aterraba la prolongada travesía. Los días sucediéronse en visitar almacenes, teatros, cines; en aprender ya para siempre que el

subway y la cafetería son estados de conciencia que trascienden mi «implejo», como le llama Valéry. Ese majestuoso desfile de todas las razas del mundo que tanto se me había ponderado, y que puede apreciarse desde Times Square, me dejaba indiferente, cuando no me ponía nervioso, y como no me sentía inclinado a visitar el Empire State Building, el Museo Metropolitano ni Coney Island, ni me parecía decoroso venir desde México a ver más pinturas de Diego Rivera en Radio City, mis posibilidades inmediatas se reducían, a tiempo que se multiplicaban de un modo monótono, a los pequeños *cabarets,* a que Rafael Nieto y yo llevamos algunas noches a Marianella, una chica de origen italiano que podía llegar a su casa a cualquier hora de la madrugada y que se moría por escuchar a Rudy Vallee. Luego, íbamos a Greenwich Village, en donde terminan tantas novelas cuyos primeros capítulos se desarrollaran en París, porque sus vecinos pueden ser todo lo exóticos que su imaginación, no muy variada por otra parte, les dicte, y nadie se asombra de que en la Cafetería Steward's compartan una mesa tres italianos de feroces melenas y dos extravagantes señoras vestidas de hombre, y que parecen apreciarse mucho, en un denso ambiente de humo de Virginia, huevos fritos y vasos de leche. El encanto de Nueva York, remiso, me escapaba. Comprendía cada vez menos que tanta gente se empeñara en pasar una vida sujeta a esta máquina deleznable. Igual snobismo barato me parecía animar a esa anciana ridícula que fumaba en el *cabaret* y que pasaba por debajo de la mesa a su gorda compañera una caja de cocaína, repitiendo a cada instante en voz alta: *I wish I had a Bible to put my feet on* —¡ella, que era en sí misma el Viejo Testamento!—, que al público del 5th Avenue Playhouse en que vi, humildemente sentado entre genios desconocidos, *Three Little Pigs, Romance sentimentale,* de Eisenstein, y *Le Sang du Poète,* de Cocteau, tres *films* de un valor tan diverso.

Una noche en que me sentí suficientemente neoyorquino para abordar el *subway* con rumbo al hotel me perdí, naturalmente. Y al ir a tomar otro tropecé con Humberto Anaya. No deja de ser un poco milagroso que las dos únicas veces en que he vuelto a encontrar a este viejo amigo hayan sido tan absolutamente imprevistas: la primera en San Francisco California, en la calle, y ésta ahora, en el *subway* de Nueva York. Es mi antípoda. Vamos a conversar en mi cuarto y desfila ante mí su vida magnífica de aventuras desde que salió de nuestro Torreón. Nadie lo tomaría por un mexicano ni él comete el error de proclamar que lo es en su profesión, que no llego a adivinar, de que prefiero no cerciorarme. En tanto pongo en orden mis papeles, se cuelga del teléfono en interminables llamadas, concierta citas a horas extravagantes, improvisa disculpas. Al fin me concede de nuevo su atención, pero ya tiene que marcharse; lo espera una señora imprescindiblemente.

—Pero es horrible —me dice— que seas tan ordenado, que guardes todos esos papeles, que trabajes. Citémonos en Australia o en Estocolmo. Abandona todas las cosas, sé libre, viaja, vuela, no envejezcas en un lugar. Cuando vuelvas de Buenos Aires hemos de vernos, si todavía estoy en Nueva York. Te dejo mis señas en este papel. *So long, me lad.*

Bert Mayo 368… Rasgo este papel, que disperso al viento frío de la noche. Porque algo me dice que nunca he de volver a encontrar a *Bert Mayo*.

Continente vacío, 1935.

«NORTHERN PRINCE»

Cuando todos los delegados de México se hallaron reunidos en Nueva York nos dispusimos a embarcarnos en el *Northern Prince.* Quizá debo escribir que cuando el *Northern Prince* se halló listo para zarpar de Nueva York todos los delegados de México se dispusieron a embarcarse en él. Casi todos los que las tienen trajeron a sus esposas, y como para el tema de los Derechos Civiles y Políticos de la Mujer (III del Programa) México designó a una señora, ésta ejercitó el suyo llevando a su marido. De suerte que éramos, con mi excepción y alguna otra, una pareja, si no de cada especie, sí para cada especialidad, como lo mandara Jehová y como lo permitieron los viáticos con que el Gobierno remuneraba por anticipado los desvelos de sus delegados. El jefe de la Delegación había partido ya, dos semanas antes, a fin de detenerse un poco en casi todos los países del Pacífico. Nos reuniríamos con él en Montevideo una semana antes de la solemne apertura de la Conferencia. Salimos de Nueva York el 4 de noviembre y llegaríamos el 21 a Montevideo. Así el abrazo de México a la América del Sur la envolvía por ambos costados.

Mi primera desagradable sorpresa ocurrió al llegar a mi camarote. Sobre una de las camas había una valija con la tarjeta *Mr. Buechlein* arrogantemente situada en el almohadón. ¡Luego yo no iría solo, luego tendría que compartir el baño, la siesta, el espectáculo de los paños menores con un desconocido a quien no me sería posible identificar sino cuando, zarpado el barco, ya no pudiera sino arrojarme al agua para escapar a su presencia durante dieciocho días y dieciocho noches de mi existencia, que ya no se recobran nunca! ¿Y si era un entomólogo, o un gran productor de café, porque ese apellido no auguraba nada bueno? No había remedio sobre la haz de la tierra. Todos los camarotes iban llenos de delegados con esposas, y por primera vez me fueron revelados los privilegios del sagrado vínculo matrimonial. Traté de adivinarlo sobre cubierta; aquél es, éste debe ser; ya no tuve ni ánimo de abrazar a las autoridades consulares que nos venían a despedir, consagrado a hurgar en los rostros de los que parecían solteros el gesto delator de mi compañero de celda. Pero yo estaba absolutamente seguro de que sería un cierto señor con perilla, nervioso, con una gorra azul, a quien no vino a despedir nadie y que paseaba su benévola y confiada soledad como quien es poseedor del secreto de su exagerado valer, y de muchos otros secretos. Uno de los cuales era éste: él sabía que su camarote era el mío. Había dejado su maleta, se había puesto la gorra y había desaparecido para observar, hombre de laboratorio, el efecto que me produciría su intrigante tarjeta de visita. Pero él no me conocería tampoco; sólo que, frecuente viajero, no tenía prisa por identificarme.

Ya se habían instalado todos los matrimonios. Comenzaban a aparecer los flamantes trajes de viaje, las gorras y, sobre las cabezas de las señoras, los velos que conservarían el orden exterior de sus cabezas. Los *stewards* distribuían los ataúdes de nuestra ropa en los camarotes. Abrí de golpe la puerta del mío —¿del mío?—. Estaba

de espaldas, ocupado en colgar su ropa y en instalar sus cigarrillos. Al ruido, volvió el rostro y me dio una mirada nórdica, de persona que en cincuenta años ha viajado mucho y en muy surtidas compañías. No usaba perilla ni gorra, ni parecía poseer secreto alguno. Y aunque, si su retrato apareciera en los diarios, el cajista tendría derecho a equivocarse y parar a su pie la frase: «El canciller Hitler en el acto de desempacar sus camisas», aquel pacífico señor que me tendía la mano y una mirada nórdica era, evidentemente, Mr. Buechlein.

«*Jueves 9.* Pertenecemos, en verdad, a un solo y mínimo pedazo de la tierra. Fuimos en él sembrados: ahí echamos raíces y hemos de florecer y morir de algún modo, por más que el viento arrastre nuestro polen. Cuanto es viajar, ir a otros países, nos diluye y nos debilita, y ya luego no servimos para nada, algunos porque se han adaptado a los medios extraños, otros porque al volver su tierra ya los desconoce y rechaza. Yo quiero a México hoy como no lo ha querido nadie nunca antes —de un modo total—, apasionado y físico que me hace desear con amargura el abrazo de su tierra misma, el azote de su viento en mi rostro, su sol en mi carne y no otro…

»… No puedo olvidarme de México en ningún instante. Quizá estoy ya tan viejo que la costumbre me ha hecho suyo del todo y me ha tornado incapaz de otro placer que el habitual y consuetudinario. Sé muy bien que si no me olvido un poco de México no voy a disfrutar de este viaje que tantos envidiarían; pero qué voy a hacer si por más esfuerzos que realizo por atenuarla e interesarme en una perspectiva presente o futura la idea de México me obsede y mi pensamiento constante es volver a él, y mi mayor deseo que vuele este tiempo que falta para el regreso. Así mi presente se anula entre el recuerdo y la esperanza de revivirlo con acrecentada pasión.

»Debo ser honrado conmigo mismo. Por las primeras de estas frases que he escrito hoy podría pensarse que me incumbe y preocupa un México trágico, solemne, o que me creo capaz de resolver un cualquier problema. Y realmente es *mi* México, las gentes que allá me quieren, los sitios que me son familiares y acogedores, lo que enternece mi corazón, que hoy azota un mar infinito. Aquí me siento anónimo, pequeño e inútil, y no quiero perder ni por un instante el contacto siquiera mental de cada uno de mis pequeños asuntos en México. Anoche me era imposible conciliar el sueño y a las dos de la mañana salí a fumar sobre cubierta. Todo el barco estaba desierto, si no era el salón fumador, en el que esos dos *snobs* argentinos que duermen todo el día y aparecen por las noches, jugaban y tomaban *champagne* en un exclusivo y dual solitario. Los vi desde abajo, junto a la piscina, cerca del piso de la tripulación. Dos *stewards* pasaron en unos pijamas rayados, y el *barman* comenzó a caminar, porque once vueltas alrededor del *deck* hacen una milla. Un buen rato permanecí echado en una silla, bajo la luna untada en el mar quieto y cálido sobre el que parece imposible que no se pueda marchar, escuchando las olas en la proa, morderla como perros rabiosos y espumantes, disueltos luego en jaspe. Cada quince minutos, el breve tañer de una discreta campana convocaba a un fantasma en la vigilancia de la alta caseta de los ingenieros, y uno de éstos mudos negros ingleses emergía sin ruido del

piso bajo y ascendía la escalerilla.

»Volví al camarote. Míster Buechlein ya roncaba profundamente, y me tragué una luna pequeña para el insomnio.»

Pero siquiera por las noches yo prolongaba cuanto quería la libertad de mi insomnio. Y quizá lo hacía para dormir más largo tiempo en las mañanas y dispensarme del espectáculo del morigerado Mr. Buechlein, que gustaba de nadar antes que nadie y que se hacía llevar, todo húmedo, unas grandes tazas de café al camarote. No llegó nunca a adquirir conmigo una confianza que le permitiera paternizarme; pero mi inercia le era tan escandalosa que no pudo reprimir la insinuante observación de que no hay mejor garantía de una larga vida que retirarse a buena hora y hacer ejercicio en la madrugada, y que la costumbre podía adquirirse en cualquier momento, pues bastaba levantarse temprano la primera mañana para que la fatiga obligara a buscar la cama esa misma noche, y el ritmo quedaría establecido de un modo permanente.

Los dos dormíamos siesta, pero él, para hacerlo, se quitaba los pantalones, que doblaba cuidadosamente y cruzaba sobre su pecho los brazos desnudos. Había tal diferencia de color y de calidad en la blanca piel de su cuerpo con la que revestía su cuello marchito y su rostro afeitado, rojo y duro, que yo pensaba, al ver su ausencia total de vello, en los estudios de Marañón sobre los caracteres sexuales secundarios, y no podía dormir tratando de recordar con precisión su teoría de la distribución del vello, que me parece demasiado general porque presumo que sus implicaciones endocrinas varían con las razas, y él habrá estudiado casi exclusivamente sujetos españoles, raza de que me vienen tan acusados. El climaterio, a cuyas fronteras se acercaba ya Mr. Buechlein, no lo encontraba armado, sino de una cabeza postiza por la que habría de reconocerlo.

Los mexicanos constituíamos mayoría, pero una mayoría incoherente que nos aplastaba a nosotros mismos. Allí donde iba uno, se dirigían todos los demás: el intemacionalista distinguido, pero olvidadizo, cuyo largo cigarrillo se consumía abandonado en su labio hasta que, como las civilizaciones excesivas o como las momias, al menor desequilibrio, se derrumbaba en cenizas sobre su americana, y era inmediatamente reemplazado; el autor de una redentora teoría económica, que ofrece, en 36 páginas, una solución a la crisis económica mundial; el decano, entre todos, cuyo rostro impasible decía a las claras la confianza que depositaba en sí mismo y la habilidad suave, insensible, con que se atraería al fin aun a aquellos a quienes les caía mal, y, en seguida, los matrimonios jóvenes, para los cuales éste era un segundo y más experto viaje de bodas colectivo, como los que debe organizar alguna floreciente empresa en Niagara Falls. Tratando de evitarnos, nos buscábamos o nos encontrábamos siempre. Ciertos de que, concluido el viaje, no volveríamos a vernos por elección o volveríamos a no vernos por gravedad, extremábamos la cortesía, el elogio para aquella señora sobre cuyos ojos formulábamos un voto secreto, pero firme, de que no se habrían de posar nunca más sobre nosotros.

La inferioridad que yo venía padeciendo, y que dimanaba de razones muy personales, agravábase con la que caracterizaba a mis ojos a aquel heterogéneo conjunto. Resolví enmudecer, enfermarme y, cercano el día en que podría depositarlas en Río de Janeiro, refugiarme en escribir largas cartas a México. Cuya carencia de noticias nos tenía intranquilos, y decidimos, para recibirlas de la Agencia, expedir un cable. A la mañana siguiente pudimos leer una, la única que consignó el diario de *Northern Prince. Y* fue una mañana muy dichosa, no por la noticia, que se reducía a informar que un capitán mexicano había matado a su criado porque no le servía pronto el desayuno, sino porque el nuestro, ese día, fue servido con rara celeridad.

A partir del domingo en que se celebró la desabrida ceremonia de Neptuno, y por más que no prosperó, a Dios gracias, ningún comité permanente de fiestas, el capitán, los oficiales y el *purser* redoblaron sus vanos esfuerzos para dotar a su barco de un ambiente social. Alternativamente había cine, baile y carreras de caballos de madera. El té era servido en el salón en que estaba prohibido fumar, y a la hora del aperitivo entraban al otro la señora inglesa que regresaba a Río, adornada de vaporosos trajes, y la esposa del diplomático sudamericano, que iba a pasar a su país unas vacaciones (definitivas, según supe después) con sus dos hijas, su perro y su esposo. Tres o cuatro matrimonios jóvenes más, yanquis, componían el resto de los pobladores del *Northern Prince,* y, rechazados por el tabú mexicano, pronto formaron el *younger set* con el millonario argentino, su secretario —por decirlo así— y las instruidas hijas del diplomático sudamericano. Su distinguida mamá les hacía una disculpable, pero exagerada *réclame.* No perdía ocasión de depositar en los espíritus, que por comunicativos le parecían tierra propicia, la simiente de la admiración hacia el refinamiento y la inteligencia de sus hijas, que lo heredaban de antepasados ilustrísimos. Pero sea que la buena señora exagerara, sea que las moviera ese mismo caprichoso impulso que arrastra a las reinas a enamorarse de los lecheros, las niñas no parecían cambiarse trajes todo el día, sino con el objeto de mostrarse desde diversos ángulos al *purser* y al mediquillo del barco, dos yanquis ordinarios reclutados por la Compañía Inglesa de la Furness, con quienes preferían practicar su *slang* y su *flirt.*

Todo llegó a serme profundamente intolerable: el capitán, panzudo, curtido en *wiskey;* los *Eaton Coats,* que por la noche ostentaban los oficiales; la comida escasa y repugnante que estos barcos, en que los pasajeros no constituyen sino un accidente secundario, consagrados, como están, a la carga de modo primordial, almacenan en Nueva York de una buena vez en sus refrigeradoras para los dieciocho días de su viaje a Buenos Aires, los tres que en ese puerto permanecen y los quince que invierten en el regreso, sin adquirir siquiera legumbres frescas en los puertos que tocan; la dulzura senil de esa pareja que no se soltaba las manos y que se atrevía a la piscina en un traje que, al vestirla de loro, la desnudaba; los monólogos alternativos de aquella otra pareja que declaraba que ellos dos son iguales como dos gotas de agua, lo cual es evidente, y que agregaban, lo cual ya no es tan evidente, que en su

caso se trata de cerebros que reaccionan igual, circunstancia a la que atribuyen una felicidad conyugal que a todos nos tenía sin cuidado. Luego, como después de todo íbamos a una Conferencia, los plenipotenciarios consideraron muy oportuno celebrar unas juntas que capacitaran al secretario general para cumplir con acierto su importante labor de centro de operaciones, que recoge y difunde. Y como mi papel de relator —no se relata sino el pasado— me dejaba al margen de la elaboración del pasado, me dediqué a reanudar con Emma una vieja amistad, unilateral, porque, en realidad, no habíamos hablado nunca, por más que nos conocíamos desde pequeños.

No deja de molestarme, cuando converso por primera vez con una persona, averiguar que ya me conocía, que le habían hablado de mí, que ya me aborda con un juicio formulado; porque, o automáticamente desaparece mi interés por aquella amistad, o me nace una angustiosa decisión de ganarla contra el prejuicio —lo cual equivale al doloroso proceso de enriquecerme con una nueva personalidad que tiene que surgir de mí mismo, como de un instrumento de música brota, con su sacrificio en las manos sabias o torpes, un acorde perfecto o una ríspida nota que rompe su equilibrio para siempre.

Conversando con Emma pasé las únicas horas agradables del barco. Coincidíamos en una indolencia, en una firme voluntad de no hacer nada que, por lo que a ella se refería, irritaba a su esposo, pero que poco a poco nos llevaba a una simpatía y a una repugnancia por las mismas cosas, de que nuestra amistad iba alimentándose y crecía; opinábamos que la luna de miel de cierta pareja era más bien un queso Camembert y decidimos llamarle a ella, por razón de su nívea epidermis y por motivos de historia literaria, Azucena, nombre que la víctima encontró muy de su agrado.

Hace ya tiempo que Emma y Daniel se casaron; tienen dos chicos: uno de siete años. Todos nuestros amigos, o casi, ya han contraído matrimonio (contraído, contrato, contracción, contra-acción); sólo yo permanezco soltero; pero, Emma, la ropa sucia que tanto me molesta cuidar, el hacer las maletas, todo lo que usted piensa que podría arreglar por mí una esposa bien elegida, se remedia con no viajar, y, en cambio, no tengo que infligir a nadie mis variados defectos, ni la conciencia negra de haber causado un daño irreparable cuando el tálamo, la ilusión, el sagrado lazo, todas esas cosas que no puedo tomar en serio, y que ella probablemente sí tomaría (pues de no hacerlo yo no me casaría con ella), nos divorcien al unirnos.

Porque la jurisprudencia ha hecho de la embriología una aberración de la naturaleza. Tengo un amigo muy inteligente que, de buenas a primeras, antes del viaje de investigación que se prometía a Europa, se encontró con quien menos podía esperarlo, ya que, por rara paradoja, si se publicara el fracaso mínimo de su ciencia médica no sólo caería por tierra su prestigio profesional, sino que muy probablemente se vería en las manos de un abogado. Y sólo las muy malas revistas admiten colaboración espontánea; las buenas no devuelven los originales; no sé si me explico, como suelo decir en mi clase, cuando presento de un modo alquitarado que a mí

mismo me ofrezca novedad, un tema que año tras año tengo necesidad de hacer aprender a mis siempre nuevos alumnos.

Continente vacío, 1935.

RÍO

¡Con qué embriagadora avidez miré acercarse la costa indescriptible de Río de Janeiro! ¿Qué generosa divinidad premiaba aquellos insoportables catorce días con el espectáculo brujo de unas rocas ungidas de musgo que asomaban su dolicocefalia, semejantes a enormes tiburones petrificados en un cuento que Scherezada reservó para la milésima segunda noche, que no llegó a decir porque no sabía portugués y porque a Schariar le fue negado asomarse a la quilla de un barco y ver ante mis ojos el más deslumbrante collar de luces a lo largo de una bahía de ensueño? Aquello es el Cristo; por allá queda el Pão de Assucar, explicaban. Pero nadie podía estar cierto de que no hubiesen cambiado de sitio en uno cuya esencia la constituye el milagro. Mi llegada a Hawaii, por la madrugada, me reveló de un golpe un paisaje previsto, que ya no había sino que confirmar. Pero, tras de alejarnos por catorce días largos, ahora Río ocultaba su rostro con el antifaz de una noche que sólo nos permitía disfrutar su mirada, como si hubiese volcado sobre el tapete de su playa un alhajero que a la mañana siguiente no sería nada más que el rocío sobre sus increíbles nenúfares. Puse una pijama en una pequeña valija. Ya las gentes del barco no se miraban ni se conocían, ávidas de huir de sí mismas por veinticuatro horas, dispersas como cuando se acerca un cataclismo. Los *changadores* nos saludaban en un idioma dulce e incomprensible, en un *ballet* que nos mostraba, bien claro sobre su corazón, el número de su garantía, suplicantes, con un ritmo lento que deja un compás para el balanceo como en la *maxixa*. Y cuando al fin subieron por la barandilla, el número veinticinco se asombró mucho de que yo le ofreciera todos los miles de reis necesarios para que transportase mi pijama al hotel. No comprendía que en este reino de ensueño yo no podía llevar en las manos otra cosa que no fuera el deseo de oprimirme a esta tierra lujuriosa, otra actitud que la de recibir su caricia. Me lancé a la calle. Hasta las monedas contribuyen a que uno se sienta millonario. ¿Quién va a creer que pagué treinta y cinco mil reis por mi cuarto, que regalé al *changador* veinticinco mil, que el automóvil me costó quince mil a la hora? No he de revelar, cuando lo refiera, que quince mil no son más que un dólar. Por primera vez me ponía en contacto con la costumbre sudamericana de no dormir, y reparaba en que habíamos entrado en el revés del mundo, allí donde el 17 de noviembre hace calor, donde en la Nochebuena Santa Claus tendrá que verificar su reparto en traje de baño. Los chicos de la orquesta del *Northern Prince*, tres de los cuales —no la integraban sino cuatro— no habían salido nunca antes de Nueva York, ni, a lo que presumo, habían tocado nunca antes un instrumento musical, andaban alelados por las calles. Y como los delegados se habían ido al Copacabana, y no era mi intención reunirme con ellos, los acompañé a aquel cierto barrio cuyo exotismo les intrigaba conocer porque en los Estados Unidos —*you take my word for it*— la prostitución está prohibida, pero que a mí, aun cuando no hubiera visto *Maya*, me era familiar por su equivalente mexicano. Lo que me entristeció, filosóficamente, fue comprobar que los precios se

igualan en el mundo, por misteriosos vasos comunicantes; los diez mil reis que aquellas señoras daban a entender, mostrándonos las dos manos abiertas (*she'll take five* —decía Ben Hirs, el director de la orquesta—), significaban la desoladora equivalencia de nuestros habituales dos pesos. Después de todo, existe universalmente un —¿diremos comunismo?— que iguala los precios en los artículos de primera necesidad, que quedan al margen de la guerra de tarifas.

Antes de retirarme, al quinto *andar* —piso—, donde en una *cadeira* —silla— ya me aguardaba el pijama de marras, frente a un lavabo que por el arte de magia que es común en Río se había instalado en la alcoba, saliéndose de un cuarto de baño en el que se ostentaba, en cambio, un extraño mueble en forma de guitarra y uso desconocido, los acompañé a visitar varios *cabarets.* En ellos me fue revelada la profunda belleza de los ojos cariocas, negros, enormes, o verdes, sobre una piel de oro tostado, y el ritmo de una música que hará por siempre suyo mi recuerdo de Río. ¿Cómo iban a atreverse aquellos pobres, tristes muchachos de la orquesta, prófugos de un Nueva York miserable, alquilados a bajo precio para destrozar estridentes *foxtrots,* cuya intolerabilidad nos hacían menos pésima la comida, que habrían bailado en Coney Island con alguna tiesa empleada de Macy's, a exhibir su torpeza frente a la gracia con que estos gigolos vestidos de blanco se balanceaban, giraban, tejían con las mujeres morenas y dúctiles las increíbles figuras a que los lanzaba la música enervante de la *maxixa*? Y era delicioso ver al dueño del *cabaret,* importante como un niño grande en su primer *tuxedo,* convocar a la concurrencia, anunciar las piezas, incitar al baile, felicitar a las mejores parejas.

Antes de acostarme me asomé a la Avenida Río Branco. Todavía me reservaba la sorpresa de su sol, de sus almacenes, de su tráfico diurno. Por ahora, los tranvías, los *buses,* todavía no querían retirarse; paseaban de alto abajo por esta amplia avenida bordeada de árboles, con aceras de pequeños mosaicos, como alfombras negras y blancas, y en frente, en la esquina, en los cafés eternamente abiertos, las gentes conversaban frente a sus tazas de néctar negro, cómodamente, sentados al aire libre. Por ahora, podría dormir, satisfecho, solo, con una ventana abierta. La noche de Río vendría a posarse dulcemente en mis párpados. Cuando los abriera, con el nuevo perfume de su amanecer, mi ventana tendría para mí quién sabe cuál inimaginable sorpresa.

El viajero que al despertar en Río considera que sólo le restan ocho horas de vida, no halla, al vestirse con toda la prisa posible, si consagrarlas a la admiración de la Naturaleza, buscar libros o mirar gente. Hace precisamente un siglo que Darwin anduvo por aquí, recogiendo insectos y observaciones; pero de mi visión luminosa de anoche sólo le fue dado participar en la medida de los *Lampyridos* que decapitó sin que su brillo se apagara, ni disfrutó de otra *maxixa* qué el chirrido agradable de una rana pequeña, «del género *Hyla*», y los improperios que en portugués deben de haberle dirigido los loritos verdes (*Chrysotis*), mientras sus compañeros, nuevos Edipos, cazaban grandes monos barbudos de cola prensil. Desde entonces, la mano de

la Naturaleza, «poderosamente ayudada por la mano del hombre», como observa Phillip Guedalla, la estrecha en una insuperable armonía. Y el mío no puede ser el viaje de un naturalista; aspiro a ser, en toda la mayor modestia del término, un humanista por cuanto me interesa el paisaje en función del hombre. Cierto que el propio Darwin sucumbe a la gratuita belleza del espléndido panorama y al consignarlo a toda prisa incurre el primero en la vulgaridad inevitable de recordar «las decoraciones más vistosas de la Opera o de los grandes teatros», sin que a renglón seguido omita, satisfecho, la declaración que no volvió nunca de estas excursiones con las manos vacías. La mía por las calles no ha de rendirme sino frutos visuales. La decoración del teatro ha sido invadida por personajes orientales de grandes ojos que, aún arrancados, seguirían fulgurando, como en mi más vivo recuerdo, mientras por todas partes mi nombre me grita, súbitamente vulgarizado, que aquella es la ciudad en que debí nacer. *Rasgou seu terno? Fica NOVO, Ouvidor 160.* El túnel Novo, Novo, Novo, junto a los almacenes de Movéis, que anoche leyó *Movies* Ben Hirsh, en donde se venden a *praço e a dinheiro,* como si no lo fuera el que se da a plazos. La policía militar, con el más bizarro uniforme, va en grandes autobuses, como de paseo, por las calles, llenas de *Alfaiaterías,* que son sastrerías. Y si usted *Tenhe coceiras,* en cualquier parte hallará el remedio, que no cuidé de anotar. Me entienden perfectamente en el almacén en que compro unas camisas acribilladas de mínimos sellos, y a poco descubro que, en realidad, es cuestión de cantar un poco para que me entiendan mejor, quizá de hablar el español como lo haría un pequeño. De todas maneras me empeño en adquirir un método para aprender portugués, que creo muy fácil, pero no encuentro sino gramáticas portuguesas para aprender castellano. Y es necesario que cuando vuelva por aquí a ostentar un nombre que parecerá un estupendo seudónimo, el Nuevo Salvador, ya sepa bien en cuál de las *feiras* desembarco y cómo tengo que saludar. Por ahora —¡helas!— no *Fica Novo.*

Nuestro padre Cuauhtémoc disfruta en la playa de Botafogo de una vista como su doble no la soñó jamás en el Paseo de la Reforma. Cierto que su sustento es mucho más modesto, como corresponde a un buen político sudamericano, desterrado en Copacabana; pero no por ello puede quejarse. Cuando le abrume la jabalina, cuando le fatigue la contemplación del Pão de Assucar y de ese funicular al que por nada del mundo quise subirme, puede llegarse desde Oswaldo Cruz hasta la playa del Gloria y mezclarse a jugar *Volley Ball* con los mozos de piel dorada. No ha de arredrarle su indumentaria que, al contrario, pasará inadvertida en el baile de trajes, entre las grandes mariposas azules de que se hacen mosaicos como en sus tiempos, en su tierra, se hacían de las plumas infinitesimales del colibrí. Se encuentra un poco solo, sin coronas al pie, pero satisfecho de haber conocido, al fin, ese mar por el que se marchó Quetzalcoatl y por el que llegó Cortés, al poco tiempo, a hacerle demostraciones prácticas de piretoterapia.

Y por todas partes el mar, el mar *recomenzado siempre,* limpio como las nubes que enjugan la soledad del Corcovado, rítmico como el juego en la playa, claro y

hecho de la misma substancia cálida y perfumada del aire.

Continente vacío, 1935.

MONTEVIDEO

Muy de mañana llegamos a Montevideo. La víspera, conforme entrábamos al estuario del Plata, un viento irrefrenable se puso a silbar en las cuerdas y las chimeneas; pero se nos dijo que lo verdaderamente temible es el *pampero,* que no se registra en esta época del año. El bar, desaseado, lleno de ceniza, daba aún señales de la despedida que el *younger set* había organizado hasta muy tarde con el millonario argentino. A pesar de que mi liberación estaba a la vista, el barco era aún mi humillante preocupación, y de tal modo había hecho mella en mí la reciente conversación de la señora diplomática que me ponía nervioso la idea de llegar a Montevideo. Me era indispensable, inaplazable, un largo momento de reposo, de recapitulación, para situarme en el mundo extraño en que tendría que vivir por un tiempo breve, pero indeterminado. Por ello, aun cuando en Buenos Aires aguardaba el jefe de la Delegación y otros varios amigos entre quienes podría volver a afirmarme, y el barco zarparía dentro de algunas horas, llevándose consigo a la delegada y a Bejarano, preferí, de una buena vez, buscar mi centro en donde, al fin y al cabo, había de residir. Del puerto al hotel la ciudad me pareció pobre y pequeña. Eran las nueve y había muy poca gente en la calle, y los almacenes estaban cerrados. Un ascensor semejante a una jaula, estrecho y lento, situado casi en la puerta misma del hotel, me condujo a una habitación triste, de altísimo techo, empapelada de azul y anexa a un baño oscuro y amplísimo, obviamente recién construido. La ventana larga, alta, que daba a unas buhardillas, tenía una triple puerta, más pesadas cortinas. En la luna de un ropero, como hace mucho no los veía, brillaban los rollizos contornos de mi alta cama de latón. De un teléfono de pared pendía, como un ahorcado, un magro directorio.

Luego de comprobar que era imposible que el agua fría y la caliente concluyeran un pacto tolerable en mi regadera, salí a la calle en busca de una barbería. Recorrí Sarandí, llegué a la catedral, atravesé la plaza Constitución, y entré al fin en la única abierta a aquellas horas.

—Rasúreme —dije al barbero.

Mirándome con desconfiada extrañeza, en tanto que me ajustaba una especie de camisa de fuerza:

—¿Cómo ha dicho? —me preguntó.

Y como yo, desconcertado, recurriera a la mímica:

—El señor quiere que lo afeite —replicó benévolamente.

Yo no sabía que acababa de pronunciar un mexicanismo. Era mi primera, rotunda discrepancia con, al menos, los barberos de Montevideo. Ya toda la larga hora que me tuvo en sus manos no cesó de tratarme con conmiseración:

—Feo, mal, pelo mal cortado —decía, como si se dirigiera a un niño o a un andorrano, haciendo muecas de desagrado y mostrándome al espejo los efectos de la impericia de su colega del *Northern Prince* en mi cabeza.

—Yo arreglar, dejar lindo. ¿El señor viene de Brasil?

Cuando al fin me soltó volví al hotel a desayunarme. El pan era horrible, no había fruta y la manteca y el café con leche era todo lo que se acostumbraba a tomar a esa hora. Los meseros tenían el agrio gesto de las personas cuyo sueño hemos interrumpido para un menester que les es desagradable. Fui a sentarme en la plaza Constitución, de cuyas fronteras no había pasado porque, como ostentaba ese nombre, me pareció que sería lo mejor que podía ofrecer la ciudad. A fin de cerciorarme pregunté al limpiabotas si no había calles más bonitas que aquellas cuatro, y, tras de mirarme con igual extrañeza dura que el barbero, me dijo un seco «no sé».

Ya Bejarano el infalible llegaba con el ministro de México, que no había ido al barco porque no suponía que nos levantáramos tan temprano, pero que ya tenía reservadas habitaciones para todos en el Parque y en el Carrasco. Fui a ver la que me destinaba. Pero como en vista de que soy soltero no dispondría de un baño exclusivo, me resigné a carecer de la brisa directamente playera del Parque Hotel y decidí permanecer en el Gran Hotel, ex Lanata, cuya fotografía pueden admirar los lectores que la busquen en la *Enciclopedia Espasa.*

Conforme el día avanzaba, el Gran Hotel Lanata iba descubriéndome poco a poco el secreto de su calidad. A las doce, cuando ya prácticamente todos los almacenes estaban abiertos y podía ver desde mi balcón los muebles Luises y los jarrones que contiene el Gran Bazar, el triste salón en que bebí un triste y tibio café con leche se había convertido en un populoso bar, frente a cuyas mesillas sorbían *copetines* y devoraban *maní* y patatas y minúsculos *sandwiches* de jamón, que ensartaban en mondadientes, guapas señoras y elegantes caballeros furiosamente bien peinados a la *gomina.* Para mayor lujo, una orquesta invisible pugnaba por un dominio del aire que le disputaban, triunfales, las conversaciones. Un imprevisto salón a la izquierda desplegaba sus mesas blancas y sus meseros, listos a servir el almuerzo. Los mozos, los porteros, en sus más tradicionales libreas, se instalaban estratégicamente, y en el estrecho vestíbulo, limitado inmediatamente por el ascensor y la escalera contigua, iban y venían huéspedes, solicitaban su correspondencia o luchaban para obtener una comunicación telefónica.

Esto último era entonces particularmente difícil. Por aquel tiempo se empezó a instalar el automático, mas yo tengo la gloria de haber visitado Montevideo cuando todavía asomar el oído a un audífono equivalía a escuchar un trozo selecto del Caos. Cordón, Aguada, Pocitos, eran algunos de los nombres que tenía uno que anteponer al número deseado, y una vez que le confiaba su deseo a la telefonista, se ponía a escribir o leía un diario. Ella le notificaría cuando el milagro de escuchar no una voz, sino muchas, le aguardaba, por el precio de una.

Por la tarde, y según este procedimiento, llamé a la Legación de España. Enrique Díez-Canedo vino en seguida gentilmente por mí. No podré describir el bien que me hizo verle, pues aunque cuando estuvo en México no lo traté apenas ¿quién de

nosotros no leyó sus traducciones, no conoce su interés y su cariño de buena ley por las cosas de México, su amistad con nuestros escritores? Encontrarnos en Montevideo constituía para mí un milagro y una salvación inmediata. Poco antes del viaje yo había confiado a su bondad la entrega de algunos libros míos, vergonzosamente tardía reciprocidad a los que de algunos poetas uruguayos había recibido, y ahora le preguntaba por Ildefonso Pereda Valdés con una insistencia que más tarde les causaría extrañeza a los amigos escritores que hice en Montevideo, pero que dimanaba de que era él quien más asiduamente me había enviado sus libros, y temo que el único a quien hubiera avisado recibo, particularmente cuando, a raíz de recibir sus poemas onomatopéyicos de negros, me permití preguntarle si conocía el *Congo,* de Vachel Lindsay, que yo le recomendaba, y a lo que me contestó que no lo conocía. Enrique me dijo que no sabía de él con exactitud, y abandonamos el tema.

Mientras hurgamos en «La Bolsa de los Libros», sondea mi conocimiento de la literatura uruguaya moderna. Ya he dicho que es nulo. No estoy, sin duda, *a la page* cuando expreso el deseo de saludar a Juana, a Sabat Ercasty, a Silva Valdés, a Frugoni, a los Guillot Muñoz, a Oribe y a Luisa Luisi. Justamente frente a mis ojos está un libro, fresco y con prólogo de Enrique, *La Clepsidra de los éxtasis,* de nombre herrera-reissignado. Y le confieso que no he leído *El hombre que se tragó un autobús,* de cuyo autor me informa que, con posterioridad a esa inusitada biografía, ha escrito un volumen que se titula *Se ruega no dar la mano.* Como de Larreta *Zogoibi* hace unos años, ahora, tras del *Embrujo de Sevilla,* tendré que leer *El gaucho florido,* de Reyles, y mucha parte de las ediciones Anaconda que inundan El Palacio del Libro, las otras librerías que cruzamos y aun los quioscos de diarios y revistas. Iremos, además, a Conferencias. Pasado mañana sustentará una sobre Buda el doctor Grompone, en la Y.M.C.A. Hay conferencias casi todos los días; ahora menos, porque es el verano, pero no me faltará ese pan del espíritu.

Mientras llega su coche volvemos a Lanata. El salón del copetín matinal ha sufrido una nueva metamorfosis. Sus mesillas se han vestido unos manteles azules y sobre ellos nuevas guapas señoras consumen tazas de té con leche, pero de mucho más leche que té, y *masitas,* que llaman a los pasteles franceses. Como ya son las siete quedan pocas señoras. En cuanto los mozos acaben de retirar los manteles azules irrumpirán de nuevo los señores muy bien peinados para el *copetín,* el *maní,* las patatas y los *sandwiches,* preludio, como en la aérea orquesta, de la comida que ha de verificarse en el salón de la izquierda, con un pomposo arsenal quirúrgico y jugosos *bifes, chauchas, zapallitos* (todo lo demás está en francés y esto —¡helas!— no está en mexicano), bajo la dirección eficaz del *maître* italiano, que, en cuanto uno produce un cigarrillo, salta a encenderlo y agrega, con una inclinación: «El señor no tiene por qué molestarse teniendo un esclavo a su lado.»

Nos vamos a la Legación. La señora Díez-Canedo me recibe cordialmente y me presenta a las chicas y a don Joaquín, que se toma ya tan en serio porque tiene dieciséis años. En torno a aquella mesa perfecta de familia me siento profundamente

confortado. Ignoro la conversación, entregado a empaparme en la dulzura de aquel hogar español en que, bajo la mirada de un padre inteligente y de una madre como ya no se dan, crecen a descubrir el mundo y a embellecerlo dos lindas niñas que se dirían gemelas y un chico locuaz, puro y simpático que ya se cree un hombre cuando —perdóneme, señor don Joaquín— no es más que un *botija,* como dicen allí donde usted aprendió alemán y lunfardo.

La ciudad se me va entregando muy poco a poco, pero a cada momento que pasa me revela un nuevo, cautivador aspecto de tal suerte inédito que se diría que se renueva con las horas. De mi provinciana y miope visión de esta mañana, del pequeño jardín, la quieta plaza Independencia, muerta a las diez de la mañana, no quedan sino vagos residuos. Conforme avanzó el día, un bien organizado ejército de *taxis,* autobuses, tranvías y personas confirió una armoniosa vida a las calles, derramándose en ellas sin prisa, con lenta gracia. El mar, visible desde Sarandí, desde Juan Carlos Gómez, desde Cerrito y Juncal —este pie de imprenta—, fue siendo vencido en mi progresivo urbanismo, y cuando descubrí —¡una calle adelante!— la Avenida 18 de Julio, la plaza Artigas con su airosa estatua ecuestre que vuelve grupas a Buenos Aires, ya no pensaba en él. Del insolente Palacio Salvo en adelante, cuya torre iba a ser en lo sucesivo mi faro diurno, la amplia avenida se perdía en el horizonte hacia los barrios residenciales, y el mar que en éstos, por la Rambla y Pocitos, se disfrutaba, ofrecía, con todo y no serlo, un aspecto más confortable.

Luego vino la noche y con ella la revelación de una vida condicionada por los cafés, los tardíos teatros —la función más temprana comienza a las diez de la noche— y los todavía más desvelados *cabarets.* Ahora sí se entendía, en virtud de una noche tan populosa, una mañana tan desolada que consagrarían a dormir. Tres teatros daban funciones; pero los uruguayos se mostraban particularmente orgullosos del Solís, no tanto por su contenido actual, que era una Compañía bastante mala procedente de Buenos Aires, sino por su arquitectura. A tal grado disonaban la arquitectura y la Compañía, que la Compañía tuvo que abandonar a los pocos días la arquitectura, pues, en mala hora, les vino la idea de cubrir ésta con grandes carteles que la convertían en una barraca de feria (como lo requería el ingenio maxreinhardtiano de su director para el estreno de *La tanda de dos centavos*) y el decoro municipal no pudo sufrirlo. De suerte que sólo quedaron abiertos el 18 de Julio y el Artigas. Por ventura, en ellos podían verse las mismas piezas que en el Solís y aun por los mismos cómicos. Un galán joven muy experimentado (lo había sido por cuarenta años) cantaba letras criollas adaptadas a *fox-trots* yanquis al frente de unas veinte chicas del coro. Y la huella de Pirandello, cuyo *Cuando se es alguien* se había representado recientemente (recién, como allá dicen), se advertía no en el conflicto de la personalidad, sino en que, casi invariablemente, la representación comenzaba fuera del escenario, con un altercado entre el gallego y el gringo. Ya

luego se alzaba el telón y uno podía ver las *macanas* del viejo mimo italiano, los acaramelados duetos del galán joven o el monólogo emocionado de un cómico que hablaba de la triste suerte del *canillita* (a quien el poeta Frugoni compara con un pájaro de un ala), de la trascendencia de los buzones de correos, llenos de cartas que iba leyendo, o de la lechuza reivindicada en la historia de un gaucho. Pero todo podía tolerarse con tal que apareciera, al fin, Lolita del Río o Sofía Bozán a cantar tangos y rancheras. Por dondequiera se hablaba de Gardel. «Carlitos», como le decían, rey del tango, que desgraciadamente no estaba entonces en Montevideo. Pero a falta de él había otros cantores y estas dos interesantes mujeres, de estilos tan diversos. Siempre recordaré a Lolita del Río con *Milonga sentimental* y a Sofía Bozán, rea, sin voz, pero con voto, en *Tómalo con soda.*

Todavía el tango no penetraba en mí, remiso, del modo avasallador con que más tarde habría de ganarme, cuando lo *sintiera* más claramente. Pero desde luego advertí que, al revés de lo que ocurre con nuestra música habitual, norteamericana, o con la que confeccionamos nosotros, merced a ese oído mexicano tan alabado que es parte de nuestro sentido artístico no creador, sino buen imitador (la caricatura es una imitación deformadora), que suele engreírnos hasta que ya no la toleramos más, y entonces la silbamos si se atreven a tocarla; los porteños han dotado al tango de un contenido emocional tan importante que el más viejo se escucha con igual devoción que el más reciente, y aun a los que ya nosotros olvidamos de puro sabidos, de los raros que nos solían llegar, como *La copa del olvido, Percanta que me amuraste, A media luz,* se les consagra como *Los tangos de oro,* y son objeto de un volumen con prólogo de Fermín Silva Valdés, el poeta nativista del Uruguay, de quien he de ocuparme adelante. En cuanto a *La Cumparsita,* es, como me decía Ernesto Pinto, un segundo himno nacional. Sus primeros acordes vibran en todos los corazones y los hacen gritar con la emoción que a los yanquis les arranca el mejor puñetazo de Baer a Camera, a los españoles una verónica de Cagancho, *La Adelita* a nuestros soldados. Cuando, gradualmente despojado de mi nostalgia, fui entregándome a la cerrada seducción de Montevideo, el tango fue la última, pero la más gloriosa puerta que tuve que forzar. Una vez entrado en su ritmo viril, cortante, quejumbroso sin debilidad como una clara garganta, en que no entra para nada el saxofón que entre nosotros lo desnaturaliza y apaga, sino cuatro bandoneones que se desmayan y retuercen poseídos, y cuatro violines clarísimos, y un piano tocado con la desgarradora fuerza con que debe tocarse Chopin, sentía que poseía el secreto de aquella tierra —y este secreto es que aquella tierra me poseía. A partir de entonces, el *Tupi,* el 18 de Julio, la feria del Parque Rodó a la orilla de Pocitos, Lanata, serían para mí sitios no sólo habituales, sino indispensables. Y el copetín y el café a las dos de la mañana, que en vano me señalaba el alto reloj luminoso, pretextos para sentarme a ver desfilar unas vidas extraordinarias, mientras mi pronunciación se deformaba y la *ll* silbaba en mis dientes, bajo el sombrero de alas anchas que tuve que comprar, porque el neoyorquino, de alas muy cortas —*no hay nada qué hacer,* como me dijo el de la

tienda—, era muy feo. Y fui iniciándome con agrado en todos estos ritos externos del orientalismo, mínimos ingredientes que me disponían, en cualquier sitio, a sentarme a *sentir* un tango. Mientras sonara uno, ¿quién pensaba en dormir? Todavía, cuando en mi alto cuarto me asomaba a verificar una lluvia escandalosa de cinco minutos, vencida por las estrellas, oiría *patotas* siempre insomnes cuya discusión, iniciada en algún café, no llevaba trazas de acabar nunca. Y yo amaba escuchar, hasta perderlas, estas voces en que el *ché,* no *digas macanas,* el *mandate mudar,* el *andate* y luego un prolongado *qué quieeere* ponían como en prosa los tangos lindos de que había florecido la noche.

Continente vacío, 1935.

BUENOS AIRES

He logrado, por fin, mi objeto; me he extraviado y quisiera ir a la calle Florida, averiguar por dónde queda la de Reconquista para buscar a Pedro Henríquez Ureña, telefonear a la Embajada…; realmente esta aventura no tiene sentido. Así, me dirigí a un policía para interrogarlo; pero ocurrió que, aun cuando su uniforme en nada, si no era el chaquetín, de dril blanco, se diferenciaba de nuestros policías, aquel sonriente e inusitado cicerone que se ofrecía bondadoso a guiarme por Buenos Aires era un soldado. Como no tenía nada que hacer, si yo no conocía la ciudad ni tenía amigos, él me acompañaría con gusto. Sólo que se sentía mal con el uniforme. Si yo no tenía inconveniente iríamos a su casa a que mudara su ropa.

¿Cómo negarse a conocer *desde ya* un Buenos Aires poco común, que sin duda nuestro embajador y mis otros amigos ignoraran? Victorio Santagasta y yo abordamos un «colectivo» desde cuyo apretado asiento yo miraba desfilar Buenos Aires en tanto que él me refería que en su país existe el servicio militar obligatorio, que él ahora cumplía, y que su sueldo era de cinco pesos al mes, cinco de esos pesos que los billetitos azules, frágiles y sucios encargan, en bella caligrafía, a la nación de pagar al portador. Esta nación no quiere que sus soldados fumen ni gocen de otros pasatiempos honestos, por lo visto. Descendemos. Todas las naciones de América han desfilado por las calles que llevan sus nombres cuando Victorio me toma del brazo, y, a tiempo que me guía hacia su casa, me pregunta si he *sentido* los tangos que canta en voz baja para mí:

Dónde te fuijtej tango
que te bujeo siempre
y no te puedo hachar;
te juro por mi vieja
que si no te encuentro
me pongo a chorar.
Fui por Florida acher
y por Corrientes hoy;
me han informado
que te habíaj piantado
con tu bandoneón;
pero yo sé que vos
no aguantarás el tren
naipe marcao
cuando ya es junao
tiene qué rajar…

—Ej lindo ¿no? Se llama *Naipe marcao.* ¿Y no avés sentido *Milonga del 900*?

Me gujta lo dijparejo y no voy por la vedera,
uso funghi a lo massera, calzo bota militar…

—Vedera es ejto —me explica señalando la acera—. ¿Funghi?, sombrero…; a lo Massera es ladeao…; pero, ché, no me engrupás… si entendés todo y yo me hago loco…

Evaristo Carriego, yo sé que sonreíste desde la tumba, satisfecho de que un mexicano conociera de tu Buenos Aires un conventillo antes que Palermo… Cuando penetramos al bulín de Victorio, su hermanita, como decía poniendo en el diminutivo todo el énfasis de su quejumbrosa pronunciación, no había llegado aún del taller de costura, a preparar el almuerzo. Pero mientras se despojaba del uniforme y se mojaba la cara en un lavabo que sacó de bajo la catrera, yo saboreaba un anís que acababa de sumir mis quietos sentidos en la delicia ingenua y auténtica de aquel nunca soñado cuadro de arrabal, presidido por la lamparilla de la Virgen, por la amplificación con marco dorado que derramaba, por los ojos del padre de Victorio, la mirada viva, limpia y acogedora de mi guía. No quiero que aguardemos a su hermanita. Prefiero imaginarla dulce, hacendosa, etéreamente desprendida de un poema nativista, alma de este bulín, reflejo engreído de este ropero que me hace, en su único ojo, el reproche de una presencia inadecuada.

Hace diez años largos que yo no veía a Pedro Henríquez Ureña. Sentado frente a mí, su rostro igual, su apacible y severo gesto pone a danzar en mi recuerdo, como en rápido *film*, el mudo balance de mi primer contacto con su central, orientadora, dominante personalidad. ¡1922! Mis diecisiete años no hallaban en qué emplearse. Los maestros de la juventud mexicana de que sabíamos por los libros —Altamirano, Sierra— habían sido sucedidos por un inquieto Vasconcelos, a quien importaban, desdeñoso de las pequeñeces que son los hombres individualmente, los problemas generales, continentales, cósmicos, y que interrumpía las clases de geografía en que se explicaba Venezuela para lanzar a los alumnos a las calles a protestar contra el presidente de Venezuela antes que supieran la ubicación de ese país. Por emplear el tiempo, porque sus bancas me ofrecían comodidad para escribir mi autobiografía en un largo y romántico mamotreto que incineré después (nuevo dato para ella), pequeño hombre acabado, yo asistía a la odiosa escuela de Jurisprudencia, que mi ceguedad me hizo preferir a la de Medicina que era, lo he comprendido demasiado tarde, mi verdadero camino. Pedro Henríquez Ureña iba todos los días, a la una, a dar una clase de literatura mexicana a los yanquis de la Escuela de Verano, recién fundada y carente aún de edificio propio. Yo entraba, sin derecho, a esa clase, y su palabra lenta y precisa ganó en seguida mi atención. A los pocos días empezó a dirigirme preguntas y luego solíamos abandonar juntos la escuela, porque nuestras casas quedaban muy

próximas y el mismo camión nos conducía. Mi acercamiento a él fue totalmente puro y tal como debe de satisfacerle a un maestro cuya categoría y a un erudito cuyo renombre ignora el súbito y espontáneo discípulo. Un mediodía —¿el primero?— me quedé a almorzar en su casa, en que vivían los De la Selva bajo el cuidado de una tía de Pedro, la niña Ramoncita, de cabellos blancos. Por las tardes, cuando ya trabajaba yo a su lado, en mi primer empleo, solíamos caminar hasta su casa sin que yo experimentara la menor fatiga, oyéndole abrirme posibilidades («¿Por qué no se hace usted filólogo?»), relatándome trozos selectos de su profesorado en Minessota, haciéndome preguntas intempestivas, delicadamente sondeando mis lecturas, que guió en seguida; y nos hallábamos impensadamente conversando en inglés, en francés, alegre de que supiera yo un poco de alemán. Pero cuando llegaban, puntuales, Daniel Cosío, Villaseñor, Salomón, que eran entonces sus más asiduos discípulos y que acogieron sin reservas al recién llegado al cenáculo, si su espíritu se complacía en la conversación, el mío languidecía, privado del diálogo exclusivo, y se negaba a fundirse en el grupo. Esto le disgustaba. Pronto conoció mis defectos, los conoció cruelmente, como un cirujano, y trató de combatirlos lanzando a una ruda lucha física a quien, en su atinado concepto, estaba del todo *spoiled* por una familia patológica de la que era indispensable arrancarse a sufrir, a «barrer nieve en Nueva York», como llegó a prescribir. Mis insuperables resistencias acabaron por distanciarnos del todo y llegué, por ambivalencia, a odiarlo. No lo vi más. En 1923, casado ya, se marchó de México. Pero yo me esforzaba en silencio porque mi letra fuese tan clara y perfecta como la suya y, como él, marcaba los libros con uno, dos, tres puntos al margen del párrafo importante.

Está igual, más joven quizá, más apuesto. Le he dejado una tarjeta en Reconquista, y ha venido a verme esta misma tarde. Se sienta, cruza una pierna y con los brazos apoyados en el sillón, une por la punta los dedos de sus manos y los separa mientras, como al descuido, me observa penetrantemente. Yo sí debo de estar cambiado. Aquel adolescente alto, magro, lánguido, a quien quiso, como primera disciplina, enseñar a marchar vigorosamente, ha seguido, como el *Marco Polo,* de O’Neill, en su medida, el deplorable camino de un barato tráfico con su inteligencia que lo ha mimetizado a un ambiente en que la prosperidad inmediata engorda y embrutece. Me encanta oírle decir que me esperaba más de acuerdo con los retratos desesperados que suelo hacerme en lo que escribo o con la descripción que de mí le hizo una vez Anita Brenner, cuando le dijo que había tropezado en la calle a una persona que tenía la cara de Salvador Novo, pero, a partir de ella, más cara… Le explico que llegué a estar así; pero que, regularizado mi metabolismo, perdí quince kilos, que no deseo que nadie me restituya.

Salimos a la calle. Nuestro recorrido podía ser histórico y comenzar, por ejemplo, en la plaza en que se dio el grito de Independencia, para decirlo a la mexicana, un día

de mayo en que se reunieron a pedirla algunas personas, que dispersó, sin mayores consecuencias, la lluvia; en la fea catedral que la limita o por el correo, en cuyo último piso almorcé con Victorio hace unas horas; pero de la Diagonal damos vuelta por Florida, de cuyo galicismo me dice Pedro la siguiente definición: «Si en vez de tener los letreros en francés los tuviera en inglés, parecería una calle de París.» Aquí se hace el paseo tradicional. A cierta hora se corta el tránsito de coches y circulan a pie las más lindas muchachas, cosa que ya no ocurre en México, en la Avenida Madero, desde que los coches transitan en un solo sentido y la calle se ha vuelto exclusivamente comercial; apena a Pedro enterarse de este cambio en nuestro urbanismo. México pierde, en efecto, cada vez más sus rasgos peculiares, y si tuvo nunca el sociable gusto por la conversación, se va también borrando y quizá a ello se deba nuestra falta de teatro nacional, que es, después de todo, diálogo. Como no tenemos el café literario, el único salón de que se disponía en tiempo del Ateneo de México para esa clase de conversaciones era la sala de espera de ciertas casas hoy desaparecidas por orden de Salubridad; hasta cuando la charla es un placer lateral la hemos eliminado, hombres prácticos, pero también limitados.

Le pregunto a Pedro por Vasconcelos, que está en Buenos Aires. Desde aquella su primera visita, en 1922, cuyo fiel y circunstanciado reportazgo el curioso puede leer en *La raza cósmica*, en unas «notas de viaje» que, como los prólogos de don Marcelino, se comen todo el volumen y no le dejan espacio al texto que anuncia su portada, tiene Vasconcelos afecto especial por Buenos Aires, país de libertad en que lo trataron tan bien la primera vez, cuando llegó como embajador extraordinario, que quizá el recuerdo gratísimo de aquella ocasión en que representaba al Gobierno de México lo decidió a volver ahora a insultar en los diarios al Gobierno de México. Por su desgracia, ahora se dispensaron idénticos honores a los nuevos delegados de México, a pesar de sus protestas, lo cual tiene su moraleja. Y como los estudiantes de 1922 son en 1933, muy probablemente, ya doctores o cualquier otra cosa menos romántica, Vasconcelos vegeta en una cierta anonimia, agasajado, nuevo Alfonso XIII, por algunos fieles amigos, como Alfredo Palacios, que le ofreció una comida en el Hotel Castelar. En esta ciudad en que hay corte y hay rey —el rey es el presidente de la República— la gente pasa pronto de una moda furiosa al más completo olvido, porque los huéspedes ilustres se suceden con extraña celeridad, y ya es hoy el príncipe de Gales, como ayer el conde Keyserling, o como mañana Paul Morand, quien será recibido fastuosamente en los salones de estas enormes casas de la Avenida Alvear, tan grandes, que uno piensa que se pueden efectuar dentro de ellas carreras de caballos y a menudo habitadas sólo por una o dos personas, más un ejército de lacayos gallegos. En esa «biblia porteña» de Raúl Scalabrini Ortiz, que se llama *El hombre que está sólo y espera*, se definen con cierto esfuerzo las cualidades que el porteño exige del visitante ilustre, a cambio de su admiración, y se pide, no la hazaña heroica y fría, sino la simpatía personal. Quizá para el hombre de Corrientes y Esmeralda sea indispensable esta nivelación interna con sus huéspedes para acogerlos

bien; en los palacios de Alvear se busca, imagino, más una coincidencia externa de un valor comerciable —un nombre frente a un libro o bajo un cheque—, y se le llena, como ya apuntó Ortega y Gasset, de advertencias mudas sobre el valor de la hospitalidad que se le brinda.

Se procura estar *a la page,* aunque para ello no falte millonario que alquile los servicios de un lector que devore los últimos libros de que es elegante que hablen sus hijas en los recibos, oportunamente instruidas por él, sobre lo que hay que opinar, y se ejercita un tradicional mecenismo literario que tiene su más valioso ejemplo en Victoria Ocampo, de quien es ahora huésped, consagrado a la meditación en una estancia, Waldo Frank. Son famosas las bellas residencias de Larreta y de Lugones. Rosa Olivier, editora con Victoria Ocampo de la revista *Sur,* se hace llevar a su casa huéspedes distinguidos. La hora del té con leche y masitas que Pedro y yo hemos tomado ya en el Comega Club, inofensivo rascacielos desde cuyas ventanas Buenos Aires se muestra como un álbum iluminado, explaya en las puertas de la Avenida Alvear los enormes Rolls Royce de que habla Marichalar en el prólogo de la traducción que Dámaso Alonso hizo del *Retrato del artista adolescente,* de Joyce, y las libreas verdes, blancas, de que dijo Gómez de la Serna en imprescindible greguería que tenían cuatro botones más que las de cualquier lacayo del mundo.

Federico García Lorca es ahora el ídolo de Buenos Aires. La compañía de Lola Membrives estrenó sus *Bodas de sangre* y logró con ello un éxito tan extraordinario que se cablegrafió a Federico que abandonase sus tareas en el Teatro de la Barraca de España y se embarcara para Buenos Aires. Mañana ha de estrenarse otra obra suya, *La zapatera prodigiosa,* cuyos ensayos absorben todo su tiempo. Me invita Pedro a esta función; quizá ahí me pueda presentar a Federico. Ha dado conferencias, ha tocado y cantado, lo adora todo el mundo y los diarios se llenan con sus retratos. Ante tamaña popularidad yo vacilo en mi deseo de conocerlo. Lo admiro mucho, pero no querría ser simplemente un admirador suyo más, y quizá no habrá medio de ser su amigo. Hace tiempo, cuando estuvo en La Habana, Jenaro Estrada se encargó por todos de cablegrafiarle invitándole a venir a México, y no supimos más de él sino que era amigo de nuestra infortunada Antonieta Rivas.

Por lo demás, es muy desairada la posición de un escritor que no ha sabido o no ha querido ser popular y que llega a un país en procura de amistades literarias; y yo de la Argentina no recuerdo haber recibido recientemente más libros que los de Luis Cané y Alberto Hidalgo, peruano inquieto descrito por Vasconcelos, y de quien el ministro de su país en el mío me refirió antes de este viaje una anécdota irreverente que juega con su apellido, y antes los de Oliverio Girondo, lujosamente editados, llenos de palabras tales como «nalgas» sin que, a lo que recuerdo, haya yo correspondido siquiera a estos envíos en el reparto de mis limitadas ediciones. Digo, pues, a Pedro que no buscaré sino mañana a Molinari, y él me anuncia que dos días

después me llevará a la casa de los Rinaldini, en cuyo salón se conversa de literatura, y podré, sin precisamente ir a molestarlos a su domicilio, conocer a personalidades valiosas de la Argentina.

Todavía la áurea tarde de Palermo nos permite admirar la excelente escultura desparramada en Buenos Aires y que Pedro me explica, sabio cicerone de las ciudades que conoce; Bourdelles, Rodins, el centauro herido, frente al que se detiene y dice, con esas frases suyas, que subraya un gesto leve de su mano: «Si le quitamos un poquito lo asirio, queda una buena escultura.» El merengue horrendo de Querol que obsequió la colonia española y la ubicación del Museo de Arte, al que ya es muy tarde para entrar ahora. Me refiere que una de sus dos chicas pinta y advierto que ha heredado de él un fino sentido de las definiciones.

—Papá —le dijo una vez en el Louvre—, es triste que a mi hermanita le guste ver en la pintura lo que se ve con los ojos.

De una carta de Pedro recuerdo que esa misma chica decía ya frases ultraístas: «Mi mano va triste», «mira el sol tiradito en el suelo».

Volvemos al centro de la ciudad. Antes de despedirnos, a poco nos atropella un camión enorme, guiado por un hombre de fuertes brazos desnudos, rostro neto, boina vasca.

—¿Se fijó usted? —me dice Pedro—. ¡Qué curioso! Ese chofer parece un Zubiaurre.

Victorio ha venido por mí, un tanto inesperadamente, mientras descansaba un poco en el hotel; ha hecho planes: iremos a comer, luego a sentir un tango en un café que él sabe y después al teatro, a ver *Don Chicho,* que él ya vio, pero que yo no debo perder. El biógrafo, me advierte, le aburre; «duermo», dice con esa manera suya de enfatizar en una sola palabra toda una frase. Lo complazco en parte; vamos a cenar, pero como aun al nivel del mar yo conservo un estómago de altiplanicie, no puedo con todo esto que él ha pedido y llego al estupendo helado italiano cuando él todavía tritura el churrasco metódicamente. Vamos luego a sentir el tango, y como alguna cosa había yo de revelarle, pido un *cointreau,* que le gusta mucho, pero que le parece muy pequeño. Me cuenta que le habló de mí a su hermanita y que ella le encargó que yo le enviase bombones, «chocolatines». Su *Don Chicho,* melodramón italiano del género que ya me era familiar en Montevideo, me aburre, por más que Victorio, como el público de Alejandro Dumas, parece no haber venido al teatro sino para escuchar de nuevo una sola frase que le gusta muchísimo y que es la frase cumbre del segundo acto, hermana de *elle me résistait et je l'assasinai,* del *Antony.* Yo quiero ir a «La Boca», a los *cabarets* y a los cafetines de marineros, de «reos», de seres legítimos como no lo son, desde este punto de vista, los que pueblan la noche las *boites* elegantes, y Victorio se resiste a llevarme, asegurándome que eso no me divertirá. Caminamos al fin por aquellos portales que a cada paso nos arrojan el vaho caliente

de sus bandoneones, museo de inmóviles figuras de cera acodadas a las mesillas, con su clásica gorra, su pañolón o su bufanda blanca al cuello, sus botines de tubo claro, de pequeños marineros vestidos de blanco que se balancean en grupos de dos, de tres, y entramos en un cafetín subterráneo. El aire puede cortarse y las conversaciones envuelven como el humo a estas curiosas mujeres que circulan gravemente, sin sonreír, con trajes de tonos discretísimos, *tailleur* las más, sombreros encajados hasta la nuca y el gran bolso de mano, como si anduvieran cuidando del orden o eligiendo mercancía en un *five and ten,* sin que se sospeche que ellas están dispuestas a ser las elegidas. Apenas si una que otra, con aire más marcial que libidinoso, enhiesta el cuerpo y parece empeñada en demostrar lo buena nodriza que podría también ser, pero sin detenerse ante nadie, sin mirar concretamente a ninguna mesa. ¿ Cuáles hermanas suyas dieron a Keyserling la razonablemente profunda convicción de que en los prostíbulos sudamericanos reina el silencio de la procreación concentrada, y en los intervalos, la serenidad después del trabajo? En realidad, era mucho más divertido el *cabaret* de Montevideo, más, diremos, usual; pero éste de las polizontas sagradas y corteses habría asombrado a la propia Maryse Choisy.

—Ché, Victorio ¿rajamos?

Molinari ha venido por mí al hotel, con la sorpresa de sus canas disueltas en el pelo negrísimo y rizado, sus ojos vivos, su piel morena. «¡Qué bueno!», dice a cada instante, y me pregunta cosas de México, en donde no ha estado nunca, pero que quiere mucho. Fue a España no hace mucho, amigo y huésped de José María Cossío y de Gerardo Diego. Adora a España; estuvo también en París, que no le sedujo. En cuanto a actividades literarias, se ha fugado de aquella Exposición de la actual poesía argentina que organizaron en 1927. Pedro Juan Vignale y César Tiempo y en que vi su nombre la primera vez, seguido de una sencilla profesión de fe que contrastaba con las adolescentes *macanas* que de sí mismos proclamaban casi todos los demás poetas-cuadros de aquella Exposición. Hace de sus libros ediciones limitadísimas y fuera de comercio, finos estuches de una exquisita poesía moderna sin alarde, pura sin esfuerzo. Hojeo sus libros en esta linda imprenta de don Francisco A. Colombo, en que las imprime y a la que hemos llegado por medio de un «subterráneo», que contrariamente al de Nueva York, parece haber elegido ese camino para que el tránsito no turbe su lentitud (¡y cómo lamentan los tangos este exceso de civilización! «¡Buenos Aires —exclama uno—, te han abierto un subterráneo desde los pies hasta el cráneo!» Su queja es exagerada; el «subterráneo» recorre, en realidad, un trecho mucho más reducido). Las mejores, las más lujosas ediciones argentinas han salido del taller de don Francisco; por dicha, en Buenos Aires no existe un monopolio del papel que impida que uno encuentre los que desee, y los bibliófilos porteños se hacen un *Santos Vega,* un *Fausto,* que se dirían salidos de las manos de Stolz. Aquí se hizo Ricardo este precioso *Panegírico de Nuestra Señora del Luján,* con dibujos de Norah

Borges de Torre. Aquí dejo a hacer *Seamen Rhymes,* que dirigirá Molinari, seguro de que Federico García Lorca querrá hacer alguna viñeta para mis versos, y vamos al Hotel Castelar, pues ya le ha telefoneado que estoy con él, y ha dicho que me lleve en seguida.

Federico estaba en el lecho. Recuerdo su pijama a rayas blancas y negras, y el coro de admiradores que hojeaban los diarios para localizar las crónicas y los retratos, que seleccionaban la fotografía mejor, el ejemplar del *Romancero gitano,* que le acercaban el vaso de naranjada, que contestaban el teléfono; la voz un poco en falsete de Larco, el pintor-escenógrafo, la voz engreída y andaluza del embajador de España, el admirativo silencio del chico que le había dado por secretario. Por sobre todos ellos, Federico imponía su voz un tanto ronca, nerviosa, viva, y se ayudaba para explicar de los brazos que agitaba, de los ojos negros que fulguraban o reían. Cuando se levantó, mientras tomaba su baño, se volvía a cada instante a decir algo, porque se había llevado consigo la conversación, me senté en la cama. Larco me dijo que él había estado en México cuando era apenas un pendejo, en 1910 y 11, y que recordaba un temblor espantoso. Es hermano de María Caballé, la actriz, y dice a todo: «Liiiiindo».

—Federico —le grita— tenemos que llevar a Novo adonde fulano; ¡será lindo!

Federico entraba y salía, me miraba de reojo, contaba anécdotas, y poco a poco sentí que hablaba directamente para mí; que todos aquellos ilustres admiradores suyos le embromaban tanto que me cohibían y que yo debía aguardar hasta que se marchasen para que él y yo nos diéramos un verdadero abrazo. Por ahora, tenía que ir a ensayar *La zapatera,* que se estrenaba esa noche misma.

La zapatera prodigiosa reunió en el Teatro Avenida al «todo Buenos Aires», como decía Pedro. De un palco al otro se saludaban, con elegantes inclinaciones leves de cabeza, las familias, los literatos. Cerca del nuestro se hallaba en el suyo Oliverio Girondo, que se ha dejado crecer unas grandes barbas, rodeado de un pequeño Parnaso en que brillaba el gran poeta chileno Pablo Neruda y la acometiva poetisa argentina Norah Lange.

En un restaurante de la Costanera, no elegido al azar, sino porque sus terrazas nos permitían, al mismo tiempo que comiéramos, mirar hacia el río como mar, el paseo en que aún se mira uno que otro vencido coche de caballos, la playa de que los bañistas morenos tienen que huir a veces con toda la fuerza de sus piernas, cuando el río, seco a ratos, se deja venir en un instante, nos sentamos Federico y yo, solos, como dos amigos que no se han visto en muchos años, como dos personas que van a

cotejar sus biografías, preparadas en distintos extremos de la tierra para gustar cada uno de cada otra. ¿En qué momento comenzamos a tutearnos? Yo llevaba fresco el recuerdo de su *Oda a Walt Whitman,* viril, valiente, preciosa, que en limitada edición acababan de imprimir en México los muchachos de Alcancía y que Federico no había visto. Pero hablamos de literatura. Toda nuestra España fluía de sus labios en charla sin testigos, ávida de acercarse a nuestro México, que él miraba en el indiecito que descubría en mis ojos. Hablaba, cantaba, me refería su estancia en La Habana, cuando estuvo más cerca de México y nadie lo invitó a llegar, y cómo fue ganando la confianza de un viejo negro, tenazmente, hasta que no logró que lo llevase a una ceremonia ñáñiga auténtica que hizo vivamente desfilar a mis ojos, dejando para el final de su bien construido relato la sorpresa de que era un mozo gallego, asimilado a la estupenda barbarie negra, quien llevaba la danza ritual con aquella misma gracia sagrada que en España le hace empezar a romper botellas y vidrios y espejos como fatal contagio de un cante jondo. Luego Nueva York, en donde la diligencia de Onís y el resto de la Universidad de Columbia lo aprisionó lejos de la curiosidad; pero España siempre, adonde yo tengo que ir, como él tiene que venir a México, porque en México hay corridas de toros y hay indios, que son españoles, y la fuerza y la gracia trágica y apasionada, y lejos de la literatura.

—¡Pero zi tú ere mundiá! —me decía—. ¡Y yo sabía que tendría que conozerte! En España y en Nueva Yó, y en La Habana, y en toah parte me han contao anédota tuyaz y conozco tu lengua rallada pa hazé soneto! —Y luego poniéndose serio—: Pa mí, la amiztá e ya pa siempre; e cosa sagrá; ¡paze lo que paze, ya tú y yo zeremos amigo pa toa la vía!

Recuerdo ahora, Federico, como si te escribiera una carta que no contestarías en la prisa y el ajetreo en que vives, cómo aquella tarde tu intimidad y el fuego de tu conversación desataron la nostalgia del indiecito en evocadora elocuencia del México que presentías y que tardas tanto en certificar. Tú cantaste la *Adelita,* que sabías tan bien, y me dijiste que para ti esa canción simbolizaba todo el México que querías conocer, que *Adelita* era para ti una mujer viva, de carne y hueso, idolatrada por los sargentos, respetada hasta por el mismo coronel; fiel a su soldado, apasionada, morena y fecunda, y, hechizado por tu conjuro, por tu promesa de hacerle un monumento, cuando paladeabas su hombre, *Adela, Adelita,* yo te conté su vida. Porque Torreón, cuando vivimos la epopeya de Villa, una criada de mi casa, que era exactamente como tú la imaginas, llevaba ese nombre cuando nació esa canción, y decía que a ella se la había compuesto un soldado. Y al proclamarlo satisfecha, con aquella boca suya, plena y sensual como una fruta, no pensaba sino en el abrazo vagabundo de aquel con quien al fin huyó por los montes de aquella estrecha cárcel de su Laguna; no imaginó jamás esta perenne sublimación de su vida en un himno que ahora a tus ojos vuelve a prestarle un corazón y que llena el mío del violento jugo de la nostalgia.

Luego hablaste —¡con qué certero juicio!— de las gentes de México que

conoces: de Julio Castellanos, nuestro pintor más puro y más grande; de la monstruosa y mexicana generosidad de Amero y de la pobre Antonieta. ¡Y con qué legítima furia me preguntabas si era cierto que Vasconcelos tuvo la culpa de su suicidio!

—¡Dímelo, dímelo; si ez azi yo le digo horrore a eze viejo!

El portero de Lanata era marsellés y muy hábil para negarlo a uno cuando, por su aspecto, deducía que quien iba a buscarlo sólo le ocasionaría molestias, o le pediría *mangos*. Pero si aquella tarde del 18 de diciembre yo no hubiera estado en el hotel, su celo profesional me habría privado, al mismo tiempo que de cumplir una buena acción, del placer de experimentar por ella una gratitud gallarda, cordial, española. Me avisaron que quería verme un español y que me aguardaba en el salón. Bajé de mi cuarto y lo encontré, de pie, junto a una mesa en la que había depositado un ancho cartapacio.

—Siéntese —me ordenó acogedor y sonriente

Era un muchacho robusto y blanco, de cara redonda, de veintidós años, «veintidó abrile», como él dijo después. Obedecí. Al bajar, usaba en mis anteojos la dura máscara de mi personaje oficial que su sincera ingenuidad refulgente disipó, como un rubor, de mi rostro.

—Mi uté —agregó mostrándome su cartapacio abierto, lleno de programas de novilladas, como un poeta joven que coleccionara sus primicias impresas— Angelillo, yo; Angelillo, yo —y su dedo cuadrado y fuerte iba de los papeles a su pecho, como si tomara agua bendita. Cuando vimos el último:

—Ahora —dijo— ya zabe uté quién soy. —Y como yo no pareciera entender qué relación podría tener su identidad con la mía—: He sabido —añadió— que en este hotel había mexicanos, y me dije: «Habiendo mexicanos, les gustarían los toros, y gustándoles los toros, ayudarán a un torero que está en desgracia. Porque yo dejé mis padres y todo por seguir la carrera; y he lidiado ya muchas novilladas, y me dijeron que era posible que aquí, en la Plata, hubiera corrida, y no ha habido nada, ni aquí, y tengo empeñado el traje de luces y debo en la pensión, y que me condene si miento, pero ya ha habido días que no como ná.»

¿Quién puede negarse a asumir el fácil papel de la Providencia? ¿Cómo resistir al *matter-of-factness* que llevaba a Angelillo, por el ascensor de un razonamiento tan lógico, de su Málaga a un México del que hago mal en no compartir una taurofilia que en esta ocasión él esperaba que se manifestase en pura filantropía? La VII Conferencia Internacional Americana nos acercaba como no hubiera podido hacerlo, aun en el remoto caso de un viaje suyo a mi país, mi limitada idea de las diversiones públicas, mi aversión personal no por la sangre, sino por el sudor. Le tendí un billete, uno de esos sucios, grandes billetes uruguayos. Le aconsejé ver a su ministro o a su embajador en Buenos Aires, que estaba entonces en Montevideo, y a

quienes yo me encargaría de recomendar que lo repatriaran. No se le había ocurrido una solución semejante, ni su posibilidad. Contaba alegremente rescatar su traje de luces, ponerse al día en la pensión con el grande y sucio billete y algún día, quizá, vendría a México. No olvidaría nunca ese *favó.*

Cuando volví a mi hotel esa noche encontré en mi habitación una botella de Jerez que había dejado para el señor mexicano un español de nombre Angelillo.

El último día de mi permanencia en Montevideo di, por fin, la siempre pospuesta conferencia sobre la poesía mexicana moderna que se me había pedido desde que llegué. Fue en Amigos del Arte, a una calle de mi hotel. En el propio recinto Alfonso Reyes había dado lectura la víspera a su elegante estudio sobre «Si el hombre puede artificialmente volar», que ya tenía en prensa; lectura precedida de una conferencia-presentación a cargo, creo, de uno de los Guillot-Muñoz. Hizo la mía, con amables palabras, Sarah Bollo. Gracias a la señora Muse, *née* Regil, esposa del secretario de la Legación americana, que en su preciosa casa, a que me invitó a cenar una noche, tiene entre sus bellos viejos muebles bretones y coloniales mexicanos no sólo muy valiosos libros antiguos, sino los más recientes de nuestro país, pude en ellos refrescar mis recuerdos y rápidamente pergeñar unas cuartillas a cuya lectura siguió la que hice de poemas de los escritores aludidos —entre los cuales al último me situé, no sé si humilde o estratégicamente—. Hacía mucho calor, pero el salón estaba lleno de personas que escuchaban con interés y atención los versos de Pellicer, de Gorostiza, de López Velarde, por la primera vez, pues el buen Sabat Ercasty, con su chambergo, su nariz puntiaguda, sólo conocía los de unos poetas mexicanos sumamente extraños que le envían sus libros. Ahí me fue dable conocer, al fin, a Ildefonso Pereda Valdés, que, me explicó, no se había atrevido a buscarme antes, porque ahora profesa el comunismo, y su partido era opuesto a la Conferencia a que yo venía… A Femando Pereda, a las sobrinas de María Eugenia Vaz Ferreira. Cuando a pesar de su generosa insistencia ya no tuve más versos que leer, Juana vino a mí, con un ramo de frescas azucenas en el pecho, a pedirme que le firmase un pétalo, y luego todas las bellas chicas y las guapas señoras querían autógrafos igualmente perfumados y raros. Yo no sabría decir si su principal deseo era el de poseer una flor de Juana de Ibarbourou o una firma mía; quizá fuera un deseo mixto de filatelista que colecciona sellos de Correos, pero sellados, y cuyo mérito estriba tanto en el sello mismo cuanto en su inutilización como tal por virtud de la tinta. Me inclino a creer que les interesaba la tinta, porque cuando se acabó, con las flores, la de mi pluma-fuente, me brindaron las suyas y cualquier trozo de papel para que se lo firmara. Mis libros, de que había una colección en el pequeño escaparate de Amigos del Arte, no podían, por supuesto, adquirirse en Montevideo. Si en vez de un maniático de las ediciones limitadas fuera yo una persona con sentido práctico, habría ganado esa tarde bastante plata. Pero ya es demasiado tarde para cambiar, como era ya

demasiado tarde, puesto que yo tendría que abandonar a Montevideo dentro de dos horas, probablemente para siempre, para prolongar aquel primero y único, cordial, inolvidable contacto con los escritores de Montevideo.

Continente vacío, 1935.

Mis tres últimos días porteños transcurrieron en el Hotel Castelar, a cuya sombría elocuencia induje a Montaño, que regresaba conmigo, porque en él vivía Federico. Concluida la jornada, listos para el regreso, con los equipajes ya en el otro *Príncipe* que habría de restituimos a Nueva York, mi fatiga se relajaba en un verdadero, inverosímil cansancio físico que me encerró en mi cuarto casi todo el tiempo. Apenas si vi a Molinari para recoger con él los cien estupendos ejemplares de *Seamen Rhymes,* cuya única errata, culpa mía, fue cuidadosamente corregida en todos. Me porté como un canalla con Nieves, a quien ni siquiera llamé por teléfono; con Pedro y con el embajador Cabrera, a quienes tampoco visité. Ni siquiera la compañía de Federico me perteneció por entero esos días, pues tuvo que marcharse a Córdoba a dar una conferencia, y ya no pude despedirme de él. Tan sólo anduvimos juntos un día, todo el día, pero ése no permitimos que nada nos lo echara a perder. Larco había conflagrado una reunión por la tarde en el estudio de un joven aficionado a la fotografía y a la que habrían de asistir otros escritores. Federico usaba, sin sombrero, su *overall* y su *pullover* negro. En el bonito estudio, en que colgaban varios retratos al óleo del artista adolescente, obra de Larco, el artista nos hizo posar. Me enviaría los retratos, que serían magníficos. Pero una vez reunidos allí, opinó el artista que estaríamos mejor en «su otro estudio», y «su otro estudio» resultó ser un departamento muy elegante de la Avenida Alvear —con la idea que prevalece en la Avenida Alvear sobre la elegancia—. Un criado inevitablemente gallego nos llevó el *cocktail* hasta el salón refinadamente alumbrado en cuyas paredes había vitrinas incrustadas con candilejas que hacían resaltar los contornos de, una, preciosos marfiles; jades la otra y peces de colores la mayor. En el contiguo, cuatro personas que no repararon en nuestro arribo jugaban *bridge* vestidas de noche. La hermana del artista vino a saludarnos compasivamente, y explicó, frente a la piscina mural, una bien ensayada pieza de *esprit* sobre los cuidados que se tomaba para preservar los huevecillos durante un largo tiempo, y como una vez nacidos los peces, se morían sin remedio. Yo no veía positivamente razón para permanecer en aquel sitio, y así se lo dije a Federico; él, bien mirado, tampoco; aquello había sido, o podíamos pretextarlo, una verdadera celada, muy diferente de la bohemia reunión que nos había prometido Larco. Con su *overall* como coartada para un disgusto muy bien fingido, que lo hacía sentirse mal en aquella magnificencia piscatoria y jadeante, Federico salió tras de mí, que lo había hecho ya sin despedirme de nadie. Supongo que no se lo perdonarían nunca y que en cuanto a mi efigie, debe de haber sido razonablemente pateada por nuestro frustrado anfitrión en la placa misma. Pero, como dijo muy bien Molinari al salir, los ricos me f… Sólo que lo dijo en español.

«La despedida de Buenos Aires cuesta lágrimas.» Con esta frase termina Vasconcelos

el libro de su viaje a la América del Sur. Quizá muchas veces pasamos, sin reconocerla, frente a una dicha superior. Mi pobre México, sanguinario, de raza niña y débil, que se deja palpar por Lawrence, odiar por Huxley, admirar por Chase, ignorar por los argentinos, vilipendiar por sus propios hijos, sin protesta ni disculpa, no ofrece a los sentidos sino el rudo, doloroso contacto de su primitiva pureza —sin cultura, sin lujo, sin *confort.* Su arte campesino, en que los indios trabajan y juegan, no aspira sino en la mente de Stuart Chase a otra cosa que expresarlos. Ni siquiera esto. Los expresa sin proponérselo —y uno puede tomarlo o dejarlo. Sin duda, en una escala de valores físicos, la Argentina y su emancipado Uruguay son superiores a mi pobre México. Son grandes casas que han venido a habitar gentes adecuadas a su extensión y a sus dependencias, *gringos* la estancia, gallegos el servicio, ingleses la cuadra, franceses la biblioteca, gauchos el *cabaret*, y los dueños de estas grandes casas, las han dejado en estas excelentes manos para ir a residir en una Europa de que hicieran venir a sus empleados, en un París cuya inversamente pequeña réplica instalaron a la orilla misma de un Sena descomunal. Los sentidos y los apetitos se mecen y se sacian en el tango. De este *jigsaw puzzle* se piensa a veces en sintetizar una nacionalidad, falacialmente, como atinadamente observa en la lengua argentina Amado Alonso. En México todo está por hacer, todo menos un alma que no puede meterse en cuerpos importados y que, en consecuencia, no hay que esperar que resulte de ellos. Todos podemos escoger y armonizar dos patrias: la universal de la cultura y la otra. Pero en tratándose de patrias, «de aquélla será mi cuerpo, —que tiene mi corazón.»

Continente vacío, 1935.

ESTE Y OTROS VIAJES

TEPIC

I

Una cinta de asfalto conduce a las afueras de Guadalajara, hasta Tequila. Los magueyes de que sale este «vino», como le llaman en la región, untan de jade las laderas desiertas. Pronto el petróleo nuestro nos abandona también en un asfalto que se trueca en terracería y emprende el ancho trazo de la carretera a Tepic. Teóricamente, son cuatro horas de viaje de Guadalajara a la capital del Estado de Nayarit. En Ixtlán del Río, sin embargo, los viajeros se detienen un poco. Mientras los choferes buscan gasolina, los viajeros se asean el calzado, y escuchan la conversación de los limpiabotas. La noticia del día consiste en que acarrearon muerta a la *Güera*, mujer considerable y liviana, que no tuvo empacho en compartir la insospechadamente última noche de su robusta existencia con un ranchero desconocido. Como ladraban los perros, aullaban los más agoreros, y los zopilotes efectuaban vuelos de reconocimiento, las autoridades sospecharon la existencia de un cadáver en las cercanías. No se equivocaron las autoridades. Ahí estaba la *Güera,* con tamaño cuchillote metido en las carnes, toda amoratada. La ataron y la depositaron en una camilla. La autoridad, representada por el policía, la despojó de un anillote que ciertamente ya no iba a servirle. «Este anillo me lo trinco», sentenció el policía.

Si algo semejante había ocurrido en Tepic, que mereciera los honores de la primera plana oral de estos periódicos locales que ignoran la lucha de Monte Cassino, los viajeros no tuvieron ocasión de averiguarlo. Los sobrecogió la pobreza de la plaza pública, del muerto comercio, de las casas semidestruidas. A la salida de Tepic, admiraron la fábrica de ladrillos de un estadio con otro estadio más pequeño a su lado: el primero destinado a las olimpíadas locales, y el segundo a los juegos de *base-ball* de la región. Les sorprendió también ver que todas las calles se hallaban excavadas, retiradas sobre las aceras las bonitas piedras que antes las hacían transitables. Era evidente que el Gobernador Candelario se preocupaba por modernizar su capital, por acrecentar su capital. Las calles iban a ser asfaltadas, por mucho que algunos vecinos previsores, o demasiado exigentes, murmurasen que el drenaje instalado era notoriamente deficiente, y que muy pronto habría que volver a excavar las calles para instalar otro más capaz.

Por cuanto al estadio con su estadito, murmuraban que ese dinero se podría mejor haber empleado en otras obras de mayor utilidad inmediata. Olvidaban, o dejaban de advertir, que cerca del estadio, el Gobernador Candelario construye una granja particular de muy buen aspecto, destinada evidentemente a emular, a estimular a los nayaritas a imitar su ejemplo y modernizar sus granjas, con notorio embellecimiento de sus alrededores.

SANTIAGO IXCUINTLA

De Tepic a La Presa, teóricamente también, se hacen dos horas de camino. Nunca faltan circunstancias imprevistas que alarguen el placer de la contemplación de un paisaje hosco, la angustia de la experiencia de un chofer argonauta que desbarranca a medias el coche entre aquellos vericuetos que desafían su pericia. Ya tarde se llega a La Presa, un pueblecillo de ejidatarios a la orilla del Lerma. Su mayor riqueza pública estriba en cuatro sinfonolas que valen seis mil pesos cada una, y que perforan los oídos a varios kilómetros de distancia…

A modesta semejanza de los norteamericanos en la Capital, el periodista mexicano fue entrevistado por sus colegas de Santiago Ixcuintla. *La Voz de Santiago* es el órgano de su opinión. Por costumbre, sus entrevistadores resultaron entrevistados. Le informaron de la excelente labor que desarrolla la Misión Cultural a cargo de su ocasional editorialista, el profesor Terán Tovar. Este profesor considera un triunfo haber convencido a los habitantes de la utilidad de servirse de los excusados que ha hecho construir. En una población tan despilfarrada, la adquisición de esta costumbre puede, ciertamente, anunciar el advenimiento de una tendencia hacia el ahorro que anticipe la disposición a la Banca. Por añadidura, el profesor enseña a los habitantes de los ejidos a trazar a cordel sus pueblos, y a construir sus jacales con un sentido geométrico de su disposición correlativa que si en cierto modo combate la belleza de su romántica dispersión pintoresca, en otro cierto modo los prepara, también, para la época en que hayan de abandonar su romántica convivencia y la privada de sus jacales, por el orden urbano y por la felicidad indescriptible de una casa de apartamientos. En una palabra, el profesor los prepara para la civilización, damn him.

Que la población es de suyo despilfarrada, lo prueba el hecho de que ganan mucho dinero todos, y andan sin embargo mal vestidos. Cuando la compañía de tabaco que imparte vida económica a la región les entrega su gorda raya, se «empistan», como dicen, y alquilan una orquesta. Esta orquesta les sigue por toda la población, ejecutando, sin piedad alguna, las piezas que sabe, o aquellas que prefiere su mecenas. Esas piezas son siempre las mismas: el periodista las clasificó en dos especies: las que llamó «tequila espiritual», canciones rancheras fabricadas en la ciudad de México, del tipo de «Soy puro mexicano», «Así se quiere en Jalisco», el Mariachi Coculense o «Traigo mi 45»; y aquellas otras que prefiero no denominar, porque ya están suficientemente descritas con su nombre, tan adecuado, de boleros. Las primeras son el complemento de tequila; las segundas, de la delincuencia lánguida, pervertidamente libidinosa; imparten un ritmo afeminado, cultivan la cursilería en sus palabras.

Y son todo lo que el Centro envía a la República; vicio y degeneración. Para el tequila, para el alcohol, siempre hay carros de carga; para la música infame, siempre existe el doble conducto del radio, y de las sinfonolas.

La medida en que pueda culparse a los vecinos de Santiago Ixcuintla de gastar su dinero, su buen dinero, en tequila y canciones; de organizar durante el mes de mayo verdaderas farras colectivas en la Plaza Pública, de las cuales se tienen que esconder las familias, es la misma medida en que podría culparse a las niñas escolares del lugar porque entonen «La cita» o «La noche es nuestra», y pidan que las besen más y más, que hundan sus dedos entre su pelo, y que reciten, un poco a la manera de las guacamayas de los contornos, toda la letanía de insinuaciones libidinosas que son el contenido de las canciones que saben. En los hombres de Santiago existe la demanda, y el poder adquisitivo, latentes, en las niñas, la disposición infantil para el canto. Ambas demandas, la Capital las satisface con una oferta única: para los hombres, de alcohol; para las niñas, de canciones de cantina y lupanar.

EL ESCAPARATE

Recordó el periodista que uno de los clichés más gastados con que la Revolución se complace en justificarse, y se atarea en denostar al porfirismo, consiste en la acusación de que durante el porfirismo, la ciudad de México llegó a ser un escaparate postizo y desvinculado del resto del país. Según esta teoría, los científicos de México, alojados en casas francesas del Paseo de la Reforma; lectores de libros europeos, admiradores del Duque Job, clientes del Café de la Concordia, no tenían nada que ver con un pueblo al que a causa de que lo tenían olvidado, fue fácil despertar de su marasmo a la rebelión, e inducirlo a acabar con aquellos parásitos.

Según las consecuencias de esta teoría, las cosas habrían cambiado desde entonces, y la ciudad de México se habría convertido, de parásita y de escaparate, en servidora y en pilmama amorosa del resto del país.

Y el periodista se preguntaba si su ciudad de México, la actual, tenía algo que ver con Santiago Ixcuintla, con los cientos de Santiagos Ixcuintla que son el país; si una función de gala del Palacio de Bellas Artes tenía alguna relación con las cuatro sinfonolas que divierten a los ejidatarios de La Presa; si las casas de Polanco tienen algo que ver con los jacales de palo de llano y de palma en que se alojan los santiaguenses de toda la República; si, en una palabra, la ciudad de México no sigue siendo, después de todos estos años de Revolución redentora, el mismo escaparate de que la acusaban los revolucionarios que la han vuelto un escaparate más ostentoso y más desvinculado del resto del país.

Recordó que durante el porfirismo, las familias «científicas» vivían de sus haciendas, y no sólo en un sentido económico; sino también en un sentido afectivo, y aun sanguíneo. Las visitaban, llevaban de ellas a una servidumbre que formaba parte real de su familia. Se interesaban, en consecuencia, vivamente por los problemas del campo, de un campo que les convenía mucho cuidar.

Este nexo se ha roto. Los nuevos amos, los revolucionarios, aun salidos del campo, se olvidan de él por completo. Nada vuelve a ligarlos con el país. En su nombre, lo gobiernan desde una capital poblada por parásitos que nada le devuelven de cuanto le succionan, si no es tequila y canciones obscenas.

En su nombre, también, contraen compromisos graves, que atañen a la gente explotada ya por mil modos del campo. Presa en las redes inmaturas de sus *rackets* de toda especie, le infiltran a esta gente un sindicalismo indigesto, que congela la explotación pesquera de San Blas, en donde una «cooperativa» ni pesca, ni deja pescar a nadie.

II

No sabría decir si es mi xenofobia lo que agrava en el tren mi complejo de

inferioridad, manifiesto en la huraña actitud con que afronto a los pasajeros, en su mayor parte yanquis tumbados en el fumador, instalados en las mesas a consumir estos horribles fiambres del pullman. Están en nuestras venas, las recorren estas americanas viejas que nos miran con desconfianza, se comunican precauciones monetarias cuando liquidan a los cargadores, regatean las propinas y acaban por hundirse en la lectura de sus magazines.

Viene en el grupo, aunque no con el mismo destino, un muchacho, Mariano Rivera, que produce programas en la estación de don Enrique Contel. Ha sido marino antes que hombre del radio en que ahora se encuentra metido por completo. Conversando con él, presa de esa nerviosa locuacidad que acomete a los pasajeros de los trenes, siento que aún no he salido de la ciudad. Por sus palabras desfilan los compositores, los artistas, su novia Consuelito Velázquez, que ha ganado tanto dinero con una canción puesta en boga en los Estados Unidos. Su compañía es mucho más apacible que la de ese argentino que anoche desveló a mis compañeros de viaje aminorando su carga de dinero en el poker hasta por más de mil pesos.

El tren llegó, naturalmente, con varias horas de retraso a Guadalajara. El proyecto consistía en salir inmediatamente para Tepic, a bordo de automóviles y camiones de nuestro anfitrión. Pero no contábamos con que el petróleo demostraría ser nuestro escaseando la gasolina hasta el extremo de que no la hubiera. Para conseguir una poca, era necesario un permiso de Economía; sin él, se podía obtener, pero a dos pesos cincuenta el litro. Mientras comíamos en una «Copa de Leche» llena de muros surrealistas y comida sin carácter, adquirieron la gasolina necesaria, y por fin partimos hacia Tepic.

El asfalto termina pronto, y luego continúa una carretera muy bien trazada, pero de terracería, apenas en unos cuantos tramos se trabaja. Teóricamente, son cuatro horas de Guadalajara a Tepic. Como rige una hora distinta de la de México, se consuela uno pensando que es más temprano. La ilusión perdura, y se acrecienta, en Tepic. La hora del Pacífico hace ganar otra con respecto a México. Eran apenas las seis y minutos de la tarde cuando descendimos en la Plaza de este Tepic, tierra de Nervo en proceso de pavimentación, frente a su iglesia descuidada de torres moriscas, cerca de esta estatua que debe ser de Juárez.

No hay pueblo ni ciudad de la República que carezca de su calle, su avenida, su plaza y su estatua de Juárez. Es claramente previsible que dentro de unas cuantas generaciones, las mismas razones que produjeron el permanente y múltiple homenaje del Benemérito se rindan al Canciller Padilla en la adopción de su nombre para calles, avenidas y plazas, y a su figura en la erección de sus bustos.

Dos horas más, de camino bastante más accidentado, que desciende bruscamente al nivel del mar, nos llevan hasta Santiago Ixcuintla. Los coches llegan hasta La Presa, un pueblecito al borde del Lerma, que hay que cruzar hacia un Santiago que da la impresión irrefutable de una isla. Se cruza a bordo de «batangas», especie de grandes balsas que cargan con los coches y atraviesan el río.

Apenas instalados en la enorme casa, les ocurre que visitemos, esta misma noche, algunos hornos de tabaco. Es un espectáculo misterioso y magnífico, que velan hombres embozados, encargados de alimentar el fuego que ha de secar, entre temperaturas de 85 a 200 grados, las hojas de tabaco que se dora por el aire caliente que circula entre gruesos tubos.

Vamos al Nuevo, que está a cargo de un Wallace Beery regional, llamado cariñosamente don Pifas a causa de que su nombre es don Epifanio. Vemos ahí cómo trabajan las mujeres en «encujar» las hojas de tabaco, atándolas en manojos de tres hojas cada uno, hasta 24 manojos en cada cuje destinado a los hornos. Por el campo, vemos el trabajo de las sartas, que desarrollan lo mismo hombres que mujeres, o muchachitos. Ganan de cuarenta a cincuenta centavos por unidad, y suelen ensartar hasta diez pesos diarios en ocho horas de este rápido, automático trabajo. No podría sospecharse, de su indumentaria miserable, tan buen presupuesto de ingresos. Pero ocurre que todo se lo gastan en alcohol.

Y en escuchar las sinfonolas. Son el lujo de estos pequeños pueblos. Suenan todo el día y toda la noche. Y como el alcohol, las manda el Centro para acá. No parece capaz de mandar otra cosa.

El puerto de San Blas tuvo, dicen, una gran importancia durante la dominación española. Todavía se miran los restos de una aduana erigida en lo alto de un cerro devorado hoy por la jungla que recorremos para llegar a una playa magnífica y desierta. África. Una naturaleza voraz, lujuriosa llena de las serpientes vegetales de las lianas, de las ceibas que lanzan desde sus ramas nuevas raíces que se hunden en la tierra y fabrican arcos increíbles.

Pero el espectáculo más asombroso es el de los esponsales de las palmeras y los camichines. De repente, en el tronco de una palmera nace otra planta, enraizada en ella. Es un camichín. Luego va escurriendo sus raíces por el tronco de la palma hasta la tierra, en la que las hunde mientras acaricia y envuelve el tronco de la palma, con dedos y con brazos lúbricos. Una vez aposentado en la tierra, el camichín ahoga, abraza por completo a la palma, la arranca de la tierra y la eleva sobre sí, para nutrirla con su savia y erguirla sobre el paisaje. Todas las etapas de esta seducción, de este rapto asombroso, son visibles en el camino del monte que lleva a San Blas: desde el nacimiento del parásito en la palma, hasta la transformación de la palma en parásito y prisionero del camichín.

Llegamos a San Blas a mediodía, a un rato de oleajes limpios sobre nuestros cuerpos, y luego a comer en la casa de unas viejecitas que, desde sus ochenta años, confiesan coquetamente setenta. Nos refieren que en enero murió una amiga suya muy querida, que había nacido en San Blas cuando el pueblo se hallaba en el monte, donde la aduana, y que había dejado este ingrato mundo a la edad de ciento diez años. El menú, que recuerdo bien, consistió en lo siguiente: ostiones en su concha; ostiones cocidos en un jugo color violeta, parecidos a los ostiones a la Novo que come uno en Manolo; arroz con ostiones; ostiones en escabeche, y chiles rellenos de ostiones.

Debo haberme comido, en total, unos doscientos ostiones.

Vinieron a «entrevistarme» dos chicos que hacen aquí el periódico *La Voz de Santiago*, que aparece dos veces por semana. Debiera quizá halagarme, pero el hecho es que me abochorna un poco comprobar, al charlar con ellos, que este diario mantiene a personas insospechadas al corriente de toda clase de mis intimidades, mis proyectos y mis *faits divers*. Ya se habían enterado de que pensaba venir a Santiago, y así pudieron anunciarlo en su periódico oportunamente. Saben tanto de mí, que la entrevista casi no tiene objeto, y yo me dedico a entrevistarlos a ellos. Averiguo que ellos escriben, paran, forman e imprimen su periódico, del que hacen mil quinientos ejemplares. No es una mala circulación para un pueblo de menos de doscientos mil habitantes. Se conforman con sacar los gastos. Viven de los trabajos comerciales que hacen en su imprenta, pero alientan una férvida ambición de servir a su pueblo y de ser unos «verdaderos periodistas», para lo cual creen que les serviría mucho aprender literatura. Los trato con una legítima simpatía que no parecían esperar. Siempre ocurre que decepcione yo a los desconocidos, por exceso o por defecto. Animados, en fin, me piden colaboración que me advierten que no podrían pagarme y les entrego con mucho gusto unas líneas que aparecerán mañana en su primera página.

Nadie se lo esperaba, pero hoy amaneció lloviendo a mares. Las batangas dejaron de acarrear visitantes a Santiago, de transportar coches. Las tabaqueros se muestran preocupados. Al maíz le hace bien que llueva, pero al tabaco le perjudica mucho el agua. Si mañana sigue lloviendo, se perderán muchos miles de pesos. Al parecer, un cierto cura de Guadalajara ha dado en la censurable idea de pronosticar lluvias inoportunas que siempre obedecen a su inconveniente conjuro. No me atrevo a sugerirlo, pero creo que con matar a este horóscopo, todo podría quedar arreglado.

Y sin embargo, después de mediodía, la lluvia cesó con la misma rapidez inesperada con que empezó a caer esta mañana. El cielo aclaró por completo, y pudimos abordar una canoa y realizar por el Lerma una inolvidable excursión al más bello crepúsculo. Grupos de patos, gallinas, otras aves desconocidas para mí, garzas de todos colores, incitaban a mis compañeros a una cruel cacería de la que rescataron aquella parte de la copiosa cena que mis principios morales me impidieron probar.

Fuimos después al Teatro Lux, en que trabaja una compañía de cuatro personas. Dieron *La Media Manta*, drama sentimental que hace tiempo acaricio el deseo de escenificar en honor del Dr. Baz y su Hospital de Incurables, y luego variedades a cargo de «aficionados de esta localidad»: Rosita Modatl y otros niños cantaron, por partes iguales, esas canciones asquerosas que el radio infiltra insensatamente desde la Capital, canciones lánguidas y torpes, boleros, y esas otras que las películas de chinos poblanos han llevado, tequila espiritual, a la garganta de todo el mundo: el Mariachi de Cocula, «Soy puro mexicano», «Así se quiere en Jalisco», y otros tales horrores.

En ese teatro dirimimos una pugna burlesca nacida entre don Enrique Contel, Paco Rubio y yo, del hecho de que en la nota de *La Voz de Santiago* yo les robaba el *show* cuando sus redactores me dieron el primer lugar e ignoraron su condición

eminente. En el teatro, el primer actor reveló la presencia del Gerente de XEQ «en busca de artistas para su estación», y la de Paco Rubio, en busca de ambiente para la venta de la Enciclopedia Espasa.

Nos levantamos demasiado tarde para una última misa que se celebra a las diez de la mañana. Fuimos pues al mercado, bien abastecido de verduras robustas y sanas, y en él me cercioré de que mis hermosos huaraches, hechos ayer a la medida, son realmente auténticos de la región. Lamenté mucho que la dificultad de los transportes me impidieran llevarme unos cuantos de estos equipales de carrizo y sillas de tule que cuestan tan poco y son tan cómodos y bonitos.

Solucionado el conflicto de los cines con resolver que sea el público el que pague la suma que el Gobernador ha decretado necesitar, esta noche el dueño del salón de cine al aire libre nos invitó a su primera función. De manera que bajo estrellas auténticas, y después que el andarín brasilero que anda por aquí, con un ojo horrible, recitando poesías y recogiendo dinero de la gente que conmueve al hablarle de Hidalgo y de su madre personal, presencié —¡quién me lo hubiera dicho!— *No matarás*, con Sara García y Emilio Tuero…

Sentado en la Plaza, llena de rancheros endomingados, con sus arcos clásicos, su iglesia, su reloj municipal y su kiosco encendido, recordé el cargo que se le hacía al México porfiriano de no ser más que un escaparate divorciado del país, lleno de científicos y de arquitectura francesa.

¿Pero es que ahora sí tiene algo que ver la ciudad de México con México Polanco y su arquitectura con Santiago Ixcuintla y la suya? ¿Ciro’s y Minuit con los mexicanos que rumian su carne y sus tortillas instalados en las mesas de los portales de cualquier pueblo? ¿El Palacio de Bellas Artes en una noche de gala con una noche cualquiera de domingo en la Plaza pública de cualquier pueblo de la República?

Pienso que siquiera, entonces, los ricos mexicanos de la capital lo eran porque tenían haciendas, a las que iban, de las que traían a su servidumbre; por cuyo medio establecían y mantenían una corriente sanguínea nacional que ha acabado por paralizarse para divorciar, ahora sí, a una ciudad poblada por extranjeros, que lo son aun los mexicanos que la habitan, de un país del que sólo toman todo, sin darle en cambio más que licores y sinfonolas.

Miro a estos hombres provincianos, serviciales y discretos, que se ayudan mutuamente sin interés tarifado; esta tierra en que todo está por hacer. Y pienso con tristeza en que sus hombres la dejan por la aventura de los braceros.

Cuando ya no sean necesarios, habrán de despedirlos. Es posible que algunos de ellos hayan contraído hábitos americanos, y aun que puedan sembrarlos aquí de regreso. No lo es menos que extrañen los *corn flakes* y la coca cola y que lleguen a sentirse tan lamentablemente desgraciados, si carecen de ello, como los yanquis con el racionamiento.

Su tierra los rechazará, tanto como la ajena. Y en el mejor de los casos, si vuelven y se adaptan a su país, habrán perdido esta gratitud del servicio y de la conducta que

hoy es su más noble patrimonio. Habrán aprendido a medir en pesos y centavos, en conveniencias tabuladas, la ayuda a sus semejantes, el saludo que les deparen, el cigarro que les brinden.

Se habrán «civilizado». Pero, ¿vale la pena civilizarse? O bien, mientras vuelven, o al final de la guerra, aquí donde todo está por hacerse lo harán los extranjeros que vengan al Paraíso, dueños de un equipo perfeccionado de ambiciones y de instrumentos negados a los mexicanos.

III

Cierta tarde, desde una azotea de Santiago Ixcuintla, me asomé al patio de una casa modesta y primitiva.

Estaban ahí los animales que Adán bautizó, y que han nutrido y acompañado su destino; los corderos cándidos, las diligentes gallinas, el burro levemente nevado, el cerdo, alcancía y refunfuño, con la interrogación de su rabo. Había un pozo, desde el fondo del cual el ojo cristalino del agua discurría y brindaba su frescura incomparable mientras copiaba un trozo remoto de cielo cruzado por las golondrinas del crepúsculo, en busca de un alero. En la sombra cada vez más acentuada del anochecer, esplendía el fogón, e iluminaba a destellos rojos, amarillos, azules, las figuras hieráticas de aquella escena muda.

Sería la abuela aquella mujer anciana, sentada en una piedra, envuelta majestuosamente en su rebozo. Era el patriarca aquel anciano situado en un extremo del patio, inmóvil. La mujer atizaba el fogón y acariciaba la masa de que hacía las tortillas. Con maíz cultivado por los muchachos que aguardaban su cena; con agua extraída del pozo en que la Providencia escondía su ojo. Otra mujer cruzó el patio, con pies desnudos y silenciosos, al ritmo de un paso que ondulaba su falda larga de insuperable elegancia, su manto-rebozo tendido desde su cabeza, con la tinaja de agua al hombro sostenida por el brazo moreno.

Los muchachos, dos o tres, callaban, sentados. Los chicos jugaban con la tierra y con los animales. Iba a caer la noche. Cenarían, y luego las estrellas velarían su descanso, hasta que el gallo anunciara la aurora; hasta que el sol, el rocío, los pájaros, escenificaran para ellos el maravilloso espectáculo de un nuevo día. Dormirían por la noche, como es justo; con la noche, con el mundo en descanso; como los animales, como las plantas, y abrirían los ojos con el sol, con la vida, como es glorioso.

Ahora callaban; porque las palabras se han inventado para llenar los huecos de los espíritus carcomidos. Luego dormirían; soñarían, acaso. Pero no irían al cine, ni encenderían el radio, ni empuñarían un libro. No se fugarían por ninguna de las puertas que hemos abierto hacia nuestro civilizado cautiverio.

La casual, estupenda contemplación de aquella escena me llenó de emoción. Era la Biblia, en 1944. La vida patriarcal en un rincón del mundo hasta el cual no llegaba

ni siquiera la noticia de que en las orgullosas cimas de la civilización que son las capitales del pensamiento, de la Ciencia y el Arte, el «progreso» había llevado a los hombres a un acelerado abandono de la simplicidad; había arrebatado sus cuerpos al contacto directo con la vida universal, las plantas, la tierra, los animales, el aire, el sol y las estrellas, la noche y el día; las había enseñado a trocar eléctricamente la noche en día; había complicado sus manjares y sus costumbres, su indumentaria y su descanso, su convivencia y su fraternidad.

Hasta aquel hogar ejemplar de Santiago Ixcuintla, que sin duda florece por millares en el resto de México, no llegaba ni el eco de una civilización que ha inventado o adoptado el chicle, la coca cola, el cine, el radio, los calcetines, las corbatas, el manicure, la depilación de las cejas, los billetes de banco y los cheques, las vitaminas en píldoras, el masaje, los *cocktail parties,* las crónicas sociales, el *tuxedo,* la decoración interior, las tarjetas de visita, servir la mesa por la izquierda, el *bridge,* las bibliotecas, los *soufflés,* y que ha tenido necesidad de adoptar los «deodorantes axilares».

No llegaba tampoco la noticia de que en aquellas capitales en que todo eso se inventó, y su disfrute constituye una gloria, o un motivo de lucha su recuperación y su falta. Caín, el hijo malo que abandonó la casa patriarcal, da a diario muestras de su poder y de la superioridad a que su ciencia le ha permitido llevar a la elemental quijada de asno con que es fama que perpetró su primer *raid* aéreo, cuando multiplica sus daños desde el aire, cuando encarna en los monstruos prehistóricos de hierro de los tanques, cuando vomita el fuego de sus ametralladoras y sus cañones, porque a este extremo de poder destructor lo ha elevado el vértigo de su carrera de insaciable progreso, la acelerada fuga desde sí mismo hasta el espejismo de un Dios, mantenerse la imagen del cual, el hombre olvida que implica la sumisión al ritmo lento, pero eterno y dotado de una armonía universal, que preside su obra.

Frente a aquella revelación; aquel tesoro limpio de convivencia familiar, mi grande amor por México se fortaleció. El valor ignorado de nuestro «atraso», que ha despertado en propios y extraños compasión o desprecio; que ha convocado durante siglos una atención gubernamental dichosamente inútil para adulterarlo; para uncirnos a la civilización; para trocar al hombre en maniquí, el hogar en estufa, el pan en *cake,* la pierna en automóvil, la agilidad en arterioesclerosis, el agua en refresco, el silencio en charla, la noche en día, la compañía de los anímales en Club, el paisaje en tarjeta postal, los pájaros en mujeres-hechas-canción, Abel en un Caín motorizado; el valor magnífico y pleno de nuestra ignorancia, apareció ante mis ojos arrobados en la convicción de que es esa invalidez lo que ha de salvarnos, esa miseria nuestro tesoro, esa derrota nuestra victoria. Porque mientras los otros se disputan lo accidental, nosotros nos conformamos con lo esencial.

IV

En Santiago Ixcuintla —como acontece en los cientos de Santiagos desterrados de la República— no hay teatro. Existe, como en todas las ciudades y pueblos del país, el local de teatro; uno de esos solemnes locales porfirianos, de cuya construcción deben de haberse enorgullecido en su época las ciudades que les daban nombres eminentes y los dotaban de palcos para las familias distinguidas, de «cazuela» para el populacho; en que se habrán representado *Don Juan Tenorio* y *Flor de un Día* o *Espinas de una Flor,* en la era pre cinematográfica en que no era dable ver equivalencias angloparladas de los mismos conflictos sentimentales. Hay, pues, teatro, pero vacío y sin uso; como en Mérida, como en San Luis, como en Chihuahua, o, venido a ver, como en la propia ciudad de México. Como en ella, en peligro inminente de verse convertido en un cine más, porque en cambio sí hay uno o dos cines.

Por una rara casualidad, estaba en uso el Teatro Lux. Daba en él funciones una compañía formada por cuatro personas, dos mujeres y dos hombres. Su repertorio de pequeños sainetes españoles, de *sketches* mal recordados de los teatros de revistas de la ciudad, y de canciones más o menos en boga, era insuficiente a sostener toda una función que el apetito de su público pedía prolongada. Habían acudido entonces al sagaz expediente de organizar un concurso de aficionados locales que muy gustosos llenaban el tiempo del programa con su actuación. El joven peluquero tocaba la guitarra y entonaba trozos selectos de la *suite española* de Agustín Lara; la precoz niña Rosita Modatl cantaba el repertorio de *La Mujer hecha Canción.*

Había, pues; se manifestaba patentemente, un gusto activo y pasivo por esa transitoria y entusiasta substitución de la personalidad, de la persona por el personaje, que es la esencia del teatro. Rosita era una niña que apetecía ser una cupletista, y realizaba su sueño en la escena. El peluquero se olvidaba de las abundantes cabelleras locales para encarnar a un Pedro Vargas aplaudido por su repentinamente doble clientela. A su vez, el público se olvidaba de las faenas del tabaco para vivir un modesto sueño.

¿De dónde, pues, surge y se expande la tesis negativa de que México es un país negado para el teatro? En toda apariencia, semejante afirmación carece de otro sustento que el que podría otorgarle el hecho de que se ha resignado al cine. Quien prefiera filosofar con frialdad, al hecho consumado de nuestra resignación popular frente al cine, añadirá para encontrarlo tan inexorable como legítimo la consideración de que el séptimo arte, este arte científico e industrioso, es más el instrumento eficaz de nuestro tiempo que el liquidado, limitado, difícil y poco lucrativo, teatro.

Y nadie ha de regatear la razón a quien así piense. Nadie, por supuesto, que pertenezca a la extendida masonería de los que ven en la mecanización deshumanizada la meta última de toda civilización; de los que estarían muy contentos si todo el mundo consumiera latas, vistiera ropa hecha, pensara como está dispuesto y funcionara, en fin, con la perfección uniforme de una máquina eléctrica.

Pero quien anhele para su país un progreso contenido a la medida del hombre y de

la salvación de sus valores personales, no será tan premioso en su sentencia de merecida, inexorable y buena conmutación del teatro por el cine. Buscará en defensa del teatro argumentos que le ofrece, nutridos y válidos, la realidad de su pueblo.

La Iglesia Católica conocía bien el valor persuasivo, convincente y catártico del teatro. Independientemente del insuperable espectáculo, de la representación máxima que es la Misa, trajo con los españoles el mejor instrumento de catequización en los autos y en las pastorelas que reprodujeron entre los indios el milagro de conversión de los misterios medievales. Aquel en que la excelente semilla obraba, no era un terreno estéril. Los indios conocían y empleaban la máscara. Es decir, que gustaban de substituirse a sí propios por un personaje. Es decir que el teatro les fue natural, seductor y grato. Pasados todos estos siglos, todavía es dable presenciar en los pueblos más escondidos las supervivencias, los restos aún vibrantes de aquel legado teatral conferido por los españoles y los misioneros, en las «morismas» y en las pastorelas.

Lo que ha ocurrido es que a partir de la Independencia, un Estado atareado en dirimir las guerras civiles se olvidó, o ignoró, ese mecanismo, ese instrumento insuperable de penetración popular, de diversión útil, de ejemplo vivo, de espejo de costumbres y de cuanto el teatro puede hábilmente ser, y dejó al azar de las compañías trashumantes la nutrición espiritual de su pueblo. De suerte que cuando advinieron el cine y el radio a satisfacer una demanda inmortal, un público congelado en la etapa preindependiente se vio en el caso irremediable de aceptar lo que le daban.

Pero el gusto por el teatro está ahí, vivo, y el teatro imperecedero perdura en todos sus valores, ambos en espera de que alguien —el Estado, como una de sus obligaciones de educación estética y extraescolar, por ejemplo— los despose, y con ello, tonifique una nacionalidad que aún puede salvar sus valores humanos de la mecanización.

Este y otros viajes, 1951.

«ORIGEN Y GRANDEZA DE EDIFICIOS…»

«A todo señor, todo honor.» Iniciaríamos en el Zócalo nuestro recorrido de grandes edificios, nuestro itinerario un poco undívago, libérrimo, del día. Es una hermosa plaza, modelo suntuoso —con su Catedral a un lado, sus portales a otro frente al Palacio de Gobierno— de las lindas plazas de todas las antiguas ciudades mexicanas. Pero aquí las cosas se hicieron a lo grande, y a todo lo largo de su costado oriente, se explaya este Palacio Nacional cuya «estatura de niño y de dedal» dejó de ser el calificativo justo que era cuando se lo aplicó en su *Suave Patria* un López Velarde que moriría —tan joven, tan rubicundo en su *jacquet*— en vísperas de que ese niño creciera un piso y recuperara su tezontle para vestir de gala cuando, pasadas las Fiestas del Centenario de la Consumación de la Independencia, en 1921, el reformador, comodino Pani, le puso la mano encima, y lo hermoseó entre 1923 y 1926.

«Estamos ya en la plaza. Examina bien si has visto otra que le iguale en grandeza y majestad.» Y mis palabras, que repetían las de Zuazo a Alfaro en el Diálogo Segundo de Cervantes de Salazar, tuvieron por respuesta la misma que en 1554 emitió aquel maravilloso visitante: «Ciertamente que no recuerdo ninguna, ni creo que en ambos mundos pueda encontrarse igual. ¡Dios mío! ¡Cuán plana y extensa! ¡Qué alegre! ¡Qué adornada de altos y soberbios edificios! ¡Qué regularidad! ¡Qué belleza! ¡Qué disposición y asiento! ¡En verdad que si se quitasen aquellos portales de enfrente, podría caber en ella un ejército entero!»

El sensato deseo de Alfaro se ha visto satisfecho. Junto a las viejas casas de Cabildo, el antiquísimo Portal de las Flores,[2] amplió el Pasaje de la Diputación para abrir, con la magnifica Avenida 20 de Noviembre, la perspectiva señorial que merece la más hermosa, la singular, la única Plaza de Armas de todo el Nuevo Mundo. Allí donde el Volador asombró a los conquistadores, yérguese ahora, por obra de gobiernos juiciosos, un moderno y austero Palacio de Temis. Allá donde «La Colmena» tantos años decayó su pesada grandeza mercantil, herencia de los tiempos en que todo comercio cumplíase en la Plaza Mayor, se acaba a toda prisa el edificio que armonizará con el noble asiento de un Gobierno del Distrito que hereda el señorío del Ayuntamiento. Y al lado poniente, desde el Refugio hasta el Arquillo; desde 16 de Septiembre hasta el Cinco de Mayo, dicen que ya piensa en enaltecer la arquitectura de los edificios que ahí desentonan con la cabal belleza de los otros tres lados de tan magnífica plaza. ¿Su historia? No seré yo, pobre de mí, quien aspire a la jactancia de referírtela. Sólo he de decirte que es la suya la historia toda de México: la de nuestra fe, divina y humana, desde que en esa plaza se erguían vecinos el Gran Teocalli y la residencia de los reyes aztecas; desde que empezó la fábrica laboriosa, lenta labor de siglos, de su Catedral incomparable, y la más premiosa, cauta y

defendida de su Palacio virreinal; desde que —¿en 1804?— presidió su noble amplitud ese cornúpeta cabalgante que ahora se mira reducido a su nombre descriptivo de *Caballito,* y aun de *Caballito de Troya,* en el cruce de Bucareli, la Reforma, Ejido y Rosales, abochornado entre automóviles, apenas esporádicamente dueño de la malpuesta reverencia que suelen rendirle los inditos que se persignan ante él, tomando a Carlos IV por el Señor Santiago; desde que aquel primitivo columnista periodístico que era el *Pensador Mexicano* ponía en la boca imaginaria del eficaz Bucareli su protesta contra la suciedad de una plaza en la que había que andarse con tiento «para no pisar en blandito»; desde que su Palacio (y para deleitarte con el detalle de su historia léela escrita por don Artemio) miró al pueblo en el Zócalo amotinarse o exaltarse, manifestar su vida, protestar o aplaudir, reunirse jubiloso o aguardar entre vendimias y llovizna el Grito de la noche patriótica del 15, y el alborear lleno de cohetes del Año Nuevo. Las horas de México —trágicas, dichosas, intensas— siguen sonando, aun ya sin que se les escuche (como un discreto corazón) desde el reloj y desde la desterrada campana del Palacio; y luces áureas y fervientes desde la Catedral. Tianguis, Plaza; Audiencia, Excomunión, Gobierno; ajetreo de caballos y coches antes, hoy de mercaderías y automóviles; colmenar siempre, en el Zócalo se labra y acendra y destila la miel de México.

¿Por dónde empezar, una vez aspirado el aire vastísimo de la Plaza Mayor, nuestra visita de los edificios que la circundan? El asiento de un Volador que conocí aún mercado de viejo y de nuevo; y que hace apenas un lustro se trasmutó por fin en el Palacio de la Suprema Corte, me indujo a mostrar a mi amigo la belleza agresiva, dramática, patética, de los frescos con que lo ha decorado José Clemente Orozco, este agrio genio. Luego entramos en el Palacio Nacional —yo con el susto que me mete siempre en el cuerpo verme a tiro de los soldados, que guardan su puerta principal—, y tuvimos la suerte de sorprender a Diego Rivera mientras pintaba los frescos apacibles y bellos de un corredor, la parte más nueva de una obra gigantesca y equilibrada de decoración mural en que va exponiendo, a partir de la monumental escalera que la resume toda, y en que podemos reconocer a tantos personajes, la Historia de México. Ahora le ocupa la descripción pictórica de los oficios y las artes de los mexicanos. Mi amigo se paró, extasiado (convencido por fin de que el arte moderno puede ser bueno si quienes lo practican saben su oficio, y deforman la figura porque así se los pide la expresión, mas no porque así se los imponga la incapacidad), frente a aquellas naturalezas muertas, perfectas, del tianguis. Hube de repetirle (pues el tiempo apremiaba, y no lo temamos para entablar con Diego una charla que nos habría cautivado por horas y horas de fábula fabulosa) que en el libro de don Artemio sobre el Palacio Nacional podría más tarde y más en paz completar su conocimiento de todos los sus rincones, ahora invadidos por premiosos empleados, solicitantes y soldados, funcionarios e investigadores; porque ahí, dentro de ese Palacio «que más parece una ciudad», despacha el Presidente de la República, y sus Secretarios de Hacienda y de la Defensa, y hay multitud de otras oficinas y dependencias

importantes del Gobierno.

Cruzamos (con peligro de nuestras vidas) basta la Catedral. El Sagrario nos mostró su encaje de piedra, hermoso anuncio y anticipación de los múltiples tesoros del Museo de Arte Religioso que se aloja por la calle de Guatemala, en lo que fue Capilla de las Ánimas. Entramos luego en la nave solemne del Templo Mayor —recorrimos con veneración y recogimiento sus altares, admiramos la sillería del Coro, y noté yo las felicísimas obras de restauración tan celosamente llevadas a cabo por este activísimo Arzobispo indígena y aerodinámico que es Su Ilustrísima Luis María Martínez.[3] Gracias a él que no repara en modernizar su apostolado y su actuación, pronto podremos atesorar en una obra insuperablemente compuesta e impresa, la larga, fecunda, honrosa historia de la Catedral de México. ¡Y qué tentado estuve de inducir a mi amigo a trepar la estrecha escalera que conduce a las torres eminentes de Catedral! ¡De ver desde su altura, como en las «pintas» de mis tiempos de escolapio, el apacible panorama de azoteas del México viejo, a que atreven ya su simplicidad de concreto los rectángulos de la arquitectura moderna; en que naufragan como enormes, irisadas boyas, las cúpulas ahogadas de conventos e iglesias; en que aún abren los patios solariegos la respiración enclaustrada de sus arquerías labradas que vierten chorros límpidos y cantarines hacia los patios enlosados!

Luego que mi amigo recorrió los frescos de Diego en Educación; que reconoció el rumbo que ayer anduvimos; que le mostré la Aduana, la ex Inquisición, Santo Domingo; que vio a los mecanógrafos herederos de los *evangelistas* del Portal, volvimos a ese punto incomparable de referencia y partida que es el Zócalo, para orientar el resto de nuestro itinerario del día. Con fina gracia, la ciudad se cierra, se ataja, las avenidas, con un edificio que lo vale. Así, desde San Francisco (Madero) se puede avizorar el bello oasis del Palacio Nacional; o desde el 20 de Noviembre, la Catedral; o desde el Cinco de Mayó, el Palacio de Bellas Artes; o desde la Juárez, el Monumento de la Revolución. No nos gusta, como a los yanquis, la monotonía en serie de una avenida, de una calle, sin principio ni fin, de un *Main Street.* Las rematamos, con un broche de oro, y sin duda por eso hubo en la Colonia tantas calles cerradas de esto y de lo otro de las que muchas sobreviven. Una comunicación larga, o las que sean indispensables para vincular armoniosamente a la ciudad, sí, por supuesto. Las hubo siempre: cuando los aztecas disponían de dos principales —la de Ixtapalapa y la de Tlacopan—, su convergencia determinó por lógica geométrica el *centro* de Tenochtitlan. Ahora las hay, en los mismos cruzados sentidos cardinales, en un Paseo de la Reforma que extiende la ciudad hasta la carretera de Toluca, más allá de las Lomas, y en un Insurgentes que se trueca en la doble y expedita comunicación con Acapulco, al sur, y con Laredo, hacia el norte.

Yo me había propuesto mostrar a mi amigo «origen y grandeza de edificios», y así, a fin de liquidar en lo posible lo antiguo, visitamos el noble Palacio de Minería, obra que ocupó a Tolsá de 1799 a 1813, y cuya historia relata puntualmente, citando a Manuel Francisco Álvarez, el mismo Marqués de San Francisco a cuyos empeños

debe Tolsá que no sigamos llamándole *Tólsa:* arquitecto «más feliz con el compás que en la cimentación», como lo prueban Minería, o el Loreto de su discípulo Castera; o ya menos aquellas casas de Pinillos o del Marqués del Apartado que, ya muy reformadas, alojan a la Lotería Nacional (después que a la Tabacalera) y a la Secretaría de Economía, mientras le terminan a aquélla su chupado rascacielos equilibrista. Frente a la pureza de Minería —pureza neoclásica—, el italianizante Palacio de Comunicaciones no pareció a mi amigo tan bello, ni el vecino Correo. Dio a ambas de obras bárbaras de un porfirismo ciego ante la validez de la tradición arquitectónica mexicana, hija renacentista, pero directa (y por ende rica y fecundamente mestiza) (¿y el Renacimiento no es feliz mestizaje?), de la española, y no necesitada, para evolucionar biológicamente, de los injertos anafilácticos, postizos y por ello rápidamente desechados y sin arraigo, de los estilos europeos que propagó un siglo XIX culminado —¡horror de horrores!— en la Torre Eiffel, y culpable de que se fabricaran en México casas con *mansarde* y techos inclinados de lámina repujada para recibir la nunca advenida decoración de la nieve…

Como no llevara a mi amigo a Chapultepec (adonde iríamos otro día), poco sobrevivía en el Centro que enseñarle de edificios antiguos. Echamos a andar por Madero, para ver el Palacio de Iturbide, el de los Azulejos, el mascarón que indica en Motolinia (antes Espíritu Santo) el dudoso nivel a que llegó el agua durante la inundación del «aguacero de San Mateo» en septiembre de 1629, que además no fue el único a punto de ahogamos (1550, 1580, 1602, 1691, 1692, 1707, 1714, 1747, 1763, 1764, 1792, 1795, 1806, 1819, 1856, 1895, son otras tantas fechas de inundaciones más o menos graves de una ciudad salvada de las aguas). Y como otro día veríamos especialmente las iglesias, de que en Madero quedan San Francisco y La Profesa, volvimos a la esquina de San Juan de Letrán, y contemplamos, al sur, la flamante y ancha Avenida de San Juan de Letrán perderse hasta el Niño Perdido, y restaurar, poco a poco, la comunicación antigua por aquella Garita con San Ángel, hasta cuya hacienda de El Altillo en Chimalixtac (¿fue allí donde el famoso Relumbrón contrajo el vicio nefando del juego?) creo que se piensa abrir al tránsito diagonal y directo.

Al poniente, se ofrecía a nuestros ojos el espectáculo bullicioso de la Avenida Juárez. La recorrimos, sin hallar, fuera de un Corpus Christi de olvidado callejón, perentoriamente cismático con aquel Padre Pérez, edificio antiguo superviviente ni digno de atención.[4] Nuestra Gran Vía Blanca se adorna con rascacielos, desde que levantó el primero en La Nacional (que hoy Seguros de México mira tan por encima del hombro). Con ellos parece ir vengando a las ocho capillas eslabonadas para el ejercicio del Vía Crucis: al Hospicio de Pobres; a la Acordada, que un siglo que amaneció rectificador para acabar porfirista, había ya empezado a derribar por 1825, para substituirlas más tarde por mansiones afrancesadas que hoy, reivindicadores y prácticos, substituimos por nuestras rápidas y airosas de la nueva arquitectura. Las antiguas calles del Calvario, la Alameda y Corpus Christi: que hoy uniforma el

nombre del Benemérito que las preside sentado en mármoles, han tenido mejor fortuna en modernizarse que su paralela norteña, la Avenida Hidalgo. Conserva aquélla su San Hipólito (ex tianguis tan «fuera de la traza»), su San Juan de Dios y su Santa Veracruz, y con estas iglesias, un aire desolado, conventual y tristón, renuente al progreso, remiso a la iluminación, al tránsito, al comercio: un aire fúnebre, que no logra conjurar el nutrido culto de los martes al milagroso San Antonio de San Juan de Dios, y que puede deberse a que entre ese templo y el de la Santa Veracruz, las coronas luctuosas nos hablan de una muerte que pasos adelante se vuelve real, espantosa y organizada, en las agencias de inhumaciones que nos recuerdan lo que no gustamos de recordar.

Seguimos, pues, por la Avenida Juárez, hasta el *Caballito.* Nos salió al paso la arrogancia —restañadas las heridas del temblor que lo desafió— del rascacielos del muy verde Pedro Corcuera. Al fondo de la Calle del Ejido, feliz asiento de las animadas Ferias del Libro, vimos el Monumento con que la Revolución resolvió el problema de un Palacio Legislativo washingtonto que el maderismo dejó en los puros huesos. Y a nuestra derecha, el rascacielos de la Lotería Nacional, ya mero a punto de casi ir a estar casi por completo terminado.[5] Ahí estaba —yo lo vi— el palacio afrancesado del afamado don Ignacio de la Torre. Y ahí estuvo —eso yo no lo vi— la Plaza de Toros del Paseo; porque el de Bucareli, donde rugen hoy los periódicos, era un paseo, y otro, el Nuevo, que le dio nombre a la actual calle de Rosales. Toros, lotería —como hoy. Las piedras —las primeras piedras, rodando los siglos se encuentran.

Ahora transitábamos por pequeñas, estrechas calles todas nuevas, bordeadas por provisionales casas de «apartamientos». Algún árbol superviviente, respetado, caduco, aislado, nos indicaba que todo aquello —hasta hace tan poco como lo evidenciaba la edad visible de las casas— había sido un jardín, el de la Tabacalera, y un Tívoli, el famoso de San Cosme, del Elíseo, la evocación de cuyas maravillas gastronómicas podría mi amigo leer en los recuerdos de García Cubas, o en aquel *Pacotillas* del doctor Parra que allá lleva a hartarse a sus lisonjeros personajes. ¡Oh, *kermesses* del Tívoli! ¡Oh, último y desaparecido asiento campestre de la gula política o enamorada! Unos años después, cuando el Parque de la Bombilla de San Ángel, que reunía las condiciones vegetales y culinarias del Tívoli, quiso emularlo, ya sabemos lo que ocurrió el 17 de julio de 1928 entre un falso dibujante y un auténtico candidato reelecto, durante una comilona. Y ya vemos, como el Tívoli, la Bombilla cedió su puesto a la urbanización, sólo que allá monumental y expedita, y en el Tívoli, de «apartamientos» y de «auteles» para refugiados españoles y turistas modestos.

Dejado atrás el sencillo Monumento de la Revolución, un abanico de «colonias» desafiaba nuestra perentoria capacidad de recorrerlas. El insondable problema de la nomenclatura de las calles de la ciudad tiene seguramente su origen en el modo acromegálico e imprevisible con que ella se ha desparramado al crecer. Cuando «la

traza» contenía a los españoles, era fácil que un convento, o que quizá un incidente recordado, o aun que un objeto (como el Relox), dieran sencillo nombre a una calle; o un oficio —tabaqueros, plateros. Pero más tarde, al desbordarse la «traza», empezaron las dificultades y el Vía Crucis, quizá precisamente con el Calvario. La historia porfiriana, híbridamente positivista, mocha, científica, europeizante, patronímica, romántica, expresaba sus estados anímicos al bautizar las nuevas calles de las nuevos *colonias*. La fe en la Medicina propiciaba la de los Doctores; Soto, Zarco, Guerrero, Mina, se miraban perfumados por Tulipanes, Magnolias, Mosquetas, decorados por Estrellas y Lunas; la botánica forestal alternaba en Santa María la Ribera con la floricultura —Chopos, Cedros, Naranjos, Pinos, Nogales; San Rafael honraba con la inmortalidad de sus calles a los románticos y a los positivistas —Guillermo Prieto, Rosas Moreno, Manuel María Contreras, Icazbalceta, Altamirano, Gabino Barreda, Alfonso Herrera. Los que habían ido a las Europas, lo subrayaban con vivir en la flamante Colonia Juárez, llena de Hamburgos, Vienas, Liverpooles, Londres y Nápoles; y sólo una tardía ola de compensador nacionalismo geográfico dio a una Colonia Roma (pero *Roma*) nombres de ciudades mexicanas para sus Pueblas, Chihuahuas, Zacatecas, Guanajuatos, Tabascos.

Así, por grupos de conocimientos, no les era a los padrinos de calles tan difícil seguir, como si era imposible que uno, pobre de uno, siguiera pudiendo, a la vez que ser un sabio en todas ciencias y artes, recordar o adivinar dónde les había ocurrido a esos sabios en todas ciencias y artes ubicar y entrelazar a poetas y dicotiledones, o cruzar a Guanajuato con Jalapa. Nadie, empero, reparó a tiempo en el problema, que se dejó engordar, cuando al triunfo de la Revolución las colonias se extendieron y proliferaron, y la flamante Cuauhtémoc (de que fueron simultáneos exploradores el olvidado Paulino Fontes —Pánuco y Neva— y el inolvidable Palavicini— Rhin y Lerma) mezcló las caudalosas aguas del Amazonas con las del Pánuco y el Nazas, las del Rhin con las del Lerma, para ulterior asfixia de los inexpertos en nataciones callejeras tan contradictorias. Y ahora que Cuauhtémoc ha derramado sus caudales fluvios hasta la antigua Calzada de la Teja y de la Verónica: que se da la mano enguantada de rascacielos con Anzures y los Morales; y éstos con Polanco, y Polanco con las Lomas, en un hermoso, impresionante desarrollo urbano que sigue al Sol, el catálogo de los ríos amenaza agotarse, y las tribulaciones mnemotécnicas de los transeúntes acabarles la vida, cuando tratan de pronunciar con ortodoxia los hombres ilustres (y de llegar a las calles amplias y bien trazadas) de Leibniz y de Chateaubriand, de Mazaryk y de Tennyson. Y el problema no es menor, sino apenas menos frecuentemente advertido o señalado, en aquellas colonias con que la ciudad, hacia el sur, se ha unido a Tacubaya, Mixcoac y San Ángel por el eslabón antiario del Hipódromo, o hacia el norte más allá del moderno Puente de Insurgentes, desde el que se mira palpitar, a lo largo de Nonoalco, de Tacuba a la vieja Calzada de Guadalupe, la vida fabril, industrial de la ciudad, a mano de sus transportes ferrocarrileros centralizados en Buenavista desde que el progreso urbano los expulsó

de una Estación Colonia que hoy miramos, mi amigo y yo, substituida por un limpio, ancho, hermoso, asoleado parque.

Pero el «problema» de la nomenclatura, para volver a él: ¿es realmente un problema —y no una muy especial solución de la ciudad? ¿Urge tan perentoriamente resolverlo con, por ejemplo, numerar las calles y cruzarlas con avenidas también numeradas? ¿No es esta confusión, este romántico *fausticismo,* una de las formas cautivadoras y legítimas en que la ciudad escatima su rendición a los extraños, y sólo al precio de conquistarla poco a poco, de cortejarla, de amarla mucho, entrega al fin su rico secreto —recatado y difícil— a quienes la adoramos tal como es?

Nueva grandeza mexicana, 1946.

Antes de su ya inminente regreso a la provincia, quise que mi amigo redondease el disfrute sintético de la ciudad que le mostraba con asomarse a la intimidad de sus hogares. Tendría así nuestra imagen completa: lo que somos todos juntos, en público, y cómo vivimos en la privada de nuestras familias: en el hogar (residencia, casa sola, apartamiento o vivienda) de que todos los días salimos a fundirnos en calles, plazas, restaurantes, iglesias, deportes, oficinas, camiones, escuelas, mercados, tiendas, para en él, por la noche, recoger nuestro descanso y depurar nuestra individualidad.

Habíamos visto una ciudad transformada, modernizada, en pleno crecimiento: tan febril en verdad como en el año de su atareada reconstrucción que el condolido Padre Motolinia llama «séptima plaga», y en la cual refiere que «los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalén, porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas; y en las obras, a unos tomaban las vigas, otros caían de alto, a otros tomaban debajo de los edificios que deshacían en una parte para hacer en otra» —tal como ahora, aunque ya sin catástrofes ni vigas. La Dirección de Pensiones Civiles de Retiro, hace más de veinte años, al facilitar la primera a los empleados el medio de hacerse su casa y pagarla «como con la renta»; después, los bancos hipotecarios: un aumento notorio de la natalidad: el centripetismo demográfico nacional: la inmigración de prolíferos refugiados —polacos en 1925, españoles en 1937-38—; el turismo favorecido por el cambio; y por último, la inflación, que según los sesudos economistas tiende a guarecer el dinero en la tangibilidad de los bienes raíces: todos estos factores juntos, explicaban la fiebre de construcciones que presenciábamos desbordar por doquiera a la ciudad, crecer hacia arriba en módicos rascacielos, faltarle lógicamente el agua, abrirse paso con los codos su tránsito por la fuerza de nuevas, arrolladoras arterias por qué impulsar su sangre nueva. Nos faltaba apreciar en qué medida esta transformación externa, visible, de la ciudad, había repercutido en la vida interna, privada, de sus hogares; y valorizarlo.

Iglesias, palacios porfirianos, rascacielos. Esta trinidad esquemática y coexistente de nuestro yo urbano, que representa a nuestra historia arquitectónica, se halla tan viva en nuestra vida doméstica como presente en nuestras calles. Esto es: convivimos hoy en México gentes que añoran la Colonia, que suspiran por don Porfirio, y que se enorgullecen de alojarse en un rascacielos. Cada uno de estos tipos aduce y fundamenta las muy buenas razones de una preferencia personal que, en cuanto puede, se da el gran gusto de satisfacerse. ¿Quién le quita, digamos, a don Artemio, el de habitar una casona con azulejos, cornisas labradas, chimenea con leyenda (*Mientras en mi casa me estoy, rey me soy*), rejas primorosas, terciopelos, galones, sillones frailunos —pero con baño como Dios manda, y manuable máquina de escribir en que sólo hipotéticamente *moja su pluma*? Cuando este auténtico —pero limpio— colonialista resuelve transferir a siglos pretéritos del aparato de su

habitación, logra una obra de arte, y es como si escribiera —en su máquina— otra *Leonor de Cáceres y Acevedo,* y *Cosas Tenedes.* Cuando son de otra clase los espíritus que deciden resucitar una arquitectura colonial a la medida de su cultura y a la desmedida de su dinerote, lo que resulta, lo que engendran, es una caja estilo Polanco —colonia que, por otra parte, no puede jactarse de haber sido mano en exhumar el Churriguera. Ya por 1921 otra sacudida o estertor colonialista, aquella vez no aún californiano, restauró efímeramente el tezontle y las rejas en la construcción de algunas casas (Rhin y Reforma) o lo puso al descubierto en algunos edificios públicos (Palacio, el Monte de Piedad). Ahora bien, que la ciudad se hubiera conservado, o restaurado, colonial (o porfiriana; para el caso es lo mismo), habría seguramente colmado el sueño engreído y neurótico de muchos arcaizantes, o de quienes profesaran que la nacionalidad, la autenticidad de un país o de una ciudad, estriba en que no se altere la residencia de su espíritu que ellos decretan por legítima; habría halagado y satisfecho a quienes claman contra «la obra demoledora de la piqueta» y se lamentan, y añoran a la Ciudad de los Palacios, ciegos y renuentes a advertir, a examinar lo que pueda ofrecer de bueno, de normal, de evidencia de que sigue su vida, la ciudad sin palacios.

Porque a poco que se medite, descúbrense muchas y válidas razones para que las ciudades, como los hombres que las forman y habitan, se enfrenten por inescapable determinismo a un incómodo dilema: o la cripta honorable, o la vida imprevisible: o la momia, o el hombre: o el museo, o la urbe; razones que se van ejerciendo en el curso del tiempo y el espacio para alejar al hombre, y a las ciudades, de la muerte, a costa de irlos despojando de cuanto pueda congelarlos con su hálito, y al precio de irles imprimiendo los moldes de una adaptación imprescindible a su supervivencia, y por ella condicionada. Desde Tenochtitlan —y a diferencia de Mitla, de Chichén, de Teotihuacán, *conservadas* en el frigorífico de los siglos—, ha sido el destino de México sobrevivir a costa de transformarse. El empeño, por lo visto, vale la pena.

Para alcanzar en la conversación con mi amigo, los contornos de alguna teoría sobre la modernización de la ciudad que nos ayudara a entenderla y valorizarla, me pareció oportuno, pues, asomarlo a la vida de sus hogares. Por tradición asumimos en México la coexistencia de tres capas sociales que llamamos la baja, la media y la alta. Baja y alta parecen susceptibles de mayores subdivisiones: a) los desheredados absolutos y b) los proletarios harían las dos ramas principales de la clase «baja»; la «alta» ofrece aún mayor diversidad si en ella reconocemos c) a la vieja aristocracia, d) a los nuevos ricos y e) a los extranjeros avecinados entre nosotros, transitoria o definitivamente. En medio, neutra en apariencia: disputada por los extremos, f) la «sufrida clase media» cumple su vida.

Miremos cómo viven, y dónde: los desheredados absolutos, en plena calle, en los quicios de las puertas, o en los dormitorios de una Asistencia que los recoge como puede. Los proletarios, en las viejas *viviendas* de las vecindades supervivientes (que Buenos Aires aún llama *conventillos*, y que representan en México, con sus enormes

patios y sus celdas sombrías, la transformación de los conventos en habitaciones) y en *departamentos* baratos, construidos a toda mecha por los dueños alertas de las viejas vecindades para sacarles más renta por metro cuadrado. El problema de la habitación (que es mundialmente el resultado de la cohabitación, y que en Estados Unidos asume el pavoroso perfil de una escasez de 4.600,000 alojamientos en la actualidad) afecta en México, por supuesto, más a los pobres que a los ricos, y ha preocupado en diversas épocas a las autoridades. Los pobres viven, generalmente, cerca de su trabajo. Lo malo —parte de lo malo— de la pobreza es que obliga a trabajar muchas veces lejos de donde uno vive, con lo que no es fácil prever dónde sea preferible vivir cuando uno es pobre. Por conciencia de la especie, o por solidaridad de clase, o por baratura de alquiler, los pobres han tendido a aglutinarse, sin embargo, cerca de su trabajo, sobre todo mientras las comunicaciones no fueron baratas ni fáciles, y así se explican Peralvillo, la Colonia de la Bolsa, Balbuena, Nonoalco, la Merced. Donde ha parecido prudente, el Gobierno ha solido, desde Calles, erigir *colonias proletarias* con casas de bajo costo y simple estructura que ceder a sus inquilinos a cambio de módicos abonos en rentas. Los proletarios —mexicanos al fin, y por ventura— no han tardado en barroquizar el corbusierismo escueto de esas casas con macetas, jaulas, cretonas. Ahora parece que el Gobierno del Distrito proyecta resolver el problema de la habitación proletaria con mayor decisión y mejores recursos. Al anunciarse ello así, no ha tardado en manifestarse, muy curiosamente, un rasgo de paradójico reaccionarismo en aquellos aludidos proletarios en quienes parecería legítimo suponer una clara conciencia revolucionaria extensiva a la forma en que apetecen vivir: han expresado que preferirían *casas solas* —cuya sensatez y cuya posibilidad, aun para los ricos, discutiremos adelante.

Los ricos, claro, viven más como quieren que como pueden (aunque no del todo) que los pobres de la ciudad. Si son los enmohecidos supervivientes del porfirismo, en casa (aún las hay) a lo Villar Lledías, aunque si además son inteligentes, como los Bernal, se mudan a modernos apartamientos, como los Elízaga. Pueblan las Lomas, o San Ángel, reciben bien, y en la decoración de sus casas y en su tren de vida y costumbres, conservan y resguardan el tesoro de la buena tradición mexicana, hecha de un en considerable medida recio siglo XIX. Si son *nuevos,* lo gritará su residencia ostentosa, colonial californiana o *funcional,* y su incapacidad de valerse sin el auxilio oneroso y uniformador del Raro Pani o de Roberto Block para rodear su impersonalidad de cortinas, muros de espejos, sillas de alambrón retorcidas por Garagarza, alfombras de Plan Castellanos o de Re-be-ka, chimeneas con aplicaciones de bronce —y negrillones. Si sobre ricos nuevos son extranjeros, lo pregonará por encima de su alternativa afición a decorar sus residencias con antigüedades coloniales y con curiosidades indígenas, el privilegio, ya sólo a ellos reservado, de contar con aquel auxilio que antes era tan fácil procurarse para sobrellevar las familias el peso de una casa, y que son —los criados

En efecto, en cuantas casas llevé a mi amigo a visitar, la señora acabó por

quejarse amargamente de que le faltaba servicio: la cocinera o el mesero, o el jardinero, o la recamarera, o el mozo. Y era, después de todo, natural y comprensible que la señora viera en ello una calamidad característica de los *nuevos tiempos*, y renegara de que ya sólo los condenados extranjeros consiguen criadas y las han echado a perder, y las retienen, con esos sueldos imposibles a que las han acostumbrado, claro, como ellos tienen dólares. «Figúrese usted, antes, en mis tiempos, tenía una siempre buenas criadas por ocho pesos al mes, y luego por quince y por veinte, y con eso del salario mínimo, empezaron a pedir las perlas de la Virgen, y baño, y a ganar cuarenta y sesenta, y ahora quieren ochenta y cien y hasta más, qué barbaridad. Ya no es vida, y ni a ese precio se consiguen. Y no diga usted mozos. Ni para remedio. Se han ido de braceros, o andan de albañiles, o qué sé yo, y uno imposible que pueda con el quehacer. No, si ya no es vida materialmente, le digo a usted.»

Pero este síntoma francamente social que la buena señora sentenciaba tan negativo —¿no tendría un reverso positivo, favorable y (para los fines prácticos de entender la supervivencia transformada de la ciudad) un sentido de agencia lateral e importante sobre la forma como la ciudad evoluciona en lo público y en lo privado, digno de algún análisis?

Un criado fue, hasta el siglo XIX, la versión liberal de un esclavo. En el XX equivale a un especialista que ejerce un servicio, sencillo aunque sea, y susceptible de ser desempeñado por su amo o de ser prescindido y suplido por otro agente privado (una lavadora mecánica, una aspiradora eléctrica) o público (un restaurante). La máquina —calamidad o bendición, como usted prefiera— ha convocado, sin discriminaciones, a todos los hombres a multiplicar en y por ella su personal rendimiento de bienes. La culpa es difícilmente de los esclavos liberales del siglo XIX si ellos han acudido al llamado de la máquina al abandonar los quehaceres domésticos por la redención de la fábrica, mientras los amos del siglo XIX se resisten aún en el XX a seguir proporcionalmente su lúcido ejemplo, y a servirse de la máquina para redimirse (simplificándolos, deshumanizándolos y haciéndoles baratos y perfectos) de los quehaceres domésticos que se empeñan en conservar abrumadores porque se aferran al anacronismo insostenible de aspirar a seguir viviendo en el siglo XX como se vegetaba en el XIX. La culpa no es de los criados, vueltos obreros, si las señoras se rehusan a entender que lo que pierden en un Gabino que abandonó la manguera por la fábrica, en una Petra que trocó la cocina por el laboratorio, lo ganan por los insospechables canales en que se vierte hacia el progreso general de la ciudad, hacia la mayor producción de bienes, concomitante con la mayor dignificación de los proletarios, en los bienes de uso y de consumo que Petra y Gabino contribuyen a multiplicar. El sencillo secreto de la supervivencia (lo ha demostrado la ciudad, y antes que ella, así lo ha establecido la Naturaleza) estriba en adaptarse a un medio que no se puede estatizar, ni retroceder, sin contagiarnos de la muerte que así le alcanzaría.

¿Podría esgrimirse alguna excepcional razón por la cual la, digamos, *arquitectura de la vida doméstica* debiera sustraerse a la lógica de una transformación que la adapte al medio urbano y social, mutable y constantemente renovado, en que se ejerce? Vivir conforme a la tradición, respetarla, es continuar la gran tradición de nuestros antepasados, que vivieron plenamente su tiempo: que no necesitaron caballerizas, sino canoas, en Tenochtitlan; ni canoas, sino cocheras, en el XIX; es abandonar los velones por los quinqués, y a su tiempo, los quinqués por los focos incandescentes, y la crinolina cuando ya no se puede meter en los aviones, y las mesas *de estorbo* llenas de bibelots, y los *aparadores* colmados de loza en el comedor, y los cientos de macetas y jaulas, cuando ya no hay quien las limpie y sacuda, y riegue, y alimente, y lave, y enseñe a cantar, todos los días; y las colchas tejidas a mano, cuando las muchachas ya no se quedan en casa a languidecer su soltería, sino que ganan buenos sueldos en la oficina; y la sala llena de ajuares de medallón, cuando las amistades en realidad prefieren que nos reunamos en el bar para ir al cine y a cenar por el Centro; y el jardín privado que cuesta tantísimo trabajo mantener verde con esto de que no hay jardineros ni bastante agua, cuando realmente Chapultepec es más bonito, y nada cuesta…

Las *casas solas* aspiraban, y en ocasiones lo lograron, a mantener satisfecha la cohesión exclusivista de la familia liberal. Dentro de ellas, se procuró que todo lo hubiera —autarquía doméstica; sustento, y diversión, privada y sociabilidad. Pero convenida por los hombres la entrega de su comunidad urbana a un Gobierno y a una concurrencia industrial y comercial ejercida fecundamente fuera de los hogares, todas las funciones *sociales* de los ciudadanos empezaron a cumplirse mejor, también, fuera de los hogares, y éstos a depurarse de la necesidad, o a abdicar de ella, o a verse impedidos de la posibilidad de competir en hacerlo con ellos, de ofrecer a aquellas funciones una menguada, esforzada equivalencia. Ninguna biblioteca privada podría competir con las públicas; ninguna cocina con un buen restaurante; ningún salón con un teatro, ninguna colección de macetas con el jardín público, ningún patio con la Ciudad de los Deportes.

«Todo lo cual —dije a mi amigo— no entraña ni acarrea, a mi juicio, el derrumbe ni el desmembramiento de los hogares mexicanos, de la vida privada de la ciudad, ni su adulteración siquiera.» Lo que le indica es justamente el rumbo nuevo y depurado de su supervivencia; su oportunidad de rehacerse sobre los medios nuevos al alcance de su inmutable misión de asiento y núcleo de la esencia coherente de la familia: la necesidad de que reconozca que así como por todos los sitios públicos recorridos en este Ensayo el ciudadano y la familia aprovechan el fruto público de la cooperación y del progreso, así también pueden simplificar y hacer muy grata su vida doméstica si conciertan su privacía con el disfrute compartido de los bienes a compartirse: una sola fuente de gas, un garaje común, un asoleadero para todos los niños; con una forma, en fin, de fecunda y armónica convivencia que las viejas vecindades —núcleo de la ciudad— propiciaron; que en vano combatió la *casa sola,* inepta y que los

modernos *apartamientos* restauran cuando surgen a ofrecer a los habitantes de la ciudad el modo, no postizo ni extranjerizante: sino *tradicional* y moderno, vivo y legítimo por ello, de vivir al ritmo de su ciudad.

Es eso, a mi juicio, lo que la nueva *arquitectura de la ciudad* indica a su vida privada. Y por dialéctica, las nuevas formas lógicas de la vida privada, cada vez más aceptada, ofrecen al mundo la prueba complementaria de que México ha alcanzado ya una mayoría de edad urbana que le depara sitio honorable entre las capitales cosmopolitas. Cuando vemos que en ella conviven mexicanos de toda la República y extranjeros de todos los países: cuando coexisten Xochimilco, la Catedral, las vecindades, el Reforma, los palacios porfirianos y los *apartamientos* disparados hacia arriba por Mario Pani: el Callejón de la Condesa y la Calzada Mariano Escobedo, o la Diagonal San Antonio: Tepito y las Lomas, Anzures y Narvarte, los *ejercicios* de Cuaresma y un partidazo de *foot-ball* en el Asturias: la india que pregona sus flores y las orquídeas en caja de plástico, sentimos la fecunda, gloriosa riqueza de una ciudad imán que hace ya muchos siglos atrajo hasta el misterio inédito de su valle encantado la peregrinación del Hombre de las Manos Grandes que se aplicarían a modelarla sobre el barro y la piedra, desde el reptil hasta el vuelo —y que desde entonces no ha cesado de recibir el tributo de todas las sangres, ambiciones, oraciones y sueños de los hombres que de todos los rumbos llegan a disfrutar el privilegio de su aire claro, de su sol luminoso, de su límpido cielo, de su primavera inmortal. Del sueño y del trabajo de todos esos hombres, ejercido en el valle más hermoso del mundo, está labrada la grandeza de la ciudad de México.

Nos quedaba un día, ya nada más, para que mi amigo acabara de impregnarse, en lo posible, en la vida de la ciudad. Por dicha era un domingo, y nos dispusimos a aprovecharlo en ver cómo disfrutan los mexicanos su día de descanso. Salimos temprano. Por Insurgentes encontramos muchos coches llenos de pintorescos excursionistas. Las chicas con *slacks*, los señores con sacos *sport* y gafas oscuras, indicaban muy claramente que esas familias se dirigían a Cuernavaca, a pasar un cómodo y moderno día de campo a la medida de su solvencia. Otros coches conducían a señores maduros y solitarios a sus clubes de golf. Iban unos a Churubusco, donde verían a los políticos que han emprendido ese ambulante sistema de charlar mientras sudan, y otros al Club de Chapultepec, más allá de la Ciudad Militar, ya dentro de los límites del vecino Estado de México, donde los socios son casi todos extranjeros.

Otros automóviles, materialmente rellenos de chicos, simplemente vagaban, conducidos con notoria torpeza por el cauteloso, feliz papá. Llegarían probablemente hasta Tlalpan o hasta Xochimilco. De regreso, comprarían barbacoa en la calzada, para amenizar una copiosa comida, antesala del cine abarrotado. Todavía otros, iban simplemente a Chapultepec. Los jóvenes que los manejaban: que con ellos *castigarían* a las muchachas del paseo: que aguardarían por las calzadas laterales a que fuera hora de integrar la lenta caravana del paseo por la principal —¿sabían que

en haciéndolo mantenían una tradición dominical mexicana que empezó con los coches de caballos, y que aún por los veintes congregaba a *todo México* a cazar, entre el packareo de los estorbosos autos de entonces, la contemplación de las aves del paraíso implantadas sobre las bellezas profesionales de la época?

Allá, en Chapultepec, el domingo se animaría por instantes. Mientras los charros ya un poco demodés, se instalaran a revisar el paseo, próximos al puente, se llenarían las barcas con muchachos alegres, los papas llevarían a sus niños a ver los animales o a viajar en el pequeño ferrocarril, o a montar ponies y retratarse; y las familias más humildes buscarían la sombra de un fresno para instalar el soñado banquete al aire libre de sus tortas compuestas.

Otras personas se levantarían tarde, se acicalarían con esmero, irían a misa. San Francisco, La Sagrada Familia, La Coronación, recogerían sus rezos para verlas a la salida cultivar o entablar el noviazgo que algún día conduciría a la feliz pareja hasta el altar iluminado, entre las lágrimas tiernas de las mamás y las notas marciales de la Marcha Nupcial, para que la vida continúe, se reanude, se repita y renueve.

Otras llenarían los campos deportivos. De todos los barrios: limpios, alegres, los muchachos salían a reunirse en grupos, vestidos como podían, a jugar *base-ball* o *foot-ball* en los llanos, en los parques: a excursionar, a recibir en su carne morena y dura el aire y el sol, a poblarlos con sus risas blancas. ¿En dónde está el filósofo que diagnosticó en los mexicanos un *complejo de inferioridad*? Esa forma aberrante, decadente, del pudor, que expresa en la reverencia al tabú social: que se avergüenza de la indumentaria heterodoxa: que se inhibe ante el símbolo de poder superior, y que así estatiza y congela todo proceso democrático de fecundo mestizaje racial, y de armoniosa, orgánica supresión progresiva de las clases, si una vez existió, puede ya dichosamente decirse que ha sido superada y vencida. En el deporte, que es juego y limpia y alegre competencia de fuerzas gratuitas: y que por juego es símbolo y esencia del trabajo, aquel *complejo de inferioridad* ha acabado por naufragar, extinguirse, sublimarse. Los muchachos (que son quienes cuentan para el futuro de la ciudad —y del país) no lo sufren cuando discurren en *fachas* deportivas por las calles; cuando comparten su transporte con los *apretados;* cuando extienden y fortalecen los lazos de su vigencia activa y de su amistad en las tribunas o en los campos de sus juegos, mientras la raza en ellos se vigoriza y depura.

Pude todavía decir a mi amigo que otras familias, de gustos un poco extranjeros, se transportan la mañana de su domingo a un Hipódromo de las Américas que tuvo su elegante abuelo, hace muchos años, en el de Peralvillo, y su pariente en el que aún da su nombre a cierta colonia. Después, como era justo, le acompañé a los toros —ese predilecto, colectivo, grandioso juego de azar donde el azar consiste en que los toros y los toreros se concierten: esa conocida válvula de escape de una ciudad que en la plaza desfoga su humorismo. A esa hora, por más que pareciera que todo México se había citado en la Plaza México, mucha gente llenaba la Arena Coliseo, la México, las pequeñas del *box* y lucha libre. Y mucha más, por supuesto, los cines y los teatros.

Todavía alcanzamos a asomarnos al Frontón —vibrante, eléctrico, preciso.

Luego recorrimos, sin rumbo fijo, por una última vez, la ciudad, que empezaba a dormirse. La pulsación del tránsito iba amenguando. Los semáforos habían cerrado sus ojos alertas. Las ventanas altas, pequeñas, cuadradas, extinguían poco a poco sus luces. Se establecía la tregua del silencio y la sombra —del sueño y el descanso.

Desde las Lomas, la ciudad se veía flotar en un halo tenue que recortaba sus perfiles: volcaba sobre el Valle, tendida entre los siglos, viva y eterna. Ya recogía, como una madre gigantesca y celosa, el retorno fatigado de sus hijos. Bajo los techos de aquella ciudad; en el llanto del recién nacido, en el beso del joven, en el sueño del hombre, en el vientre de la mujer; en la ambición del mercader, en la gratitud del exiliado; en el lujo y en la miseria; en la jactancia del banquero, en el músculo del trabajador; en las piedras que labraron los aztecas; en las iglesias que elevaron los conquistadores; en los palacios ingenuos de nuestro siglo XIX; en las escuelas, los hospitales y los parques de la Revolución, dormía ahora, se perpetuaba, se gestaba, sobrevivía, la grandeza de México.

Nueva grandeza mexicana, 1946.

LAS AVES EN LA POESÍA CASTELLANA

QUEVEDO, O EL ANTI-PÁJARO

Por el «monte en dos cumbres dividido», de don Francisco de Quevedo y Villegas, vuelan las aves habituales presididas por las nueve musas castellanas. A Erato, musa cuarta, que canta hazañas del amor y de lo hermosura, corresponden las más retóricas. Si compara el discurso de su amor con el de un arroyo (*BAE*, LXIX, 52 a):

En cristales dispensas tu tesoro,
líquido plectro a rústicos amores,
y templando por cuerdas ruiseñores,
te ríes de crecer, con lo que lloro,

o si en el Idilio que llama *Lamentación amorosa* (*Ibid.*, 83 a) exclama, tal como «tanto amante que desdenes llora».

Las aves que leyeren mis tristezas
luego pondrán en tono mis congoxas…
Allí serán mis lágrimas Orfeos
y mis lamentos blandos ruiseñores…

y en la tercera parte del propio Idilio (p 84 a):

No cantan ya los doctos ruiseñores,

no podemos creer que así las maneje sino por virtud de una técnica en boga, que lo arrastró también a incurrir repetidamente en una «Fénix» que en otro sitio, como veremos, se complace en desprestigiar, y de que se sirve para pintar su ardor disimulado de amante. (*Ibid.*, 53 a):

Ya fénix cultivada te renuevas,
en eternos incendios repetidos…

para componer un bello soneto (*Ibid.*, 53 b) «a una de diamantes que Aminta traía al cuello»: en aquellos en que «canta sola a Lisi», para trazar los efectos varios de su corazón, fluctuando entre las ondas de sus cabellos (*Ibid.*, 73 a):

Con pretensión de fénix encendidas
sus esperanzas, que difuntas lloro,
intentan que su muerte engendre vidas,

y, en fin, para poner ejemplo de otras llamas, que parecen posibles comparadas a las suyas (*Ibid.,* 74 a):

> Hago verdad la fénix en la ardiente
> llama, en que renaciendo me renuevo;
> y la virilidad del fuego pruebo,
> y que es padre, y que tiene descendiente.

No menos ajenas a su experiencia, sino tan hijas de su erudición, son las aves de este primer cuarteto del soneto XXV (*Ibid.,* 77 b), que en la edición de 1648, reproducida por Rivadeneyra, pidieron tres pedantes notas en que Publio Siro, Aristóteles, Cicerón y Marcial se traen a cuento para explicar que la cigüeña y la grulla son por igual títulos de la primavera: *Avis exul hyemis, titulus tepidi tempori.*

> Ya tituló el verano ronca seña,
> vuela la grulla en letra y, con las galas
> escribe el viento, y en parleras galas
> Progne cantora su dolor desdeña,

en que se escucha su traducción de la Anacreóntica XXXVII (*lbid.,* 454, b):

> Ve que el ánade torpe ya se fía
> del agua blanda que temió por fría.
> Mira las grullas que con leyes viven
> cómo volando en letra el aire escriben
> y alegres vuelven por el aire vano
> como a ganar albricias del verano.

Advirtamos, de paso, que las leyes con que viven las grullas son verdaderamente marciales, e inescapables, porque están sujetas a la rígida de la gravitación universal. En tanto que las demás duermen, aquella que está de guardia sostiene, en la pata que equivale al brazo derecho de un soldado armado, uno de esos guijarros que, cuando vuelan, arrojan para averiguar si andan sobre agua o sobre tierra; garantízase su vigilancia en que, si se duerme, soltará la piedra, delatora de su negligencia; y sus hermanas la castigarán, sacando la cabeza de bajo el ala, que es como reposan (*Plinio,* ob. cit., X, XXX). No son menos severas las penas en que incurren las cigüeñas impuntuales, a quienes, al partir —misteriosamente, de noche, como llegan —, aguardan las demás sólo para matarlas. Sólo que Plinio afirma que las cigüeñas son huéspedes del estío, y las grullas del invierno, contrariamente a los autores que respaldan a Quevedo y a su Anacreonte.

Sus traducciones de las Anacreónticas II, IX, XII, XXXIII, y de la *Doctrina de Epicteto,* cap. XXXI (*BAE,* LXIX, pp. 438, 443, 444, 453, y 399) dejan en Quevedo

más de una visible huella. En el *Himno a las estrellas*, Silva, XIV (*Ibid.*, 311):

Las tenebrosas aves
que el silencio embarazan con gemido
volando torpes y cantando graves,
más agüeros que tonos al oído,
para adular mis ansias y mis penas,
ya mis musas serán, ya mis sirenas.

Bajo el signo de Clío escribe Quevedo un soneto alegórico de oscuro sentido político, en que el águila —rara avis en su poesía— lucha (*Ibid.*, 7 a), como en *La toma de Valles Ronces* (*Ibid.*, 541 a) en que encama al potentísimo Felipe el Grande, cuarto entre los reyes de España:

Que el águila que el sol mira
no aguarda remifasoles,
y las plumas de sus alas
son de batir los cañones.

Ilustra siempre heráldicamente a la realeza (*Glorioso túmulo a la serenísima infanta Sor Margarita de Austria*, *Ibid.*, 46 a):

Las aves del imperio coronadas
mejoraron las alas en tu vuelo,
que con el pobre, y serafín, al cielo
sube, y volando sigue sus pisadas,

o en la sepulcral relación en el monumento de Wolistan (*Ibid.*, 46 b):

Diole el león de España su cordero,
y lobo quiso ensangrentar sus galas.
El águila imperial le dio sus alas
y con sus garras se le opuso fiero,

y condensa, por fin, los atributos del ave de Júpiter, portadora del rayo, que mira al sol, selecciona y desdeña a sus hijos por métodos espartanos y muere, según Aristóteles, de hambre (*Lib.* IX) —porque en la extrema vejez su pico se encorva y traba, impidiéndole comer, en fabuloso castigo porque cuando fue hombre violó la hospitalidad—, en un soneto «A una dama hermosa, y tiradora del vuelo, que mató un águila con un tiro» (*Ibid.*, 247 b):

¿Castigas en la águila el delito
de los celos de Juno vengadora,

porque en velocidad, alta y sonora,
llevó a Jove robado el catamito?

¿O juzgaste su osar por infinito
en atrever sus ojos a tu aurora,
confiada en la vista vencedora
con que miras al sol de hito en hito?

¿O porque sepa Jove que en el cielo,
cuando Venus fulminas, de tu rayo,
ni el suyo está seguro, ni su vuelo?

¿O a César amenazas con desmayo,
derramando su emblema por el suelo,
honrando a los leones de Pelayo?

Al manto sombrío del Melpómene confía (*Ibid.,* 49) a las «Exequias a una tórtola que se quejaba viuda y después se halló muerta», y las palabras de un pedazo de la nave en que se descubrió el Nuevo Mundo (*Ibid.,* 47 a):

Fui haya, y de mis hijas adornada,
del mismo, que alas hice en mi jornada,
lenguas para cantar primero…

Otros ocasionales pájaros esmaltan fugazmente sonetos, madrigales y canciones suyas:

Más solitario pájaro ¿en cuál techo
se vio jamás que yo?…

(*Ibid.*, 249 a)

Está el ave en el aire con sosiego,
en la agua el pez, la salamandra en fuego…

(*Ibid.,* 60 a)

Escuchaba del ave los deseos…

(*Ibid.*, 257 b)

Nació paloma y en tu seno el nido
perdió…

(*Ibid.*, *27* b)

Vuestra paloma huyó de vuestro nido,

(*Ibid.*, 345 b)

Pero es preciso reconocer que el poeta dispone, por cuanto a los pájaros, de muy limitados colores en su paleta musical. En otra parte que sus versos ha aconsejado a las mujeres cultas y hembrilatinas que «si hubieren de mandar que las compren un capón o que se les asen, o que se les envíen (que es lo más posible), no le nombren, por excusar la compasión de lo que les acuerda; llámenle "desgallo o tiple de pluma"». Apolo parece haber castigado cruelmente su fobia anticulterana obligándolo a seguir, con la frecuencia que en seguida ejemplificaremos, su propio malévolo consejo. Si no siempre «tiples de pluma», ni «desgallos» nunca, en numerosos casos no encuentra qué llamar a los pájaros, sino «ramilletes». En la *Canción fúnebre en la muerte de don Luis Carrillo y Sotomayor* (*Ibid.*, 47 b), que repite, sin dedicatoria y con variantes, en la página 346 b, encontramos la descripción siguiente:

En un hermoso prado
verde laurel reinaba presumido
de pájaros poblado
que cantando robaban el sentido
al argos de el cuidado…

e, inmediatamente:

Un pintado jilguero
más ramillete que ave parecía…

En las «letrillas líricas» (*Ibid.*, 97 a):

Flor que cantas, flor que vuelas
y tienes por facistol
el laurel ¿para qué al sol
con tan sonoras cautelas
le madrugas y desvelas?
Digasmé
dulce jilguero ¿por qué?
Dime, cantor ramillete,
lira de pluma volante
silbo alado y elegante
que en el rizado copete
luces flor, suenas falsete…

¿En un átomo de pluma
cómo tal concento cabe?
¿cómo se esconde en una ave
cuanto el contrapunto suma?
… llena tan chica garganta
de orfeos y de vigüelas?

En «El Escarmiento», Silva XVII (*Ibid.,* 312 a):

Orfeo del aire el ruiseñor parece
y ramillete músico el jilguero.

Ni falta en donde se «describe una recreación y casa de campo de un valido de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel» (*Ibid.,* p. 314 b):

Músico ramillete
es el jilguero en una flor cantora,
es el clarín de pluma de la aurora,
que por oír al ruiseñor que canta
madruga y se desvela,
y el Orfeo que vuela
y cierra en breve espacio de garganta
cítaras, y vigüelas, y sirenas,
óyese mucho y se discierne apenas,
pues átomo volante,
pluma con voz, y silva vigilante,
es órgano de plumas adornado,
una pluma canora, un canto alado…

y por fin, en la décima *Al ruiseñor* (*Ibid.,* 478, b):

Flor con voz, volante flor,
silbo alado, voz pintada,
lira de pluma animada
y ramillete cantor;
di, átomo volador,
florido acento de pluma,
bella organizada suma
de lo hermoso y lo suave:
¿Cómo cabe en sola un ave
cuanto el contrapunto suma?

Luego él, tan anticulto, lo parece del todo en estas líneas de la arriba citada «recreación»:

Y la perdiz, que ensangrentado el aire
con el purpúreo vuelo
de sabroso coral matiza el suelo,
ya pájaro rubí con el reclamo,
lisonja del ribazo,
múrice volador esmalta el lazo,
y tal vez por el plomo que la alcanza,
con nombre de sus hijos disfrazado,
en globos enemigos,
ya galosina ofrece sus castigos,
y en la mesa es trofeo
quien fue llanto en la mesa de Tereo
y lisonjero a Venus por hermoso.

En que no es más claro, ni más oscuro, que este más nutritivo presente de las *Soledades:*

Tú, ave peregrina,
arrogante esplendor —ya que no bello—
del último occidente;
penda el rugoso nácar de tu frente
sobre el crespo zafiro de tu cuello…
Sobre los hombros larga vara ostenta
en cien aves cien picos de rubíes,
tafiletes calzadas carmesíes,
emulación y afrenta
aun de los berberiscos
en la inculta región de aquellos riscos,

sino que pide, al contrario, la declaración del faisán para una edición popular, en los dos últimos versos, luego que el «plomo que la alcanza con nombre de sus hijos disfrazado en globos enemigos» —los breves, volantes orbes de Alarcón— se traduzca en perdigones. Por seguir la moda pastoril «Llama a Aminta al campo en amoroso desafío» (*Ibid.,* 63 a):

Y las plantas vestidas
gozan las verdes vidas
dando a la voz del pájaro pintado
las ramas sombras, y silencio el prado;

ven, que te aguardan ya los ruiseñores
y los tonos mejores
porque los oigas tú, dulce tirana,
los dejan de cantar en la mañana;
tendremos envidiosas
las tórtolas mimosas,
pues viéndonos de gloria y gusto ricos
imitarán los labios con los picos;
aprenderemos de ellas
soledad y querellas,
y en pago aprenderán de nuestros lazos
su voz requiebros y su pluma abrazos.
Y vieran nuestras bocas,
en ramos de estas rocas,
ya las aves consortes, ya las viudas,
más elocuentes ser, cuanto más mudas;

o en imitación de Teócrito y Virgilio (*Farmaceutría o medicamentos enamorados, Silva VI, Ibid.,* 306, b):

¿No ves estos pavones, cuyas galas
desdoblan un verano en las dos alas?…
Doite estas golondrinas, tiernas aves,
estas simples palomas voladoras
que cortando los vientos ya suaves
que al pintado verano dan las horas,
con sus brazos y cuellos variados
vistieron estos aires de mil prados.

Esta viuda tórtola doliente
que perdió sus arrullos con su amante
cogíla haciendo ultrajes a una fuente.

Tampoco faltará la descripción de la cacería por la red, que Garcilaso es el primero en encargar, en la *Égloga segunda*, a Albanio, de describir detalladamente, en los primeros tercetos hechos en castellano, y de que el zumbón don Agustín de Salazar y Torres se burlaría. De las dos veces que Quevedo aprovecha igual descripción, transcribiremos la segunda, cuyo final coincide con el principio de la actitud ante los pájaros que nos parece más sincera en él (*Ibid.,* 346 b):

… con pico lisonjero,
cantor de la alba, que despierta al día;

dulce, cuanto parlero,
su libertad alegre celebraba,
y la paz gozaba:
cuando en un verde y apacible ramo,
codicioso de sombra,
que sobre varia alfombra
le prometió un reclamo,
manchadas con la liga vi sus galas;
y de enemigos brazos,
en largas redes, en nudosos lazos,
presa la ligereza de sus alas;

(1.ª versión):

mudando el dulce, no aprendido canto,
en lastimero son, en triste llanto;

(2.ª versión):

sin poderse escapar; mas ¿quién se escapa
de estas prisiones desde el pobre al Papa?

Pienso que Quevedo maneja mejor las aves cuando se enfada contra las personas, como hace tan a menudo, contra las leyendas y contra las costumbres. Endereza a una dama esta sátira (*Ibid.*, 272 a):

Pues más me quieres cuervo que no cisne,
conviértase en graznido el dulce arrullo
y mi nevada pluma en sucia tizne…

Rebujada naciste en dos andrajos,
de una hija de Adán por gran ventura
cuya comadre fueron cuatro grajos.

Desmiente a un viejo por la barba (*Ibid.*, 161 a);

Cabello que dio en canario
muy mal a cuervo se aplica.

El humanista es sincero. La vida retirada está muy bien cantada por su predilecto Fray Luis, pero él, retirado de la corte, responde a la carta de un médico naturista, como hoy diríamos (*Ibid.*, 179):

Oigo de diversas aves
las voces y los chillidos
que ni yo entiendo la letra
ni el tono que Dios les hizo…

La lechuza ceceosa
entre los cerros da gritos
que parece sombrerero
en la música y los silbos.

Andase aquí la picaza
con su traje dominico
y el pajarillo triguero
con el suyo capuchino.
Como el muchacho en la escuela
está en el monte el cuclillo
con maliciosos acentos
deletreando maridos.

Con verdadera irreverencia se dirige a San Pedro cuando negó a Cristo, Señor Nuestro (*Ibid.*, 330 b):

A Dios negastes, luego os cantó el gallo,
y otro gallo os cantara a no negallo;
pero que el gallo cante
por vos, cobarde Pedro, no os espante;
que no es cosa muy nueva o peregrina
ver el gallo cantar por la gallina.

Cuando envía a una su yegua a descansar al prado, piensa en un único posible Pegaso (*Ibid.*, 193 b):

Presto os pienso ven con alas,
aunque hoy apenas andáis,
de cuervos y de picazas
que os empiecen a picar.

Pues dejadas las fenices de diamantes que Aminta traía al cuello (*soneto Ibid.*, 53 b), y otras igualmente metafóricas, opone a los animales fabulosos el argumento irrebatible de la experiencia (*Remitiendo a un prelado cuatro romances* [*la fénix, el pelícano, el basilisco y el unicornio; las dos aves y los dos animales fabulosos*], *Ibid.*, 168 b):

Ociosa volatería,
perezosa diligencia,
aves que la lengua dice
pero que nunca las prueba.

Bien sé que desmiento a muchos,
que muy crédulos las cuentan:
mas si ellos citan a Plinio,
yo citaré a las despensas.
Si las afirman los libros,
las contradicen las muelas.

(En lo que, de paso, calumnia a Plinio, que al hablar del Ave Fénix —*X, II*— lo hace con manifiestas reservas sobre su existencia, y descarga en Manilio, Senador autodidacto, la culpa de ser el primero que haya hablado de él entre los romanos, y afirmado que no se le ha visto nunca comer, que vive 509 años, se fabrica un nido con incienso y canela, y en él se incendia para que de su médula salga una especie de gusanillo que se transforma en un nuevo Fénix.)

Celebra la castidad de José, comparándolo a un pajarillo que lucha por desasirse de la liga (*Soneto, Ibid.,* 489 b):

Cual suele por los aires la avecilla
del canto de las aves engañada
que sobre el ramo baja descuidada
plantado solamente para asilla;
que viéndose enredada en la varilla
y de su dulce libertad privada,
aunque deje la pluma más pintada
procura de su cuerpo desasilla,
así José…

pero el amor le parece tan natural en la juventud (*Ibid.,* 491 b):

Como al reclamo acude el pajarillo,
el tordo al fruto del temprano almendro,
al animal difunto el negro cuervo…

y escribe la más fisiológica comparación que se haya otorgado al trino de la blanca Filomena de Garcilaso (*Ibid., 500* b):

La voz del ojo, que llamamos pedo,
ruiseñor de los presos detenido…

Don Luis González Obregón encabeza cronológicamente la lista de los críticos que hasta nuestros días se han ocupado en valorizar esta novela mexicana de *Astucia* que en 1865 vio la primera luz en dos tomos de modesta tipografía. En su *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX* (1889; p. 24), da (XXII) la de que Luis G. Inclán «escribió una novela de costumbres mexicanas e históricas: *Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja, o los charros contrabandistas de la Rama* (Tomo I, 1865; Tomo II, 1866)», y expresa que «aunque mucho deja que desear esta novela, es, sin embargo, interesante desde el punto de vista histórico».

Don Francisco Pimentel (*Obras completas,* 1904, Tomo V, Novelistas y Oradores Mexicanos) es más amplio, aunque no menos severo, en su consideración de Inclán y su obra. De las cuatro páginas (338 a 341) en que a propósito del empleado en *Astucia,* Pimentel dogmatiza acerca de la bastardía del lenguaje o dialecto mexicano (cuya adopción por los escritores condena con apenas la salvedad de que «puede admitirse en todo su desenvolvimiento cuando el autor de una novela supone que en ella figuran mexicanos que usan ese dialecto, pero no cuando habla el escritor mismo, en el cual caso sólo es lícito admitir neologismos por conveniencia o por necesidad»), pueden recogerse dos datos: el de que aún en tiempos de Pimentel, *Astucia* era tan popular en México, y agradaba tanto, que era más leída que *El Periquillo,* a quien había destronado hasta cierto punto; y el de que (como don Joaquín García Icazbalceta lo entendería muy bien al abrevar largamente en ella para la composición de su *Diccionario de provincialismos mexicanos*), «en esa novela puede estudiarse en todo su desarrollo lo que hemos llamado alguna vez dialecto mexicano, es decir, el idioma español según se habla en México, entre la gente mal educada, corrompido, adulterado». Para Pimentel, *Astucia* no vale lo que *El Periquillo,* que es «más filosófico y la forma es más graciosa, no obstante sus disertaciones pesadas», aunque «*Astucia* contiene episodios interesantes, algunos amorosos, otros son de la vida aventurera, propia del contrabandista, así como rasgos descriptivos, agradables, retratos fieles, caracteres simpáticos y ejemplos de moralidad».

El 7 de agosto de 1904, el canónigo Vicente de P. Andrade, publicó en el periódico *La Temporada,* de Tlalpan, una carta dirigida a González Obregón, que si no contribuye a una más justiciera inteligencia de la obra de Inclán, sí revela un naciente interés en averiguar con precisión el origen, y por ende la idiosincracia, de un escritor que empezaba a olvidarse ya. Su carta, ubica en Tlalpan o San Agustín de las Cuevas, la cuna de un novelista de quien más tarde Núñez y Domínguez aclararía que nació en el rancho de Carrasco, perteneciente a la Hacienda de Coapa, entonces (21 junio 1816) de la Jurisdicción del Municipio de Tlalpan.

Diez años más tarde, el 3 de enero de 1914, un novelista entonces en la cima del triunfo, don Federico Gamboa, dio en la Librería General de la ciudad de México, una conferencia sobre la Novela Mexicana, y en ella habló de Inclán y de su novela

«de larguísimo título». Aunque le pareció «cansada y difusa», la halló serlo menos que *El Periquillo,* y haciendo a un lado, o dando por descontado, su interés lexicológico, reparó en su vívido y esencial mexicanismo: en su alarde «de un localismo agresivo y soberano, que ensancha hasta lo trascendental y realza hasta la hermosura sus cualidades y primores. Por sus páginas, congestionadas de colorido y de la cruda luz de nuestro sol indígena, palpita la vida nuestra, nuestras cosas y nuestras gentes; el amo y el peón, el pulcro y el bárbaro, el educado y el instintivo; se vislumbra el gran cuadro nacional, el que nos pertenece e idolatramos; el que contemplaron nuestros padres y, Dios mediante, contemplarán nuestros hijos; el que nosotros hemos visto desde la cuna, el que vemos hoy, el que quizá seguiremos viendo de más allá de la tumba y de la muerte… los personajes que por entre sus renglones discurren no pueden sernos más allegados, hablan y piensan y obran a la par nuestra… sus moradas nos son simpáticas, y los caminos que andan y los pueblos que habitan; palpamos que son nuestros hermanos, nosotros mismos, tal vez, que sin previa licencia, de letras de molde nos pergeñaron…»

Poco después, en 1918, entre los otros *Estudios literarios nacionalistas* que incluiría en su libro sobre *Los poetas jóvenes de México,* José de J. Núñez y Domínguez dedicó a Luis Castillo Ledón las veinte páginas que, consagradas al novelista Inclán, tendrían la virtud de esclarecer su figura y de incitar a literatos y lectores al disfrute y a una nueva valoración de una obra que ya para entonces pocos conocían. «Más afortunado que el padre Andrade», Núñez y Domínguez pudo ofrecer en ese estudio una completa biografía y un más claro retrato del autor de una *Astucia* que no fue su única, aunque sí su más importante, obra publicada. Junto a ella, Núñez y Domínguez expone el resto de una bibliografía que incluye:

Reglas con que un colegial pueda colear y lazar, 1860.

Recuerdos de «El Chamberín», o sea breve relación de los hechos más públicos y memorables de este noble caballo, (folleto en verso, 1860 —según Andrade— o 1867 —según Núñez y Domínguez).

Regalo delicioso para el que fuere asqueroso, hoja volante en versos escatológicos (s. f.).

El capadero de la hacienda de Ayala, en verso, 1872, y finalmente, *Los Tres Pepes* y *Pepita la Planchadora,* que permanecieron inéditos, y cuyos originales, con los de cierto *Diccionario de mexicanismos* o *Gramática mexicana,* Núñez y Domínguez da en seguida la noticia de que se perdieron en un incendio.

Pero en su breve estudio de 1918, el restaurador de Inclán prefiere, a emprender el de la personalidad del novelista, allegar datos para que se realice; y a sustentar autónomamente un juicio laudatorio sobre *Astucia,* acogerse a la autoridad de Gamboa («Que *Astucia* es un libro digno de leerse por cuanto encierra de verdaderamente nacional, no soy yo quien lo afirma. Don Federico Gamboa…» (p. 83); «Que *Astucia,* como dije al principio, es fuente copiosa de mexicanismos lo confirma el propio señor Pimentel…» (p. 85). Es Carlos González Peña quien al

escribir en 1928 su *Historia de la literatura mexicana,* sitúa y define a Inclán con un amor y una inteligencia que tres años más tarde informarían el estudio que con el nombre de «Luis G. Inclán en la novela mexicana», fue su discurso de recepción como Académico el 21 de agosto de 1931.

Por tal extremo resulta brillante, completo y sagaz el estudio de González Peña, que el propio descubridor de Inclán que a su tiempo fue Núñez y Domínguez, no puede hacer más, cuando en 1945 redacta un prólogo para la edición condensada de *Astucia,* que figura como el Tomo 57 de la *Biblioteca del Estudiante Universitario,* que repetir, ampliándolos un tanto, sus propios datos de 1918, y citar en su mayor parte los aportados y los establecidos por González Peña en su estudio.

Los datos biográficos de don Luis G. Inclán allegados al mejor conocimiento de su figura por Núñez y Domínguez son el legado, novelesco él mismo, del propio hijo del novelista. El Dr. Juan Daniel Inclán llegó a Papantla por los ochentas, y trabó amistad con su colega el boticario del lugar. Así lo conoció, en la botica de su padre, en que «apenas gateaba», Núñez y Domínguez. Cuando en 1913 volvió a encontrarle en México, ya viejo y achacoso, ya N. y D. había averiguado que el doctor era vástago de don Luis, y estuvo a visitarle varias veces «para oír de sus labios los pormenores de la existencia de su padre. El buen anciano, que enternecíase siempre al verme, me narró con los del suyo los más salientes detalles del pintoresco y agitado vivir de don Luis», y «pocos meses después sucumbió de su enfermedad, en 1915». De los propios labios de su hijo, pues, pudo N. y D. certificar que el novelista nació el 21 de junio de 1816 en el rancho de Carrasco, hacienda de Coapa, del municipio de Tlalpan, hijo de don José María Inclán, administrador de la hacienda de Narvarte, y de doña Rita Goicochea, mulata sureña. En 1828 ingresó en el seminario Conciliar —después de haber hecho las primeras letras en una «Escuela Real» a cargo de cierto profesor Miguel Sánchez Alcedón—, donde estudió hasta tercero de filosofía. Resuelto a no seguir adelante, se fugó de la escuela, y comunicó a su padre su verdadera vocación de ranchero.

Para ilustrar este punto importante en la vida del novelista, sus biógrafos acuden al trozo, que juzgan autobiográfico, en que el padre de uno de los personajes de *Astucia,* Pepe el Diablo, reacciona ante la decisión anticultural de su hijo como debe de haber reaccionado el duro y práctico administrador de la hacienda de Narvarte: esto es, complaciendo los deseos campiranos del Joven Luis, y dándole a probar en seguida la reciedumbre de una disciplina que habría de sacarlo «un campirano regular». Los «Estudios superiores» de esta carrera los seguiría más tarde en Michoacán, en un Valle de Quencio que habría de impregnar perdurablemente su espíritu, y a donde le envió su padre a trabajar con el rico latifundista Vicente Retama.

Hijo pródigo, después de siete años de ahorrar en la hacienda de Púcuaro, regresó al rancho Carrasco. Ya era un técnico. Administró las haciendas de Narvarte, La Teja, Santa María, Chapingo y Tepentongo, y «los conocimientos prácticos en la

agricultura le proporcionaron que fuese designado varias veces a medir tierras y administrar la plaza de toros de esta capital y en Puebla, en la época del célebre torero Bernardo Gaviño».

Establecido en el rancho de Carrasco, donde casó en 1837 —y por viudez prematura, de nuevo en 1842—, la invasión norteamericana de 1847, y la destrucción de sus propiedades rústicas le obligaron a establecerse en la capital, aún para la mejor educación de sus hijos. Se ganó la vida en la relativamente cervantina ocupación de ejecutar cobranzas («Cuando aquí me destiné — estuve fincas cobrando — por todas partes andando…») y con el producto de la venta del rancho de Carrasco «compró una pequeña imprenta que tuvo en las calles de León 5 y cerca de Santo Domingo 12, y una litografía, en la cual se hacían imágenes religiosas, en la calle de San José el Real número 7».

González Peña esboza su imaginario retrato cuando este charro metido a impresor, y a quien el canónigo Andrade recordaba «delgado, cargado de espaldas, sus ojos vivos, uno de ellos bizco, usaba sólo patillas, su color moreno, la risa en los labios y su conversación llena de chistes, en medio de cigarrillos que fumaba, lo cual revelaba su carácter alegre… Siempre (fue) firme en sus principios católicos y muy laborioso», ya «frisaría en la sesentena» y era «magro y cargado de espaldas, moreno de color, de ojos pequeñuelos, negros y muy vivos —bien que bisojo a causa de una caída de caballo—, de gran nariz, cejas amplias y bien diseñadas, dilatada y risueña boca por la que retozaba la sonrisa a la par campechana y cazurra del ranchero, bigote y mentón afeitados y barba recortada a la usanza de los charros que vemos en las viejas estampas, de tal suerte que la tal barba le encuadraba —densa y alongada orla capilar— todo el rostro». No era, empero, tan viejo cuando a sus vigorosos 31 años empezó a trabajar en su imprenta, en una actividad que le permitiría al charro prisionero de la ciudad sublimar por la pluma que rechazó en sus años juveniles: propagar su afición y su excelencia: volver embellecidamente a vivirlos, todos los recuerdos de cuando había integrado su felicidad campirana.

La producción de su imprenta (que González Peña trata de ennoblecer al alabar la oportuna pulcritud con que de ella salió en 1861, al año siguiente que en España, el *Diario de un testigo de la Guerra de África,* de Alarcón), fue siempre reveladoramente popular y mexicana. En su historia de la tipografía en México, Enrique Fernández Ledesma consigna una séptima edición de *El Periquillo* (1865) y una edición de *El Jarabe,* Obra de Costumbres Mexicanas de Niceto de Zamacois (1860) como salidas de las prensas de Inclán. Pero el valor que sobre todo asume para nuestra literatura la circunstancia de que Inclán haya, en apariencia tan casualmente, dispuesto de un vehículo de expresión como su imprenta, estriba en el hecho de que su sedentaria administración, y el haberse por ella puesto en contacto con las fáciles obras que publicaba, reintegrasen a la madurez de su espíritu una disposición literaria que le había repugnado en su infancia, y que a notoria diferencia de tantos de sus culturizados contemporáneos, le hallaba dueño de un tesoro de experiencias vividas

que dotaría a lo que escribiese de un vigor y de una riqueza humana y documental superiores a toda estéril perfección académica.

Dos folletos por él impresos en 1860, sobre temas charros, son el preludio de la grande sinfonía mexicana que un poco más tarde atacaría en *Astucia*. El primero —*Reglas con que un colegial pueda colear y lazar*— invita a los legos en la «ciencia» de su especialidad de más de veinte años a disfrutar su pericia en ella, con la fervorosa descripción de todos los lances de esta caballería mexicana. En el segundo —*Recuerdos del «Chamberín»*— deja lo didáctico por lo elegiaco al emprender, en las que González Peña sentencia por décimas «abominables» —y que no lo son mucho más en realidad, que los versos del *Martín Fierro*— la sentida laudatoria epopeya del admirable *Chamberín* que había sido en la vida real de este charro su *Babieta* y su *Rocinante.*

Cinco años más tarde, amparada por una lacónica, burocrática autorización del Ministro de Su Majestad Maximiliano, saldría de la imprenta de Inclán, en dos gruesos tomos amenizados por litografías, *Astucia, el jefe de los hermanos de la Hoja, o Los Charros Contrabandistas.* Un brevísimo prólogo, no solicitado al padrinazgo de ningún importante o consagrado de la época, sino adelantado con tanta modestia como naturalidad por el autor, explica que en sus mocedades, protagonista y narrador fueron buenos amigos, «sirviendo de dependientes en la hacienda de Púcuaro». Se separaron en 1838 y no volvieron a verse sino hasta 1863. «Un instante bastó para el reconocimiento y que se reanudara nuestra antigua amistad.» Dónde y cómo halla un Inclán de 46 años advenido a la revelación del Héroe Astucia: si en la anecdótica, vulgar realidad de un encuentro y de una confesión, o por el maduro y artístico milagro de una gestación de todos sus recuerdos al polarizar en una vivencia que habría de cautivarlo durante largas noches en la creación sinfónica de una epopeya mexicana, es un dilema por el segundo de cuyos términos prefiero inclinarme.

El cine —crisol y basurero— ha popularizado el estereotipo de un «héroe» físicamente atractivo que en la persecución de un módico ideal hogareño, se enfrenta denodadametne al villano encamado por el rival, las fuerzas de la Naturaleza o —algunas, raras veces— la injusticia social. Si, ciertamente, los ideales de *Astucia* no son más elevados cuando mueven su acción cinematográfica, sí asumen formas que les imparten un singular mexicanismo. En la modestia de los resortes que impulsan su autonomía, difiere de los grandes héroes de la literatura y de la leyenda, pero cifra la autenticidad de su tipo. Halla en él su primera, discreta voz el mexicano conforme con poco, siempre que ese poco sea suyo y pueda disfrutarlo en libertad: «Muy bien conozco —dice a su padre— que no es mi genio para estar bajo la dependencia de un amo: la servidumbre me choca, no tengo paciencia para esperarme a comer hasta que otro tenga hambre.» Y agrega —vago, informe preludio de una inquietud revolucionaria que no ha hallado mejor definición; y eco de una insurgencia que su viejo padre personificaba—: «Me puede mucho que porque le dan al pobre

dependiente un sueldo por su trabajo, se constituyan dueños de sus acciones, de su voluntad, y hasta de su sueño. Nunca olvido los consejos de mi maestro, que entre otras cosas me decía que "servir es ser vil"».

Contra esta firme decisión, nada pueden aquellas advertencias que el padre de este Hijo Pródigo no formula sino porque siente que es su deber, y a las que Lencho replica con sencillez: «Lo que a mí menos me azora es el trabajo, señor; pero me repugna sobremanera que con él otro medre y el asalariado jamás salga de tan humilde esfera; yo no quiero ser papa enterrada en el valle, deseo buscar mi suerte respirando el aire libre en el camino, en el comercio, sin depender de voluntad ajena; me causa horror la esclavitud, habilíteme usted con las dos mulas viejas del carrito, la yegua mora lunanca, arrecuándome con mi padrino las cargaré de aguardiente y marcharé por esos mundos de Dios a buscar mi suerte.»

Así ocurre la primera salida de este joven Quijote. No es sino en la segunda, vapuleado por la mala fortuna, cuando habrá de descubrir las ventajas de la asociación, y de empuñar por mágico escudo la divisa comunicada por su padre: «Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión.» Probado ya el temple de este rústico Rodrigo, Diego Laínez trueca las objeciones a su partida por consejos prudentes. Se mira en él, este viejo honrado a quien tantas veces «aturdió el silbido de las balas en tanto año de insurgente». No le ha dicho que no se vaya. Ha cumplido con hacerle advertencias, y cumple ahora con bendecirle y con entregarle —como una antorcha que habría de pasar de mano en mano— sus viejas armas: «Llévate mis trabucos, tienen buenas lumbres y son de mucho alcance, consérvalos como un regalo mío, con ellos está la canana llena de cartuchos… Anda, saca mi caballo prieto y llévatelo enfrenado. Nunca dejes de tener listo un caballo de mano; a esta prevención debo yo la vida.»

A partir de este instante el héroe Astucia, vuelto el Jefe de los Hermanos de la Hoja, ampliará su ideal y sus responsabilidades a la fraternidad que encabeza. Pepe el Diablo, Chepe Botas, Tacho Reniego, El Tapatío y El Charro Acambareño serán, a sus hábiles órdenes, «todos para uno y uno para todos». Atrás —Jimena nunca desposada— quedará Refugito, aventura romántica de su adolescencia. Una Amparo de simbólico nombre le aguardará a la distancia, para dar un centro doméstico, y una descendencia, a la irradiación final del servicio que el héroe Astucia empezó por prestar a su personal autonomía, extendió a la fraternidad de los contrabandistas, y extintos ellos, pudo aún rehacerse y cumplir, el rebelde a toda autoridad arbitraria, en el mundo modesto de su comunidad mexicana.

Los grandes héroes legendarios murieron jóvenes y célibes. Como el Cid, Astucia alcanza larga vida. Todavía Inclán —su creador, su tabernáculo— lo mira con los ojos del alma vivir dichoso en el encantado valle de Michoacán.

Mientras el joven Luis G. Inclán, como una simiente en la que habría de germinar el árbol frondoso de su novela, impregnaba en la tierra mexicana de Michoacán la gloria libre y sencilla de sus veinticuatro años, llegaba a México el talento agudo,

observador, la sensibilidad femenina y europea de la Marquesa Calderón de la Barca. Las *Cartas de relación* de este nuevo, cortesano Cortés con faldas, que en vez de conquistar a México vino a verse cautivada por él, nos ha legado una vivida imagen de aquellos años, tal como transcurrieron ante los ojos y la experiencia de una mujer culta y curiosa que residió dos intensos de ellos en una Capital que en gran medida seguía siéndolo, a pesar de la proclamada Independencia, de la Nueva España. El mundo de la Marquesa Calderón de la Barca, su México, es el de los conventos, los saraos, los teatros, los *week-ends* en Tacubaya, las temporadas de San Ángel, el juego en San Agustín de las Cuevas, la Semana Santa en Coyoacán, la feudal opulencia de Adalides y Cortinas. Sólo ocasionalmente se pone ella en contacto con una vida rural de México que, aún en esos casos, mira desde la altura de su posición, asombrada ante la empero respetuosa familiaridad de amos y criados, tomando certera nota de los rasgos indígenas o, en ciudad y campo, de la tradicional «cortesía mexicana», tan extremada y melosa. Por sus cartas discurren las figuras de los políticos o de los literatos de la época, y entre la narración de tiroteos y asonadas, vibran los estertores de la lucha entre centralistas y federalistas en que llega hasta la ciudad el eco remoto de un campo inconforme y desorientado.

No es éste, ciertamente, el México en que por esos mismos años se impregnaba el espíritu, y se fortalecía el cuerpo, del charro Inclán, y en el que —desde una Capital que lejos de haber dejado de ser Corte, alojaba a la de Maximiliano— el ex charro, el impresor Inclán, haría vivir al héroe Astucia. Es —complemento suyo— su reverso rural. Si hasta la observación de la Marquesa solían llegar efluvios del campo mexicano, hasta la experiencia de los Hermanos de la Hoja solía llegar la hez capitalina en la persona, por ejemplo, de una «Amalia la bulli-bulli», que se jactaba de trotar ministerios y disfrutar influencias palaciegas. Pero por lo demás (y hasta el final momento en que su exterminio entrega al héroe en la sórdida telaraña de la justicia, y le pone en contacto con autoridades y gobernadores) los personajes de *Astucia* ambientan un México rústico que está fuera de la política —porque ellos mismos se colocan fuera de la ley que ha sido maquinada por los políticos y por los gobernantes. No son, empero, unos facinerosos. Se hallan equidistantes de la ortodoxia administrativa, y de la transgresión profesional de las leyes. Le sería reservado a Payno el privilegio de mostrar, con sus *Bandidos de Río Frío,* que los extremos del gobierno y del bandidaje no sólo se tocan, sino que suelen coincidir y entenderse. Fue de Inclán el de reconocer en los transgresores organizados de una ley pequeña y discutible, la intuición de aquellos «valores» morales superiores que expresos siempre a la medida de su rusticidad, granjeaban a los contrabandistas la simpatía, la complicidad y la gratitud de los campesinos contra un gobierno, contra una policía y una curia cuyos representantes no lo son obviamente del pueblo, y la contextura moral y humana de los cuales no resiste comparación con ninguno de los Hermanos de la Hoja.

Sus padres (por los que guardan una veneración y una obediencia que asombró en

la ciudad a la Marquesa Calderón de la Barca; que puede a nuestros ojos ayancados parecer pueril y excesiva, pero que no es sin duda el menos valioso de los rasgos de mexicanismo subrayados por Inclán en una novela en que los libérrimos contrabandistas no casan sin la exigente aprobación de su «viejo») fueron insurgentes. Esto es; en su juventud, pelearon contra un gobierno —el español— que era insatisfactorio. Alcanzada la Independencia ¿cómo entender que los viejos insurgentes autorizaron a sus hijos a sustraerse a la obediencia de un gobierno ya mexicano, sino porque este nuevo demostrara ser tan intruso, torpe e insatisfactorio como aquel extranjero que sus armas habían derrocado? Las ambiciones de la fraternidad de la Hoja eran, a su mayor medida, tan legítimas y modestas como las que habían lanzado a Lencho a buscar su emancipación por el comercio, su libertad por la abdicación de una cultura cuyas complicaciones repugnaba. Querían comprar y vender en paz su tabaco, sostener a sus viejos, casarse, montar sus propios caballos, echar de vez en cuando un trago o una festejada. Se conformaban, mexicanos, con poco, siempre que ese poco fuera realmente suyo y pudieran gozarlo en paz y sin prisa. Es la ley y es la estructura social la que yerra. Una Calderón de la Barca podía saber en dónde, de aquella oscilación centralista-federalista, de aquellos preludios de nuestra absorción por una civilización ambiciosa, práctica, industrialista, yanqui en fin, que tendería a cebar la podredumbre de las ciudades a costa de la eglógica pureza del campo, residía el mal. Los charros, hijos de insurgentes, no podían sino intuirlo, insurgir a su modo, lanzar un nuevo grito de independencia cuyas notas más puras volverían a escucharse muchas veces —sordas, amorfas, intuitivas— en la rebeldía intermitente de los campesinos que en nuestro siglo siguieran aspirando al ideal modesto de disfrutar en paz de sus tierras y del fruto de su trabajo.

Los personajes de Inclán ignoran hasta el nombre de los encumbrados políticos que allá, en la ciudad de la «Bulli-bulli», rigen y aderezan el mundo irreal y lamentable de sus papeles, sus discusiones, sus intrigas, Inclán los conoce, pero no desciende a nombrarlos. Sabe cuán fútil, transitoria, postiza, efímera, es su contribución a la que él tiene —en su experiencia— por verdadera y propia felicidad de los mexicanos. No es su rasgo menos elegante y genial el de haber residido en la Capital: el de haber visto desfilar, como lo evoca González Peña, frente a su papelería, a los importantes de su época que ni siquiera le miraban, sin contaminarse en sus miopes problemas, sin uncirse en su atención, gloriosamente persuadido de que no es el retorno rousseauniano a la Naturaleza, sino la fidelidad hacia ella, lo que fragua el carácter y forja la dicha auténtica y perdurable del mexicano: en su campo abierto y fecundo, con sus mujeres que saben guisar y coser, con sus *escuintles* y con sus animales. Su *Sultán* y su *Chamberín.*

A este México, del que no se debió salir nunca, es siempre juicioso tiempo de volver. Cuando Astucia y Amparo persuaden al viejo licenciado a abandonar un cargo público mezquino y odioso; a romper con mamotretos y libros que le han acabado vigor y salud, para rehacer su vida en el glorioso primitivismo de una hacienda: en el

fecundo contacto con una Naturaleza que ha dotado a la pálida Amparo de una vigorosa belleza, Inclán ha creado (y es insensato dogmatizar que sin saberlo) a un Adán y a una Eva mexicanos, y ha puesto en muda invocación el Mensaje y el Credo filosófico que destinaba a la meditación siempre actual de sus descendientes.

Se comprende, hasta cierto punto, que la vestidura verbal, la «forma» de esta novela haya detenido a los críticos en una más profunda captación de su espíritu. Una disciplina académica a lo Pimentel acarrea inexorablemente el riesgo de exigir a los hombres, para reconocerles por tales, que vistan frac o americana en vez de plumas, chamarra o taparrabo. Con fundamento en la pobreza desmañanada de su lenguaje (del que se han recogido, como curiosidades de valor simplemente folklórico, giros y expresiones), se ha sentenciado que *Astucia* cae por debajo de los requisitos que la harían una obra de arte.

Conviene, a mi juicio, señalar para conciliaria por la eliminación del sofisma implícito en uno de sus términos, la flagrante contradicción en que se incurre cuando por una parte se admite el valor de fondo de esta novela, y por la otra se menosprecia y se lamenta la invalidez académica de su forma. Los personajes de Inclán son mexicanos. Él mismo es sus personajes. Porque habla su lenguaje; porque se ha impregnado en su forma, ha sido capaz de asimilar y de polarizar su espíritu. Sustraerse a ellos, a su expresión, habría equivalido a desvincularse, a divorciarse de su pensamiento y de su sensibilidad; a darnos una imagen objetiva y falseada de lo que era para él tan subjetivo como (si resolvemos despojarnos del prejuicio gramatical) habría de serlo para nosotros mismos. Si se le reconoce el derecho artístico a componer un vasto cuadro de costumbres con personajes tomados de la realidad, y en ellos se encomia su mérito, éste sube de punto cuando se reflexiona que para hacerlo, Inclán ejercitó con valentía el concomitante derecho literario a emancipar el instrumento de su expresión, como, y al mismo tiempo que, emancipaba a sus sujetos de una dependencia española de la cual, en forma y en espíritu, novela y personaje, lengua y caracteres, esencia y presencia, conservarían tan sólo aquello que en su sangre y lengua España había aportado a la gestación de este hijo suyo nacido en un nuevo mundo que era ya, igual y diferente, el mexicano. Con la madurez espiritual de nuestra nacionalidad, Inclán, al escribir como lo hizo, reconocía, si no quiere admitirse que la superioridad, la sazón del idioma propio en que ella se expresaba.

Introvertido por esencia, el mexicano atesora en el subconsciente la mejor parte de su espíritu. Las palabras, la puntuación, la sindéresis con que la conciencia culta concierta sus tratos y sus relaciones sociales, y que imponen su dominio al espíritu de quien las maneja, son en boca del mexicano simples puentes cuya estructura subordina a la necesidad ondulante de una comunicación inconsciente, apta a quebrantar toda norma establecida por los demás, a alterar o substituir el significado ortodoxo de los vocablos, a innovar el lenguaje y a fluir sin puntuación, o con ella arbitraria, en una anárquica ebullición de imágenes, ideas, impresiones, deseos. Que

cuando este mecanismo habitual de la subconsciencia, y este caudal ingobernable de su fluir, se incorporan artificiosamente a la literatura, con ello se labra una obra de arte, lo cual prueba el *Ulysses* de Joyce; que entre el pueblo de México es así como se realiza la comunicación verbal, lo demuestra el hecho de que aún hoy, casi a un siglo de distancia de Inclán y de *Astucia,* nos sorprenda la actualidad de su lenguaje, conservado en el pueblo, y la perduración de un mecanismo espiritual de ladina deformación de las expresiones que aún preside el caló popular, de que González Peña en su estudio subrayó buena copia de ejemplos, y que hace parecer dicha hoy mismo, por algún cómico de carpa, una maliciosa frase como ésta: «Yo te cantarines con quién querubines casaca, esa tepistoca.»

No es, empero, la injustamente estimada singularidad de su forma lo que reviste de una fresca, perdurable actualidad a esta novela mexicana. Es, sobre todo, en esta hora en que lo auténtico mexicano sufre el embate de todas las influencias, y su espíritu la solicitación de todas las desorientaciones, su diluido, modesto, cautivador mensaje indirecto de llamado a la tierra; su credo de sencilla felicidad campirana; su condensación de la esencia de nuestras más auténticas virtudes; de las más dignas de salvar del naufrfagio, lo que hace de *Astucia* el arquetipo ideal del mexicano; de Inclán nuestro mayor novelista, y de la obra que el lector se dispone a saborear, una que ningún mexicano debería desconocer.

Prólogo a *Astucia*. Porrúa. México, 1946.

TEATRO

HA VUELTO ULISES

PERSONAJES

[POR ORDEN DE APARICIÓN]

ATENEA [en figura de EURICLEA]
Una esclava
TEOCLÍMENO
PISÍSTRATO
TELÉMACO
ODISEO [o ULISES]
PENÉLOPE
EURICLEA [ATENEA]
Un esclavo que sirve las copas

EL PALACIO DE ODISEO, EN ÍTACA
EL PATIO, A UN LADO ESCALINATA

Afuera del Telón. Un spot ilumina a

ATENEA

[*en figura de* EURICLEA]

Para nosotros, los dioses del Olimpo, hijos y súbditos principales de Zeus, que amontona las nubes, el Tiempo no existe. Pero a ustedes, pobres mortales: si aspiran a entendernos o asomarse curiosos a nuestras vidas y hazañas, será preciso darles alguna clara referencia a su pequeña idea de la —como dicen usteles— «cronología».

Ustedes cuentan su historia a partir de un eje: Cristo; y hablan así de lo que llaman «Era Cristiana», que se halla ahora en su sigo XX. Nosotros ocupamos el otro lado de la barda. Para rastrear nuestra historia, contamos los años —o los siglos— para atrás: cien años antes de Cristo, cinco siglos antes de Cristo, diez siglos antes de Cristo y así, hasta perdernos en la oscuridad impenetrable de nuestros orígenes, donde la interrogación tenebrosa de nuestro pasado se une al misterio del imprevisible futuro de ustedes —y así se cierra el círculo que nos une y que depara a ustedes, pobres mortales transitorios, una chispa, un momento luminoso, y fugaz de nuestra eternidad.

Durante ese momento, nosotros, los dioses inmortales, habitamos —para luego dejarlo como una túnica gastada— el cuerpo y la esperanza de ustedes. Y así, ustedes nos llevan consigo, por los siglos, hacia el futuro —eterno como nosotros. Durante ese fugaz momento de la vida de ustedes, nosotros somos hombres, y ustedes, dioses. O al menos, llegan a parecerlo— y a reconocer o a vislumbrar en nuestra leyenda, cuando a ella se asoman, rasgos, sentimientos, pasiones, que creían privativos suyos.

Yo, por ejemplo —soy ahora una reencarnación de Atenea— la de ojos de lechuza, hija predilecta de Zeus, diosa de la sabiduría a quien los romanos llamaron Minerva. Habito el cuerpo anciano de Euriclea, hija de Ops Pisenórida y esclava, primero, de Laertes: y ahora de su hijo Odiseo, a quien crié, y en cuyo palacio le sirvo fielmente.

Disfruto pues de un doble derecho para desempeñar —conforme a la noble y práctica tradición del teatro ateniense— el Prólogo: el de ser la diosa que intercedió siempre ante Zeus en favor de Odiseo —o Ulises— y el de ser la sierva más leal del aventurero Rey de Ítaca: del esposo amadísimo de la fiel, ejemplar, paciente y avisada Penélope.

Las hazañas heroicas de Odiseo fueron narradas por Homero en dos grandes libros —la *Ilíada* y la *Odisea*— unos dicen que ocho, otros que diez, siglos antes de Cristo. Léanlos ustedes, si tienen el bochorno de no haberlo hecho ya. Pero el teatro griego floreció mucho más tarde —en el siglo V antes de Cristo. Y de las obras que han llegado hasta ustedes, solo algunas, y en parte, escenifican las hazañas de Ulises: el *Filoctetes,* de Sófocles; los *Cíclopes,* de Eurípides…

Ahora van a asomarse ustedes, por breves minutos dentro de la fugacidad de su

atareada vida, a un episodio culminante en las aventuras de Ulises —nombre que se ha hecho más popular que el legítimo de Odiseo; van a asomarse a lo que Homero ya no consideró preciso detallar en la rapsodia XXIV de su *Odisea.*

[*Empieza a abrirse lentamente el Telón*]

LOS PARLAMENTOS ENTRE CORCHETES PUEDEN OMITIRSE DURANTE LAS REPRESENTACIONES

Nos hallamos, pues, en el palacio real de Ítaca, la ciudad que se ve de lejos; a la que Ulises abandonó veinte años atrás para cumplir su alianza bélica con los Atridas, Agamenón y Menelao, de diversa fortuna.

[Ulises fue el cerebro de la guerra de Troya, y quien en realidad, con su hábil estrategia, concluyó en su victoria para los aqueos. La narración pormenorizada de aquellos episodios dio desde la *Ilíada* abundante materia prima que a través de los siglos, dramaturgos, pintores, músicos, escultores, novelistas, poetas, han elaborado en todas las tierras —con mayor o menor talento o destreza: a trozos selectos, en pedazos o en caracteres aislados. Nunca, admitámoslo, con la grandeza caudalosa e inagotable con que Homero lo hizo.

Pero concluida la guerra: humeantes aún las ruinas de Troya, Ulises, como suelen los cerebros que las hacen ganar, cayó en desgracia política. No con los reyes, sus aliados —uno de los cuales recobró a Helena mientras el otro caía en la celada de la infiel Clitemnestra—; sino con el influyente Poseidón, favorito de Zeus y su hijo iracundo.

Zeus permitió que Poseidón hiciera a Ulises objeto de sus tenaces persecuciones, y que le impidiera el anhelado regreso, azotando su nave y desviándola por rutas desconocidas y llenas de peligros. La narración de estas asombrosas aventuras nutre las 24 rapsodias de la *Odisea.* En ella encontramos —como antes en la *Ilíada*— abundante material a disposición de los ulteriores artífices que en él pondrían las manos; y expuestas con la frescura de la primera vez, situaciones e imágenes que llegarían con el tiempo a gastarse en lugares comunes: monedas acuñadas hace 28 o 30 siglos, y que siguen comprando reputaciones periodísticas.

¿Qué orador; qué editorialista se ha abstenido, en efecto, de aludir a Scila y Caribdis como a un grave dilema bicorne? ¿Cuál no se ha pavoneado como de cosa propia o como de una patente de cultura con la parábola de la tentación resistida por el recurso ulisiano de cerrar los oídos a las sirenas?

Otros episodios de la *Odisea* son menos frecuentemente manoseados, y se entiende por qué: me refiero, por ejemplo, a la conversión (o al ascenso) de los compañeros de Ulises en cerdos, operada por la hechicera Circe: metamorfosis tan frecuente, aun ahora, que los escritores parecen preferir abtenerse, con eludir su

alusión, de mentar, digamos, la soga en casa del ahorcado.

Mil peripecias alucinantes sufrió, en fin, Odiseo en su diferido viaje de retorno al hogar. Durante diez años, a partir de la victoria de Troya, en él le aguardaron Penélope, la reina, su esposa, y Telémaco, el hijo que había dejado en su cuna.]

Ahora ha vuelto. Disfrazado de mendigo, llegó a mezclarse entre los pretendientes de su mujer, Penélope, que dilapidaban su hacienda en fiestas —y tomó cumplida venganza, matándolos a todos— y a doce esclavas, que eran dadivosas de sus cuerpos con los pretendientes. Llevamos fuera sus cadáveres y aseamos el palacio con esponjas de muchos ojos. La vida familiar ha empezado —como el tejido de Penélope cada mañana— a reanudarse.

[Ahora: si se tratara de una tragedia como Zeus manda, al retirarme yo de este proscenio verían ustedes surgir al Coro e instalarse a entonar, cantando y danzando, el «parodos» que debiera seguir al Prólogo y anteceder al Episodio.

Pero al Coro —delegación hermosa del pueblo en la acción dramática; forma eminente de la participación, de la comunión del público con la escena, lo han desterrado del teatro la pobreza de los dramaturgos y la extinción de corifeos y coreutas aptos al canto, a la danza y al diálogo. Los «stasima», el «comus» y el «éxodo», ustedes ahora los suplen con oscuros y con telones; y el comentario, lo emprenden impertinentemente con su vecino de butaca, o reservan estrofa, antistrofa y épodo para los intermedios en el «lobby» —o, por fin, los autores lo encargan a un personaje secundario y razonador dentro de su pieza.

No puedo decir que yo aplauda ni apruebe semejante empequeñecimiento del teatro; pero, en fin, allá ustedes. El hecho es que en esta obra no hay coro, y no habrá pues parodos. Saltaremos del prólogo al episodio.]

Y ahora, me retiro para ir a servir a Penélope, que desayuna en la terraza con Odiseo, después de una noche de conyugal amor largamente esperada.

Veo que llegan visitas… Sí. Son Teoclímeno, el adivino, constante amigo de la casa —y un joven… a quien no conozco.

[*Sale. Entran Teoclímeno y Pisístrato precedidos por una esclava*]

TEOCLÍMENO

[*A la esclava*]

Aguardaremos aquí. ¿Dices que está en el baño? Siéntate, Pisístrato. [*Pisístrato se sienta*]

ESCLAVA

Ya no debe tardar. ¡Desde que regresó el señor, todos han estado acostándose tan tarde! También nosotros sirviéndoles y —escuchando. ¿Les traigo algo?

TEOCLÍMENO

No, gracias. Y no lo apremies. No tenemos prisa.

ESCLAVA

Está bien. [*Sale*]

PISÍSTRATO

Preciosa casa. [*Olfatea*] ¿A qué huele?

TEOCLÍMENO

¿Huele? Yo no… ah, sí. Azufre. Todavía queda un poco. Para purificar, sabes, después de la matanza.

PISÍSTRATO

¿Todos murieron?

TEOCLÍMENO

No todos. Algunos lograron escapar, corriendo como si vieran al demonio, en cuanto reconocieron a Odiseo. Antínoo fue el primero en caer. Una flecha en el cuello.

PISÍSTRATO

Me habría gustado verlo. ¿Y Telémaco? ¿A cuántos mató él?

TEOCLÍMENO

Él reponía las armas, sobre todo, pero también degolló a algunos: a Euríades, a Anfimedonte, a Leócrito. Anfimedonte lo había herido, aunque levemente. Pero él no estaba tan furioso como su padre. Hasta intercedió por Femio.

PISÍSTRATO

¿Femio?

TEOCLÍMENO

Un cantante que alegraba las fiestas de los pretendientes. El pobre lo hacía a fuerza, obligado. Telémaco lo sabía y lo salvó, lo mismo que a Medonte.

PISÍSTRATO

¿Y ese quién es?

TEOCLÍMENO

Un heraldo. Cuando los pretendientes resolvieron matar a Telémaco, Medonte previno a Penélope, y en cierto modo, lo salvó así.

PISÍSTRATO

¿Le avisaste de mi llegada? a Telémaco.

TEOCLÍMENO

No. Que sea una sorpresa. ¿Desde cuándo no lo ves?

PISÍSTRATO

Desde Pilos. Llegó con Mentor. Les acompañé a Esparta, a indagar con Menelao lo que hubiere sido de su padre. Y luego, lo despedí de la nave cargada de regalos de Menelao —y de Helena.

TEOCLÍMENO

¿Sigue tan bella, Helena?

PISÍSTRATO

A mí me lo pareció. Astuta, sí, mucho. Reconoció a Telémaco antes que Menelao. Se lo comía con los ojos, y no cesaba de hablar de Odiseo, y del sitio de Troya, y de cómo ella se acercó al famoso caballo, e imitando las voces de las mujeres de los capitanes, se cercioró de que estaban ahí adentro, y de que pronto la rescatarían. Me pareció muy jactanciosa.

TEOCLÍMENO

Bueno. No todas las mujeres han desatado una guerra.

PISÍSTRATO

Sí, claro. Por fortuna. Pero me simpatizó. No dejaba de hablar a Menelao. Y se las arregló para que retuvieran a Telémaco más días de los previstos.

TEOCLÍMENO

En fin, todo ha sido por bien, gracias a los dioses. Telémaco ha vuelto, sano y salvo

—al mismo tiempo que su padre.

(*Telémaco aparece*)

TELÉMACO

¡Pero es posible! ¡Pisístrato! (*Lo abraza*) ¿Cómo no me avisaron? ¡Teoclímeno! Siéntante. ¿Cuándo llegaste? ¿Por qué no aquí? ¿Y tus hermanos? ¿Y tu padre? ¿Has vuelto a Esparta? ¿Cómo está Menelao? ¿Y Hermiona? ¿Sigue soltera? Perdóname. ¡Me da tanto gusto volver a verte!

PISÍSTRATO

A mí también. (*Lo contempla*) Has cambiado, Telémaco. Eras triste, sombrío.

TELÉMACO

¿Y cómo no, entonces, sin saber de mi padre —si vivía o no, si regresaría; mi madre acosada por los pretendientes, mi vida amenazada y humillada… Ahora todo ha cambiado. Pero cuéntame. ¿Dónde te alojas?

TEOCLÍMENO

En mi casa, Telémaco.

PISÍSTRATO

Sí. Teoclímeno me ha dado hospitalidad.

TELÉMACO

Un esclavo irá por tus cosas. Vivirás aquí conmigo.

PISÍSTRATO

Es que…

TELÉMACO

Nada. Ya no sales de aquí. Perdóname, Teoclímeno, pero yo tengo más derecho que tú a este huésped.

TEOCLÍMENO

Bien, bien. Así será. Y no te molestes. Yo enviaré las cosas de Pisístrato. Y ahora, los dejo. Solo quise traer a tu amigo. Voy al ágora.

TELÉMACO

¿Al ágora?

TEOCLÍMENO

Sí. Eupites anda alborotando a la gente. Quiero saber hasta dónde llega.

PISÍSTRATO

¿Eupites?

TELÉMACO

Un viejo necio. Y mal agradecido. Mi padre lo salvó una vez, cuando el pueblo quería castigar con la muerte su perfidia.

TEOCLÍMENO

Es el padre de Antínoo. Está velando su cadáver.

PISÍSTRATO

¿Antínoo?

TELÉMACO

El más insoportable de los pretendientes de mi madre. Y el primero en caer.

PISÍSTRATO

Ya me contó Teoclímeno.

TELÉMACO

¿Tienes deveras qué irte? Mi padre no tarda en bajar. Le gustaría verte. Espéralo. (*A Pisístrato*) ¡Le he hablado tanto de ti a mi madre! le encantará conocerte.

PISÍSTRATO

¿Qué se siente al ver a un padre a quien no se conoce más que por la leyenda?

TELÉMACO

¡Imagínate! Recién nacido yo, él partió a la guerra. ¡Diez años! Crecí venerando su imagen, figurándome cómo sería. Luego, las nuevas de la victoria, de su ardid, de su ingenio; la esperanza de que regresara, con los demás. Y luego, días, meses, años de incertidumbre: de sentirme debatido entre la confianza en que los dioses y su inteligencia y su arrojo habrían de salvarlo de todo peligro —y la cólera y la impaciencia de ver esta casa suya llena de extraños, de ruidos, de ignominia. Y a mi

madre; había momentos en que no la comprendía; en que casi la odiaba, al verla sonreír y sobrellevar a aquellos hombres. Pero cuando era ella misma quien atizaba en mí el fuego de la veneración por mi padre —la constante prédica de su gloria y de un ejemplo que yo debía seguir, volvía a amarla, a compadecerla y a implorar a los dioses que me hicieran paciente para la espera, y fuerte para la venganza.

PISÍSTRATO

Te comprendo, Telémaco. Y te felicito y me alegro por el regreso de tu padre. El mío, Néstor, estuvo siempre persuadido de que Odiseo volvería a su ciudad. Él, y mis hermanos, te envían saludos conmigo.

TELÉMACO

Gracias, Pisístrato. Ahora, déjame llamar a mi padre. Tendrá gran gusto en conocerte.

TEOCLÍMENO

No necesitas llamarlo. He aquí a Odiseo.

ODISEO

(*Entra*)

¡Teoclímeno! Iba a enviar a buscarte…

TELÉMACO

Es Pisístrato, papá.

ODISEO

¡Por supuesto! ¡La viva imagen del prudente Néstor! ¡A mis brazos, muchacho! ¡Pero hijo! ¿No has hecho servir vino a nuestros huéspedes? No habrán agotado mis bodegas los pretendientes. Llama, que nos sirvan. (*Palmea*)

TEOCLÍMENO

Yo me iba ya. Ya me había despedido.

ODISEO

¿Sin una libación? ¿Cuál es tu prisa?

TELÉMACO

Dice que tiene que ir al ágora. Parece que Eupites…

Odiseo

Ah, Eupites. De eso tenía que hablarte, Teoclímeno. Pero no hay prisa. Medonte vigila ya todos sus pasos —Penélope atisba desde la torre— todo lo sabremos a tiempo.

Teoclímeno

¿Lo sabías ya?

Odiseo

Era de suponer. La venganza es el placer de los dioses, y planearla, aunque no la cumplan, el consuelo de los vencidos. Pero yo siempre estoy en guardia.

Telémaco

¿Lo ves, Teoclímeno? No tienes ya que irte. Quédate con mi padre, acompáñalo. Yo voy a mostrarle el palacio a Pisístrato.

Odiseo

Que escoja las habitaciones que quiera. ¿Vivirás con nosotros, verdad, muchacho?

Pisístrato

Sí, señor. Ocho días.

Odiseo

Eso ya lo veremos. Vayan. Tu madre está en la torre. Simpático muchacho. (*A Teoclímeno*) Siéntate, Teoclímeno. (*Teoclímeno se sienta*.)

Odiseo

No te he dado las gracias, Teoclímeno.

Teoclímeno

¿Las gracias? ¿Por qué?

Odiseo

Por tu fiel amistad, Penélope me lo ha contado todo: cómo velabas, en mi ausencia, por mis intereses; cómo te ocupaste en la educación de Telémaco…

Teoclímeno

Es mi ahijado. Ulises: era natural. Y debes estar muy orgulloso de tu hijo. Un gran muchacho en verdad. Hereda tus virtudes: tu arrojo, tu prudencia…

ODISEO

… Y cómo aconsejabas a mi esposa los pretextos sutiles por los cuales diferir a los pretendientes. Tu apoyo le sirvió de mucho.

TEOCLÍMENO

El mérito es todo de Penélope. Sólo a ti te ha querido siempre. Nadie más —ni el más rico, ni el más apuesto, ni el más sabio— le interesó nunca.

ODISEO

¡La buena Penélope! (*Llega un esclavo, sirve cráteras*) ¡Brindemos, Teoclímeno! ¡Por la amistad!

TEOCLÍMENO

Por tu regreso. (*Beben. Pausa*.)

ODISEO

¡Qué sensación extraña, ésta del regreso! La quietud, la inercia, la paz…

TEOCLÍMENO

Como una victoria, después de una guerra.

ODISEO

La victoria —una vez alcanzada, se comprende: no es más que el reverso brillante de la derrota.

TEOCLÍMENO

¿Lamentas haber vuelto?

ODISEO

¡Lamentarlo, no! Ha sido voluntad de los dioses. Todo. Mi nombre mismo: «el que se irrita contra alguien». Pero aprendí a dominar mi cólera, a trocarla en ingenio, como se doma a un potro salvaje. Luego, los dioses estrujaron mi destino: favoreciéndome a veces, a veces persiguiéndome sin piedad —con ello poniéndome a prueba: enseñándome siempre que hay qué escoger, decidirse— y obrar.

Teoclímeno

Me impresionó esa frase tuya: la victoria, reverso brillante de la derrota.

Odiseo

Es así. Sólo hay gloria en la lucha, mientras dura. Mientras mides las fuerzas de tu ingenio contra la enemistad tenaz de Poseidón, que sacude tu barco y lo envuelve en montañas líquidas; que te arroja a la cueva de sus hijos monstruosos, devoradores de sus huéspedes. Cuando conjuras los hechizos de Circe y sigues adelante perseguido, acosado por el viento y el sol, favoritos de Zeus, irritados porque los hombres codiciosos o hambrientos soltaron a los hijos de Eolo, o comieron de las vacas del Sol. Pero una vez la misión cumplida, pasado el peligro…

Teoclímeno

Queda el recuerdo. Lo estás viendo.

Odiseo

El recuerdo, sí: la vejez. ¿Por cuál designio de los dioses anclamos siempre nuestra esperanza en un regreso que nos restituya a lo que antes fuimos? Partí a Troya para volver, triunfante y rico, a Ítaca. Veinte largos años de procurarlo y de desearlo. Y ahora —son esos años los que empiezo a añorar: esa captura de lo que ya no tengo a mi alcance, lo que he de perseguir, quietamente, con la imaginación, mientras Penélope teje a mi lado, y Telémaco empieza a ocuparse de mis negocios, y un Argos nuevo y joven se tiende zalamero a mis pies en reposo… Nausicaa… Circe… Calipso… Las miro ya un poco como entre las nieblas en que vi debatirse a Sísifo, a Tántalo y a Hércules…

Teoclímeno

¡Pero lograste tantas victorias!

Odiseo

¿Lo fueron realmente?

Teoclímeno

Para mí, tu hazaña insuperable sigue siendo tu ocurrencia del caballo de Troya. En todas las demás se trataba de tu supervivencia; de tu propia e irremplazable vida en peligro. El caballo fue más.

Odiseo

Sí. Me divirtió discurrirte. Parecía una idea loca. Y ya ves: funcionó.

TEOCLÍMENO

Y operará siempre. Con ello hiciste más que desarrollar una estrategia: inventar una táctica política. Los hombres volverán a emplearla —siempre. Será un símbolo eterno de sus más sutiles argucias: cuando llenen de conquistadores los vientres apacibles de grandes pájaros veloces. O de cetáceos gobernados desde la tierra para la destrucción, la venganza, el dominio. Ahí estará el sagaz, el prudente, el afortunado Odiseo. Acaso un día los hombres descubran armas superiores al rayo de Zeus; se lo arrebaten; y le den nombres nuestros, nombres griegos, a su descubrimiento: protones, electrones, neutrones, dentro del caballo de Troya que será el átomo, listo a abrirse a incendiar ciudades. Con solo aquella idea, te has ganado la inmortalidad.

ODISEO

Me perturba escucharte. Había olvidado, Teoclímeno, tus dotes adivinatorias. ¡Pero inmortal! ¡Sólo los dioses son inmortales!

TEOCLÍMENO

Me lo pregunto, Ulises.

(*Aparece Penélope*)

PENÉLOPE

Salud, Teoclímeno.

TEOCLÍMENO

¡Penélope!

PENÉLOPE

Telémaco y su amigo se han quedado en la torre. Pisístrato está sorprendido al ver una ciudad tan grande y urbanizada. Ítaca ha crecido mucho en estos años. ¿No encuentras, Ulises?

ODISEO

Sí claro. Caras nuevas por dondequiera. Cientos de chiquillos —y de vagos por las calles.

PENÉLOPE

¿Vagos?

ODISEO

Mendigos. Me fue muy fácil confundirme entre ellos.

PENÉLOPE

Es que veinte años son mucho tiempo, en realidad. Pero este aumento de población debiera alegrarte: más contribuyentes. ¿Te quedas a comer, Teoclímeno?

TEOCLÍMENO

Pues… no sé… Ustedes preferirán estar solos. Tendrán tanto qué contarse…

PENÉLOPE

Oh, para eso hay tiempo. Y Ulises no tendrá nada que no puedan escuchar nuestros amigos.

ODISEO

Claro que no. Aunque tú ya conoces toda la historia, Penélope.

PENÉLOPE

¿Toda?

ODISEO

Te la conté la noche misma de mi regreso.

PENÉLOPE

Pero me encanta volver a oírla. Y Teoclímeno no la sabe —ni creo que Pisístrato. Les divertirá mucho, a los postres— el episodio de Polifemo, por ejemplo. Era un gigante, con un solo ojo —y antropófago. Vivía en una cueva. Cuéntalo tú, Ulises: cómo se te ocurrió cegarlo y lo que pasó después.

ODISEO

Eso ya lo sabe Teoclímeno. No tiene mérito, realmente. Cegar a un tuerto —es como meterle zancadilla a un cojo: lo obvio.

PENÉLOPE

A Aquiles le sucedió algo parecido, ¿no? Descubrieron su lado flaco.

ODISEO

Su lado flaco era la cólera.

PENÉLOPE

Bueno; pues ese.

ODISEO

¿Observaste algo extraño, desde la torre?

PENÉLOPE

¿Extraño? No. Empieza a juntarse mucha gente en la plaza: pero lo hacen siempre. ¿Pasa algo?

ODISEO

Podría ser. ¿Los muchachos vigilan, dices?

PENÉLOPE

Están allá. Pero a Pisístrato le interesa más el paisaje que el ágora. Está mirando hacia su patria, con el catalejos. ¡Qué muchacho simpático! Insistía en que le mostrara mi famosa tela.

ODISEO

Yo tampoco la he visto.

PENÉLOPE

Claro. No existe. La destejí la última noche. No guardo más que el hilo.

TEOCLÍMENO

Fue un buen ardid. Digno de ti, Odiseo.

ODISEO

¿Qué mi esposa tejiera el sudario para mi padre?

TEOCLÍMENO

Que se lo hiciera creer, a los pretendientes.

PENÉLOPE

No por mucho tiempo. Tres años pude así engañarlos, destejiendo de noche, a la luz de antorchas, cuanto había labrado de día. Al cuarto año, por denuncia de una mujer

me sorprendieron, y tuve que acabarla. Lo difícil de diferir la boda comenzó entonces. ¿Verdad, Teoclímeno? Pero no hablemos de esto —ni de mí. ¡Si Laertes supiera!

TEOCLÍMENO

¿Si supiera qué?

PENÉLOPE

Que a fin de conservarme incólume y fiel para su hijo, tuve que hacer como si deseara su muerte.

ODISEO

Lo sabe ya. Y te quiere aun más por ello.

TEOCLÍMENO

¿Has visto ya a Laertes?

ODISEO

Por supuesto. Mi regreso ha sido una verdadera odisea. Lo hallé en su huerto, que cultiva bien —tan abrumado por la vejez, tan sucio y mal vestido, que las lágrimas corrieron de mis ojos. Tampoco él me reconocía, cuando le relaté la fingida historia de que yo era Epérito, hijo de Afidante —y que había conocido y hospedado a un hijo de Laertes. Pero al ver cómo sufría, me di a conocer, por mi cicatriz. Juntos y jubilosos fuimos a reunirnos con Telémaco y con Eumeo.

TEOCLÍMENO

¿Dónde está ahora?

ODISEO

En la ciudad —visitando a viejos amigos. Y vigilando.

PENÉLOPE

¿Vigilando? Todo mundo, por lo visto. ¿Qué es lo que vigilan?

ODISEO

Nada que te concierna, querida.

PENÉLOPE

¿Otra guerra, acaso?

ODISEO

Guerra, no. Ojalá la hubiera. Son los padres de tus pretendientes; quieren tomar venganza y atacarnos. Los azuza Eupites, con su sentimental y airada elocuencia. Y también los parientes de tus esclavas. Se han solidarizado con ellos.

PENÉLOPE

A propósito: tendremos que reforzar el servicio. ¿A cuántas mataron?

ODISEO

Doce, creo. Las que Euriclea me señaló. Y a Melando con ellas.

PENÉLOPE

No habrá matado a Eurínome, espero. Es insustituible. Doce… Eran cincuenta. Sólo nos quedan pues treinta y ocho esclavas. Y una casa tan grande —y ahora, contigo aquí… Lo bueno es que —por algún tiempo, al menos, no habrá fiestas todos los días.

ODISEO

¿Echarás de menos las fiestas?

PENÉLOPE

¡Cómo crees! Me tenían harta. Pero llega una a acostumbrarse a tener mucha gente en casa, aunque no participe de su regocijo. Yo me sustraía: pero desde mi alcoba: pensando en ti, bordando, destejiendo el sudario, había acabado por habituarme a escuchar a lo lejos risas y música —hasta que las dos cosas se hicieron una sola en mí: los pretendientes aquí abajo, enamorados, obsequiosos, solícitos y audaces —y tú en el contrapunto de mi imaginación. Tú me faltabas— y te deseaba: a ellos los tenía, y los despreciaba. Ahora…

ODISEO

Creo que te entiendo perfectamente, Penélope. ¿Verdad, Teoclímeno, que la entiendo perfectamente?

TEOCLÍMENO

Temo que sí, Ulises.

PENÉLOPE

Pues no es tan complicado. Cuando ocurren dos cosas juntas, o al mismo tiempo —una canción, digamos: su letra y su música. Si luego las separas, la que conserves arrastrará el recuerdo de la que rechaces. Es bien sencillo.

(*Telémaco aparece, presuroso, en lo alto de la escalera*.)

TELÉMACO

¡Papá! ¡Papá! ¡Ven! ¡Sube!

ODISEO

¿Qué ocurre?

TELÉMACO

¡Vienen hacia acá! ¡Se juntaron en el ágora, agitaban las brazos…! ¡Ven a ver!

(*Odiseo se incorpora. Teoclímeno se dispone a seguirlo*.)

ODISEO

No. Aguárdame aquí. (*Sale*.)

(*Penélope se levanta. Va hacia la escalinata*.)

TEOCLÍMENO

No te inquietes, Penélope. No será nada. No hay peligro.

PENÉLOPE

¡Si no estoy inquieta! Me conoces mal, Teoclímeno. Si alguien en esta casa —o en Ítaca, ha aprendido a aguardar tranquila los acontecimientos, esa soy yo. Además, tienes razón. No será nada. ¿Qué podría suceder? ¿Que los padres de los pretendientes mataran a Ulises y me reclamaran para sí? ¡Absurdo!

TEOCLÍMENO

¿Te lo parece? Están furiosos, resueltos a todo. Y eres tú el centro de su cólera. Podrían llegar a raptarte —o a intentarlo.

PENÉLOPE

No, Teoclímeno. A los dioses no les divierte repetir las historias —y ya hubo una— hace veinte años, cuya protagonista consintió en su rapto. Yo soy el polo opuesto de Helena. Creo haberlo demostrado, Teoclímeno.

TEOCLÍMENO

Sí, Penélope. Tú serás siempre el símbolo de la fidelidad conyugal más austera y virtuosa; de la…

PENÉLOPE

¡No, por favor! No profetices ni adivines ahora. Harías mejor en ir a auxiliar a Ulises. Sube con él. Arriba están las armas. Y ya sus hombres le aguardan a las puertas.

TEOCLÍMENO

(*Va a subir. Se detiene, se vuelve*.)

Penélope.

PENÉLOPE

¿Sí?

TEOCLÍMENO

Esta lucha será cruenta y rápida. Todo puede ocurrir. También lo peor.

PENÉLOPE

¿Qué sería lo peor?

TEOCLÍMENO

Nadie es inmortal. Ni Ulises.

PENÉLOPE

Lo sé, Teoclímeno.

TEOCLÍMENO

Y si eso sucediera…

PENÉLOPE

Si sucediera, yo sería libre, Teoclímeno.

TEOCLÍMENO

Sí. (*Sale*.)

(*Se oyen, lejanos y sordos ruidos de multitud cada vez más perceptible. Penélope escucha. Va a salir, serena, despacio, cuando aparece Euriclea*.)

EURICLEA

No será así, Penélope.

PENÉLOPE

Ah, eres tú. ¿A qué te refieres?

EURICLEA

A Teoclímeno. O a Ulises. Pero a ti, sobre todo.

PENÉLOPE

No te comprendo. ¿Quién eres ahora: Atenea, o Euriclea? ¿Has venido a comunicarme la voluntad de Zeus —o a atisbar como sueles mi conversación con nuestros amigos?

EURICLEA

Mírame a los ojos. Yo he sabido siempre leer en los hermosos, serenos tuyos. Y ahora los advierto borrascosos, turbados —como si acabaras de despertar de un mal sueño lleno de augurios funestos. Resplandecieron con un fuego terrible cuando hablaste de verte libre. ¿Libre de Odiseo? ¿Viuda suya, para poder sin culpa acceder por fin a la taimada, tenaz, artera solicitud de tu constante enamorado Teoclímeno?

PENÉLOPE

¡Estás loca! ¿Cómo te atreves?

EURICLEA

Pero no será así, Penélope. No vas a traicionar tu leyenda. La has urdido paciente, laboriosamente —mientras dejabas escapar tus mejores, tus más floridos años. Ese sacrificio sólo lo justifica la plena, la sincera aceptación de lo que por él invocabas: Odiseo. Viejo, sí —muy distinto del que soñabas —del que embellecía tu recuerdo; con el olor amargo de otras mujeres— y de la sangre de tus pretendientes en las manos que anoche te acariciaron con torpeza…

PENÉLOPE

¡Calla! ¡Me ofendes!

EURICLEA

Pero para él, tampoco eres tú la que orientaba, como una brújula de oro, los afanes de su retorno. Mírate al espejo, Penélope —mira en mis ojos apagados tu propia vejez. ¡Y resígnate a lo que es tuyo!

(*Bajan Ulises, Teoclímeno, Pisístrato y Telémaco —armados y con corazas*.)

ODISEO

¡Se trabó ya el combate!

PENÉLOPE

¡Combate!

ODISEO

Eupites los acaudillaba, y se dirigían hacia acá, cuando Laertes les salió al paso. ¡Él solo —mi anciano padre! ¡Arrojó su lanza con el vigor de la mocedad —y Eupites cayó atravesado! Ahora reúnen sus fuerzas desconcertadas. ¡Vamos, Telémaco —el que combate desde lejos— a probarte digno hijo mío y nieto de Laertes!

TELÉMACO

¡Vamos, padre!

ODISEO

Tendremos que cambiarte el nombre. ¡Serás Anquémaco —el que combate cuerpo a cuerpo! Y tú, Pisístrato, hijo de Néstor, degollador de robustas novillas sacrificadas a Atenea —portador de regios regalos, auriga y navegante ¿combatirás a nuestro lado?

PISÍSTRATO

Reclamo ese alto honor, Odiseo. ¡Vamos!

ODISEO

Mi fiel Teoclímeno, cuyos vaticinios se cumplen —ven a presenciar el combate —a menos que prefieras acompañar a la fiel Penélope y aguardarme en el palacio, pues esta vez no tardaré mucho en volver.

TEOCLÍMENO

Voy contigo, Odiseo. Te precedo. (*Sale rápidamente*.)

ODISEO

Adiós, Penélope. Sube a la torre, si te place ver cómo hiero uno por uno a los padres y a los hermanos de tus soberbios pretendientes.

PENÉLOPE

No tardes, Ulises.

ODISEO

Y tú, Euriclea, vieja prudente —apareja otra vez nuestro firme lecho labrado en un árbol de profundas raíces!

(*Salen. Ulises adelante, Pisístrato mientras Penélope besa y bendice a Telémaco —Telémano el último*.)

EURICLEA

¿Has oído, Penélope? ¿Reconoces ahora la voz de Ulises? Vuelve a rugir, como un león joven, al olor de la sangre. Y va con él Telémaco —a perfeccionarse a su lado en el arte de la guerra. El linaje del hombre —de Laertes a Ulises— a tu hijo, y a los nietos que no verás, cumple el destino alterno de los dioscuros. Por que uno nazca y esplenda, preciso es que se apague el hermano que el gemelo asesina en cada hombre que mata; es preciso que se renueven la esperanza y el odio en cada niño que el hombre engendra.

Pero yo he de implorar a Zeus, mi padre, por que cese ya la discordia, y se haga la paz, y Ulises sea por fin restituido a su hogar y a su reino.

PENÉLOPE

¿Eres pues Atenea? No lo hagas. Deja que Ulises infunda en mi hijo, y en los suyos, para todos los siglos, el impulso divino de la aventura y del riesgo. Que el mundo se abra y extienda y dilate a su paso; que los ígneos astros rindan ante su audacia el secreto de sus islas etéreas.

Vamos, vieja esclava —sabiduría que has sido siempre favorable al triunfo de Ulises. Sé ahora conmigo. Voy a la torre. Acompáñame. Adereza el viejo telar de menudos hilos —para que yo los trame y urda con los cabellos resplandecientes de la Aurora mientras aguardo —para volver angustiada a mirarlo zarpar en la negra, cóncava nave de la aventura, al laertíada Odiseo.

TELÓN

19-23 de febrero de 1962

Alacena. México, 1962.

EL JOVEN II

LA ALCOBA DEL PROTAGONISTA, SIMPLE Y LUJOSA. UNA GRAN CAMA AL CENTRO, UNA MESA DE NOCHE A LA IZQUIERDA. A IZQUIERDA Y DERECHA DE LA CAMA, PUERTAS. PUERTA EN EL LATERAL DERECHO, CORTINAS ECHADAS EN EL IZQUIERDO, A OSCURAS.

EL JOVEN, *viste ropas muy deportivas. Se incorpora en la cama y salta de ella, conforme la habitación se ilumina como si la luz surgiera de él. Se vuelve a mirar a la cama, menea la cabeza como con asco, como con lástima.*

EL JOVEN

Sigue durmiendo, imbécil. Por unas cuantas horas siquiera, yo tendré libertad. Hasta la libertad de llevarte conmigo si quisiera, a todos los sitios a que tú no has querido llevarme. Podré hacer las cosas que te ha faltado el valor de acometer; las que están prohibidas, las que no se deben hacer, las que implican riesgo; aquellas para realizar las cuales es necesario abrir las puertas, o derribarlas. (*Va a la puerta, comprueba que está bien cerrada*.)

La aseguraste bien. Nadie puede llegar a molestarte. Temes a los ladrones. Claro. Te ha costado mucho trabajo reunir el dinero. No es cosa de exponerte a que se lo lleven. Siempre has tenido miedo. De que te maten. Con un puñal, o ahorcándote, en la oscuridad. Y has huido, a esconderte, a negarte, a dormir. (*Se sienta en el lado derecho de la cama*.)

¡Qué asco me das! Con tus músculos flojos, ahogados en grasa, con tu cabeza calva hundida en los cojines, llena de números y de palabras muertas. No sonríes ahora. Tu boca se contrae en un rictus amargo mientras crecen en torno suyo las barbas que dentro de unas horas segarás cuidadosamente. Y tus manos lacias, como grandes hojas marchitas. Hasta ellas llegas; ahí terminas. Con ellas habrías podido acariciar, o matar o esculpir, o fijar una piedra sobre otra y elevar una torre. Y tus piernas. Estaban hechas para andar, para correr, para ascender. Habrían sido duras y fuertes. Ahora son las columnas que sostienen tu abdomen, y tus manos las palas que te llenan el abdomen de combustibles caros y refinados. También crecen tus uñas, como tus barbas, mientras duermes. En la tumba será lo mismo. Y mira; ya empiezan a mancharse tus manos, de lunares violáceos y amarillos. ¿Sabes cómo se llaman esas manchas? Se llaman las flores del sepulcro. (*Se levanta, va hacia la puerta derecha del fondo, la abre*.)

Aquí guardas tu ropa, tus disfraces. Tienes muchos, muy finos, muy caros, cortados por el mejor embalsamador de la ciudad. Aquí está el que acabas de usar, el que te

quitaste hace unas horas; desinflado sin ti, arrugado, como un espantapájaros. Huele a ti, a tu sudor agrio, al humo de tus cigarros. Y ahí está tu jacquet, con el que te casaste. No lo has usado más que una vez en la vida, pero lo guardas. Ya no cabrías en él si quisieras ponértelo, pero lo conservas, acaso porque contiene a tu fantasma de aquella mañana en que estabas tan nervioso, y llegaste a la Iglesia toda adornada de flores blancas, con el órgano y los cantantes, y las damas de honor para tu novia, y las amistades que te sonreían al desfilar del brazo de tu novia. ¡Tu novia! Nunca la quisiste verdaderamente. Lo que entonces te gustaba era irte de parranda con los compañeros de Leyes, emborracharte, amanecer en una alcoba desconocida. ¡Ah, pero las conveniencias! Adriana era rica, era bonita, se conocían desde niños… Las familias se pusieron de acuerdo —y qué más daba? Además, fuera de aquella primera criadita, las demás mujeres no eran ya vírgenes, ni mucho menos, mientras que Adriana… Fue un atractivo, pero efímero. Luego se puso gorda, tuvo el primer hijo; luego otro, y otro, todos muy bonitos, muy bien educados… Están en los mejores colegios —y te odian. Y tú odias a su madre, y ella te detesta, bien lo sabes. Es gorda, fofa, huele rancio debajo de sus perfumes, se tiñe el pelo. Hace ya diez años que cada cual duerme en su recámara.

Eres un hombre muy ordenado, muy metódico. Por las noches te quitas el disfraz, pero en orden: la cartera, la pluma fuente, la libreta de teléfonos y direcciones, la licencia de manejar, los pañuelos, la billetera —y las llaves. Un montón de llaves, de todos tamaños y formas. Luego la ropa, ya vacía. Sales de ella como una serpiente de su piel, no como una mariposa de su crisálida. Y te sientas a quitarte los zapatos. Tienes muchos también. Podrías caminar con ellos muchas leguas, pero no están gastados. Cómo van a gastarse en las alfombras. Están simplemente deformes, ajados, cansados, como tú mismo, con los brazos lánguidos de sus agujetas que tú ajustas y enlazas, como el dogal de tu corbata, todas las mañanas, cuando también abrochas todos esos infinitos botones con que te encierras en el disfraz en turno.

Aquí está tu cartera. Es lo primero que cada noche extraes de tu ropa, y lo último que al siguiente día sepultas en tu bolsillo, sobre tu corazón. Tu identidad, como quien dice; tu pasaporte para circular entre los demás. De piel de Rusia, negra y tersa, un poco vieja ya. ¿Qué guardas en ella? Ah, sí, las credenciales: miembro del Club Rotario, socio de la AMA, asegurado número 12,856, socio del Chapultepec Country Club, socio del Club de Banqueros… ¿Y esto? ¿Qué es esto? ¿Un retrato? ¡Todavía lo guardas! ¡Ella tuvo valor, sabes! Ella sí realizó su vida. ¡Cómo la deseabas! ¡Qué ridículamente lloraste al saber que se había marchado para siempre! ¿Pero qué hiciste para retenerla? Habrías tenido que romper los lazos, todos los lazos —y te faltó valor. ¿Qué diría la gente? ¿Cómo ibas a destruir tu reputación, la de tu respetable familia? Tus hijos, tu esposa ¡qué escándalo! Ya no eras un joven; ya no estabas en edad de locuras…

Y ella se fue, dejándote para siempre en los labios una sed amarga. Y ella es feliz, tan feliz, con su carne cálida y blanca, con sus ojos verdes, con la boca que besaste una vez… Y tú estás aquí, rico, respetado, cerca de tu esposa, rodeado de tus hijos que no te quieren, que quieren que te mueras como tú quieres que se muera Adriana porque crees que entonces sí la buscarías, la traerías a vivir contigo, serías dichoso… A veces crees que ya la olvidaste. Y en efecto, la olvidas, como a ti mismo. Pero aquí traes su retrato. Aquí, escondido entre las credenciales de tu importancia social —una muchacha sonriente y sensual que te brindaba su juventud… y tú no tuviste valor.

Tus llaves, mira. Cuántas llaves. También en orden, en un orden que sólo tú sabes. Todas estas son de tu casa; éstas, de tu oficina, de todo el edificio, que es tuyo. Ciertamente, has construido muchas cárceles, de las que sólo tú tienes la llave, a las que sólo tú puedes entrar. En ellas tienes encerrados a tus fantasmas: al que iba a ser, al que iba a hacer; al que juega poker con sus amigos; al que debería estar leyendo todos esos libros condensados a cadena perpetua; al que iba a jugar ping pong para conservarse en forma, al que iba a oír música buena, que compraste en pastillas negras; al que un día decidió pintar y se compró un caballete, y pinceles, y tubos de color De vez en cuando te atreves a visitar a tus fantasmas; buscas la llave, abres la puerta: todo eso es tuyo; pero él no está cuando tú llegas. Se ha marchado, para siempre. Detrás de los espejos asoma un viejo torpe, cansado. Buscas a tu fantasma; lo evocas con la música que le gustaba; acaricias el libro que prefería, le destuerces el cuello seco a un tubo de pintura; pero el fantasma se ha fugado por el espejo por el cual lo buscas sin encontrarlo —y vuelves a cerrar su prisión, y guardas la llave; una junto a las otras; un rosario de llaves que tintinean y cuelgan como un racimo de ahorcados en tu bolsillo.

Éstas son las de tu edificio. Puedes llegar a sorprender al conserje, ver si cumple con su deber, en cualquier momento. Y entrar directamente a tu oficina, sin que te vean llegar las secretarias ni los empleados; y abrir con esta pequeña tu gran escritorio, siempre tan al día en el despacho de los documentos, que el día en que te mueras no habrá ningún problema, ningún tropiezo, ninguna dificultad. Lo tienes todo previsto y en orden: un cuantioso seguro de vida, tu fortuna en una sociedad anónima cuyas acciones están equitativamente distribuidas entre tus hijos y Adriana… Así ni siquiera se paga el impuesto sobre legados, porque no hay testamento, ni juicio de intestado. Lo demás, en acciones al portador, que se hallan bien seguras en la caja del Banco; y la modesta cuenta en efectivo, porque siempre se necesita algo de líquido, mancomunada con Adriana. Aquí está tu chequera de bolsillo. Pueden firmar tú o ella, o tú y ella, y el banco paga de cualquier modo; así que nada se expone, ni nada puede perderse, y todo es irreprochable.

Ah, pero también aquí entre las llaves numerosas y respetables hay una disimulada y

pequeña… que no es de tu casa —ni de tu despacho— ni de los clubes —ni de los coches… La conozco bien. Es la del único lugar al que yo te hago ir, al que te obligo a llevarme. Te confieso que te ves bastante ridículo cuando en él te desnudas, a pesar de tus precauciones con la luz tenue, con los licores que nos nublan un poco la vista. A horas fijas, porque tú todo lo conciertas con método, ellas llegan, llaman; yo te obligo a no darte cuenta de la repugnancia que les causas; las ciego un poco también a ellas, por el breve momento en que te domino y las embriago. Entonces pruebas un sorbo de felicidad verdadera y quisieras quedarte ahí, prolongar el instante. Pero yo me retiro a contemplarte y ellas se incorporan a marcharse, cumplida su misión simplemente sanitaria. Y les das un billete y el número privado del teléfono para que alguna vez te llamen; el número del que no pueden informarse a quién corresponde —y un nombre falso, por precaución. Y salimos de prisa, disimuladamente, a abordar un coche de alquiler que nos lleve hasta cerca de donde siempre dejas el Cadillac. (*Cierra la puerta del vestidor, mira hacia la cama, cruza frente a ella hacia la izquierda y hasta la ventana, levanta la cortina*.) Mira la noche. No no puedes mirarla; prefieres dormir. Y ella es toda mía, y tú me retienes aquí, imbécil, cuando podría yo hacerte tan dichoso. Allá abajo, en el jardín, se aman y se acoplan las flores y los insectos; la tierra es cálida y húmeda como un sexo joven, y él viento unta la luna sobre cada caricia trémula. Pero tú prefieres mirar el jardín mañana, desde aquí, y que las rosas aparezcan cortadas y limpias en la mesa de tu desayuno. Allá lejos… mira las calles, mira el parpadeo de los automóviles, que conducen parejas felices; los jóvenes ríen, se embriagan, vibran, viven. En este momento, cientos de aviones vuelan a todas partes del mundo. Volar, transportarse, ¿sabes lo que es eso? Sí, claro, ya has volado muchas veces, para economizar el tiempo y asistir a las convenciones. Pero esa no es la gloria del vuelo. Es el que podríamos emprender si tuvieras el valor de dejarlo todo, de ver el mundo, de absorberlo en la esponja seca y sedienta de tu cuerpo: las playas, el mar, el desierto, el bosque, la aventura, la ventura… Nosotros solos, sin dinero, sin equipaje, sin pasaporte ni credenciales… (*Suelta la cortina, abre la puerta del baño*.) Tu baño privado, como un altar en el que tú solamente oficias; en el que te confiesas —y te absuelves una vez que te has lavado de toda culpa, de toda mancha, con jabones que neutralicen el hedor de una noche en que has transpirado todas las frustraciones del día… y de todos los días de todos los años. Te lavas la boca amarga, y te instalas la sonrisa hipócrita de los saludos que has de dar todo el día; te lavas las manos, como Pilatos; te enjabonas el rostro, como si pudieras borrártelo; siegas tus barbas menudas y rígidas, blancas ya casi todas; y frotas tu cuerpo, del que huye el agua que contaminas y ensucias; te unges luego con lociones y talcos —y estás listo para el nuevo disfraz en turno. Surges fresco y absuelto de tu santuario, de tu altar de azulejos a reanudar tu importancia; a poner en su sitio las llaves, la cartera, la pluma fuente…

¿Y yo? Aquí me encierras, me abandonas a aguardarte. No me llevas contigo, ni me

dejas llevarte. Me ahogas, me extingues… Voy contigo, sí, pero maniatado; raudo en tu lengua, cautivo en tus ojos, inerte en tus manos inútiles… Un día te abandonaré. Un día cualquiera, cuando menos lo esperes ni lo pienses. Bastará un coágulo —un mínimo coágulo, como un nudo pequeño entre los hilos de tu corazón, a paralizarlo, como un reloj que se detiene. Sentirás el pecho oprimido por una roca y abrirás los ojos muy grandes, y crisparás las manos, como si quisieras asirte al mundo, a la luz; al aire; mirarlos por primera vez —esa que habrá de ser la última.

Y yo no moriré contigo. Te dejaré ahí, rígido, lívido, violáceo, mientras tu residencia se puebla de personajes silenciosos y de grandes coronas con listones morados, —y Adriana huele sales y se arrepiente de haberte detestado —y tus hijos lloran y hablan con el notario en la biblioteca —y llegan cuatro hombres uniformados y apagan los cirios y retiran las flores y cargan la caja metálica y la meten en la carroza y parte el cortejo muy lentamente, casi a vuelta de rueda, como si se resistiera a llegar al panteón, donde una campanada te anunciará —y luego volverán a cargar la pesada caja hasta la fosa donde la bajarán entre el chirrido discreto y aceitado de cuatro garruchas…

Ahí te dejaré; seré por fin libre. Lo he sido siempre, desde todos los siglos. Y quise darte mi tesoro: el mar, el aire, la pasión, el amor y el odio de que estoy inmortalmente hecho. Por eso nací en ti, renací contigo; pero no he de seguirte a la tumba. (*Abre el cajón de la mesa de noche y saca una pistola*.)

Admito que en todos estos años, esperando siempre contra toda esperanza, he llegado a sentir por ti esa forma triste del cariño que se cifra en la compasión. Y quisiera dejarte de una manera menos ordinaria que por una angina de pecho. Que ya que no lograste ser dueño de tu vida, lo seas de tu muerte; que tú la escojas y la cumplas. Es sencillo, mira. Te bastará apuntarla a la sien —y oprimir el gatillo. O si lo prefieres, ponía en tu boca, como una hostia, muerde y dispara. Todo habrá terminado. Todo comenzará de nuevo, desde el gusano, desde la tierra, hacia arriba, hacia el sol, el aire y el agua. Tomará siglos otra vez, pero acaso entonces… Anda. Hazlo. Ten valor una vez en tu vida. (*Echa la pistola en la cama, retrocede hasta la ventana, haciendo foco en la cama. Empieza a filtrarse por la ventana la luz del día. Mira hacia la mesa de noche*.)

Dentro de un instante, sonará ese despertador. Hazlo ahora. Yo no puedo detener el Tiempo, y tú eres su esclavo. ¡Hazlo! ¡Mátate! ¡Mátate! ¡Déjame en libertad! ¡Déjame en libertad!

(*Suena furiosamente el despertador*.) ¡No! ¡No! ¡No! (*Cae al suelo, a la izquierda de la cama. De ella se incorpora un viejo gordo, calvo, en una pijama grotesca, y tiende el brazo a acallar el despertador, que cesa. Mira la pistola, frunce el ceño, piensa, la guarda en el cajón de su mesa de noche. Se despereza, aparta las sábanas*

y sale de la cama. Se calza las pantuflas, pasa sobre el cuerpo del joven y entra en el baño. Se oye el ruido de la regadera.)

TELÓN

México, 1951.

ADÁN Y EVA

EVA

Debí figurármelo. Aquí metido, como siempre, jugando solitario. ¿Desde qué hora estás aquí? No tienes conmigo ninguna consideración. Me dejas todo el peso de la casa. Los muchachos te buscaban, siquiera para despedirse, ya que cuando llegaron de visita dormías la siesta. Salimos a buscarte, al jardín lo cual, a esta hora, es peligroso, bien lo sabes. Tuve que excusarte de cualquier modo. Y claro, tú aquí, muy quitado de la pena, ¡jugando solitario!

ADÁN

Perdóname, mujer.

EVA

Llevo siglos de hacerlo. Me paso la vida perdonándote. (*Pausa. Se acerca*) ¡Ah, no! ¡Hiciste trampa! ¡Esta reina no va sobre el jack! ¡Con razón te sale este solitario, y a mí nunca!

ADÁN

Yo creía que tú nunca jugabas solitario.

EVA

No lo prefiero como tú, que es distinto. A mí me gusta la compañía de mis semejantes, la conversación, la sociedad. Tú, en cambio, eres capaz de aislarte, de abstraerte, aun en medio de una reunión. Debe ser cosa de tu origen, tan… singular.

ADÁN

¿Me lo reprochas?

EVA

No. Te lo ofrezco, o me lo ofrezco, como una posible explicación de esa, y de tus otras singularidades.

ADÁN

Debes tener razón. Uno vuelve siempre a su origen, en la vejez. Es posible que yo todavía añore de vez en cuando, después de todos estos siglos de dicha conyugal y de patriarcal abundancia, los breves días en que desperté a una existencia muda y solemne en el jardín del Edén. No tuve entonces para aislarme, para abstraerme,

necesidad de jugar solitario. Ni más compañía que la sumisa de los animales, a quienes iba bautizando conforme se acercaban, maravillados, a conocerme.

EVA

¿Ahora eres tú quien me reprocha que haya llegado a acompañarte?

ADÁN

Bien sabes que no. En todo caso, no fue culpa tuya. Ni mía.

EVA

Sí, sí me lo reprochas. Lo percibo en tu tono, de falsa resignación; en el empleo anacrónico de la palabra «culpa». Culpa la empezó a haber después: cuando al vernos desahuciados del Paraíso, caímos sin remedio en las definiciones y los sofismas de los juristas. Fue entonces cuando se originó toda una terminología enredada, incomprensible, de infracciones y sanciones, delitos y castigos, crímenes y penas, pecados y penitencias.

ADÁN

¿Y de quién fue?

EVA

¿De quién fue qué?

ADÁN

La culpa.

EVA

¿La culpa de qué?

ADÁN

De que hubiera culpa; y en consecuencia, castigo.

EVA

Tus hijos se han pasado la vida demostrando que mía, lo sé. Y haciendo penitencia por ello; fundando órdenes religiosas, fraguando ceremonias; mortificándose. Y finalmente, consultando a los psiquiatras. Son unos masoquistas. Y unos tontos. Siguen atribulados por el pecado original, aun después de siglos de haber perdido ese pecado toda originalidad.

ADÁN

Dices «tus hijos», como si fueran sólo míos. Y en tono en que no se diría que me los atribuyes, sino que me los imputas.

EVA

A jugar de nuevo con las palabras. Que las mujeres no podamos ser académicas, ustedes lo interpretan como una privación que nos infligen, cuando no es más que un privilegio que se nos debe. Tu empezaste, lo sé; y tus hijos —sí, *tus* hijos— siguieron dando nombre a las cosas: a los animales primero, luego a los objetos inertes de la Creación. ¿Pero qué sería de la Gramática sin el verbo? Y el verbo, no lo olvides, yo fui la primera en conjugarlo. Por ti, las cosas se habrían quedado en sustantivos; cuando mucho, en adjetivos.

ADÁN

¿No crees que es un tanto excesivo tu empeño en demostrar una superioridad que nadie te discute? Excesivo y extemporáneo. Y verboso.

EVA

En otras palabras, quieres que me calle.

ADÁN

No aspiro a tanto. Pero sí podríamos, de vez en cuando, pasar una velada tranquila, sin discusiones, ni disputas, sin reproches.

EVA

Tú descifrando un crucigrama —el perro a tus pies— y yo haciendo calceta, y cambiando de vez en cuando los discos, ¿no es eso? ¿Es así de moderna tu idea de la felicidad conyugal?

ADÁN

Pues no le veo nada de malo, francamente. Millones de nuestros hijos se ganan, como yo, con el sudor de su frente, el tranquilo derecho a una dicha semejante.

EVA

¡Pero si tú supieras lo que piensan de *nuestros* hijos *nuestras* hijas!

ADÁN

No necesito esforzarme mucho. Hace siglos que te adivino el pensamiento.

EVA

Ahora soy yo quien te pide perdón.

ADÁN

Y yo lo otorga gustoso. Ya estoy acostumbrado. ¿Quieres tus barajas?

EVA

No. Gracias. Ésas ya no me sirven. Bien sabes que en el bridge se necesitan cartas nuevas, y dos juegos. Pero ahora no esperamos a nadie, además. Abel y Caín siguen distanciados, a pesar de que sus mujeres se llevan bastante bien, y han tratado por todos los medios de reconciliarlos. Pero hasta ahora no he logrado que accedan a reunirse los cuatro aquí. Y es lástima. La mujer de Abel y Caín, hacen siempre un cuarto excelente.

ADÁN

Sigues prefiriendo a Caín.

EVA

Es tan hijo mío como Abel. Una madre no puede hacer distingos entre sus hijos, hagan lo que hagan. ¿Y quién te dice que no seas tú el culpable de que Caín no quisiera a su hermano?

ADÁN

¡Yo!

EVA

Tú, sí. Lo consentias mucho. Porque era el primogénito. Como si el azar de llegar primero diera un derecho, un privilegio especial.

ADÁN

Pues algo hay de eso.

EVA

A ti te conviene que lo haya, claro.

ADÁN

Primero en tiempo, primero en derecho.

Eva

Pues ya ves que no.

Adán

¿Cómo que no?

Eva

Yo llegué después. Caín nació después que Abel. Y el derecho —mejor que tú y que Abel—, lo hemos establecido nosotros. Cada cual con su fuerza.

Adán

No voy a discutir contigo. Es insensato lo que afirmas. Además, tienes una manera de salirte por la tangente, de dar a un asunto el sesgo que te conviene… Te reprochaba esa preferencia notoria que muestras por Caín —bien sabes lo que hizo— y me sales con que yo prefiero a Abel, como si en todo caso no hubiera éste sido la víctima.

Eva

¿Víctima? ¡Tu papel predilecto!

Adán

De la envidia de su hermano. Del sentimiento más bajo que el hombre puede germinar. Y de mí no puede haberlo heredado.

Eva

Pues de mí, menos. Yo no he sentido nunca envidia de nadie.

Adán

Tal vez no en esa forma.

Eva

¿Y en qué otra? ¿Sugieres que haya otra?

Adán

Creo que sí. Los celos se parecen mucho a la envidia.

Eva

¿Y yo soy celosa? ¿Es eso lo que insinúas?

Adán

No lo insinúo. Lo afirmo. Tú puedes haberlo olvidado ahora. Es explicable. Te has conservado joven y hermosa —con todos los secretos de la botánica a la disposición de tu periódico rejuvenecimiento mientras yo envejezco y me invalido. Pero acuérdate de los primeros tiempos después del desahucio, cuando tuve que empezar a ganarme la vida trabajando. Llegaba a veces tarde, y te encontraba de un humor imposible, llena de sarcasmos y de reproches e indirectas. Pronto lo comprendí. Estabas celosa. Eres celosa.

Eva

¡Pero si no había más mujer que yo! ¿De quién iba a estarlo?

Adán

De la posibilidad de que la hubiera. No creas que haya olvidado la noche que te sorprendí, cuando me creías profundamente dormido…

Eva

¿Registrando tu ropa?

Adán

No. Contándome las costillas.

Eva

Ahora eres tú quien lleva la conversación donde le conviene. Interpretas la Historia a tu antojo.

Adán

La Historia no. Nuestra vida privada no ha hecho la Historia. Constituye apenas la anécdota, y es lamentablemente igual desde entonces en todos los matrimonios. Es muy propio tuyo, exagerar la importancia de tu papel. Pero si vamos a examinar la Historia —la han hecho más *mis hijos* que *tus hijas*—. Eso tienes que admitirlo.

Eva

Ahí vas de nuevo con tus reminiscencias. Envejeces, Adán.

Adán

Concedido. Envejezco. Yo no hago ya la Historia. Pero siguen haciéndola, y la han hecho siempre mis hijos.

EVA

Pues según a lo que llamemos Historia. Tú, inventor del lenguaje, y de la metáfora, padeces una innata grandilocuencia, y ella te arrastra a estimar como Historia lo que tus hijos más pedantes llaman los Grandes Hechos. Y estos grandes hechos teatrales, admito que los han perpetrado más tus hijos que mis hijas. Han sido los Genios.

ADÁN

Entre los cuales bien sabes que no ha habido una sola mujer.

EVA

Pues sólo eso faltaba. Las mujeres somos seres normales. Eso que llaman Genio es patológico y desagradable. Una criatura de ocho años que toca el piano, un sordo que compone Sinfonías. Ninguna mujer que se respete es capaz de semejantes aberraciones.

ADÁN

¡Aberraciones!

EVA

A nosotras, las cosas nos ocurren, o nos sobrevienen, a su debido tiempo: son ustedes los eventualmente desajustados: o precoces, o retrasados: o niños prodigio, o viejos verdes.

ADÁN

Tienes del genio una idea —digamos— que poco genial. Lo confundes con el talento, lo cual no sólo pone el tuyo en entredicho, sino que explica la ausencia absoluta, en la Historia, de mujeres geniales.

EVA

Quizá tú puedas ilustrarme al respecto. Me asombraría, pero está visto que no hay nada imposible. Si ni Mozart ni Beethoven te parecen genios… Y si Marie Curie no era mujer…

ADÁN

Has mencionado a la única que puede legítimamente aspirar al título de genio. Pero a dos que evidentemente no lo son —más que para las mujeres: el niño prodigio— y el sordo músico. Ninguno de ellos califica, porque un genio trasciende la simple utilización talentosa, o precoz, o ejercida en condiciones adversas, de lo que ya

existiera antes de él —y ellos no inventaron ni descubrieron la polifonía.

EVA

Pero, si no me equivoco, Beethoven la llevó a culminaciones antes no sospechadas. Y conste que a mí, personalmente, no me gusta nada.

ADÁN

Prefieres a Tschaikowsky, claro. O a Chopin. Te han de parecer otros tantos genios.

EVA

Eres tú quien sacó a colación a los Grandes Hombres, sus grandes hechos. Eres tú quien para explicarse la Historia, necesita apoyos humanos, puntos culminantes de comparación. A mí no me hacen falta. Desde un principio, sé muy bien que cualquier hazaña o descubrimiento que realicen los hombres, la hacen como una pobre compensación por lo que les está vedado cumplir de otro modo. Y me dan lástima. Más lástima

mientras mayor o más heroico es su descubrimiento o su hazaña. Porque tanto mayor ha de ser la privación que así se esfuerzan en compensar.

ADÁN

Así que cuando yo descubrí —digamos el hacha, y el fuego, y la flecha, y la cueva que fue nuestra primera habitación— ¿lo hice en vez de otra cosa? ¿Porque no podía realizar otra? ¿Y cuál?, ¿puedes decírmelo?

EVA

No pensaba precisamente en ti, ni en aquellas casualidades que con tu habitual jactancia llamas tus descubrimientos; pero acepto el reto. Echabas de menos el Paraíso, con todas sus elementales comodidades. Hubieras querido ser Dios. Y como esto no era posible, te empeñaste en elevar el status del hombre lo más cerca posible de la divinidad. Dios había creado el mundo; tú te empeñarías en descubrirlo. Tendrías así la ilusión gratificadora de que lo creabas. Aun a sabiendas de que ya estaba ahí: América detrás del Océano, el protón y el neutrón adentro del átomo.

ADÁN

Me pregunto si al razonar así no evidencias el fruto de lecturas inconvenientes, y la asimilación nociva de ideas históricas que ahora comprendo que te cautiven, puesto que te convienen.

EVA

¿Cuáles?

ADÁN

Las que disputan a los héroes la confirmación de la Historia, que en cambio atribuyen a las fuerzas anónimas de la naturaleza, o de aquella Naturaleza en desorden y en degeneración que es la sociedad.

EVA

Divagas. Ahora mencionas a los héroes, cuando hablábamos de los genios, si no recuerdo mal.

ADÁN

Es casi lo mismo. Con la ventaja para ti de que al amplificar hasta los héroes el campo de nuestra conversación, admito en él a una que otra hija tuya. A Juana de Arco, por ejemplo.

EVA

Muchas gracias, pero declino tu regalo. Las heroínas me parecen tan aberrantes como tus genios. No las tengo por hijas mías. Pienso que también ellas procedieron así porque se avergonzaban de su sexo, y porque sus hazañas viriles las compensaban tristemente de otros déficits importantes.

ADÁN

Muy bien. Dejémoslas fuera. Yo no me empeño ciertamente en walkirizar la epopeya. Pero permíteme reanudar el análisis de tu pensamiento —o mejor, de tu sentimiento.

EVA

Me acusabas de lecturas inconvenientes.

ADÁN

Y de ideas disolventes e inconsistentes.

EVA

Acabarás por demostrar que soy comunista. ¿Eso es lo que te propones?

ADÁN

No sería nada extraño que llegáramos a esa conclusión. Se habla allá en la tierra del Paraíso Soviético.

EVA

Pero no se sabe que haya en él una Eva.

ADÁN

Ésa es su paradoja. Y la tuya. Pero no me interrumpas. Desde hace mucho tiempo, nuestros hijos hacen la Historia tratando de explicártela. Y le buscan responsables. Endiosan así, unos, a los héroes; otros, a las masas en que se apoyan o comandan esos héroes. Yo tomo decididamente el partido de los primeros. Creo, con mi hijo Carlyle, que no hay nada más admirable que los Grandes Hombres, mis grandes hijos que han tratado de honrar mi nombre.

EVA

Tu grande nombre. Dilo de una vez.

ADÁN

Pero hay los que creen en las fuerzas. Y estos piensan como tú, o tú como ellos. Hegel, con su teoría dialéctica de la Historia, creía en las «fuerzas», e inspiró a Marx, que a su vez inspiró a Lenin. También para Spencer la Historia era una evolución social, una marcha desde el gregarismo indiferenciado y primitivo, hasta la heterogeneidad social más compleja. Y para Taine, y en estos tiempos, para James Harvey Robinson. Me satisface ver que Arnold Toynbee haya en estos tiempos tan permeados por las masas, emprendido la lúcida exposición de la potencia de la élite, y de sus grandes líderes —para emplear una palabra que disfraza de overol a los genios y a los héroes.

EVA

Me aburres, Adán. Das vueltas y vueltas en torno de las más sencillas ideas, para complicarlas. ¿Por qué no lo dices clara y rotundamente? ¿Por qué no dices que tú crees en los héroes, en los genios y en los líderes con la misma ingenuidad; y que yo los niego mientras tú los exaltas; tú, porque te reconoces halagado, en ellos; yo porque los desnudo —porque los conozco desde al nacer— y ultimadamente, porque sin mí ni siquiera hubieran nacido?

ADÁN

Pero si es eso precisamente lo que digo. Sólo que yo acostumbro apoyar mis afirmaciones en premisas, en antecedentes. Yo soy lógico.

EVA

Digamos mejor que eres sofista. Porque soslayas en tus cuentas una premisa

indispensable: mi colaboración en tus empresas, la de mis hijas en las heroicas de tus hijos. Revisa tu Historia a esa luz, y verás cómo todo cambia, y yo tengo razón al tomar el partido de los que reconocen las fuerzas como el único motor del progreso humano; no a los héroes.

ADÁN

Me place. Revisémosla juntos, si te parece.

EVA

Es un poco cansado, pero puesto que no se te ocurre modo mejor de divertirnos y pasar la velada…

ADÁN

Por favor, Eva. Ya no estamos en edad de otros modos.

EVA

Yo sí. Recuerda que soy más joven que tú.

ADÁN

Mi hija, lo sé. Mi *by product.*

EVA

Deuda inicial que he pagado con réditos excesivos durante muchos siglos, si me haces favor. Y devolviéndote con creces la pequeña mutilación que me dio origen en tu anatomía toráxica. Lo que tú estableciste fue simplemente un mecanismo quirúrgico de la reproducción, que yo he perfeccionado. ¡Mira por dónde puedo empezar a defender mi tesis y a pulverizar la tuya! Tú mismo, y tus genios predilectos, no habéis en fin de cuentas sido otra cosa que los intermediarios.

ADÁN

¿Intermediarios? ¿Entre qué y qué?

EVA

Entre Dios y el Tiempo. O si quieres entre el origen y el progreso, o entre la Naturaleza y la Ciencia, o entre la Muerte y la Vida.

ADÁN

¿Podrías decirme de qué modo?

EVA

De muchos modos; pero ciñámonos al de tus pretendidos descubrimientos. Te jactas de haber descubierto el fuego, por ejemplo. Y convengo en ello. Pero fui yo quien lo aplicó al beneficio de tu comida caliente. Que es el más perdurable y útil de sus empleos. Por ti, ahí hubiera acabado todo. Te habrías puesto a cantar victoria, y *Eureka*, como aquel imbécil que dio en el baño con la fórmula que buscaba.

ADÁN

¡De suerte que yo no descubrí el vapor —ni la electricidad— ni el petróleo, ni fundé la industria!

EVA

Nadie lo niega —aunque es cosa que lejos de satisfacerte, debería avergonzarte, y de que yo, en tu lugar, no me jactaría—. Pero he sido yo quien humaniza y hace verdaderamente útiles y de empleo general tus inventos y tus descubrimientos. Hablabas del vapor. Pensabas sin duda, con arrobo y admiración, en el niño James Wyatt, absorto ante la tetera en ebullición de su madre. De ahí nació la máquina de vapor. Pero era más inteligente que el niño observador y prevoz, la madre que le preparaba un buen té.

ADÁN

¡Vaya una idea!

EVA

No me interrumpas. Cada descubrimiento tuyo lo has considerado final y excelso. Yo lo rebajo a la provisionalidad de las cosas útiles y prácticas para seguir adelante con las comodidades sencillas, ordinarias, de la vida, que la embellecen y la hacen soportable. Tu descubrimiento de la fuerza nuclear, por ejemplo. Igual que cuando descubriste el fuego. No se te ocurrió más que incendiar nuestra choza, y el bosque. Si no es por mis cántaros de agua… Ahora has hecho una bomba. Tienes en las manos, o lo crees, el secreto último de la energía universal. Y no se te ocurre mejor modo de celebrarlo, que hacerla estallar en Hiroshima, y destruir, destruir… Por fortuna yo estoy aquí todavía y todo puede rehacerse, repoblarse.

ADÁN

Pones ejemplos extremos.

EVA

Porque tú los abordas siempre, los extremos. Te dejas llevar por aquel instinto de la muerte que descubrió otro de tus hijos más antipáticos —el tal Freud—. Yo soy en cambio la depositaria del instinto de la inmortalidad. La paradoja está en que tú inmortalizas —o lo procuras— con monumentos y con biografías y con honores, precisamente a aquellos de tus hijos que para alcanzar la inmortalidad, eligieron el circunloquio aberrante de la muerte. Mientras que yo me encargo de perpetuar la especie menos notoria de los que, a singularizarse por un hecho grandioso, prefieren cuerdamente vivir en el anónimo perdurable de la verdadera inmortalidad.

ADÁN

Hablas paradojas. Y te pronuncias por un anonimato histórico que comprueba tus inconscientes inclinaciones comunistas. Pero permíteme señalar que en tu Paraíso Soviético, que es la tierra en que prevalecen esas ideas anti-individualistas de la Historia; donde se propala el valor de las masas por encima del hombre y de su acción particular, se da la paradoja de que un Lenin o un Stalin reciban una adoración personal que ningún héroe, genio o gran hombre ha recibido nunca —ni Alejandro, ni César, ni Napoleón ni por supuesto Colón, ni Marco Polo— o Cortés, o Shakespeare, o Cervantes, o Miguel Ángel.

EVA

Lo admito. Pero eso no prueba más que la estupidez —antes, de los capitalistas; y hoy, de los comunistas. Todos tus hijos, y todos, claro, con algún aire de familia.

ADÁN

Mitad y mitad, si te parece.

EVA

Tú has sido siempre la mitad más grande. A mí me llamas tu cara mitad —y así me calificas. Y te calificas también un poco a ti mismo como tacaño, cuando me encuentras «cara». Has tenido siempre un modito molesto de recalcar mi condición de parásito. Dices: «A mi costa», y «a mis costillas». No creas que no me ofende.

ADÁN

Pero ya no hay razón, si alguna vez la hubo. Tus hijas han conquistado derechos cívicos que las igualan a mis hijos. Trabajan, como ellos. Son dueñas de su vida, disfrutan de su libertad.

EVA

Y pueden divorciarse.

Adán

Es en lo único que no te les pareces.

Eva

Lo dices como si lo lamentaras.

Adán

Ya es un poco tarde para eso, ¿no crees?

Eva

En todo caso, y aun cuando ya ni tú ni yo en lo personal podamos aprovechar esta situación, es confortante y satisfactorio para mí ver lo mucho que han adelantado mis hijas. Ya ves. Hay en ello una nueva y plena corroboración de mi tesis. Tus genios y tus grandes hombres descubren, por ejemplo, las instituciones. Pero somos nosotras quienes las volvemos prácticas y útiles. Ustedes inventan el Seguro de Vida. Y son tan tontos, que el modo como se les ocurre aprovecharlo es muriéndose —dejando una viuda que lo disfruta. Siquiera debían ser un poco lógicos, y llamarlo Seguro de Viuda.

Adán

Nadie discute tu superiodidad… biológica; ya te he dicho. La tierra dura más que los árboles. Hasta se petrifica, con el tiempo —y rescata a su seno, en forma de fósiles, a los que fueron sus maridos o sus hijos. Eso, por desgracia, no la hace más inteligente.

Eva

Confundes, querido, la inteligencia con la proclamación de la inteligencia. Tomas literalmente el rábano por las hojas, o mejor dicho, las hojas por el rábano. Nosotras no hemos necesitado proclamar la nuestra. Nos ha bastado ejercerla en la forma irrefutable de la perduración. Consulta nuestro álbum de familia y dime. Ábrelo en cualquier página. ¿Encuentras a Menelao más inteligente que Helena? ¿A Agamenón que Clitemnestra? ¿A Laio que a Yocasta? ¿A Ulises que a Penélope?

Adán

Bien sabes que a esas familias no las tengo por nuestras. Las desconozco y las desheredaré a su tiempo. Profesaban ideas heterodoxas acerca de su origen. Me ignoraron y se dieron un Gobierno que llamaron olímpico, precursor de los que más tarde inventaron las carteras ministeriales y la división del Trabajo. Encargaron a un dios, imagínate, de cada ramo del presupuesto. Y establecieron jerarquías en el poder, como en las democracias. Y un Zeus investido de facultades extraordinarias en todos

los ramos. Pero incapaz, como los presidentes en las democracias, de conjurar y reducir las argucias políticas de sus ministros y de sus ministras. Todo un enredo, en el que sin embargo, los mayores trastornos y las crisis ministeriales las provocaron, naturalmente, las mujeres.

EVA

¿Trastornos? ¡Al contrario! Yo sí tengo por hijas mías a aquellas muchachas. Heredaron y ejercieron mis dotes sagaces de organización, de amplitud de criterio, de previsión sensata. ¿Que el viejo verde de Zeus, razonablemente abochornado de su decrepitud, se disfrazara para abusar de las jovencitas —de cisne, de toro, de lluvia de oro— que es hasta la fecha el más usual y el más eficaz de los disfraces? Bueno; pues aquella calaverada, aquella patética cana al aire, mis hijas la transmutarían en un resultado feliz y positivo: el nacimiento de un semidiós o de un héroe.

ADÁN

De un bastardo.

EVA

Así iba mejorando la raza.

ADÁN

No. Así aquellas paganas justificaban sus horrendas inclinaciones a la zoofilia.

EVA

Supongámoslo. Suele o puede haber animales más atractivos que ciertos maridos. Lo curioso es que muchos siglos más tarde, la medicina haya acabado por admitir y sancionar la ingestión por los hombres de los sueros y las hormonas de los animales. Cuando menos, Europa, Leda y Dafne, las precursoras de la vacuna y de la hormonoterapia, se atuvieron a un tratamiento más directo y más placentero que los comprimidos o las inyecciones.

ADÁN

Razón de más para que yo las repudie, con toda su historia. No, decididamente, de Grecia no me hables. No es mi familia.

EVA

¿De Roma entonces?

ADÁN

Menos. Esos romanos fueron los nuevos ricos del Continente, los precursores de la ópera —y de Hollywood. Grandiosos, pero miserables. El circo, figúrate. Y el Derecho Romano. Y un Nerón que era el remedo de Edipo, su caricatura lamentable.

EVA

Bueno, pues. Omitamos a Roma. Aunque antes de descartarla, lo honrado sería que declararas que rechazas por las mismas prejuiciadas razones que a Grecia; porque a Rómulo y Remo no los amamantó una nodriza normal, sino una Loba. ¡Como si ello no los hiciera los precursores de la dietética moderna! ¿Quieres que examinemos la Biblia? Allí sí has de reconocerte. Es el primer registro civil que nos menciona, y tu primera biografía, tu *curriculum vitae*.

ADÁN

Lo dices como si se tratara de una ficha signalética.

EVA

Algo es de eso, ¿no?

ADÁN

Pero sobre la Biblia no cabe discusión.

EVA

No intento discutirla: sólo apoyarme en ella.

ADÁN

¿Para qué?

EVA

Para demostrarte que por ejemplo Judith y Dalila fueron más listas que Sansón y Holofernes.

ADÁN

Si esa es tu idea de la inteligencia…

EVA

No nos entenderemos nunca, Adán. ¿Te parecen actos de inteligencia los perpetrados por tus bíblicos hijos? ¿El sacrificio de Abraham, que no tiene mucho qué pedirle al de la hija de Agamenón? ¿El perdurable, enquistado resentimiento por su origen

acuático, que engendró en Moisés una introversión patológica que lo hizo echarse irresponsablemente a buscar una tierra prometida; aislarse a meditar, como cualquier Hitler en Berchstergaden, y salir con unas tablas de la Ley de cuya perfección estaba tan poco seguro que prefirió atribuirle su inspiración a Jehová, en vez de declarar que eran su propio engendro? El salvamento colectivo de Noé —tan parecido a la construcción moderna de refugios antiatómicos— para acabar por embriagarse a la vista de sus hijos, perdiendo su respeto?

ADÁN

Errar es humano. La biografía de los Grandes hombres no puede hallarse exenta de mácula o de culpa. Pero quedan sus grandes hechos para justificarlos. Ése es su testamento, lleno de inspiración perdurable. La hay en el Antiguo tanto como en el Nuevo: Dame una mujer —una sola que haya logrado, por ejemplo, lo que logró San Pablo— aquel Maestro de lo que los modernos publicistas llaman la «promoción». Muerto Jesús, sus discípulos se hallaron dispersos, confusos, perseguidos. Pablo asumió su capitanía, su lideraje —y formó lo que puede llamarse la más eficaz fuerza de venta de la historia: la fe cristiana, de la que hizo una fuerza que acabaron por reconocer los poderes temporales. Dame, repito, una mujer bíblica que haya hecho algo semejante.

EVA

¿Una? ¡Millones! Has caído en tu propia trampa. Quisiste jugar una carta de triunfo, y esa carta te resulta una *Epístola* que desde hace mucho tiempo condensa y resume la sabiduría de Pablo y la culminación de todo su genio organizador y publicitario: la Epístola que les leen a nuestros hijos cuando los casan. Sacramento y momento desde el cual en adelante, todas las hijas de Eva mandan, cuando parecen obedecerlos, sobre todos los hijos de Adán. ¿Puedes negarlo?

ADÁN

No tendría objeto. Decías bien. No nos entenderemos nunca.

EVA

Pero no lo deplores, querido. De habernos entendido, hace mucho que nos habríamos separado. El divorcio que han inventado nuestros hijos no dimana de sus caracteres, sino, precisamente, de su compatibilidad. No tiene ya caso seguir juntos, si se piensa lo mismo, si se cree lo mismo, si se lucha por lo mismo. Nuestro disentimiento es el secreto de nuestro sentimiento, el perpetuo acicate de nuestra supervivencia. Tú con tus héroes, yo con mis fuerzas anónimas, preservamos la Historia; que está hecha tanto de biografías ilustres, brillantes, como de capítulos aburridos en que juegan las masas con su hambre, con su miseria, con su estulticia, y con la gloria anónima y

arrolladora de su número. Yo puedo a veces profesar por los héroes una ternura visceral, mientras tú les rindes un homenaje analítico y cerebral que eleva las biografías al género de las obras de arte. Pero la Historia no es artística. No lo es la gravidez, no lo es el parto. Digamos, en una palabra, que una vida ilustre es perfecta y límpida como una sonata, y que a ti te gustan, como los solitarios, las sonatas. Pero la historiales una suma de vidas. Una sinfonía que conjuga muchos temas, muchas ideas, que nos da en su entraña una vislumbre de futuro y eternidad arraigada en el más antiguo pasado. Y esa es mi música, mi polifonía, hecha de notas menudas, de silencios breves, de gritos, de risas, de recuerdos y de esperanzas…

ADÁN

¡Mi buena Eva!

EVA

¡Tonto! No me compadezcas. ¿Ves? Me has contagiado tu verborrea. Y se ha ido el tiempo. Ya ni sé para qué venía a buscarte.

ADÁN

Dijiste que estuvieron aquí los muchachos. ¿Van a cenar con nosotros? ¿Invitaste a alguien?

EVA

No. Querían ir al cine y vinieron a disculparse. Cenaremos solos —a la hora que gustes. ¿Tienes tu pipa? ¿Te traigo tus pantuflas?

ADÁN

No, no. Las nueve ya. ¿Qué hay para la cena?

EVA

Pastel de manzana.

TELÓN

Diálogos. México, 1956.

NOTAS

[1] Discurso pronunciado en el festival de clausura de cursos del Instituto Técnico Industrial, el 30 de noviembre de 1926. <<

[2] La autoridad de don Artemio de Valle-Arizpe establece que «estos portales estaban en el lado poniente de la manzana de casas que era prolongación de las calles de Plateros» (*La Muy Noble y Leal Ciudad de México*… México, 1924, p. 153, nota 1). Yo prefiero soñar que el deseo de Alfaro se cumplió en el de las Flores, al sur de la Plaza, según el plano de la página 60 de la edición de la Universidad de los *Diálogos de C. de S.* Séame, entre tantas, perdonada esta licencia, que estimo poética. <<

[3] Fallecido don Luis María Martínez, ocupa la sede del Arzobispado Su Ilustrísima el doctor Don Miguel Darío Miranda. <<

[4] En torno a esta vieja iglesia está construyéndose el ultramoderno Edificio América (1956). <<

[5] El edificio de la Lotería Nacional, ha sido por fin terminado. <<